Alfred Hitchcock presenta:

Los mejores relatos de crimen y suspenso

Traducción de Ricardo Vinós



He aquí un regalo para el lector más exquisito: las veinte historias que los fieles seguidores de la Alfred Hitchcock's Mystery Magazine, una de las publicaciones más prestigiosas de crimen y suspenso en la escena internacional, votaron como sus favoritas indiscutibles, muchas de las cuales se trasladaron a la pantalla de la mano del gran maestro del suspenso y el terror.

Estafadores y delincuentes, investigadores privados y detectives aficionados, las calles de Nueva York y San Francisco, Chicago y Seúl, el Japón del siglo XI y el Londres del siglo XVII: he aquí solo algunos de los protagonistas de esta fantástica colección.

Este volumen, inédito en español, reúne lo mejor de más de cincuenta años de historias extraordinarias.

AA. VV.

Alfred Hitchcock presenta: Los mejores relatos de crimen y suspenso

ePub r1.0
Titivillus 31.07.2021

Título original: *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine Presents Fifty Years of Crime and Suspense*
AA. VV., 2006
Traducción: Ricardo Vinós
Ilustración de portada: Gabriel Pacheco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido



INTRODUCCIÓN



CINCUENTA AÑOS SON MUCHAS HISTORIAS. Cuando empecé a plantearme la idea de armar una antología que conmemorara el cincuentenario de *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine*, miré desde mi escritorio la pared en la que guardo todos los números de la revista desde diciembre de 1956 y me sentí abrumada. Decidí buscar ayuda para determinar qué cuentos representaban lo mejor de la ilustre historia de la publicación.

Puse en sus páginas un anuncio a nuestros lectores, pidiéndoles que nos escribieran para decirnos cuáles eran sus relatos favoritos. La respuesta fue maravillosa.

Algunos señalaron una sola historia que se había quedado años rondándoles la mente. Otros mencionaron a un autor favorito («Lo que sea de Stephen Wasylyk»). Otros nos mandaron pequeñas claves para iniciar una búsqueda del tesoro con palabras como «No recuerdo el título o el autor, pero…». A menudo, estos corresponsales describían un cuento con tanto detalle que de hecho conseguimos identificarlo.

Esas cartas eran para nosotros otra prueba de que *AHMM* tiene la suerte de contar con un grupo de fieles lectores que han estado suscritos a la revista por años o incluso generaciones; en muchos sentidos, sienten que la revista «les pertenece». Las cartas también nos hacían recordar el poder del cuento corto. Puede ser que esos relatos se hayan publicado en una pequeña gaceta mensual, pero son mucho más que un entretenimiento efímero. Sus tramas y personajes, sus ironías y su impacto emocional poseen una resonancia duradera. Se quedan años con nosotros, incluso mucho después de que el número de la revista ha desaparecido.

No cabe duda de que la popularidad de la revista en sus primeros años tuvo el apoyo de la evidente asociación con Alfred Hitchcock. Fue fundada a

mediados de la década de 1950 por Richard E. Decker y H. S. D. Publications, que en ese entonces publicaban la revista de relatos de misterio *Manhunt*. Llegaron a un acuerdo con el famoso director de cine para que le prestara su nombre a la revista.

En poco tiempo, los productores del popular programa televisivo de media hora *Alfred Hitchcock presenta* (1955-1961) encontraron en la joven publicación una mina de relatos que ellos podían transformar en guiones. «A Bottle of Wine» [Una botella de vino], del primerísimo número de *AHMM*, fue de los primeros elegidos. Más adelante, relatos de autores nuestros como Henry Slesar, Talmage Powell, James Holding, Jack Ritchie, Ed Lacy y Robert Bloch, por mencionar unos cuantos, se convirtieron en guiones y se llevaron a la pantalla para *Alfred Hitchcock presenta* o para su posterior encarnación, *La hora de Alfred Hitchcock* (1962-1965).

Desde su nacimiento, la revista ha recibido con los brazos abiertos tanto a profesionales con experiencia como a jóvenes escritores que siguen cavándose un nicho en el mundo del misterio. En la década de 1960, *AHMM* publicó algunos de los primeros cuentos de autores que hoy en día son grandes maestros en este campo, como Donald E. Westlake y Hillary Waugh.

En 1975 *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine* fue adquirida por Davis Publications, que también editaba *Ellery Queen's Mystery Magazine*. Mientras otras revistas de ficción desaparecían, *AHMM* se iba estableciendo con aún mayor solidez en esos años bajo la administración de la editora Eleanor Sullivan, quien publicaba con regularidad a escritores talentosos como Lawrence Block o Bill Pronzini.

Cathleen Jordan entró en escena como editora en 1981 y muy pronto amplió el atractivo de la revista para llegar a miles de lectores de cuentos de todo Estados Unidos. También continuó con la tradición de *AHMM* de ser receptiva a autores desconocidos o no publicados. Doug Allyn, Rob Kantner, I. J. Parker y Martin Limón son un puñado de los numerosos escritores que se iniciaron en sus páginas.

Con ayuda de nuestros lectores he elegido una muestra representativa de cuentos publicados en *AHMM* en las últimas cinco décadas. Todas son historias interesantes, escritas con oficio, que ejemplifican el amplio registro y la diversidad que la revista ha ofrecido con los años. Ya sea que estés llegando a ellas por primera vez o releyéndolas, el entretenimiento está garantizado. Si eres estudiante de escritura, son relatos que vale la pena analizar por lo bien trabajados que están. Como colección, son muestra de la evolución estilística del cuento corto popular. En esta compilación

encontrarás autores a los que quizá reconozcas y otros que merecen una mayor atención.

Aunque cincuenta años puedan no parecer mucho tiempo, la cultura estadounidense se ha desarrollado de maneras sutiles y a la vez drásticas. Esos cambios se reflejan en los cuentos. El movimiento por los derechos civiles, la revolución sexual, los derechos de las mujeres, la guerra de Vietnam, la caída del Muro de Berlín y nuestra sociedad cada vez más multicultural son solo algunas de las transformaciones que alimentan estas historias y las dotan de una relevancia que va más allá de su mandato principal, que es el de entretener.

Por su ayuda para llevar esta antología a buen término, quisiera agradecer a Claiborne Hancock, fundador y editor de Pegasus Books; a Abby Browning, gerente de Mercadotecnia y Derechos Subsidiarios de Dell Magazines; a Nicole K. Sia y Jonas Eno-Van Fleet, mis ayudantes, y a todos los lectores que mandaron sus magníficas recomendaciones.

LINDA LANDRIGAN

Nueva York, abril de 2006

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

DESDE LA INFANCIA ME ENAMORÉ DEL CINE, un amor profundo y apasionado por esa joven forma de arte que iba a orientar y desorientar mi vida durante muchas décadas. Siento una especie de gratitud con Alfred Hitchcock, quien me regaló muchas horas del mayor goce estético posible. No soy un caso aislado; en mi generación fuimos relativamente abundantes los devotos de Hitchcock. Muchas veces salí deslumbrado del cine después de vivir dentro de una de sus películas durante más o menos noventa minutos. La gris realidad de la calle me resultaba mucho menos verdadera que lo experimentado con tanta intensidad en una butaca durante la proyección. Mi alma todavía inocente de algún modo fue así seducida por la fábrica de sueños de Hollywood en general, y por Alfred Hitchcock en particular.

Me tocó también contemplar el espectáculo de Hitchcock creando su persona pública. Sus películas, siempre arriesgadas en todos los sentidos, están repletas de travesuras. Quizá la más célebre de ellas sea su aparición como «extra» en cada uno de sus largometrajes: Hitchcock dio forma a un autorretrato que convirtió en marca. Tal imagen fue su principal instrumento de ventas: una silueta reconocible en una fracción de segundo que promete cierto tipo de emociones específicas.

La revista mensual *Alfred Hitchcock's Mistery Magazine*, fundada por Richard E. Decker —quien obtuvo licencia para utilizar el nombre del director en la publicación—, apareció en diciembre de 1956 bajo el sello H. S. D. Publications, con William Manners como coeditor. El puesto fue ocupado por Eleanor Regis Sullivan de 1975 a 1981 y por Cathleen Jordan de

1981 a 2002, cuando pasó a la editora actual, Linda Landrigan, también responsable de la presente antología.

En 1975, la revista fue adquirida por Davis Publications y en 1992 la compró Dell Magazines, su actual propietaria. Cincuenta años de existencia de la *Alfred Hitchcock's Mistery Magazine* significan miles de ficciones publicadas, que ofrecen un panorama amplio de las obsesiones creativas en torno a relatos en los que el crimen constituye el contexto narrativo y el centro de la trama. En la actualidad, la revista se sigue publicando puntualmente y existe además una versión digital: «www.alfredhitchcock mysterymagazine.com».

Entre los más prestigiosos autores que publicaron obras breves de ficción en *Alfred Hitchcock's Mistery Magazine* se cuentan Robert Bloch (autor del cuento en el que se basó el filme *Psicosis*), G. K. Chesterton (creador de la serie de relatos protagonizados por el padre Brown), Ron Goulart, Dorothy L. Sayers y Donald E. Westlake. Hay que apuntar que a partir de 1977 y hasta 1989 se publicó anualmente una antología con los mejores cuentos del año, elegidos por el mismo Hitchcock, no pocos de los cuales obtuvieron prácticamente todos los premios literarios para ficción breve del género negro, aparte de que la propia revista recibió el premio a la mejor en su categoría.

El lector de este tipo de relatos necesita creer en lo que lee. La literatura popular del género negro goza de una pátina profesional de «realismo» que la dota de credibilidad ante sus lectores a través de los retratos de personajes en situaciones insostenibles, obligados a trascender sus propios límites para sobrevivir. Es decir, situaciones que el lector asimila como propias con facilidad y le transmiten una tensión nerviosa que acaba por resultar satisfactoria, llamada «suspenso».

¿Qué es aquello que está en *suspenso*? ¡La eterna lucha del bien indefenso contra el mal implacable dedicado al acoso y la destrucción! Un hombre, una mujer *suspendidos* sobre el abismo de una angustia mortal. No es poca cosa, y como tema literario lo apoyan milenios de tradición y abundantes venas populares. Literalmente es la imagen que se repite en el cine de Hitchcock, inventor del suspenso como subgénero narrativo en el cine. Podría decirse que esta colección presenta variantes de esa lucha entre el bien y el mal. El desenlace no siempre es a favor del bien, pero resulta sorpresivo en cada cuento, una suerte de revelación que cambia el mundo de los protagonistas de manera insospechada y regala al lector una solución sorprendente. El cuento corto resulta así un perfecto vehículo para inducir suspenso. Perla Ediciones

ofrece este homenaje al artista y entrega una divertida antología al público lector que sabe disfrutar de esta rara sensación: el *suspenso*.

Las emociones contenidas en la obra de Hitchcock se basan en un equilibrio finamente logrado entre el terror y el humorismo. Hay gran desenfado, interés por la parodia, rigor preciso en cada detalle, historias paralelas dentro de la historia principal. Queda la sensación de un hombre que amaba el cine y disfrutaba de cada una de sus facetas, dotado de numerosos talentos y de una asombrosa inteligencia práctica que le permitió labrarse un lugar preponderante en la competida industria del entretenimiento.

Su filmografía sonora sumó más de treinta títulos como director, y fue también productor de muchas de sus propias películas. Varias de sus mejores obras se basan en ficciones ya publicadas. Puede uno imaginar a Hitchcock leyendo a Cornell Woolrich o Patricia Highsmith, Daphne du Maurier o tantos otros escritores, y empezando desde la lectura a visualizar su película. ¡Experiencia que comparte todo lector, por supuesto! Uno lee ficción para *ver* viva la historia, más que para entenderla.

La historia de *Alfred Hitchcock's Mistery Magazine* corre paralela entre 1955 y 1965 con las series semanales de televisión *Alfred Hitchcock presenta* y *La hora de Alfred Hitchcock*, en las cadenas CBS y NBC. Muchos autores publicados en la revista colaboraron en los guiones para las películas de ambas series televisivas, por ejemplo: Ed McBain, Jack Ritchie, Ed Lacy, Henry Slesar, Donald E. Westlake y Talmage Powell. Cada programa era presentado por Hitchcock, quien al final comentaba las películas con inteligencia y sentido del humor. Recurrió a actores y directores de primer orden, y siempre ocupó los horarios predilectos en la programación general. Para entonces, Hitchcock se había convertido ya en su propia leyenda.

Hitchcock sin duda fue un gran lector, ávido de buena literatura, y un correcto supervisor editorial que dejaba su impronta, ya prefabricada, en cada proyecto. Mi devoción a su obra fílmica ha influido para llevarme repetidamente a la revista, cada uno de cuyos números contiene varios cuentos espléndidos. Suele incluir autores primerizos junto con otros renombrados. Esta edición, por cierto, logra un nuevo deleite dentro de la abundante iconografía del realizador. Ahí está sir Alfred, en la portada, como conserje de hotel de lujo, listo para servirnos un pájaro negro con la mayor elegancia imaginable. Buen retrato del cineasta y del libro.

El peso de una temática de trasfondo más apropiado para la tragedia se evita en estas narraciones gracias a la ligereza de tono, que aporta una incertidumbre esencial al suspenso; admite incluso giros humorísticos en la naturalidad de la prosa que nos hacen sonreír, en ocasiones, ante desenlaces crueles y sangrientos. En suma, se trata de una medicina para preparar el alma ante las atrocidades de la existencia, al menos para los aficionados al género de terror.

La categoría de *pulp fiction*, a la que pertenece *Alfred Hitchcock's Mistery Magazine*, no es estrictamente literaria, sino económica. Incluye algunas obras que se pagaban por *cantidad*, a tantos centavos de dólar por palabra, y solían publicarse en revistas impresas en papel reciclado de pulpa. Proveyeron de ingresos a muchos autores jóvenes posteriormente consagrados, como Isaac Asimov, Ed McBain, Philip K. Dick o Avram Davidson. Hay una variable interesante: los proyectos editoriales modestos no reciben mucha atención de la censura y gozan de cierta libertad de la que carecen otras manifestaciones. De hecho, una de las antologías de la revista está dedicada a relatos que no tuvieron permiso de adaptarse para la televisión.

La maldad en muchos de estos cuentos se presenta como resultado de circunstancias, más que atributos o inclinaciones de los personajes. Eso contribuye a la credibilidad: todos tenemos acceso al mal, especialmente si se nos ofrece sin temor al castigo. En algunos casos, el bien no puede triunfar sino recurriendo a actos de maldad. Más que un simple recurso narrativo, esto pareciera formar parte del estado mental de los Estados Unidos modernos y de su visión de la condición humana.

Un safari en la selva profunda del corazón de África, un suburbio burgués en el estado de Florida, una gran mansión en Los Ángeles, un salón de masajes de relajación, la gran ciudad, el pueblecito insignificante, los oscuros e intrincados lazos en la confrontación de dos sacerdotes, las intrigas criminales de ambiciosos productores de cine, funerales sin cadáver o con un exceso de difuntos en un mismo ataúd, tribunales que dictan sentencias de muerte, trayectos fatales en carretera, peculiaridades de municipios ultraconservadores de Nueva Inglaterra, violencia en torno a un dios venido de la India, una arena de box en la Inglaterra del siglo XVIII. La variedad de escenarios es notable y aporta una *calidad presencial* a los relatos. En cada contexto aparece un poder radical de la maldad que amenaza a sus víctimas. A veces el tono es humorístico, en ocasiones el enfrentamiento va cargado de

referentes sociales. No siempre triunfa el bien; al contrario, pareciera que la maldad es más eficaz en lograr sus objetivos: una gran verdad en la historia de las sociedades humanas que no suele presentarse con tanto desenfado en tipos más serios de ficción.

El genio creativo de Alfred Hitchcock forma un capítulo aparte en la historia del arte del siglo XX. Una obra abundante y audaz que logra meter al espectador en sus extraños vericuetos, desafiando todas las ideas preconcebidas sobre la moral e implicándonos en su obsesión personal por perseguir inocentes. Es, sin duda, el autor más perverso entre todos los grandes cineastas. Quizás el más ambicioso en muchos sentidos.

RICARDO VINÓS

Ciudad de México, junio de 2020

VUDÚ

RHYS BOWEN



RHYS BOWEN creció en Bath, Inglaterra, pero fueron sus visitas a Gales en su infancia las que le dieron el escenario para su serie de misterio protagonizada por un policía galés, el alguacil Evan, con la que ha obtenido varios premios. En otra serie también premiada nos presenta a la inmigrante irlandesa Molly Murphy abriéndose camino a principios del siglo XX en Nueva York. Antes de escribir historias de misterio, la señora Bowen trabajó como escritora para la BBC en Londres, y fue autora de libros infantiles. El primer cuento que publicó en *AHMM* es «Vudú», en el cual transmite con agudeza los escenarios y juega con percepciones equivocadas del vudú. Es triste que debido al huracán Katrina de 2005 puedan haberse perdido para siempre los barrios de Nueva Orleans captados con tanta habilidad en este relato.

EN LOS MODERNOS REPORTES POLICIACOS no es frecuente que se mencione el vudú como causa de muerte, pero eso decía el papel escrito por el oficial Paul Renoir que encontré sobre el escritorio en el cuartel general del Departamento de Policía de Nueva Orleans. Probable causa de muerte: vudú.

Me intrigó tanto esa palabra del reporte que determiné llevar a cabo la investigación personalmente, en lugar de encomendarla a alguno de los funcionarios más jóvenes. Después de veinte años en la división de homicidios del departamento de policía de una ciudad grande, me sentía fastidiado con violaciones colectivas, tratos frustrados de tráfico de drogas y

hombres que les destrozaban la cabeza a sus esposas sencillamente porque les dieron ganas de hacerlo después de una noche de parranda.

Mandé llamar a Renoir. Era un joven de aspecto serio, de menor estatura de lo que era habitual en la policía en los tiempos en que yo me uní a la corporación, de cara redonda y bien dispuesto al trabajo. Llevaba solo dos meses en la sección de homicidios, y era muy evidente que se hallaba incómodo en mi presencia.

—¿De qué se trata esto, Renoir? —le pregunté, agitando el reporte hacia él, que desplazaba de un pie a otro su peso, en actitud incómoda—. ¿Se trata de una broma?

—Oh, no, señor —repuso, y aumentó la seriedad en su expresión—. Sé que suena de verdad raro, pero la viuda insistió mucho. Dice que no hay ninguna otra explicación. Y el doctor también se sentía confuso.

Le indiqué una silla de vinilo y acero frente a mi escritorio.

—Mejor siéntate y cuéntame los pormenores del caso.

Se sentó al borde de la silla, todavía evidenciando nerviosismo.

—El oficial Roberts y yo recibimos una llamada solicitándonos acudir al Garden District para investigar un posible homicidio. Es una de esas grandes mansiones, señor.

—Las mansiones suelen ser grandes, Renoir. Hay que aprender a ser breves, Renoir, ¿de acuerdo?

—Lo siento mucho, señor. Una de esas grandes, eh, casas en Saint Charles. La esposa desconsolada nos recibió en la puerta y nos hizo subir la escalera a la recámara principal, donde estaba tendido un hombre muerto. No vimos señales de lucha, nada que indicara que no murió por causas naturales. Le pregunté cuándo había fallecido y si había llamado a un doctor, y me respondió que el médico de la familia ya había estado allí y se encontraba igual de confundido que ella. Él tampoco podía encontrar ninguna otra explicación.

—¿Ninguna otra, aparte de qué?

—Eso le pregunté yo, señor. Me miró a los ojos y dijo: «Vudú». A continuación me relató que un mes antes él ofendió a una sacerdotisa de vudú, quien lo maldijo diciéndole que si no cambiaba su modo de pensar, iba a morir antes de que pasara un mes.

—Supongo que no cambió su modo de pensar, sea cual fuere.

—En efecto, señor, y a partir de ese momento comenzó a estar cada vez peor. Me dijo la esposa que fue como si lo viera morirse poco a poco con sus propios ojos.

Los ojos de Renoir me miraban con ansiedad, queriendo que yo creyera en sus palabras.

—De verdad creo que debería usted ir a hablar con ella, señor. Salí de la casa con una sensación de espanto.

—Renoir, a un oficial de policía no le está permitido sentir espanto, ni siquiera ante un cadáver desmembrado y medio devorado.

Renoir se encogió.

—No, señor.

Me levanté de la silla.

—Lo mejor es que vuelvas de inmediato a esa casa.

—¿Yo, señor?

Intentaba expresar compostura, pero sus palabras sonaban como un graznido.

—Es lo mismo que cuando te caes del caballo —le expliqué, sonriendo—. Tienes que montarte de nuevo enseguida, o el espanto te dura para siempre. Tú puedes ir al volante, yo iré contigo.

Se le encendió el rostro.

—¿Usted viene también, señor?

—¿Y por qué no? Me hará bien reírme un poco.

—No creo que le vaya a dar risa, señor —dijo Renoir al salir de mi oficina.

Después de una hora, Renoir llevó el automóvil sobre los rieles del tranvía en la avenida Saint Charles al barrio adinerado del Garden District, donde se concentraba el dinero viejo de Nueva Orleans. Pasamos junto a un tranvía antiguo repleto de turistas que se asomaban por las ventanas para grabar videos de las casas frente a las que pasaban. Nos miraron con enfado cuando obstruimos sus vistas.

—Es aquí, señor.

Renoir detuvo el auto frente al hogar de John Torrance III y su esposa, Millie. Cuando Renoir me dijo que le agradaba que lo llamaran Trey, se me encendió un foco en la mente. El nombre de Trey Torrance me era familiar, pues aparecía en el periódico en reportajes sobre eventos caritativos de distintas clases. Al consultar los archivos descubrí que el señor Torrance tenía cincuenta y nueve años de edad y se mantenía muy activo en sus negocios, así como en diversas organizaciones filantrópicas. Por ejemplo, era uno de los principales patrocinadores de Bacchus Carnival Krewe. Nació en una familia

de dueños de plantaciones al otro lado del río y heredó varios terrenos de tamaño considerable. Se hizo todavía más rico cuando los fraccionó y puso las subdivisiones a la venta.

No pude criticar sus gustos arquitectónicos. Trey Torrance vivía en una mansión sólida en forma de cuadrado, con contraventanas blancas y un enorme árbol de magnolia grandiflora que arrojaba una sombra amplia sobre la construcción. Nada demasiado ostentoso, sin pilares o pórticos al estilo sureño. Pero los jardines estaban atendidos con primor y en el lugar se respiraba un aire de prosperidad. Dejamos el auto bajo uno de los robles vivos que formaban un toldo sobre la calle.

—Demos gracias a Dios por los árboles —dije—. Por lo menos el auto no se convertirá en horno mientras estemos adentro.

Yo esperaba que abriera la puerta alguna sirvienta, pero fue la señora Torrance en persona quien estaba ahí de pie, con aspecto frágil pero elegante en su vestido a franjas blancas y negras y con sus perlas. Me pregunté cuántas mujeres llevaban por la tarde perlas dentro de casa en estos tiempos. Sobre todo si su marido acababa de fallecer. Me presenté con ella.

—Agradezco mucho que haya venido, teniente Patterson —dijo la señora Torrance—. Por favor, pase, y usted también, oficial Renoir. ¿Puedo prepararles un vaso de té helado o de limonada?

Ni siquiera la muerte de su marido despojaba a esa dama de sus buenos modales sureños.

—Muchas gracias, señora, pero no nos hace falta nada —repuse, al tiempo que ingresábamos a la deliciosa frescura de un vestíbulo con mosaicos de mármol en el piso. Nos condujo a una sala de estar decorada con un buen gusto discreto: muebles de caoba y pinturas de calidad en las paredes. Una de ellas consistía en el retrato de un hombre con cara de bulldog, que evocaba una tenacidad digna de Winston Churchill. La mandíbula protuberante le daba un toque retador, acentuado por un ceño permanentemente fruncido. Resultaba claro que Trey Torrance fue un hombre que esperaba salirse con la suya y que a la gente más le valía no hacerlo enojar.

—¿No tiene usted sirvienta, señora Torrance? —pregunté, sin poderlo evitar.

Tenía en la mano un delicado pañuelo de encaje, y se cubrió la boca con él.

—Sí, pero no se encontró a gusto aquí después de… después de lo sucedido. Dijo que sentía a los espíritus volando en la casa. Tuve que

permitirle que se fuera a su hogar, aunque yo tampoco me siento demasiado cómoda aquí, se lo aseguro.

Le dediqué una larga mirada, llena de consideración.

—¿Vudú, señora Torrance? —le pregunté—. ¿Qué le hizo pensar que el vudú causó la muerte de su marido?

—¿Qué pudo ser sino eso? —repuso, en tono de reprimenda—. Fue a ver a esa mujer, ella lo maldijo y él murió, justo como ella profetizó.

—A ver, vamos un poco hacia los antecedentes. ¿De qué mujer se trata?

—Trey era dueño de varios terrenos al otro lado del río. Tierras pantanosas que no sirven de nada. Pero se hizo de varios rellenos sanitarios que proyectaba traer en barcazas desde Missouri. Planeaba construir en esos terrenos y hacer nuevas subdivisiones con ellos. Ya le dije que sobre todo son pantanos y hierbas, pero con algunas chozas a lo largo del río, y esta vieja mujer vive en una de ellas. Rehusó abandonar la casa, aunque no tiene derechos de propiedad. Trey posee las escrituras de esos terrenos. Trey fue a verla, y ella se lo advirtió. Le dijo que lo iba a lamentar si insistía en llevar a cabo sus planes.

—¿Y qué hizo su marido?

—Se rio de ella, naturalmente. Le dijo que iba a traer *bulldozers* para aplanar la tierra y que le daba lo mismo si ella seguía en la choza.

—¿Así que su marido no tomó en serio su amenaza?

—Desde luego que no. Trey no respondía con bondad a las amenazas, y tampoco era un hombre capaz de creer en algo tan ridículo como el vudú. Vino a casa y me lo contó. «¡Qué perra más tonta!», dijo, y les pido perdón por las malas palabras. Trey solía expresarse abiertamente. «Si piensa que puede asustarme con sus brujerías, ya puede ir pensando de nuevo».

—¿Qué sucedió después?

—Llegó el muñeco.

Alzó la mirada con ojos asustados y huecos, y volvió a apretar el pañuelo contra la boca.

—¿Un muñeco vudú?

Ella asintió sin hablar.

—¿Puedo verlo?

Ella desapareció y volvió casi de inmediato con algo envuelto en tela. Dentro había un muñeco muy sencillo, hecho de muselina burda sin blanquear. No tenía cara ni facciones, y pudo ser un juguete infantil, excepto por las agujas con punta roja clavadas en el corazón, el estómago y la garganta. Lo examiné y se lo pasé a Renoir, que parecía no querer tocarlo.

—Quise tirarlo, pero por algún motivo no pude. Pensé que eso podía acelerar la maldición o algo semejante. Como es natural, no quise que Trey lo viera.

—¿Hace cuánto tiempo de eso?

—Poco menos de un mes. Ella le dijo que iba a morir antes de un mes, y así sucedió.

—Y el cuerpo, ¿aún está arriba?

Ella volvió a asentir, moviendo temerosa los ojos.

—Será mejor que me lleve a verlo.

Nos llevó por una escalera con curvas bien diseñadas a una enorme recámara principal. Las cortinas se hallaban cerradas y la habitación tenía un aire de acuario. Encendí la luz. El hombre tendido en la cama parecía estar en paz, pero ya no se parecía nada al retrato del feroz bulldog. Se veía pequeño y encogido.

—Su marido perdió mucho peso desde que pintaron aquel retrato —comenté.

—Desde la maldición —corrigió ella—. Yo vi cómo se iba encogiendo.

—¿No comía?

—Comenzó a vomitar al día siguiente, y después de eso no podía retener sus alimentos. Se sentía bien, comía algo y entonces le volvían a dar los vómitos. Se puso tan débil que ya no era capaz de mantenerse de pie.

—¿Llamaron a un médico?

—Dijo que probablemente se trataba de un virus. No lo tomó muy en serio.

—¿Tengo entendido que lo mató un ataque cardiaco?

—Eso dijo el doctor. Los vómitos cesaron después de unos cuantos días, pero Trey quedó más débil que un bebé y le resultaba difícil tragar. Luego comenzó a tener palpitaciones. Ya antes había tenido problemas con el corazón, sabe, y tomaba medicinas. El doctor le aumentó la dosis de digoxina, pero no tuvo mayor efecto. Yo le supliqué que fuera a ver a aquella mujer para decirle que la dejaría en paz, pero era tan testarudo que no quiso hacerlo. Aunque arriesgaba la vida, se negó a ir a verla.

Comenzó a sollozar calladamente.

Miré al hombre tendido en la cama y me aclaré la garganta.

—Señora Torrance, siento mucho que haya muerto su esposo, pero no sé qué pueda hacer la policía por usted.

Me miró con enfado.

—Arresten a esa mujer. Que pague por lo que hizo.

Traté de no sonreír.

—Señora Torrance, usted es una mujer sensata, por lo que veo. Seguro entenderá que en este estado ningún tribunal podrá condenar a nadie por un asesinato cometido mediante una maldición. Sería rechazado por la corte aun antes de comenzar un juicio.

—Ella es igual de culpable que si lo hubiese apuñalado u obligado a tragar veneno —dijo, rabiosa—. Debió ver a mi marido antes: un hombre agresivo, poderoso, lleno de vida. En el momento en que le pegó la maldición comenzó a derretirse hasta que le falló el corazón. Aunque no pueda probar la maldición del vudú, no dudo que asediarlo y amenazarlo vaya contra la ley, ¿no es así?

Yo negué con la cabeza.

—Si metiéramos en prisión a cada persona que dice «Te voy a matar», las cárceles tendrían aún más sobrepoblación que ahora. Mandar un muñeco por correo no es lo mismo que acosar. ¿No le envió nada más?

—Un muñeco fue suficiente —declaró, y me miró con frialdad—. Funcionó, ¿no cree usted?

Comencé a acercarme a la puerta. Ese cuarto en penumbra con las persianas cerradas creaba una atmósfera fría e incómoda. Me pregunté si yo mismo no estaría sucumbiendo a la histeria del vudú.

—Mire, señora Torrance, voy a pedir una autopsia para verificar la causa de la muerte. Si fue un ataque cardiaco, no creo que se pueda hacer nada. No sabe cómo lo siento. No dudo que todo esto deba resultarle muy angustioso.

—Es todavía más angustioso saber que gente como Maman Boutin puede matar a su antojo y nadie la va a detener —reviró ella.

—Muy bien —dije, suspirando—. Dígame cómo encontrar a esa Maman Boutin e iré a hablar con ella.

Nos describió el lugar donde se hallaban las chozas. Hice que Renoir organizara la recolección del cadáver para la autopsia, y enseguida visitamos al médico de la familia.

—Tengo entendido que usted no quedó muy satisfecho con la causa del fallecimiento —le dije al doctor.

Era un hombre pulcro, exigente y de baja estatura, del tipo que usa *blazer* y camisas planchadas y almidonadas. En el dedo meñique de la mano izquierda ostentaba un anillo de oro grabado.

—La causa de la muerte fue un ataque cardiaco —afirmó.

—Producido por…

Meneó la cabeza.

—Aquel hombre era una bomba de tiempo andante. Tuvo durante años problemas con el corazón, pero se negaba a reducir el paso. Le encantaban sus rosquillas y su café, y su *bourbon* con Seven-Up. Una personalidad clásica tipo A. De mecha muy corta. Si se le contradecía, explotaba de inmediato. El ataque al corazón solo era cuestión de tiempo.

—Así que usted no concuerda con la viuda en que fuera causada por el vudú.

—¿Eso dice ella?

Parecía que le divertía, y enseguida meneó la cabeza.

—Estaba bastante trastornada. Me dijo varias veces que alguna mujer lo tenía bajo una maldición, y acepto que se enfermó justo después de que esa presunta confrontación tuviera lugar, pero como médico no tengo la preparación necesaria para detectar síntomas de vudú. Reitero lo que escribí en el acta de defunción. Lo debilitó un virus agresivo en el estómago y lo liquidó un ataque cardiaco.

—He ordenado que le hagan una autopsia —dije—, por si las dudas.

—No sé qué cree que van a encontrar —declaró—, como no sea un músculo cardiaco con daños severos.

—Según su opinión, la muerte de este hombre ¿no tuvo nada de inesperado?

—Solo la velocidad con que fue empeorando —dijo—. Era un hombre fuerte como un toro, y aparte de sus problemas del corazón, nunca se enfermaba. Se contagió de un pequeño virus y al parecer nada pudo ayudarlo.

—¿Está seguro de que fue un virus?

—Si quiere implicar que fue la maldición del vudú, solo puedo decirle que en estos momentos hay un bicho en la ciudad causando daños estomacales, y los síntomas de Trey Torrance fueron consecuentes con los demás casos que me ha tocado tratar, aunque tal vez lo de él fuera más violento y serio, pero Trey no dejó de comer ni beber según era su costumbre. Probablemente no siguió la dieta blanda que yo receté. Lo suyo nunca fue aceptar instrucciones, como ya le habrá dicho la viuda.

—Muchas gracias, doctor —me despedí y nos marchamos de allí.

Era cerca de la hora punta, y nos llevó un buen rato cruzar el río y librarnos del tránsito de la ciudad. A partir de allí tomamos la carretera 18, con praderas y el caballo ocasional ondeando la cola a la sombra de un roble a un lado, y al otro, la enorme extensión del río Mississippi. En momentos como

ese, siempre me preguntaba qué diablos hacía encerrado en una ciudad grande. Nací en Kentucky y vine a Nueva Orleans para matricularme en Tulane, y me quedé. Pero en el corazón soy criatura del campo.

El último par de kilómetros antes de llegar a las chozas al otro lado del río tenía que recorrerse sobre una carretera de terracería. La lluvia de unos días antes llenó el camino de charcos. Avanzamos como pudimos, cayendo en baches y salpicando el auto mientras Renoir se disculpaba cada vez que pasábamos encima de un bache descomunal. Ese chico necesitaba que le crecieran un poco más los testículos si quería sobrevivir en el Departamento de Policía de Nueva Orleans.

Terminó la terracería y Renoir se estacionó bajo un árbol medio muerto, de aspecto deplorable. Tan pronto como salimos del auto oí los zumbidos. Apenas me dio tiempo de desenrollar las mangas de la camisa antes de que descendiera sobre nosotros una nube de mosquitos. Renoir corrió con menos suerte: iba de manga corta. Se daba manotazos y soltaba maldiciones sin cesar en voz baja.

—¿Cómo puede alguien querer vivir aquí, señor? —murmuró—. Esto es el mismísimo infierno.

—Supongo que hay gente a la que le gustan la tranquilidad y la paz —conjeturé—, que prefiere la soledad.

—Yo los dejaría en paz, desde luego, si me siguieran chupando toda la sangre en cada visita.

Seguimos un sendero estrecho a través de los arbustos hasta llegar a un campo de juncia que corría a lo largo de un brazo del río. Donde el brazo desaguaba en el río se agrupaban varias chozas bajo la sombra de un árbol. Las chozas tenían el aspecto de haber sido construidas por una pandilla de niños haciendo la sede de su club. Hoyos en las paredes, porches colapsados sobre el piso y ventanas clausuradas con tablas. No he tenido jamás una visión igual de deprimente.

Renoir se hizo eco de mis sentimientos:

—No veo por qué se pelearon por estos terrenos. No podrían pagarme lo suficiente para hacerme permanecer aquí.

Oímos que algo se arrastraba entre las hierbas a nuestra izquierda, y un cocodrilo viejo y enorme se deslizó por la orilla lodosa y se dejó caer al agua. Una garza pequeña se alzó de la superficie y voló en busca de un lugar más seguro. Los mosquitos siguieron ejecutando su sinfonía de zumbidos. Sentí que me picaban a través del pantalón, pero como oficial al mando mi dignidad no me permitía dar manotazos igual que Renoir.

Un perro flaco salió de abajo de una de las chozas más próximas y comenzó a ladrarnos. Esta señal hizo que un negro viejo asomara la cabeza por la puerta.

—Buenas tardes, señor —saludé—. Estamos buscando a la señora Boutin.

—¿Quieren ver a Maman Boutin? —nos preguntó con una voz que sonaba como una rueda que necesitaba aceite—. No suele recibir bien a los desconocidos.

—Somos policías. Nada más necesitamos hacerle unas pocas preguntas.

—No suelen gustarle tampoco las preguntas —comentó.

Los mosquitos y el calor húmedo me agotaban la paciencia.

—Y a la policía no le gusta nada que le hagan perder el tiempo —dije—. Podemos hablar aquí con ella o pedir que la arresten para poder interrogarla. A mí me da igual.

El viejo nos miró, alarmado.

—Yo no haría eso, señor. No conviene molestar a Maman Boutin. Le pone mal de ojo y se marchita y muere. Yo lo he visto con estos ojos.

—Estoy dispuesto a arriesgarme —dije, y oí tras de mí que Renoir aspiraba ruidoso el aire.

El viejo alzó los hombros, considerando que yo era un caso perdido.

—En aquella casa de allá, junto al árbol.

La choza quedaba medio escondida por el gran tamaño del árbol, con cortinas de musgo español que la terminaban de cubrir. Era una estructura lamentable erigida con trozos disparejos de madera y tablas nuevas clavadas en donde las viejas estaban antes de romperse. Al techo le faltaban parches de grava, y quedaba el papel alquitranado a la intemperie. Me sorprendió que la casucha tan cerca del río pudiera sobrevivir en ese estado. He visto los efectos de las inundaciones de primavera.

Entre charcos llegamos hasta la choza de Maman Boutin. Al primer perro se le unió otro, y andaban a nuestros talones, con gruñidos tenues. No era una sensación cómoda. Renoir se aseguró de mantenerse tan cerca de mí como le era posible.

—¿De verdad tengo que entrar ahí, señor? —me preguntó.

—¿Le tienes miedo al vudú, Renoir?

—Señor, no es lo mismo para usted —repuso Renoir—, porque no nació aquí. Lo traemos en la sangre.

—Si es una auténtica sacerdotisa, sabrá que tú no quieres hacerle ningún daño. Vas a estar seguro.

Cuando comencé a subir por los cinco desastrados escalones que conducían a la puerta principal de Maman Boutin, oí de pronto un cacareo que no sonaba igual a nada de este mundo. Mi corazón dio un par de vuelcos hasta que vi que varios pollos blancos dormidos en la sombra del porche se despertaron y armaron una barahúnda alrededor de nosotros. El ruido atrajo un rostro que nos contempló desde la oscuridad tras las puerta.

—Yo sé para qué han venido —dijo una voz seca, con un eco ligero de acento francés.

—¿Usted es Maman Boutin?

—Así me dicen.

—He venido a hacerle unas preguntas sobre el señor Torrance. ¿Recuerda usted al hombre que vino a visitarla?

—¿Ya murió? —preguntó con la mayor tranquilidad.

—Murió esta mañana. ¿Nos permite entrar?

—No veo por qué no, en el caso de usted. Él puede esperar en el porche.

Indicó a Renoir, que mostró un gran alivio.

Al entrar me envolvió una oscuridad tan completa que apenas me permitió percibir la forma de una mesa y una silla de respaldo recto. El lugar apestaba con un olor peculiar, una mezcla de vegetación podrida y sudor, combinado con excrementos de pollo y cierta clase de incienso dulzón. Tosí y traté de no respirar.

—Puede sentarse ahí —sugirió, indicando la silla.

Me senté. Ella se acomodó en su sitio, un viejo sillón que en la oscuridad no había notado antes. Apenas pude distinguir su cara. Lo poco que vi hablaba de vejez y arrugas, como una manzana seca, de color tan oscuro que se fundía en la penumbra del cuarto. Pero sus ojos brillaban diáfanos. Me fui acostumbrando a la oscuridad. Vi que llevaba una tela que le envolvía la cabeza y varios collares de cuentas alrededor del cuello.

—El señor Torrance murió hoy —anuncié.

Ella asintió como si esperara mis palabras.

—Vino a verla hace un mes. Le dijo que iba a tener que mudarse porque él proyectaba construir en estos terrenos. Usted lo amenazó.

—No lo amenacé —dijo ella.

—La viuda afirma que usted le echó una maldición de vudú.

—Fue solo una advertencia —dijo ella—. ¿Qué derecho tenía de venir a decirme que me fuera de esta tierra? Yo nací en este lugar. Mi mamá nació también aquí antes de mí. Le dije que no me iba a ir a ningún lado. ¿Sabe lo

que contestó él? Me dijo que iba a pasar con un *bulldozer* sobre mi choza, sin importarle que yo estuviera adentro.

—¿Y usted le echó una maldición?

Se alzó de hombros.

—Dije que si no cambiaba de parecer lo lamentaría.

—Y le mandó el muñeco.

—¿Que yo hice qué? —preguntó inclinándose hacia delante en su sillón.

—Un muñeco vudú con agujas clavadas.

—Nunca le mandé ningún muñeco. Eso son tonterías para turistas. Maman Boutin no necesita muñecos para hacer su magia, jovencito. Si digo que un hombre va a morir, es porque morirá. Yo tengo magia fuerte. Los *loa* me escuchan.

—¿Así que usted nunca le envió el muñeco?

—Ya le dije que no.

—¿No le envió nada más? ¿Le dio algo de beber o de comer?

Soltó una risa seca, que sonó a cacareo.

—¿Usted quiere saber si le di yo una especie de mala medicina? Maman Boutin no necesita mala medicina. Ustedes, policías, están perdiendo el tiempo aquí. Si mi magia le causó la muerte, nunca podrán probarlo.

No tenía un pelo de tonta, pensé mientras me ponía de pie.

—Ya lo sé —acepté—, pero estamos en los Estados Unidos de América. No puede andar por ahí matando gente cuando se le antoja.

—¿Y por qué no? ¿Acaso no lo hacen muchos en esa ciudad suya? Le disparan a alguien solo para robarle la cartera, los zapatos o la chamarra. Ese señor Torrance quería lanzar de sus hogares a todas estas buenas personas, hogares en que nacieron, hogares sobre los que él no tenía ningún derecho.

—Hay tribunales para arreglar esas cosas.

—Pero todos saben que la ley no tiene oídos para los pobres —declaró ella—. Por eso los pobres necesitan a gente como yo, que los defienda.

Se me quedó mirando directamente. A la media luz sentí la intensidad de sus ojos.

—Es mejor que se vayan ahora —recomendó.

Estiró el brazo para agarrar algo. Pensé al principio que sería un bastón. Percibí de súbito que se movía. Era una serpiente. Había leído la expresión «con los pelos de punta», pero nunca antes me había pasado. Oí un sonido que resonaba en las vigas del techo, como si espíritus furiosos volaran por ahí.

—Ya me voy —dije, y me dirigí a la puerta lo más rápido que pude, sin parecer apurado.

—Y no vuelva —me avisó a mis espaldas—. Déjenos vivir en paz y no molestaremos a nadie.

Salí al resplandor rosado del sol poniente. Renoir se hallaba de pie en la sombra del árbol y pareció aliviado de verme. Los pollos no se veían por ningún lado.

—Vente, Renoir. Ya nos vamos —le avisé.

No tuve que decírselo dos veces. Cruzamos el lugar a grandes zancadas.

—¿Piensa usted que ella es auténtica, señor?

—No tengo ni idea, Renoir —respondí, sin querer hablarle de los pelos de punta ni de la serpiente.

—¿Se dio cuenta de que todos esos pollos eran blancos?

—Lo noté.

Terminamos de cruzar el área de las viviendas. Los perros se quedaron atrás, vigilando con las colas enhiestas. No vi señales del cocodrilo ni de la grulla. El sendero era estrecho y andábamos en fila india.

—¿Admitió haberlo hechizado, señor? —preguntó Renoir después de que alcanzamos la seguridad del automóvil, más allá de los arbustos.

—No exactamente. Pero tampoco se sorprendió al saber que había muerto.

—No hay manera de que se pudiera probar un hechizo, ¿verdad?

—Ni siquiera hagas el intento, Renoir.

—Entonces, ¿fue una pérdida de tiempo venir hasta aquí?

Me miró como si temiera haber ido demasiado lejos con esa pregunta.

—¿O solo quería satisfacer su curiosidad? —agregó.

—En realidad no fue ninguna pérdida de tiempo —objeté—. Obtuve una pieza valiosa de información. Ella no envió el muñeco.

—Tal vez le dijo una mentira.

Negué con un movimiento de cabeza.

—Esa anciana podrá hacer muchas cosas, pero mentir no es una de ellas. Si hubiese enviado el muñeco, lo habría admitido gustosa. Declaró que no necesitaba muñecos para hacer su trabajo.

Renoir me abrió la puerta del auto.

—Entonces, ¿quién lo envió?

—Tu trabajo consiste en descubrirlo, Renoir.

—¿Yo, señor? ¿Cómo puedo investigar sobre muñecos vudú?

Le lancé una mirada larga y dura.

—Renoir, puedes comenzar a exhibir un chispazo de iniciativa o terminarás como un inservible empleadillo. Tú eliges.

Renoir asintió.

—Correcto. Sí, señor. Lo descubriré.

Me dio lástima su expresión de perro regañado. Era muy joven, en realidad. Probablemente yo no fui menos inseguro tratando de no pisar callos cuando me inicié en el departamento, pero hace ya tanto tiempo de eso que en verdad ya no me acordaba. Sabía que no deseaba parecer demasiado ansioso o temerario.

—Puedes comenzar por acompañarme a interrogar a la sirvienta.

—Oh, la sirvienta —repitió, al parecer impresionado—. Sí, me había olvidado de ella.

—Siento curiosidad por averiguar por qué se fue tan de prisa. ¿Tendría de verdad miedo al vudú?

—¿La vamos a interrogar esta noche? —preguntó Renoir, tratando de esquivar los baches en el camino cuesta abajo.

—Podemos dejarlo para mañana temprano. Ahora lo que me hace falta es una cerveza bien fría.

—Qué idea más buena, señor —aprobó, y su rostro redondo se encendió en una sonrisa.

La mañana siguiente llamé al patólogo que realizaba la autopsia.

—¿Ya hay noticias? —pregunté.

—La causa de la muerte fue un ataque cardiaco masivo. Exactamente lo que dijo el médico que lo atendía.

—¿Y qué revelaron las muestras de tejidos?

—Los primeros estudios indican la presencia de un compuesto de digitálicos, lo cual era previsible pues era un medicamento prescrito.

—¿En la cantidad esperada?

—Aún no tengo los detalles. Llámanos más tarde.

Me llevé a Renoir a visitar a la sirvienta, que se llamaba Ernestine Williams, una mujer alta, de huesos grandes y aspecto digno. Las únicas huellas de sus ancestros criollos eran los ojos oscuros y los rizos del pelo. A primera vista no parecía sirvienta, tampoco la clase de mujer que sentiría pánico por una maldición vudú. Pero tal y como señaló Renoir, yo no nací en Nueva Orleans. No tenía el miedo en la sangre.

—Siento mucho haber abandonado a la señora Torrance —dijo mientras nos introducía a un pequeño apartamento bien ordenado, muy cerca del Superdome—, pero todo resultó demasiado para mí. Contemplar a ese

hombre encogerse hasta morir; nunca vi cosa semejante. Y luego el muñeco con los alfileres. Le digo, me dan escalofríos al acordarme.

—Por favor, cuéntenos del muñeco —dije, aceptando sentarme en un sofá de vinilo cubierto con un paño de punto multicolor.

—La señora Torrance me lo enseñó. Me dijo: «¿Quieres ver lo que ha enviado esa mujer? Estoy pensando echarlo al fuego». Dijo que por ningún motivo se lo iba a mostrar a él.

—¿Usted normalmente recogía las cartas en el buzón?

—Sí, señor —asintió ella—. El cartero llega a las nueve y llevo las cartas al estudio.

—Así que fue usted quien entregó el paquete con el muñeco.

Ella lució desconcertada.

—No, señor. No vi el paquete hasta que la señora Torrance me mostró el muñeco.

—¿No le pareció raro?

El aspecto de desconcierto se mantuvo.

—No, señor, no pensé en eso hasta ahora, pero a veces, si yo salía a un mandado, la señora Torrance se encargaba de recoger el correo.

—¿Así que no vio nunca la envoltura del paquete?

—No, señor, no la vi.

Me recargué en el sofá.

—Dígame, Ernestine, ¿cuánto tiempo lleva trabajando con los Torrance?

—Voy cumpliendo siete años, señor.

—Debe de haberle gustado ese empleo.

Arrugó la nariz.

—No diría exactamente que me gusta, pero me pagan bien y el trabajo no es tan difícil. Le comento que el señor Torrance no era un hombre fácil de complacer. Le gustaba que todo estuviera de cierta manera, y si tenían invitados, me seguía por todas partes, respirándome en la nuca. Y pegaba muchos gritos.

—Gritaba mucho, ¿no es así?

Tuvo que sonreír mientras meneaba la cabeza.

—Oh, sí, señor. Unos gritos terribles. Si cualquier cosa no le parecía de su gusto, se paraba ahí mismo y comenzaba a dar gritos para que una de nosotras lo arreglara. La señora Torrance se encargaba de cocinar lo principal, porque era muy especial en sus gustos de comer.

—Y la señora Torrance, ¿también era difícil?

—Solo cuando le preocupaba que el señor no quedara satisfecho con mi quehacer. Ella se esforzaba siempre por hacerlo feliz.

—¿Y él qué tal la trataba? —pregunté.

—Lo voy a poner en estos términos, señor. Si mi difunto marido me hubiera tratado de esa manera, le habría dado una tunda. Pero él de verdad le tuvo cariño. Podía ser más dulce que el azúcar con ella, cuando quería. Si iba demasiado lejos y la hacía llorar, al otro día llegaba con algún artículo bonito de joyería o un ramo de flores.

Eché una mirada a su habitación.

—¿Así que no se quedaba a pasar la noche ahí?

—Tengo un cuarto en la casa —replicó—, y parte de la semana duermo ahí, sobre todo si tienen visitas. Pero necesito un lugar propio donde pueda estar por mi cuenta, si usted me comprende. Un poco de paz y tranquilidad.

—La comprendo muy bien, Ernestine —dije levantándome del sofá, al ver que Renoir se paraba de su silla junto a la puerta.

—Y ahora, ¿qué hará usted? —inquirí—. ¿Va a volver, ahora que ya se llevaron el cuerpo?

—Eso depende de lo que decida hacer la señora Torrance, supongo —repuso—. Tal vez no quiera vivir ella sola en esa casa enorme y vieja. Pienso que no dan muchas ganas de dormir allí, después de esto. Tendré que esperar y ver qué sucede.

Nos abrió la puerta para que saliéramos.

—Haré lo que sea mejor para ella. Ha sufrido mucho, bendita sea.

Salimos al aire caliente y pegajoso de la calle. Aun a esa hora temprana, el ambiente se sentía tan espeso y pesado que costaba trabajo andar en él.

—¿Qué piensas, Renoir? —le pregunté.

—Me pareció una buena mujer, señor.

—En efecto. Pero a veces son las que parecen buenas las que te pueden sorprender. Examina los archivos en la estación cuando regresemos. Busca lo que se sabe del difunto marido. Yo voy a echar un vistazo al testamento de Trey Torrance.

—Señor, ¿no pensará usted que…?

—Por el momento no pienso nada. Quizá pescó un virus y murió de un ataque al corazón. Pero alguien envió ese muñeco. Alguien deseaba su muerte.

El testamento resultó muy sencillo. Después de varios donativos generosos a instituciones de caridad, incluida una suma suficiente para que su Carnival Krewe siguiera con sus lentejuelas por muchos años, el resto de su fortuna pasaba a su amada esposa. La señora Torrance era ya una viuda rica. Debí parar ahí. Dios sabe que tenía muchos otros casos de mayor urgencia —un chico herido de bala al salir de un club de baile la noche anterior o la desaparición de una madre de cuatro hijos—, pero me seguía intrigando Maman Boutin. Y aún no creía en el vudú.

Tipos como Trey Torrance se hacen de enemigos. ¿Tendría planes un competidor por aquellos terrenos? ¿O un rival en otro negocio? Pensé a quién pudo contarle sobre la maldición vudú, quiénes lo visitaron durante la enfermedad y quién enviaría el muñeco. Puse a Renoir a verificar los negocios de Torrance y le encargué que me llamara tan pronto como supiera algo del muñeco. No tenía demasiadas expectativas.

Mientras tanto, le hice otra visita a la señora Torrance. Quería saber sobre los medicamentos de Trey.

—¿Las medicinas de mi marido? —preguntó perpleja—. ¿Qué tiene que ver eso?

—Se hallaron trazas de digoxina en su sistema y debo verificar si lo que tenía prescrito era en efecto digoxina.

—El frasco está en su botiquín —me informó, y me condujo a un lujoso cuarto de baño, con bañera de mármol y complementos de cristal. Allí no escatimaron en gastos. Me enseñó el frasco.

—Aquí está —anunció.

—¿Cumplía con sus medicamentos?

—Para nada —repuso ella—. Trey se creía inmortal. Nunca se habría tomado una pastilla si no fuera porque Ernestine o yo se la llevábamos regularmente.

—Gracias. Es todo lo que necesitaba.

Le devolví el frasco. Ella lo mantuvo en la mano.

—¿Cree que está bien tirarlo ya?

—Mejor guárdelo un poco más, por si se ofrece —le dije con una sonrisa tranquilizadora.

Yo era bueno para esa clase de sonrisas. Llevaba veinte años practicándolas, sin permitir que ningún músculo de la cara traicionara lo que pensaba en realidad. En este caso noté el nombre del doctor que recetó las pastillas. Advertí que el uno de octubre le recetaron sesenta, para que las tomara tres veces al día. Vi que solo quedaban diez. Aun si hubiera

comenzado a tomarlas en la fecha en que le fueron recetadas, debían quedar por lo menos quince. Así que o bien las había perdido, o bien alguien le prestó ayuda para llegar al otro mundo.

Hice una llamada al médico de la familia.

—La señora Torrance me dijo que usted aumentó la dosis de sus medicinas después de que su corazón latió con un ritmo anormal —le dije.

—Un aumento ligero.

—¿Más de tres píldoras al día?

—No. El mismo número con mayor concentración.

—Gracias —volví a colgar. Mi corazonada era acertada.

Al volver al cuartel general me recibió en la puerta un Renoir muy emocionado. Por primera vez se le veía animado.

—Descubrí quién compró el muñeco —dijo en voz tan alta que todos los que estaban en el corredor volvieron la cabeza.

—Qué bien —dije, dándole una palmadita en la espalda—. ¿Quién fue?

—Una mujer.

Lucía muy satisfecho de sí mismo.

—Genial. Eso elimina a la mitad de la población.

Renoir ignoró el sarcasmo.

—¿Sabía usted que hay tiendas de vudú aquí mismo en Nueva Orleans? ¡Uno puede ir a una tienda y comprar grisgrís, diseños de *veve* y hechizos!

—Nada de este lugar me sorprende —repuse—. ¿Encontraste la tienda?

—La encontré en internet. Uno puede buscar lo que sea en estos días. Fui y el dueño me dijo que usualmente venden los muñecos a los turistas, pero esta mujer era claramente local. La compró hace unas tres semanas. Así que esto lo prueba, ¿no, señor?

—¿Prueba qué?

—Que ella le mintió.

—¿Quién me mintió?

—Maman Boutin. Mintió sobre enviar el muñeco.

—¿Qué te hace pensar que la mujer era Maman Boutin?

—El tipo de la tienda dijo que era claramente local. Maman Boutin ciertamente se ve y suena como alguien local, ¿no diría usted?

Le puse una mano en el hombro.

—¿Te dio una descripción de la mujer?

—Bueno, no, señor. Pero supuse…

—Regla número uno. Si quieres conservar este trabajo, Renoir, consigue todos los datos antes de abrir la boca. Vamos. Llévame de regreso a la tienda.

A lo largo del camino, Renoir permaneció en silencio, en actitud contrita. Se estacionó afuera de una hilera de pequeñas tiendas en las orillas del barrio viejo, convertidas en un área turística.

El dependiente se mostró sorprendido al ver de nuevo a Renoir. Este, por su parte, lucía mortificado.

—En realidad no puse mucha atención en los detalles —dijo el dependiente—. Pero me acuerdo de ella porque no era el tipo de mujer que habitualmente llega a la tienda. De edad media, bien vestida. El pelo arreglado. Los turistas no suelen usar buena ropa ni tacones altos cuando pasean por la ciudad.

Volvimos al auto.

—¿Puedes creer que Maman Boutin iba a venir al centro de la ciudad para comprar un muñeco, Renoir? —pregunté—. Si ella quisiera enviar un muñeco, lo habría hecho ella misma, para ponerle su propia magia.

—Supongo que eso es cierto —murmuró, aún contrito.

—Entonces, ¿qué piensas? —volví a preguntarle.

—¿Yo? ¿Mis pensamientos? —dijo, sorprendido por la pregunta.

—Este caso es también tuyo, además de ser mío.

—La sirvienta, señor. Se fue con demasiada prisa, ¿no? Y no parece que piense en volver.

—¿Qué fue lo primero que te enseñaron en tus clases de detective?

Renoir frunció el ceño.

—¿Quién se beneficia? —aventuró Renoir.

—Y en este caso, ¿quién?

—La sirvienta no. Perdió su empleo —repuso, todavía arrugando la frente.

—Y no la menciona el testamento.

—La esposa acaba de perder a su marido.

—Y se ha vuelto una viuda rica.

—¡Oh! —exclamó, abriendo mucho los ojos—. ¿Le parece posible que su misma esposa…? Se veía tan desconsolada.

—Te daré un consejo, Renoir. Las mujeres universalmente son buenas actrices. Todas las mujeres que he conocido son capaces de llorar a voluntad.

—Pero ¿por qué, señor? ¿Con qué motivo? Es un poco demasiado vieja para tener algún tipo esperándola, y ya era rica antes de que él muriera.

—Pues quizá quería librarse de un tirano dominante, y la amenaza del vudú le ofreció una salida fácil.

—¿Cómo es posible, señor? Pensé que Torrance no creía en el vudú.

—Ella ayudó con una sobredosis de medicamentos. Tal vez haya encontrado alguna manera de debilitarlo de antemano.

—¿Podemos probar eso?

—¿La sobredosis de medicinas? Seguramente no. Ella puede declararse olvidadiza, decir que él estaba enfermo del virus y no sabía si se había tomado o no sus medicamentos. Ya veremos lo que los forenses encuentran en las muestras de tejidos, ¿eh?

La nueva corazonada también fue correcta. Al otro día llamaron del laboratorio. Encontraron trazas de arsénico en los tejidos. No suficiente para matar, pero sí para poner muy enfermo a cualquiera. Pensó, según creo, que al suspender el arsénico dos semanas antes de su muerte no se arriesgaba a ser descubierta, pero se pasó de lista, pues no sabía que el arsénico se queda en los tejidos para siempre.

Me llevé conmigo a Renoir cuando fui a arrestarla. Mientras conducía, su cara adoptó su expresión de perplejidad.

—¿Qué te pasa, Renoir? ¿Acaso te da lástima? Un policía no puede permitirse emociones que interfieran con el caso. Ya sabes eso.

—Lo sé, señor. No puedo afirmar que tenga emociones en uno u otro sentido. Pero no entiendo por qué nos llamó. Su propio doctor firmó un certificado de defunción. Habría pasado como ataque cardiaco. No se habría hecho la autopsia. Pudo librarse de toda sospecha sin que nadie le hiciera preguntas. ¿Por qué razón pidió que interviniéramos?

—Tal vez una venganza personal contra Maman Boutin —sugerí—. Ella también nació en Nueva Orleans. Quizá Maman Boutin hechizó a su madre. Las obsesiones de venganza permanecen mucho tiempo en estas latitudes, ¿no crees?

Renoir alzó los hombros.

—Por otra parte —proseguí—, tal vez buscaba una oportunidad de decir al mundo qué clase de filántropo era en realidad su marido, y los infiernos en que la introdujo. Tal vez deseaba volverse protagonista para variar, disfrutar de su papel después de vivir siempre a su sombra. Con las mujeres nunca se sabe.

La señora Torrance nunca nos reveló la menor indicación de sus motivos. Guardó silencio y conservó sus buenos modales hasta el día de la audiencia en los tribunales. Pero llevó a su comparecencia ante el juez un vestido elegante de dos piezas, con tacones altos y perlas, y en la puerta se detuvo a sonreír entre los destellos de focos de *flash* que la rodeaban.

SACERDOTES

GEORGE C. CHESBRO



Probablemente el personaje más famoso de GEORGE C. CHESBRO sea Robert Frederickson, investigador privado, criminólogo, cinta negra de karate y enano que, con el nombre artístico de «Mongo el Magnífico», alguna vez fue cirquero de talla mundial. Las historias de Mongo solían incluir elementos fantásticos o sobrenaturales, y aunque «Sacerdotes» no pertenece a la serie de Mongo, comparte su preocupación por fuerzas fundamentales como el mal.

LOS SÍMBOLOS QUE ALGUNA VEZ LE TRAJERON PAZ y sentido de pertenencia a una comunidad que se perpetuaba infinitamente ahora evocaban en él las emociones opuestas y le recordaban lo que había perdido y su aislamiento de todas las personas, lugares y cosas que hasta cinco años antes, cuando fue desterrado de ese mundo, habían permeado su alma y definido su ser entero.

Flanqueado por las estatuas del viacrucis en sus nichos umbríos y sintiéndose como un corredor desnudo y vulnerable que tras un desafío ha decidido poner a prueba su espíritu, Brendan Furie recorría con grandes zancadas, que la gruesa alfombra granate amortiguaba, la nave mayor de la catedral, débilmente iluminada. No había estado en una iglesia en los cinco años desde que lo excomulgaran: esa amputación de su alma del cuerpo de la iglesia, urdida por la figura de negro arrodillada, con la cabeza inclinada en oración, en la barandilla ante el altar cubierto de telas blancas frente al sagrario.

Brendan tenía la clara sensación de estar siendo observado y se preguntaba si no sería una especie de sentido vestigial de los ojos de Dios, una reacción psicológica a su regreso, tras una larga ausencia, al entorno físico que alguna vez lo significó todo para él pero ahora no parecía sino un recuerdo lejano de otra vida, una vida que quizá fue solo un sueño.

Llegó al sagrario, pero la débil figura arrodillada no se movió y Brendan no estaba seguro de que el hombre se hubiese siquiera percatado de su presencia. Por un momento sintió aquel viejo impulso, prácticamente instintivo, de hacer una genuflexión frente al altar, pero sabía que ya no tenía ni la obligación ni el derecho, así que simplemente se sentó en el extremo del primer banco y esperó a que el cardenal Henry Farrell terminara sus oraciones.

Pasaron casi cinco minutos antes de que el anciano, sin levantar la cabeza ni separar las manos, dijera en voz baja:

—Gracias por venir, padre.

—Vine porque usted me lo pidió, su eminencia —respondió Brendan sin alterarse. Tragó saliva y añadió suavemente—: le agradecería si no me dijera «padre». Suena un poco raro, francamente, viniendo de usted, que sabe mejor que nadie que ya no soy sacerdote.

Hubo un prolongado silencio y Brendan empezó a preguntarse si el cardenal lo habría oído, pero en eso la figura arrodillada dijo:

—Otras personas siguen diciéndole así.

—No.

—Se ha vuelto famoso.

—¿Sí?

—Lo he visto en los periódicos. Le dicen «el sacerdote» o a veces nada más «sacerdote».

—No es lo mismo, su eminencia.

—No —respondió el anciano y se estremeció ligeramente, como si hubiera sentido un escalofrío—. Y preferiría que no me dijera «su eminencia». Hace tiempo que dejé de sentirme eminente. Agradezco su cortesía, pero no es necesaria.

—Como usted desee, señor.

—Brendan, ¿trae usted una… pistola?

Parecía una pregunta decididamente extraña en esa casa de culto hecha de piedra, y Brendan se quedó unos momentos observando la espalda del anciano. La figura arrodillada, sin embargo, permanecía inescrutable: vieja carne y viejos huesos cubiertos de negro.

—No —respondió al fin.

—Pensé que podría ser. Lo que se cuenta…

—A veces traigo pistola, pero no muy seguido. En mi profesión, una pistola no sirve de mucho. Aún no conozco superstición, ignorancia, odio u obsesión que pudiera eliminarse con una bala.

Ahora el cardenal levantó la cabeza, separó sus huesudas manos, enderezó la espalda. Se recargó en el barandal y penosamente trató de levantarse. Brendan se puso de pie y avanzó para ayudarlo, pero se detuvo cuando el cardenal sacudió la cabeza vigorosamente en señal de rechazo. Brendan volvió a sentarse y esperó. El cardenal finalmente consiguió ponerse de pie. Se dio la vuelta, caminó vacilante hacia el banco al otro lado del que ocupaba Brendan y se sentó con cuidado. Brendan miró a los ojos al hombre sentado al otro lado de la nave de alfombra granate y quedó horrorizado por las facciones demacradas, la carne apergaminada y casi traslúcida, las grandes ojeras. El cardenal Henry Farrell, pensó Brendan, parecía una fruta marchita o a la que se le hubiera quitado el corazón.

Los labios del anciano se recogieron en una especie de sonrisa desconcertada. Una serie de emociones que Brendan no supo descifrar se movían como sombras de luna en los llorosos ojos grises.

—El peligro, el mundo y las buenas obras parecen haberle hecho bien, sacerdote. Tiene usted muy buen aspecto.

—Usted no.

—Voy a morir… pronto.

—Lo lamento.

Con mano temblorosa, el débil príncipe de la Iglesia hizo un gesto de desdén y de nuevo sonrió.

—Sin duda son misteriosos los caminos del Señor, ¿verdad?

—Eso he oído, padre.

—Supongo que podría decirse que en un sentido yo lo creé a usted.

—¿Por qué, padre?

—Yo creé este «sacerdote» en el que se convirtió, este hombre con tanta fama, o mala reputación, como dirían algunos, que ahora es nada menos que investigador privado especializado en asuntos religiosos y espirituales, acérrimo defensor de los niños y sus derechos. Antes usted no era más que… un sacerdote. He oído una y otra vez que es una encarnación de Cristo mucho más efectiva ahora en su deshonra que antes de su… cambio de profesión. Las implicaciones de esto para la Iglesia son tema de acalorados debates entre

ciertos teólogos. Casi nunca se menciona mi nombre. En realidad creo que mi papel en todo esto se ha olvidado.

Brendan no dijo nada. Se sentía extrañamente distanciado, separado de este viejo enemigo y de la institución que representaba por un infranqueable muro de traición, pérdidas, dolor y muerte.

—Usted nunca fue buen sacerdote, Brendan —prosiguió el cardenal con una voz que parecía elevarse con pasión nacida del enojo o del arrepentimiento—. Siempre fue rebelde, nunca estuvo a gusto con la Iglesia. Siempre cuestionaba lo que no tenía ningún derecho a cuestionar.

—Cuestionaba lo que usted no quería que yo cuestionara, su eminencia, pero siempre lo obedecí, ¿o no? —Brendan hizo una pausa para dar tiempo a que retrocedieran las oleadas de enojo y viejo resentimiento que empezaba a sentir. Cuando se esfumaron continuó—: Me retiré a hacer penitencia cuando usted me lo ordenó y salí para hacer su mandado cuando usted me dijo. No era la Iglesia lo que me tenía incómodo.

El cardenal se puso rígido.

—¿Mi mandado?

—Es lo que dije.

—Era un asunto de Dios.

—Era un asunto de usted.

—La razón por la que se le ordenó retirarse, para empezar, era enseñarle que a usted no le corresponde hacer esos juicios.

Brendan reprimió un suspiro.

—¿Por qué me pidió venir, padre?

El anciano, esquivando la mirada de Brendan, miró hacia el altar y, más allá, la enorme figura de madera pintada de Cristo clavado en una cruz.

—Le dije que moriré en poco tiempo. Mis asuntos profanos están en regla y ahora trato de hacer lo mismo con mi alma.

—¿Qué quiere de mí, padre? —preguntó Brendan en tono neutral.

—Quiero que escuche mi confesión.

Brendan no creía haber oído correctamente al hombre; de ser así, solo podía significar que haberle hecho acudir a él era la broma lamentable de un anciano moribundo, o que la mente de ese hombre estaba deteriorándose. No dijo nada.

—¿Rechazaría la petición de un hombre tan cercano a la muerte?

—No entiendo la petición.

—No le pido entenderla, solo concederla.

—No estoy precisamente cualificado para escuchar su confesión, ¿o sí? ¿Por qué querría participar en una acción herética? Algunos de sus colegas más conservadores podrían decir que usted cometió herejía con tan solo haberme hecho esa petición, suponiendo, esto es, que lo dijera en serio.

El anciano abrió la boca y emitió un raro sonido áspero. Brendan tardó unos momentos en darse cuenta de que estaba riendo.

—¿Desde cuándo le ha preocupado lo que la Iglesia considerara, o no, herejía? No creo que le importara mucho ni siquiera antes de que lo expulsaran del sacerdocio.

—Qué cosas me preocupen son asunto mío, padre —respondió Brendan, sereno—. Perdóneme por decir que antes ha jugado conmigo, y no puedo evitar preguntarme si esto no será parte de algún otro jueguito.

El cardenal apartó la mirada abruptamente; cuando volvió a dirigirla a Brendan, sus ojos apagados y llorosos adquirieron un brillo inusual.

—Esto no es un juego, Brendan —dijo, enérgico.

—Sus pecados no tienen nada que ver conmigo.

—Sabe que eso no es cierto. —Hizo una pausa, se echó hacia delante y agregó—: Algunos pecados se empeñan en volver para castigarlo a uno en esta vida. Escúcheme.

—No voy a oír su confesión.

El cardenal suspiró y volvió a recargarse en el banco.

—¿Por qué me acusa de haber jugado con usted? Se le pidió realizar un exorcismo. Por sus errores de cálculo, la madre de la muchacha en cuestión cometió un pecado mortal al quitarse la vida. Las autoridades eclesiásticas determinaron que el suicidio de esa joven mujer fue resultado directo de su infracción, Brendan: su falta de preparación adecuada y acaso también su falta de fe y resolución. Se decidió que el pecado era de usted, no de ella, y su castigo fue excomulgarlo. Puede ser que el dictamen fuera duro, pero influyeron en él sus actitudes pasadas, sus escritos, su reputación y sus acciones como sacerdote disidente. Constantemente estaba usted metido en organizaciones y causas sociales y políticas que la Santa Sede consideraba inapropiadas. Se le advirtió más de una vez. Esos son los hechos. ¿Los impugna?

—No los impugno. Esos son los hechos, pero la verdad está en otro lado.

—Ah, ¿sí? ¿Y exactamente cuál es la verdad?

—Usted me mandó a realizar un rito para el que sabía que no estaba preparado y en el cual tenía sospechas de que yo no creía.

—¿No cree en la posesión satánica?

—Creo en la obsesión fundada sobre la avaricia, la lujuria, el odio u otra docena de males humanos. Pero bastante difícil de por sí es lograr que la gente se responsabilice de sus acciones sin darles la posible excusa de que el Diablo los llevó a hacerlo.

—No es propio de usted mostrarse displicente o irrespetuoso con ideas que otras personas se toman muy en serio, Brendan.

—Le estoy diciendo la verdad que afirmó querer escuchar. Si piensa que estoy siendo displicente, es que aún no me conoce y nunca podrá entender lo que pasó. Lisa Vanderklaven no estaba poseída por demonios: su comportamiento imprevisible era, bajo esas circunstancias, racional y saludable. Tenía una muy buena razón para desobedecer a su padre y huir a cada rato de su casa: el mismo hombre que era amante de su madre y socio cercano de su padre la maltrató salvajemente una y otra vez. Cuando Lisa le habló a su padre del maltrato, se negó a creerle. Henry Vanderklaven prefirió creer que a su hija la poseían los demonios, pues aceptar que Werner Pale abusaba sexualmente de ella habría interferido con sus intereses comerciales y puesto en duda su ojo para la gente. Lo que Lisa Vanderklaven necesitaba no era un exorcismo sino protección.

»En mi entrevista inicial con Lisa, ella se desmoronó; no podía creer que su padre en verdad pudiera pensar que estaba poseída. Eso fue cuando me contó que Pale no solo había estado maltratándola, sino que por un tiempo había mantenido una relación amorosa con su madre; Pale había hecho alarde de ello frente a Lisa. En aquel momento no creía tener más opción que hablar con Olga Vanderklaven, no solo para tratar de confirmar la historia de Lisa sino para ofrecerle mi ayuda, si la quería. *Ese* fue mi error. Enfrentada al hecho de que Lisa y yo sabíamos que tenía un amante, y que el amante abusaba sexualmente de su hija, se suicidó.

»Si alguien en esa familia hubiera podido describirse como poseído, era el padre de Lisa, y él había creado su propio infierno con una combinación mortal de avaricia y pretensiones de superioridad moral. Fue la avaricia de Vanderklaven lo que lo llevó a emplear a un hombre como Werner Pale, para empezar. Vanderklaven era traficante de armas, como usted bien sabe. Lo que tal vez no sabía es que Werner Pale era un asesino mercenario a quien Vanderklaven contrató para entrenar agitadores. Esos agitadores se encargaban de provocar guerras de baja intensidad en diferentes partes del mundo para mantener el volumen de ventas de las armas que Vanderklaven fabricaba. No veía nada de malo en lo que hacía; era un hombre sumamente hipócrita que no podía ver alrededor el mal que él mismo había creado. Era un

católico ferviente con poderosos amigos en Roma, un benefactor de la Iglesia que daba millones a diversas causas religiosas. Confiaba tanto en tener un lugar reservado en el Cielo que podía destruir a su familia y tranquilamente ignorar la causa, a saber, el mal que había llevado a casa consigo: ese hombre al que consideraba no solo socio sino amigo. Cuando Lisa le dijo que su amigo la violaba, Vanderklaven le exigió ir con un psiquiatra. Cuando ella se fugó, mandó a Werner Pale a buscarla y llevarla de vuelta. Cuando ella volvió a fugarse, acudió con su compinche del golf (usted, su eminencia) y le pidió que organizara un exorcismo para liberar a su hija de sus demonios. Posesión satánica era la única explicación de su comportamiento que a él podía ocurrírsele.

»Creo, su eminencia, que cuando usted escuchó la historia sabía que no soportaría el escrutinio y la investigación que Roma requiere antes de declarar oficialmente que alguien está poseído por el Demonio, y que era del todo improbable conseguir a un exorcista capacitado para intervenir en los asuntos de tan atribulada familia. Pero tenía miedo de ofender a Henry Vanderklaven diciéndole la verdad; temía que eso cerrara la llave del dinero en detrimento de los intereses de la Iglesia, incluso que pudiera quejarse con sus amigos del Vaticano de su falta de sensibilidad. Entonces buscó otra solución para el problema que él le había pasado. Yo fui esa solución. Mandaría a ese joven sacerdote al que estaba tratando de arruinar para que simulara estar realizando un exorcismo; una vez más, me obligaría a someterme a su voluntad para al mismo tiempo complacer a Vanderklaven. Fallé, padre, sí, y debido a mi fracaso como ser humano para percibir plenamente y lidiar con el tormento de Olga Vanderklaven, ella se suicidó como resultado directo de mis investigaciones. Y bien, Roma no iba a declarar que el alma de la esposa de ese importante pilar laico de la Iglesia ardería en el Infierno; en su opinión, y tal vez en la de usted, era mejor mandar *mi* alma a arder en el Infierno, y posteriormente me excomulgaron. Yo no discrepé entonces de esa acción, y tampoco ahora. Fui responsable de la muerte de esa mujer porque debí haber hecho caso omiso de sus maquinaciones, desechar toda la idea de un exorcismo y derivar el caso directamente a unas trabajadoras sociales. Olga Vanderklaven murió debido a mi fracaso como sacerdote, su eminencia, pero también murió porque usted mandó a alguien que sabía que no estaba espiritualmente preparado para la tarea de realizar un rito que ni siquiera se requería, en una situación emocional increíblemente cruda. *Esa* es la verdad, su eminencia.

Brendan esperó, previendo que el cardenal se defendería o negaría la acusación, pero este simplemente dijo:

—Tiene razón, sacerdote. Esa es la verdad.

—Si así lo entiende, me parece que ya ha confesado todo lo necesario.

El anciano lentamente se dio la vuelta para estar frente a frente con Brendan, con los apagados ojos muy abiertos.

—Entienda esto, Brendan —dijo con voz entrecortada—: el mismísimo Satanás estuvo ahí. Usted luchó contra el mismísimo Satanás.

Brendan estudió el rostro del hombre y vio ahí un auténtico miedo, además de algo que no sabía interpretar.

—Supongo que está hablando metafóricamente, padre —dijo; hizo una pausa y frunció el ceño cuando el cardenal negó con la cabeza—. ¿Werner Pale?

Ahora el cardenal asintió. Brendan se pasó la mano por el pelo negro que le llegaba a los hombros y bajó la mirada, resistiendo el impulso de decir algo displicente o sarcástico que después pudiera lamentar. Al fin levantó la mirada y dijo:

—No, padre. Pale era un asesino psicópata y un ser humano completamente inútil, no Satanás. Creer eso no es más que su manera de eludir la responsabilidad personal por lo que pasó. Eso es lo que hizo Henry Vanderklaven y es lo que mató a su esposa.

El cardenal abrió aún más los ojos y sus manos empezaron a temblar junto con su voz.

—Pero ¿y si tengo razón, Brendan? ¿Y si era Satanás?

—Lo que usted crea a mí no me incumbe, su eminencia —respondió Brendan sin alterarse—. Crea lo que le dé paz, pero luego no me pida que ayude a resolver los conflictos que siguen ahí.

El anciano aspiró hondo y exhaló con mucha lentitud. Sus temblores disminuyeron y se arrellanó cansinamente en el banco.

—Me gustaría mucho saber qué pasó después —dijo en voz tan baja que Brendan difícilmente entendió sus palabras.

—¿Acaso Vanderklaven no le contó?

El viejo suspiró, se produjo un sonoro traqueteo en sus pulmones y habló.

—Henry Vanderklaven se metió una bala en el cerebro poco después de volver de Europa, como tres meses después de que trascendieron los acontecimientos de que hemos estado hablando. Creo que fue por algo que usted le dijo o le hizo.

Brendan buscó en su interior alguna lástima por Henry Vanderklaven, un hombre que, de acuerdo con su sistema de creencias, se había sentenciado a la condenación eterna. No sintió nada. Creía que el hombre no había hecho nada por sí mismo salvo acabar con su vida. Descubrió que ya no creía en infiernos o cielos, excepto esos creados por la conciencia y las acciones humanas vivientes, y acaso nunca había creído. Su fe siempre había consistido en vivir cada día como un ser humano que procura estar a la altura del ejemplo de Cristo, no en recompensas o castigos eternos. Lo que sí creía y sabía era que Vanderklaven había creado un infierno para los demás que aún los atormentaba, y le alegraba que ya no estuviera vivo.

—¿Brendan? —dijo suavemente el cardenal—. ¿Qué pasó?

—Después de que Lisa se fugó por segunda vez y vino al refugio infantil, le prometí que estaría a salvo de toda clase de demonios (humanos o no) hasta que yo hubiera investigado para intentar determinar la verdad —dijo Brendan en un tono uniforme que no dejaba traslucir la agitación que una vez más se levantaba en su interior—. Le fallé. No solo se suicidó su madre a consecuencia de mis torpes preguntas, sino que Werner Pale, actuando bajo las órdenes de su padre, la secuestró una segunda vez mientras yo estaba ocupado tratando de defenderme de la excomunión. Luego el padre, la hija y Pale se fueron a Europa. Por lo que respecta a los cuerpos policiales y las agencias de asistencia a menores, el asunto estaba fuera de su jurisdicción. Pero no era una circunstancia con la que yo pudiera vivir. Le prometí a Lisa que no le harían daño. Los busqué y los encontré. Los detalles son lo de menos. Lo importante es que finalmente hallé la manera de que Henry Vanderklaven encarara el hecho de que el amigo en el que confió para levantar su negocio de muerte lo traicionó con su esposa y violó reiteradamente a su hija. Vio, finalmente, cómo su propia avaricia lo cegó, destruyó a su esposa y le ganó el odio de su hija. No sabía que se hubiera suicidado. A pesar de su aparente fanatismo, por lo visto no creía en el perdón, ni siquiera para sí, y seguramente tampoco creía en la redención.

—Y ahora… ¿dónde está la muchacha?

—En Nueva York. Felizmente casada y madre de un hijo. Trabaja para una agencia privada de servicios sociales para la infancia.

En eso el anciano volvió a voltear lentamente para ver a Brendan y estudiar su rostro unos momentos. Al fin dijo:

—Ah, sí. La misma agencia, supongo, para la que usted ha hecho tan buen trabajo, la que dirige la exmonja con la que se rumora que tiene usted una… ¿relación?

—No creo que eso forme parte de esta historia, su eminencia, ¿o sí? El hecho es que Lisa ahora está a salvo y tiene una vida propia. Sigue teniendo pesadillas, pero esas se irán con el tiempo.

El cardenal movió ligeramente la cabeza en señal de asentimiento.

—Y… ¿Werner Pale? —preguntó.

—Está muerto. Yo lo maté.

Brendan vio al hombre reaccionar con lo que podría haber sido sorpresa, pero también algo que no pudo determinar del todo.

—¿Usted, sacerdote, mató a este mercenario?

—Él estaba tratando de matarme a mí. Peleamos, y tuve suerte. Había planeado prenderme fuego, pero fue él quien cayó en las llamas.

Una vez más el viejo cardenal, aparentemente absorto en sus pensamientos, guardó silencio unos minutos. Al fin dijo:

—He oído decir que desde que nos dejó ha matado a varios hombres. ¿Es posible que haya cambiado tanto, sacerdote?

—No me toca a mí decir cuánto he cambiado, su eminencia. No he hecho daño a nadie que no intentara hacerme daño a mí o, en ocasiones, a un niño. Ya le he dicho lo que quería saber. ¿Está satisfecho?

—¿Le gustaría escuchar lo que me ha pasado en los últimos cinco años?

—Si siente la necesidad de contármelo, escucharé.

—Dios me ha dado la espalda, Brendan. Fui injusto con usted, y por eso he sido castigado. Si bien es cierto que la decisión de excomulgarlo vino de Roma, la misma gente me culpó a mí en última instancia, pues conocían la verdad de la que usted hablaba. A menudo me siento como si se me hubiera excomulgado como a usted. No he tenido paz en estos cinco años.

—Me suena a que ha estado ocupado castigándose a usted mismo, su eminencia. Cometió un error, y Dios lo perdonará. ¿Dónde está su fe?

El cardenal sacudió la cabeza con impaciencia y renovado vigor.

—Fue más que un simple error. Es cierto que nunca creí que la muchacha estuviera poseída, y sin embargo, lo mandé a realizar un rito sagrado simplemente para aplacar a su padre. Eso es blasfemia, sacrilegio. No necesito nada más el perdón de Dios, Brendan: también el de usted.

—Lo tiene.

—Escuche mi confesión.

—Creo haberlo hecho ya.

—En el confesionario. Por favor.

—No, su eminencia. Esta es la segunda vez que me pide realizar un rito sagrado en circunstancias inapropiadas. La…

—¡Precisamente!

—… primera vez ninguno de los dos creía en lo que estábamos haciendo, y las consecuencias fueron una muerte y mi excomunión. Ahora que me han excomulgado, las autoridades eclesiásticas no reconocerían la santidad de ninguna confesión que usted hiciera ante mí. No entiendo qué es lo que verdaderamente quiere, pero sí sé que no puede ser el sacramento de la confesión.

El viejo cardenal se puso de pie despacio, se giró para quedar frente a Brendan y se irguió. Sus ojos se pusieron de pronto muy brillantes.

—Si no lo entiende, sacerdote, significa que no ha estado escuchando atentamente mis palabras, como le pedí. Necesito confesarme con usted para poderle oír decir las avemarías.

Brendan sintió que los pelos de la nuca se le erizaban y resistió el impulso de hacer algún movimiento súbito.

—Como usted quiera, su eminencia —dijo en tono ecuánime, inclinando ligeramente la cabeza.

—El confesor vendrá a usted —dijo el cardenal con la misma voz enérgica, y se dio la media vuelta.

Brendan se obligó a permanecer quieto, a respirar acompasadamente, mientras veía al anciano cojear por el sagrario y desaparecer por una puerta a la derecha del altar. Esperó unos segundos, se levantó y caminó hacia el confesionario con ornamentos de madera tallada que estaba a su izquierda. Vaciló unos momentos antes de entrar a la sección destinada al sacerdote y sentarse.

Los pecados se empeñan en volver para castigarlo a uno en esta vida. Escúcheme.

Transcurrieron casi cinco minutos y en eso Brendan oyó que se abría la puerta de la sección al otro lado de la rejilla de madera. Se asomó y vio entrar a una figura encorvada con sotana blanca y capucha.

Incluso sin la críptica petición del cardenal de oírlo decir avemarías, que era una inversión del rito toda equivocada, habría percibido peligro, pues esta figura encapuchada llevaba el fajín blanco, el alba, alrededor del cuello, y eso estaba mal: un sacerdote se ponía el alba para recibir confesiones, no para entrar en la cabina como penitente.

Su anterior sensación de estar siendo observado no había sido una fantasía, pensó Brendan, pero los ojos que lo observaban definitivamente no eran los de Dios.

¿Trae usted una pistola?

Brendan se puso de pie y se arrojó a la rejilla, golpeando la madera con el hombro derecho y tapándose la cara con el antebrazo izquierdo para protegerse los ojos de las astillas. Se precipitó por la delicada celosía, fue a dar contra la figura de sotana y ambos cayeron al piso de la cabina. Brendan usó la mano izquierda para agarrar la muñeca derecha del hombre, que se había asomado por la sotana sosteniendo una pistola calibre 22, mientras le lanzaba el puño derecho al abdomen.

La capucha se deslizó para revelar un rostro que era una masa pesadillesca de arrugado tejido cicatricial del color de la leche y líneas de cicatrices rosadas que solo podían haber sido resultado de una serie de operaciones fallidas. Werner Pale se retorcía atrás de Brendan con la fuerza nacida de un odio y una rabia sin límites e intentó golpearlo con el garfio que le habían puesto para remplazar la mano izquierda. Brendan se agachó para esquivar el golpe pero sintió la afilada punta en la espalda cuando el acero empezó a atravesarle la chamarra de cuero hacia la carne. Alargó la mano libre, encontró un fragmento de madera de la rejilla hecha añicos y la envolvió con los dedos. Cuando la punta de acero cortó la chamarra y tocó la piel, levantó la estaca y metió la punta en la garganta de Werner Pale.

Salió sangre a chorros por la yugular perforada. La boca del hombre, llena de cicatrices, se abrió en un grito silencioso formando una O, pero casi de inmediato el único ojo vidente se le empezó a vidriar. El cuerpo debajo de Brendan se agitó violentamente por unos momentos y luego se quedó quieto.

Brendan se levantó del cadáver, abrió la puerta del confesionario y, limpiándose la sangre del rostro, atravesó a toda prisa un estrecho laberinto de piedra y corredores de madera hacia los cuartos privados del cardenal.

Encontró al anciano en su estudio, más pálido y con un dolor evidente en los ojos llorosos, sentado frente al escritorio, aparentemente manteniéndose erguido con las palmas sobre la pulida superficie de roble.

—Brendan —el cardenal Henry Farrell respiró aliviado al verlo entrar por la puerta y detenerse—. Gracias a Dios. Mis plegarias fueron atendidas. —Hizo una pausa y entrecerró los ojos, como si le costara trabajo ver—. ¿Está herido…?

—La sangre es de Werner Pale, su eminencia, no mía.

—Gracias a Dios.

—Gracias a usted por su advertencia. Me salvó la vida.

—No podía advertírselo abiertamente, sacerdote. Él estaba oyendo.

—Lo entiendo —dijo Brendan, y avanzó de nuevo. Se detuvo a unos pasos del escritorio cuando el cardenal levantó una temblorosa mano con la

palma hacia afuera, como para hacerlo retroceder.

—Vino a mí… a matarme, claro está, pues yo era responsable de haberlo enviado a usted a entrometerse en su vida. Quería saber dónde encontrarlos a usted y a la muchacha, y ofreció que si le decía, me mataría rápidamente. No hay nada que pudiera haber hecho para obligarme a decírselo, Brendan. Créame.

—Le creo, su eminencia. No me lo tiene que explicar.

—Pero quiero hacerlo —dijo el anciano con voz cada vez más débil.

»Creo que pasó la mayor parte de los últimos cinco años en hospitales, o habría sabido lo famoso que es usted ahora. No le habría costado ningún trabajo encontrarlo, y usted no habría tenido ninguna advertencia. También podría haber dado con la muchacha, Lisa. Decidí jugármela por su vida y la de la muchacha; usted ya lo había derrotado una vez y quizá podía hacerlo de nuevo. Percibí que tenía miedo de usted, pero también noté que tenía muchas ganas de hacerlo sufrir y que dispararle desde alguna azotea no le iba a resultar satisfactorio. Actué bien, Brendan. Me arrodillé ante él y le imploré que no me matara. Le dije que lo haría venir a usted ante él y le extraería la información que quería, con tal de que me perdonara la vida. También que le ayudaría a atraparlo en un espacio cerrado, donde estaría a su merced. Estaba muy contento con la idea de matarlo en el confesionario, verdaderamente encantado cuando le sugerí que podía fingir ser yo. Dijo que primero iba a dispararle en el estómago o las rodillas y luego lo cosería a puñaladas. No podía dejar de reír cuando le enseñé la sotana y el fajín que podía ponerse. Le fascinó la idea de vestirse de sacerdote para matarlo. —El anciano hizo una pausa, y la amplia sonrisa que de pronto apareció en su semblante parecía pertenecer a un hombre mucho más joven y menos atribulado—. Fue entonces cuando supe que teníamos una oportunidad, sacerdote, pues nadie mejor que usted para encontrar un poco extraño que nada menos que yo le pidiera unírseme en un acto de herejía.

Entonces el cardenal tosió sangre y se lanzó sobre el escritorio. Brendan corrió y levantó al viejo por los hombros. Vio la mano y el mango del estilete que le salía al hombre del estómago. También vio que era demasiado tarde.

—Ruegue por mí, sacerdote. A usted Dios lo escucha. Ruegue por mí. Ayude a que mi alma encuentre su camino al Cielo.

—Lo haré.

—¿Entiende… lo que… quiero decir?

—Sí. Lo haré.

Y entonces el anciano expiró. Brendan caminó al armario en un rincón del despacho, sacó una sotana y se la puso. Retiró el crucifijo del cuello del cardenal y lo colgó del suyo. Luego se arrodilló junto al cadáver del anciano y empezó a realizar los últimos ritos, su último rito. Por primera vez en cinco años, rezó a la vieja usanza, como si importara.

EL SHERIFF DEL «MÉTODO»

ED LACY



Len Zinberg comenzó su carrera de autor con varias novelas firmadas con su nombre real, pero alcanzó más éxito con la serie de ficciones crudas de tema policiaco que publicó bajo el seudónimo de ED LACY: unas treinta novelas y casi cien cuentos cortos. Por desgracia, hoy en día no es fácil conseguir la mayor parte de su obra. Además de su abundante producción, Lacy aportó una innovación significativa al utilizar a un detective afroamericano como personaje central de su novela *El detective negro*, distinguida con el premio Edgar. Buena parte de sus relatos refleja un compromiso con temas sociales y raciales. Sin embargo, el cuento presente tiene otro carácter: una travesura muy divertida.

EL BANCO ESTABA EN UN EDIFICIO PEQUEÑO, modernista, sucursal de un banco grande cuya matriz quedaba a muchos kilómetros de distancia. Fue construido a las afueras de un pueblo soñoliento, frente a una desviación que conectaba la autopista con un nuevo puente.

El *sheriff* Banes se parecía al pueblo: viejo, chaparro y raído. Al entrar jadeante al banco aquel día, la cajera flaca corrió hacia él y gritó:

—¡Tío Hank, nos han robado! ¡Nos robaron!

La palidez de su cara expresaba histeria, y los ojos se le desorbitaban por el susto.

—¿Un… un asalto?

El *sheriff* dejó caer los hombros. Sus ojos lucían desconcertados por la conmoción. Sacudió el cuerpo, le dio a la cajera unas palmaditas en los

hombros trémulos con una mano, mientras aflojaba la funda de la pistola con la otra.

—Emma, tranquilízate. Cuéntame lo que pasó.

—Ay, tío, unos… —Emma comenzó, pero se interrumpió al no lograr contener el llanto.

—Emma, esto es un asunto oficial, debes llamarme *sheriff* Banes. Es importante que te controles y me digas exactamente lo que sucedió.

Condujo a la cajera a una silla y se volvió al único otro hombre presente en el banco, el gerente.

—A ver, Tom, ¿qué pasó? Dímelo ya, los primeros minutos después de un crimen son los más importantes.

—Pues abrimos como de costumbre, a las 9:00 a. m., hace media hora. Entraron dos hombres al banco. Yo estaba en el escritorio, revisando el correo. Desconocidos, pero no me despertaron sospechas. Emma tenía abierta su ventanilla y Helen estaba en la bóveda. Unos minutos después salieron del banco, y fue entonces cuando Emma gritó. Le pasaron una nota, donde le advirtieron que si no llenaba de billetes una bolsa grande de papel que le dieron, nos matarían a todos. Alcancé a oír que un carro se ponía en marcha, pero con tanto tráfico no supe en qué dirección se fueron. De cualquier modo, corrí a la puerta y después lo llamé a usted.

El *sheriff* Banes se buscó un cuaderno en los bolsillos de la chamarra y terminó por tomar papel y lápiz del escritorio del gerente.

—Bien, ¿a qué hora exactamente cometieron el robo, Tom?

—Yo diría que… a las 9:32 a. m.

Después de humedecer el lápiz con los labios, el *sheriff* Banes tomó nota.

—¿A cuánto asciende el robo?

—No he sacado cuentas todavía, pero unos veintiséis mil dólares, todo en billetes de baja denominación.

El gerente se sentó y apoyó la cabeza en las manos.

—Hank, apenas abrimos esta sucursal hace tres meses y ya nos asaltaron. ¡Me despedirán!

—¡Deja de quejarte! ¿Puedes describirlos con precisión, Tom?

—Apenas eché un vistazo, usted comprende. Como de unos treinta años ambos, de complexión mediana. Vestían traje oscuro y… el más gordo llevaba una bolsa de compras. Era el que no llevaba sombrero y tenía pelo negro, bien peinado. El otro sí tenía puesto un sombrero y traía un periódico en la mano… No recuerdo haber notado el color del pelo.

—Yo sí logré verlos, Hank —dijo Helen Smith, asomada desde la entrada de la bóveda, atrás de las ventanillas de las cajas.

Helen era una mujer madura, regordeta, con pelo rubio deslavado.

—El que no llevaba sombrero tenía pelo muy oscuro y cara de rasgos afilados, con aspecto extranjero, y uno de esos bigotes estrechos. Creo que el que llevaba la gorra de cazador era calvo, y…

—¿De qué color era la gorra de cacería, Helen? —preguntó el *sheriff*, con el lápiz en la mano rechoncha.

—Pues, creo que de color marrón.

Emma se incorporó de su silla.

—¡No, no! ¡La gorra era más bien anaranjada! Fue él quien me pasó la nota y puso su periódico doblado sobre el mostrador.

—¿Notaste con qué acento hablaba?

—Tío, ninguno de los dos habló. Solo me dieron la nota, escrita a máquina, que decía: «Llene la bolsa de dinero o mataremos a todos. En el periódico hay una escopeta de cañón corto. Espere diez minutos antes de dar la alarma. Afuera hay otro hombre con una metralleta». Tuve tanto miedo que metí todo el dinero de mi cajón en la bolsa grande de papel. ¡Casi me desmayo! Me tapaban toda la ventanilla y no pude hacerle una señal a Tom ni…

—¿Dónde quedó la nota? —la interrumpió el *sheriff* Banes.

—¿La nota? Se la llevaron, con el dinero.

Banes gruñó.

—A ver, piensa con cuidado, Emma. ¿Notaste algo especial en la bolsa?

—¡Sí! ¡Ahora que lo pienso, la bolsa tenía impreso el logotipo de A&P!

El *sheriff* empujó su sombrero hacia atrás y se rascó los cabellos grises despeinados.

—Maldita sea, debe de haber una docena de esos supermercados dentro de un radio de ochenta kilómetros desde aquí. Bueno…

Giró hacia el escritorio y tomó el teléfono.

—Más vale llamar a las barracas de la tropa. ¿Alguien se fijó en la marca del carro en que se fugaron?

Las dos mujeres y el gerente menearon la cabeza. Emma habló:

—Creo, pero ahora no estoy tan segura, que vi a través de la ventana un viejo sedán gris estacionado afuera del banco.

El *sheriff* sacudió la cabeza y colgó el teléfono.

—¿Había alguien más en el banco?

—No, señor, apenas acabábamos de abrir.

—¿Por qué tenían todo ese dinero a mano? —preguntó Banes.

—Mira, Hank… *sheriff* Banes, usted se acuerda de que una de las razones por las que abrieron la sucursal después de que inauguraron el puente fue para administrar la nómina de las dos fábricas al otro lado del río, diecinueve mil quinientos sesenta y ocho dólares cada semana, los miércoles por la mañana. Contamos la nómina los martes por la noche. Además, en el cajón de Emma siempre hay cinco o seis mil dólares al comenzar el día.

Helen estaba meneando la cabeza.

—No sé qué pasa en el mundo —dijo—. Nunca hubo un asalto en el pueblo, como ya sabes, Hank. Nosotros…

De repente el *sheriff* se acercó al mostrador de la cajera, diciendo con voz exaltada:

—¡Huellas! ¿Ha tocado alguno de ustedes el mostrador?

—¡Se me olvidaba! —gritó Emma—. ¡Los dos llevaban guantes de cuero!

Triste, el *sheriff* Banes meneó la cabeza.

—¡Qué maldición! No tenemos nada con qué buscarlos.

Se dirigió a la ventana, movió la cortina y contempló el cielo oscuro.

—Tal vez llueva —anunció.

Después de un momento, se dio vuelta y se sentó en el escritorio mientras rompía el papel con sus notas.

—No estuvo nada mal. Emma, tienes que llorar con más energía, sobre todo cuando llegue la tropa del estado. Muy buena tu descripción, Helen. Te portaste como una verdadera pueblerina confundida. Tom, también lo hiciste bien, pero tienes que parecer más conmocionado, ya sabes, como si fuera el fin del mundo. Mañana, martes por la noche, haremos un último ensayo y me llevaré los veintiséis mil conmigo. Tengo el escondite perfecto bajo unas tablas en la cárcel municipal. El miércoles me llamas por teléfono tan pronto se abra el banco y no haya clientes. Creo que eso es todo. No olviden que de esto no se habla con nadie. Esperaremos seis o siete meses antes de dividirnos el dinero y diremos que recibimos una pequeña herencia. Tom, ¿qué tal estuve yo?

—Actuaste perfectamente tu papel de policía provinciano, papá.

RITUAL FUNERARIO

DOUG ALLYN



El siguiente relato fue la primera publicación de DOUG ALLYN, y resultó distinguido con el Premio Robert L. Fish para el mejor cuento corto de 1985. Nos presenta a Lupe García, un policía de Detroit que también aparece en *The Cheerio Killings* y en *Motown Underground*. Allyn ha escrito más de dos docenas de cuentos para la revista *AHMM* , con respuestas entusiastas de muchos lectores. Además de su carrera literaria, Allyn y su esposa tocan en una banda de *rock* llamada The Devil's Triangle.

NO TENÍA ASPECTO DE POLICÍA. Con la sudadera manchada y sus zapatos deportivos más bien asemejaba un entrenador escolar de clase C en una temporada de derrotas. Roncaba con suavidad, los pies sobre su caótico escritorio, y llevaba una gorra de los Tigres de Detroit inclinada sobre los ojos. Al dibujante Norman Rockwell le habría encantado la escena. Di unos golpes en el escritorio.

—¿*Sheriff* LeClair? Soy el sargento García. Lupe García.

Uno de los ojos se abrió un momento.

—Aquí no están.

—Pero todavía no le he dicho qué es lo que quiero.

Con precaución me acomodé en una desgastada silla de oficina tapizada con una cobija de rombos, preguntándome por qué razón me molesté en ponerme mi traje bueno.

—Algoma es un pueblo pequeño…, García, ¿no es cierto? Me encontré una nota al entrar esta mañana, donde me comunicaban que vendría de Detroit

a verme un tipo de la Fuerza de Tareas del Crimen Organizado. Supongo que se trata de usted. Y supongo que lo trae el caso de Roland Costa y su hijo, pues ellos constituyen la única razón por la cual se comunican conmigo los de Motown. Cuando necesito que me ayuden con un auto robado o un prófugo, ni siquiera me quieren saludar. De todos modos, no están aquí. Anduvieron en el pueblo hace como dos semanas para enterrar a Charlie, pero desde entonces no los he vuelto a ver.

—No me sorprende. Nadie los ha vuelto a ver.

Se echó atrás la gorra de beisbol y me miró por primera vez. Teníamos edades parecidas, pero su kilometraje era mayor que el mío. Sus ojos se hallaban enrojecidos y se veía exhausto.

—¿Dice usted que están desaparecidos? —preguntó.

—Hicieron traer a Charlie a Algoma para el funeral —manifesté—. Fue la última vez que se les vio.

—Así que desaparecidos —dijo el *sheriff*, encogiendo los hombros—. Algo que resulta bastante común en su oficio, ¿no le parece?

—¿Usted los vio cuando vinieron?

—Lo difícil era no verlos. Llegaron en una limusina Lincoln como de media cuadra de largo. Aquí en los pueblos perdidos no se ven muchos carros de ese tipo.

—¿Viajaba con ellos una mujer?

—Nada de mujer. Solo Roland Costa y Rol júnior. Alquilaron una habitación en la posada Dewdrop el día del funeral y estaban los dos solos. ¿Por qué me pregunta sobre una mujer?

—Charlie Costa tenía una novia, Cindy Kessel, que ha estado en contacto con la oficina del procurador distrital negociando su inmunidad a cambio de información sobre las operaciones de Charlie. También ella ha desaparecido.

Soltó un gruñido y se frotó la cara áspera con manos endurecidas por el trabajo. Advertí que en torno a la muñeca derecha llevaba una sencilla pulsera de oro.

—Mire, mucho me temo que todavía no consigo despertar del todo —explicó—. Una niña pequeña que sufre retraso mental se perdió afuera del Campamento de Algoma. La encontramos hoy al amanecer, en buen estado a grandes rasgos, pero no pude dormir y necesito esperar a que me llame el comandante de la Guardia Nacional para avisarle que no necesitamos sus tropas para la búsqueda. Le recomiendo que se desayune en Tubby's, al otro lado de la calle, y yo lo alcanzo tan pronto como pueda.

—Si se quedaron en el motel del pueblo, yo puedo…

—Mire, García, aquí no es Detroit. Es mi pueblo. Ya le dije que no están aquí, y esa es la verdad. Tal vez se pueda conseguir algún indicio sobre ellos, pero usted es un desconocido y nadie le dirá absolutamente nada, y hasta se les podría olvidar lo que sí saben. Mejor se toma una taza de café y me espera un poco, ¿de acuerdo? Por favor.

—Bueno, lo esperaré un poco. No tarde demasiado.

—Si echa de menos la ciudad, siempre puede ir al estacionamiento del supermercado, donde puede inhalar los escapes de los autos. Iré tan pronto como pueda.

Se volvió a bajar la gorra sobre la cara. Antes de que yo llegara a la puerta ya se había quedado dormido.

Algo de lo que me dijo era auténtico: Algoma definitivamente era un pueblo pequeño, de una sola calle, con algunas tienduchas, un supermercado en un extremo y una gasolinera en el otro. Como casi todos los pueblos del norte de Michigan, seguramente fue campamento de leñadores en tiempos pasados; solo Dios podría saber qué lo mantenía a flote económicamente.

Tubby's no tuvo yogurt, granola fresca ni aire acondicionado. La pálida luz del sol que lograba pasar por las ventanas mugrosas daba al cuarto una temperatura bastante más alta que la de mi pan tostado, y tuve que quitarme la corbata y la chaqueta. Para pasar el rato traté de determinar si el nombre del lugar se refería a la mesera o al cocinero; cualquiera podía merecerlo por igual. LeClair entró cuando me servían mi tercer vaso de té helado. En la gorra había sujetado su placa con un alfiler.

—Santo Cristo —exclamó, acomodándose en el sillón de vinilo rojo—. No pudo pasar la llamada, de modo que voy a tener a dieciséis guardias nacionales asignados a una tarea que no existe; mejor dicho, *otra* tarea que no existe si contamos la de usted. Bueno, ¿quiere ponerme al corriente?

La mesera le llevó un jarro despostillado de café, que él agradeció con señas.

—Ya lo hice —dije—. Vinieron aquí. Al parecer, no regresaron nunca. En realidad, es lo único que sabemos.

—Pero ¿qué le hizo venir hasta aquí a usted? ¿Tiene una orden de aprehensión en su contra?

—No, pero si logro encontrar a la chica, tal vez podamos saber algo de ellos. Sabemos que se dedican a la usura y al tráfico de narcóticos, pero hacen sus movimientos con mucho cuidado. Sin ella… De cualquier modo, un procedimiento policial básico consiste en seguir la pista de los delincuentes.

—¿En serio? ¡No me diga! Quisiera tener algo para tomar notas. Vea usted, yo casi siempre espero a que alguien haga algo ilegal, y entonces lo arresto. Supongo que me falta ser más sofisticado.

—¿Por qué trajeron a Charlie hasta aquí solo para enterrarlo?

—Roland y Charlie crecieron aquí. Su padre era fabricante clandestino de alcohol allá en la década de los treinta, o eso dicen. Después de la ley seca se movieron a mayores empresas en Detroit, pero la familia aún tiene una casa de buen tamaño junto al río. Los veranos pasan un mes aquí, y a veces también cuando se abre la temporada de cacería.

—Entonces, ¿usted los conoce? Quiero decir, ¿en persona?

—Sí —contestó sorbiendo su café—. Los conozco desde la infancia, igual que todos en el pueblo. ¿Y qué?

—Nada. Solo estaba preguntando. Oiga, ¿tiene usted una especie de complejo por venir de un pueblo chico? ¿O le disgustan los chicanos, o qué?

Puso su taza de café sobre la mesa entre nosotros y respiró hondo.

—García, estoy cansado. Llevo más de treinta horas sin dormir. Sé que nada les sucedió a esos payasos en Algoma, porque cuando una ardilla hace sus necesidades en los bosques de los alrededores, me informan de ello. Deseo irme a mi casa, acostarme, tal vez saludar a mi esposa para que se acuerde de mí, pero en cambio me voy a quedar cuidándolo hasta que usted se convenza de que aquí no hay absolutamente nada, porque es parte de mis obligaciones y porque he notado su brazalete de Vietnam. ¿Le parece? Pero no espere que le demuestre entusiasmo. No tengo suficiente energía.

—Excelente —repliqué—. ¿Por qué no nos ponemos a ello cuanto antes, para que pueda dejarlo en paz? ¿Por dónde sugiere comenzar?

—Vayamos a hablar con Faye en la posada Dewdrop —dijo mientras se levantaba y acababa de beberse su café, que no se molestó en pagar. Yo cubrí mi cuenta.

Faye y la posada Dewdrop daban la impresión de ser una de esas parejas que llevan demasiado tiempo casadas. Se parecían entre sí, y ambas conocieron días mejores. El cabello rojo de ella estaba enjuagado con descuido, y tenía el mismo tono que el vello capilar de sus mejillas; tanto ella como la posada necesitaban ponerse en orden. Si sintió algún gusto de vernos, logró disimularlo.

—Buen día, Faye. Si no es inconveniente, necesito ver tus registros.

—Poco te iba a importar que fuera inconveniente, ¿verdad? Toma, haz lo que quieras.

Empujó sobre el mostrador una caja de archivar recetas.

—Se quedaron aquí Roland Costa y júnior el día del funeral de Charlie, ¿es verdad?

—Si ahí lo dice, será verdad. No hay ninguna ley que lo prohíba, ¿o sí? Añaden tantita clase a este pueblo, por si les interesa.

Su dicción se ceñía a la precisión forzada de alguien que bebe en serio.

—En la tarjeta no aparece la hora de salida. ¿Cuándo se fueron?

—La mitad de la gente que se registra no pone las horas. Al diablo, Ira, yo no puedo estar en el escritorio de recepción cada minuto. Los huéspedes pagan por adelantado y en eso consiste el negocio para mí, no en…

—¿A qué hora piensas tú que se fueron?

—Ya te lo dije: no sé —dijo ella de mal humor—. Si no te molesta, tengo cosas que hacer.

El *sheriff* se le quedó viendo un momento, con el ceño fruncido. Ella recorrió con el dedo un surco en el maltratado mostrador como si nunca lo hubiera visto.

—Está bien, Faye —concedió el *sheriff*, cerrando la tapa del registro—. Es suficiente. Por ahora.

—Menos mal que vino conmigo, LeClair —reconocí—. A mí no me habría dicho nada, seguramente.

—Me pareció que estaba un poco… nerviosa —comentó, con la mirada puesta en el camino mientras conducía el sedán que yo había alquilado entre los baches del camino de tierra al norte del pueblo. Con la salvedad de una que otra granja, el campo no parecía tener más habitantes que la superficie de la luna.

—Se sabe que en ocasiones Faye se toma algunas libertades con las pertenencias de sus huéspedes —agregó—. Probablemente no fue más que eso.

—Lo tendré presente.

—No será necesario —dijo en tono cortante—. Con un poco de suerte, usted se irá de aquí antes de necesitar una habitación. Vamos a visitar el cementerio y hablar con el cuidador, Hec Michaud, y eso será suficiente. Usted podrá volver a Motown y yo tal vez logre acostarme en mi cama.

Disminuyó la marcha al acercarnos a una fila de casas antiguas que se juntaban a un lado de la capilla y entramos al cementerio que se extendía sobre la mayor parte de un cerro, una isla en un mar de campos de maíz. Las lápidas variaban en estilos y tamaños, pero los senderos barridos y la hierba cortada indicaban otros habitantes aparte de los muertos.

Dos hombres trabajaban en un sepulcro a medio camino de la subida al cerro. Para ser más precisos, un hombre trabajaba, cavando mecánicamente en una fosa que le llegaba a la cintura, mientras que el otro permanecía sentado, recargado en una vieja lápida con una lata de cerveza genérica. Tendría unos cuarenta años, barrigón, con el rostro sin afeitar y mechones de pelo gris que salían de una gorra grasienta de ferroviario. Se alzó aparatosamente cuando nos vio llegar, sonriendo con la amabilidad que confiere la cerveza.

—Bienvenidos a Lovedale, distinguidos señores. No es gran cosa como cementerio, pero es mi hogar. Ey, Paulie, deja de cavar un minuto. Tenemos visitas.

El cavador era más joven, algo mayor de treinta años, larguirucho, con cara de pastel de manzana y pelo color arena. Una cicatriz profunda iba de la sien izquierda a la nuca, bordeada por cabellos blancos. A pesar del calor, llevaba abotonadas las mangas y el cuello de su camisa de mezclilla, manchada de sudor. Salió del hoyo con buen humor y una sonrisa primaveral en el rostro.

—Hola, Ira, qué gusto verte.

—El gusto es mío, Paulie. Como de costumbre, se ve que Hec te tiene haciendo todo el trabajo.

—Ah, Paulie no lo resiente —dijo el bebedor de cerveza—. Más fuerte que un buey y dos veces más listo. ¿Cierto, Paulie?

—Claro que sí, Hec. ¿Sigo cavando?

—Descansa un minuto, Paulie —propuso LeClair—. Necesito preguntarles ciertas cosas.

La sonrisa de Hec permaneció en su cara, pero cerró con fuerza la mano que agarraba la lata de cerveza.

—¿No quieres una cerveza, *sheriff*? Paulie, corre al cobertizo y tráele a Ira una bien fría.

—No quiero cerveza, Héctor, y a Paulie no le pagan para que haga tus mandados. Quiero saber…

—Pero ¿ese quién es? —preguntó Hec señalándome con un movimiento de cabeza—. Tal vez no queramos contestar preguntas con él aquí.

—Es el sargento García, que viene de Detroit. Estamos trabajando juntos.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Hec en tono de burla—. Ya terminó la cosecha de frijoles.

LeClair puso dos dedos sobre el pecho del otro, más pesado que él, y lo empujó. Michaud perdió pie en la tierra suelta y cayó sentado dentro de la tumba a medio cavar, pero sin derramar una gota de cerveza. Miró a LeClair con expresión de sorpresa más que de enojo, y en sus ojos se asomó un destello de satisfacción.

—No tenías ningún motivo para hacerme eso, Ira —protestó hablando con lentitud—. Ningún motivo.

—Tal vez no, Hec —admitió LeClair mientras se arrodillaba a la orilla del sepulcro—, pero hay varias cosas que desde hace tiempo quiero constatar contigo y hoy es un día tan bueno como cualquier otro. En tu lugar, yo me quedaría un poco más en el hoyo mientras conversamos. Paulie, lleva al sargento García al cobertizo y dale una cerveza. Él también tiene algunas preguntas que podrás contestar. ¿Entendido?

—Haz lo que te dice el *sheriff*, Paulie —dijo Hec desde adentro del hoyo—. A lo mejor quiere hablar también con Billy mientras están allá arriba.

Llegué sin aliento al cobertizo, pero el esfuerzo de trepar no le afectó nada a Paulie. Sacó dos cervezas de una hielera barata y me pasó una.

—¿Estuvo usted en Vietnam? —me preguntó. Asentí—. Eso pensé cuando vi su brazalete. Ira también tiene uno. Yo he pensado pedir el mío, pero ¿sabe?, un amigo mío mexicano estuvo allá. Creo que tenía muchos nombres. ¿Usted tiene también muchos nombres?

—Claro que sí —repuse—: Lupe José Andrew Mardo Flores García.

Los nombres de mis santos me brotaron con sorprendente facilidad de la lengua, después de años de no enumerarlos.

—¡Flores! —exclamó, ansioso—. Ey, así se llamaba también mi amigo. Es lo mismo que «flower», ¿verdad?

Asentí, sin poder disimular una sonrisa. Se le contagiaba a cualquiera su buen humor.

—Pues mire, Flower —prosiguió—, ¿qué le parece si escogemos un montón de tierra cómodo y nos sentamos con las cervezas? Ira dice que quiere preguntarme algo.

—Tal vez conviene llamar también a Bill —dije, mirando alrededor con incertidumbre—. Así no tendré que repetirle las mismas preguntas.

—Si habla en voz bastante alta, podrá preguntarle desde aquí —repuso—. Está enterrado allá junto a la barda, al lado del alcalde Gault.

Le di un trago largo a mi cerveza antes de volverme a mirarlo. Él vigilaba de reojo mi reacción sin expresar nada.

—Lo sorprendí —dijo con suavidad, sonriendo finalmente—. No se preocupe, Flower, no estoy loco. A veces le hablo a Bill, pero solo lo hago para que se enfade Hec. Ya sé que está muerto. Casi me muero con él yo también. Fuimos amigos en la secundaria y nos reclutaron juntos para la misma unidad en Vietnam. Además estábamos en la misma trinchera cuando el Cong nos echó esa granada. Los dos quisimos lanzarla de ahí y terminamos chocando con las cabezas. Habría tenido gracia, pero la granada explotó y Billy vino a Lovedale, mientras que a mí me tuvieron dos años en un hospital de veteranos en Grand Rapids. Créame si le digo que Lovedale es más agradable.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí?

—No estoy tan seguro —dijo, arrugando el entrecejo—. El alcalde Gault ha estado aquí desde 1864 o 1862, y en la lápida de Bill dice 1973, pero no manejo muy bien el tema de los números, así que no puedo decirle exactamente cuánto tiempo llevo aquí. Es chistoso lo que pasa en los cementerios. El tiempo ya no importa tanto. Por ejemplo, Billy y el alcalde se llevan como cien años de diferencia, pero ahora están aquí juntos, contándose anécdotas de sus guerras y todo eso. Por lo menos es lo que espero.

Se quedó en silencio, sorbiendo su cerveza.

—Hace unas tres semanas hubo un funeral aquí, de Charles Costa. ¿Te acuerdas de eso?

—Claro que me acuerdo. Solo los números me dan dificultades.

—Perdón, no quise… Bueno, en cualquier caso, ¿trabajaron tú y Héctor aquel día?

—No, solamente yo. Fue un sábado por la tarde, y a Hec no le gusta trabajar los sábados. Pero aquello tuvo gracia, en realidad.

—¿Gracia? ¿Qué pasó?

—Fue el funeral más grande que he visto en mi vida. ¿Puede ver ese feo pedazo de mármol con cedros plantados en derredor, como si quisieran apartarlo de la plebe del resto del cementerio? Es de los Costa. Ya ve que es todo un monumento, ¿no cree? ¡Si hubiera visto la caja! Debió de ser del tamaño estándar, pero parecía mucho más grande. De cobre bruñido con incrustaciones de nogal. Pesaba como una tonelada. Tal vez ese fue el problema.

—¿Qué problema?

—Al terminar los ritos funerarios, el director no lograba activar el mecanismo para bajar el ataúd, pero no me refería a eso al decir que tuvo gracia. El director del funeral no era alguien de aquí, sino de Detroit, Claudio algo, y ha de haber traído una docena de asistentes con él, todos vestidos igual que capitanes de meseros, que se dedicaron a recorrer el cementerio como si fuera una noche de graduación poniendo flores y más cosas. Y entonces, tras tanto aparato, no vino nadie. Nada más Rol Costa júnior y su padre. Solo ellos dos.

—Ellos sí vinieron, entonces. ¿Tú los viste?

—Sí, estuvimos juntos en la escuela, Rol y yo, y he visto a su padre por ahí. Llegaron en un Lincoln gigantesco, metieron al viejo Charlie a la tierra, y eso fue todo.

—Aparte de ellos, ¿no hubo nadie más que los empleados de la funeraria, Hec y tú?

—Ya le dije que Hec no estuvo aquí —dijo, ligeramente irritado—. No le gusta trabajar en sábado.

—Parece que cuando está aquí eres tú quien hace casi todo el trabajo.

—Puede ser —dijo, alzando los hombros—. Mire, tal vez Hec se aproveche un poco de mí, pero no me importa. Me siento feliz de estar fuera de aquel hospital haciendo algo, aunque sea solamente cavar fosas. Además, a veces Hec me defiende, como con la vieja señora Stansfield, que vive en su casa cerca de la barda del oeste, y yo no le simpatizo, ¿sabe? Cuando llegó una queja porque me vieron trabajar sin camisa, supe enseguida que era ella y le pedí a Hec que hablara con la señora, y él dijo que sí. No recibe muchas quejas por mi trabajo. El cementerio luce bastante bien, ¿no cree usted, Flower? No digo para vivir aquí. Ya sabe a qué me refiero.

—Se ve muy bien, Paulie —concurrí—. Está a la vista de cualquiera que trabajas mucho. ¿Cuándo se fueron los Costa?

—Supongo que justo después del funeral. No estoy muy seguro porque me quedé dormido atrás del cobertizo.

—Gracias, aprecio mucho tu colaboración.

Sin pensarlo, me quité el delgado brazalete de oro del brazo y se lo entregué.

—Ey, Flower —dijo, abriendo bien los ojos—, no tiene que darme nada. Me gusta poder hablar con alguien, ¿sabe?

—Por favor, acepta, Paulie, yo… yo tengo otro igual en casa. Todo está bien.

—Bueno, pues muchas gracias. He pensado en conseguir uno, pero… —dijo mientras se lo ajustaba cuidadosamente en la muñeca—. En fin, gracias de verdad. Yo quisiera…

Se rebuscó en el bolsillo de su camisa de trabajo.

—Mire, tengo un par de churros. ¿Los quiere? No está nada mal esta hierba.

Acepté uno de los cigarros torpemente liados y lo olfateé. Hierba pura, sin mezclar.

—¿Dónde conseguiste esto? —le pregunté.

—¿No hizo nunca un reconocimiento agrario en Vietnam? —me preguntó, con una sonrisa llena de astucia. Yo asentí sin palabras.

—Pues así es como la conseguí —me dijo—. Vivo de la abundancia de la naturaleza.

Eché un vistazo alrededor y, por un momento, el cementerio y el campo circundantes asumieron un aroma de peligro, como en la jungla, pero fue solo por un momento.

—Creo que es hora de partir —dije, y me puse de pie—. Veo que el *sheriff* está ayudando a Héctor a salir de su hoyo.

El regreso al pueblo transcurrió en silencio, cada uno de nosotros dos metido en sus pensamientos. Hacia el final del trayecto, por fin hablé:

—Paulie me dijo que estuvieron en el cementerio y después se fueron. ¿Pudo sacarle algo a Héctor?

—Nada. Además, me parece que en las próximas elecciones no va a votar por mí. Dijo que no estuvo en el cementerio el día del funeral. ¿Cree que con esto ya tiene suficiente? No puedo pensar en nadie más.

—Tampoco yo. Mire, sinceramente aprecio su ayuda en todo.

—Es gratis —suspiró—, va con el territorio. Sabe, si esta mañana me hubiese hallado despierto al llegar, podría habernos ahorrado varias vueltas. Los Costa forman todos ellos una pandilla de las más duras, y crecieron aquí. No veo que pueda haberles pasado nada en un lugar como Algoma.

—Probablemente tiene razón —declaré—. A pesar de todo, corroborar la información es parte de mi tarea. Paulie mencionó a un director de la funeraria llamado Claudio. ¿Significa algo para usted?

—Los Funerales Rigoni. A veces realizan funerales aquí, pero la base está en Detroit. Hasta donde sé, se trata de un negocio legítimo.

—Lo investigaré cuando esté de regreso, pero no promete mucho.

Detuvo el sedán junto a la acera frente a su oficina.

—Bien, pues hemos llegado. Lamento que no haya conseguido lo que buscaba, pero se lo advertí. ¿Se marchará de inmediato?

—Creo que me voy a dar un paseo —dije—. Salgo poco de la ciudad, y este pueblo de ustedes me parece muy agradable.

—A nosotros nos gusta. Si se le ofrece algo, estaré en la oficina, por lo menos hasta que lleguen los de la Guardia Nacional. Tengo que darles las gracias por haber venido, aunque no sirva ya de nada. En realidad, quisiera encontrar un trabajo más honesto. Buen viaje, García.

Hizo una parodia de saludo militar y se marchó.

Di varias vueltas en el automóvil, tratando de entender cómo un pueblo de seis cuadras de largo podía seguir atrayendo a la gente. Me detuve frente al escaparate de una tienda con un letrero burdo sobre madera contrachapada: «Pueblo de Algoma».

El encargado se arrastró literalmente hacia el mostrador, un anciano lisiado, paralítico de una pierna, un brazo atado al cinturón, y uno de los lados de su cara, caído como cera derretida marcada por la intemperie. Su mejilla se distorsionaba aún más por un enorme bolo de tabaco de mascar. Apoyó en el mostrador el brazo bueno y escupió un torrente de jugo marrón aproximadamente en la dirección de una escupidera junto a la pared.

—¿Le puedo servir en algo? —preguntó.

—Deseo ver un libro parcelario del municipio, por favor.

—Aquí mismo tengo uno.

Sacó una carpeta delgada de abajo del mostrador y la abrió en la página del Municipio de Algoma.

—Algunos títulos de propiedad no están al día, pero yo conozco a casi todos los dueños de terrenos de aquí. ¿Busca una parcela en particular?

Tracé la línea del camino a Lovedale en la parte norte del mapa.

—Aquí, los terrenos en torno del cementerio.

—Bueno, hay casas al norte y al sur del cementerio, pero…

—No. Me interesan estos campos al oeste. ¿Propiedad, al parecer, de alguien llamado Lund?

—Max Lund —asintió—. Ya no vive para nada en Algoma, pero sigue siendo propietario de esos terrenos.

—Hay cultivos de maíz.

—Creo que lo hace con aparceros. Me parece que Hec Michaud es uno de ellos. Plantó un maíz muy corriente esta primavera. No sabe mucho de cultivos.

—Yo creía que estaba a cargo del cementerio.

—Así es. ¿Viene de la ciudad?

Asentí.

—Lo adiviné —dijo, y dirigió a la escupidera un nuevo chorro—. En un pueblo como Algoma, un hombre no logra sobrevivir con un solo empleo. Casi todos hacen un poco de esto o aquello para ir saliendo adelante. Hec se ocupa del cementerio, pero es pintor de casas y a veces se dedica a sembrar.

—Y el *sheriff*, ¿también se dedica a sembrar? —pregunté.

—A veces —repuso, y me examinó atentamente con el ojo bueno—. Siembra a veces.

Encontré a LeClair dormido en la silla de su oficina, con los zapatos sucios descansando sobre el escritorio. Dejé que la puerta se cerrara de golpe después de entrar, y se despertó con un sobresalto.

—¿Otra vez usted? —dijo, mareado y aún medio dormido—. Creí que ya se iba. ¿Han llegado los de la Guardia Nacional?

—No los he visto —dije, y me senté sobre la orilla del escritorio—. Tengo que matar un poco de tiempo hasta que salga mi vuelo. Pensé que tal vez podíamos compartir algo de fumar, en despedida.

Saqué el churro del bolsillo de la camisa y lo puse en el escritorio.

—Yo invito. Es hierba de la potente.

Se me quedó mirando fijamente, sin expresión.

—Préndalo. Lo hará sentirse mejor, y aquí solo estamos los policías.

Con lentitud se le fue encendiendo la cara por encima del cuello de su camiseta.

—García —dijo, con voz tensa—, vi que Paulie llevaba su brazalete cuando bajaron del cerro hoy. Fue un buen gesto de su parte. Por esa razón, teniendo en cuenta que es de la ciudad y no sabe manejarse entre nosotros, le concedo treinta segundos para que tire ese cigarro a la basura o lo meto de una patada a la cárcel.

—Ábralo —le sugerí—, examine la hierba.

Aún gruñendo, rasgó el papel y desperdigó las hojas sobre el escritorio. Tomó una y la olió.

—Es fresca y no está cortada. Supongo que es local, ¿verdad? ¿De dónde la sacó?

—De alguien que sabe vivir de lo que da la tierra. Por supuesto, como informante tiene que quedar en el anonimato.

—Seguro —dijo en tono seco—. ¡Vaya! ¿Quién será? ¿Dónde la encontró?

—En los maizales junto al cementerio. Hay una zona al suroeste donde cada cuarta planta es marihuana, más o menos.

—¡Hec Michaud! —exclamó al tiempo que daba un puñetazo al escritorio—. ¡Supe que algo no marchaba cuando estuvimos allí hoy! Lo sentí en los huesos, pero pensé que tenía que ver con la historia de los Costa. ¿Cuánto calcula que hay en total?

—No sé, tal vez cuatrocientos kilos. Suficiente.

—Y usted creyó que yo estaba metido en el asunto, ¿no es así?

—Perdón —dije, alzando los hombros—. Como acaba de decir usted, soy de la ciudad.

—*Perdón* no cubre la afrenta. ¿De dónde diablos sacó que yo soy corrupto? ¿Es que ya no quedan policías honestos en la ciudad?

—Tiene razón. Fue una estupidez de mi parte. ¿Y qué clase de sobornos podrían circular aquí? ¿Pollos y patos?

—Yo me las arreglo para vivir de mi salario. Tal vez no sea tan listo, pero…

—Mire, ya me disculpé, ¿de acuerdo? Mejor acepte mi disculpa, porque no tengo otra. En mis zapatos, usted también habría tenido dudas.

—Sí —concedió de mala gana—. Supongo que eso es cierto. Bueno, acepto la disculpa, al menos por ahora. Lo bueno es que ya tengo trabajo para los guardias que vienen en camino. ¿Quiere su medalla en el cuello?

—No. Yo vine por otra razón y además no he comido nada en todo el día. Voy a Tubby’s por un sándwich. Tal vez me asome un poco más tarde para ver cómo van las cosas.

Cuando volví al cementerio la cosecha avanzaba a toda marcha. Una docena de guardias en uniforme verde laboraba entre el maíz y se llevaba las plantas de marihuana a una pila al borde de los cultivos, donde LeClair y dos oficiales de la Guardia conferenciaban. Noté que Hec Michaud estaba desconsolado en el asiento del *jeep*, esposado al volante. Me acerqué a él.

—Ey, míiister —dije—, ¿yu nou güer an hombre can faind chamba piquin frijoles?

Se quedó con la mirada fija en el tablero. ¡Qué poco sentido del humor!

—¡Ey, Flower, suba aquí! ¡Tengo asientos de gradería y cerveza fría!

Paulie se hallaba sentado con la espalda apoyada en el cobertizo del cerro, contemplando la escena. Trepé penosamente y me senté junto a él. Me pasó una lata de cerveza genérica.

—Todo un espectáculo —comentó.

—Ya lo creo —concurrí—. Oye, lamento mucho si con esto se echa a perder tu… tu diversión.

—¡Qué diablos, Flower! No puedo fumar eso. Ya tengo bastante tratando de coordinar la vida normal. Hec me dio esos churros, probablemente para cerrarme la boca. Tal vez debí hacerle caso. No me va a gustar nada perder mi empleo aquí.

—No veo por qué vayas a perderlo.

—No lo ve ahora —dijo en voz baja—, pero lo verá, pues si continúan buscando en esa dirección darán con el automóvil.

Giré despacio para mirarlo.

—¿Qué automóvil?

—Un Lincoln plateado.

Apenas pude escuchar su voz, reducida a un susurro. Apartó la vista de mis ojos y dijo:

—Hec iba a esconderlo en los cultivos para luego deshacerse de él, pero se atascó, así que nada más lo tapamos.

—¿El auto de los Costa?

Paulie asintió.

—¿Cuándo sucedió eso?

—¿Se refiere a cuándo lo escondimos? No estoy muy seguro —dijo, arrugando la frente—. Fue después de que se atoró el ataúd…, pero eso ya se lo conté, ¿no?

—Solo que se había atorado, pero no me dijiste nada más, ¿verdad? Paulie, ahora todo va a salir a la luz. Quiero que me cuentes lo que pasó. Todo. Poco a poco. ¿Dices que se atoró el ataúd?

—Bueno, al principio no sabía que estuviera atorado. Estaba durmiendo atrás del cobertizo cuando llegó el tipo aquel, Claudio, y me despertó. Le estaba dando un infarto porque la caja estaba atorada en el bastidor y todos se habían ido ya menos él y el señor Costa. Así que fui a ver el ataúd, y estaba realmente atorado, pero aquí en el cobertizo tenemos una manivela para poder bajarlos si se atoran, así que fui por ella. Al volver oí que Claudio y el señor Costa discutían tan alto que se les podía oír en todo el cementerio. Por fin Claudio se fue con pasos bruscos a su carroza fúnebre y se marchó, cosa rara, pues el director necesita permanecer para verificar que el ataúd haya bajado hasta el fondo y poner la tapa a la cripta antes de marcharse. El señor Costa estaba ahí de pie, mirando el ataúd, cuando yo llegué a sus espaldas. Fue entonces cuando me di cuenta. La caja del millón de dólares de Charlie

mostraba un pedacito de tela roja que salía por la ranura de la tapa. Eso estaba fuera de lugar. El señor Costa lo vio también, pues ahí ponía la mirada. Pegó un brinco considerable al verme. Me ordenó bajar la caja, pero yo le dije que se necesitaba la presencia del director de la funeraria. «Llamaron al señor Rigone y tuvo que irse. Es bajo mi responsabilidad», dijo. «Tú mete la caja al hoyo, y ten algo por tus esfuerzos», y me dio un billete de cien dólares. Es mucho dinero, ¿verdad?

—Sí, mucho dinero —confirmé.

—Eso pensé yo. Me confundo con los números, pero me di cuenta de que algo no andaba como era debido, ¿sabe? Le dije entonces que yo solo no podía hacerlo y necesitaba ayuda. Comenzó a discutir, pero se dio cuenta de que yo seguía mirando la caja. Se le estrecharon los ojos y se dio vuelta, se echó a andar hacia el auto y salió a toda velocidad del cementerio, arrojando grava por todas partes.

»Me arrodillé para ver más de cerca la tela roja. Se movía. Solo un poco, como si alguien tratara de jalarla al interior de la caja. Di unos golpes en la tapa. “¿Hay alguien ahí dentro?”, pregunté, pero me sentía de verdad estúpido. Era la primera vez que le hablaba a un muerto, fuera de las ocasiones en que quería hacer enojar a Hec. De todos modos, la tela al parecer sí se movía.

—¿Y qué hiciste tú?

Paulie alzó los hombros.

—No había nadie en el cementerio más que yo y la caja, así que desatornillé la tapa y la abrí. Ella se incorporó y yo me caí sentado. Una dama. Vestida de rojo, con un lado de la cabeza ensangrentado, mareada y tal vez cegada por la luz. «Auxilio», dijo ella.

—Cindy Kessel —comenté—. La novia de Charlie.

—Se puso a murmurar cosas sobre no decir nada de los negocios de Charlie —dijo él, asintiendo—, pero sin dar mucho sentido a sus palabras, como si estuviera en un delirio. Pero debe habérsele pasado un poco, pues se dio vuelta para ver sobre quién se hallaba sentada. Puso los ojos en blanco y se desplomó sobre el pobre Charlie. A él no pareció importarle demasiado.

—¿Qué sucedió después?

—Bueno, yo no sabía si tenía que ver o no con Charlie, pero consideré que no le correspondía el mismo ataúd que a él, así que la saqué de la caja y cerré la tapa. No me sentía seguro sobre qué hacer a continuación. Ella necesitaba ayuda, pero no había nadie, y no quise dejarla ahí nada más, así

que la alcé y la llevé corriendo a la casa de la señora Stansfield. No me tiene simpatía, pero no pude pensar en ningún otro sitio.

»Estuve llamando a la puerta, pero nadie vino a abrir y habían puesto el maldito cerrojo. La carrera me agotó y me dieron palpitaciones en la cabeza —dijo Paulie, y respiró hondo—. La chica… ¿Cindy? ¿Ese es su nombre?

Asentí.

—Ella seguía inconsciente. Alcancé a ver el polvo de la limusina de los Costa que volvía al cementerio y me pareció que se requería acción de inmediato; por eso empujé la puerta con el hombro, logré abrirla y puse adentro a la joven. Volví corriendo a la sepultura, agachado para que no me vieran, pues no quería que Costa supiera de mis movimientos. En cualquier caso, sentí que estaba de nuevo en el ejército, y eso me resultó un poco divertido.

»El señor Costa trajo con él a su hijo, Rol júnior. ¿Conoce usted a Rol?

—Sé quién es… —contesté—. Un tipo duro.

—Yo lo conocí en la escuela —explicó Paulie—. Más malvado que una víbora. El señor Costa dijo que estaba ahí para ayudar con el ataúd. Le dije que me parecía bien, pero debe de haberse dado cuenta de lo agitado de mi respiración, porque se me quedó mirando de un modo raro y enseguida examinó la caja. Yo no tuve tiempo de volver a atornillar la tapa. Cuando volvió a mirarme, sus ojos parecían igual de muertos que los de Charlie. «¿Dónde está ella, muchachito?», me preguntó. «¿Dónde la pusiste?».

»Me hice el tonto, algo no muy difícil para mí. “No sé de qué habla”, contesté. “No tenemos tiempo para esto”, dijo Rol júnior. “Nos lo dirá cuando le enseñe sus tripas”, y sacó un cuchillo con una hoja de veinte centímetros. Esa cosa se abrió en sus manos como por arte de magia.

—¿Y qué sucedió?

—Él no era ningún soldado, solo un tipo que agarraba un cuchillo. Puede que mi cabeza no funcione del todo bien desde que la granada explotó entre Billy y yo, pero todavía soy capaz de entender a un tipo con cuchillo. Se lanzó derecho contra mí, un error grave de su parte. Agarré la muñeca de la mano con el cuchillo y le di vuelta rodeándole el cuello de modo que lo coloqué entre su padre y yo. El señor Costa sacó una fea pistolita automática y se puso a dar vueltas alrededor de mí buscando un espacio para disparar, pero la chica pegó un grito y él desvió la mirada. Ese error fue todavía peor que el primero.

Paulie le dio un trago largo a su cerveza.

—¿Dónde están ahora, Paulie? ¿Dentro del auto?

—¿En el auto? No. Pensé que ese monumento de piedra de Charlie le quedaba demasiado grande a un solo tipo, y en cambio podían acomodarse en él tres muertos. De cualquier modo, dice «Costa» en la lápida, ¿verdad?

—¿Y la chica, Paulie? ¿Qué fue de ella?

—Ahí sigue con la señora Stansfield. Un poco después quise hablar con ella y fui a la casa, pero se sentía demasiado débil y no pudo decirme casi nada. Pero apuesto a que se siente contenta de estar fuera de esa caja.

—Eso creo —afirmé, y volví a respirar después de estar reteniendo el aliento—. Paulie, vamos a tener que decirle a Ira todo esto, ya sabes.

—Eso pensé desde el principio, pero Hec me advirtió que me iba a meter en problemas. Creo que no quería que nadie viniera a investigar. Lo bueno es que la señora Stansfield al parecer me ha tomado un poco de cariño. A lo mejor gruñía tanto por sentirse demasiado sola.

—Es posible —dije con el ceño fruncido, pues algo me pinchaba la memoria—. Paulie, ¿no me dijiste que la casa de la señora Stansfield quedaba al oeste del cementerio?

Movió la cabeza afirmando. Contemplé los campos de maíz dorado que se extendían hasta los cerros cubiertos de pinos en el horizonte. El sol del atardecer colgaba encima de ellos como un ojo feroz y solitario.

—Paulie, no hay ninguna casa al oeste del cementerio.

—Claro que sí —dijo, con signos de irritación—. Esa casa de piedra al otro lado de la barda. La señora Stansfield vive ahí desde hace más tiempo que el alcalde, desde 1852 o 1851… Ya no puedo manejar bien los números.

—¿Qué cree usted que será de Paulie? —le pregunté al *sheriff*.

—Cualquiera lo sabe —repuso LeClair, hundido en el asiento de mi auto de alquiler.

Lucía agotado, pero le brillaban los ojos, casi como si tuviera fiebre. Se encontraba mirando a los hombres en el asiento trasero del *jeep* frente a nosotros, mientras el convoy se dirigía a Algoma bajo la luz del crepúsculo. Paulie hablaba animadamente con un par de guardias, y gracias al movimiento de luces se distinguían sonrisas en sus rostros.

—¿Puede visualizar a Paulie declarando en el proceso de instrucción? —dijo con suavidad—. Lo harán trizas. Lo enviarán tres meses a Ypsilanti para evaluarlo psicológicamente; si tiene suerte, volverá al hospital de veteranos y si no la tiene, quizás a la cárcel.

—Eso es lo más probable —concedí—. Mató a dos personas y al menos contribuyó a que muriera otra más.

—En realidad no sé si hizo eso o no —admitió LeClair, reflexivamente—. Solo sé lo que usted me ha dicho. No soy más que un *sheriff* de pueblo chico, y los Costa son ricos e influyentes. Podría sentirme muy poco dispuesto a solicitar una orden de exhumación basándome en la palabra de un pobre veterano con daños cerebrales.

—No puede estar hablando en serio —objeté, mirándolo un momento.

—No sé —dijo—. Voy a ser sincero con usted. Me importa un pepino lo que les haya pasado a los Costa. Solo lamento que haya pasado aquí. Me siento mal respecto a la chica, pero ella debió cuidarse al elegir a sus compañeros de juego, y a estas alturas ya no hay modo de ayudarla. Eso deja solamente a Paulie. Ya pasó por la molienda una vez, y detesto la idea de volver a meterlo por la maquinaria.

—Pero hay tres muertos.

—Se equivoca usted, amigo, hay muchos más muertos que eso. Recibieron abundantes balazos mientras el hijo de Roland Costa usaba su exención del servicio militar para aprender los negocios de su familia, en los días en que le arreglaban la cabeza a Paulie Croft para que pudiera trabajar cavando tumbas, en lugar de conducir un camión como su padre. Le diré qué voy a hacer, García: *nothing*. Nada. Dejo todo en sus manos. Decida usted quién le debe a quién y a cuánto ascienden tales deudas. Una vez que lo tenga decidido, me informa. ¿De acuerdo?

—Eso no es justo —dije de plano.

—¡No me diga! —repuso reprimiendo un bostezo—. No necesitamos ser justos. Nosotros somos la ley. Y no se preocupe por Hec. Yo me encargo de él.

—La falta de sueño lo está haciendo alucinar —gruñí—, o quizás una sobredosis de aire fresco le ha afectado la mente. No puede salir bien librado con tales medidas.

—Probablemente tenga razón —admitió—, pero si me descubren, estoy protegido. Basta con que mueva los pies en el polvo y declare que me confundió un policía lenguaraz de la gran ciudad. No sé qué excusa pueda tener usted, pero ese problema sería suyo.

El débil sonido de risas nos llegó desde el *jeep*, arrastrado por el viento, y pude ver las lámparas de la calle del pueblo encendidas a la distancia. Las dos lámparas.

—Pues yo tampoco sé —confesé, hablando con lentitud—, pero quizá no necesite ninguna excusa. Me refiero a que nada puede sucederle a nadie en un pueblucho como este.

EL COSTO DE KENT CASTWELL

AVRAM DAVIDSON



El nombre de AVRAM DAVIDSON es muy conocido entre lectores de historias no solo de misterio, sino también de ciencia ficción y fantasía. De hecho, durante varios años fue el editor de la principal revista del género, *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, y ha sido ganador del Premio Hugo y del Premio Mundial de Fantasía (en tres ocasiones), además del Premio Edgar. El presente relato recibió una mención en el concurso de cuentos de *AHMM*.

CLEM GOODHUE FUE A RECIBIR EL TREN en su taxi. Si acaso viniera a bordo la anciana señora Merriman, tendría al menos asegurado un viaje. Además, a la señora Merriman, por una extraña razón, se le metió en la cabeza que la tarifa mínima era de un dólar. En realidad era de setenta y cinco centavos, pero Clem no se sintió obligado a sacarla de su error. Sin embargo, esa mañana ella no estaba a bordo del tren. En cambio, Sam Wells sí. Volvía de la ciudad —de presentar una solicitud de aumento en su pensión—, pero Sam Wells jamás pagaría cinco centavos para recorrer cualquier distancia menor de ocho kilómetros. Clem no se volvió a mirarlo.

Tras el viejo Sam, una jovencita flaca de pelo castaño descendió del tren, seguida por una joven, también delgada y de pelo castaño, y Clem pensó que sería la hermana mayor. En realidad era su madre.

Después de eso apareció Kent Castwell.

Clem ya lo había visto antes, a principios del verano. En Ashby los fuereños no son numerosos, mucho menos aquellos que se portan mal y causan conmociones en los bares. Clem por eso no lo olvidaría pronto. Un

tipo grandulón y fornido que siempre parecía estarse burlando despectivamente. Pero la mujer y la jovencita no estaban con él en aquella otra ocasión.

—¿Taxi? —ofreció Clem.

Castwell, sin hacerle ningún caso, comenzó a bajar equipaje del tren. Pero la mujer joven, que tomaba de la mano a la chica, se dio la vuelta y dijo:

—Sí… Espere un minuto.

—¿Adónde vamos? —preguntó Clem una vez que el equipaje estaba ya cargado en el taxi.

—A la antigua casa de Peabody —repuso la mujer—. ¿Usted sabe dónde queda?

—Sí. Pero ahí ya no vive nadie.

—Eso fue antes. Ahora viviremos ahí nosotros.

El grandulón blasfemaba intentando manipular la manija de la portezuela, que estaba atada con cuerdas.

—¿Por qué no la arregla o consigue un carro nuevo?

—Eso cuesta dinero —repuso Clem—. ¿A la casa de Peabody? Tendré que cobrarles tres dólares por el viaje.

—¡Vámonos, maldita sea, vámonos ya!

Ya en marcha, Castwell dijo:

—Le daré dos dólares. Seguramente el doble de la tarifa real, de cualquier modo.

Clem protestó, volviendo un poco la cabeza:

—Ya le dije, señor. Son tres.

—Pues yo le digo, señor —dijo Castwell, remedando el acento de Nueva Inglaterra del chofer—, que solo le daré dos.

Clem arguyó que la casa de Peabody quedaba lejos. Mencionó el precio de la gasolina, las condiciones de la carretera, el desgaste de las llantas. El grandulón respondió con un bostezo y enseguida barbotó una palabra que Clem usaba muy raras veces, y jamás en presencia de mujeres o niños. Pero aquella mujer y la niña no parecieron oírlo.

—Deténgase en la oficina de bienes raíces de Nickerson —indicó Castwell.

Levi P. Nickerson, que se desempeñaba además como tasador de impuestos del municipio, lo recibió:

—Señor Castwell. ¿Y supongo que ella es la señora Castwell?

—Suponga lo que le dé la gana —repuso Kent. Y enseguida se rio de manera desagradable. La mujer sonrió apenas, y L. P. Nickerson se permitió una risita también, antes de aclararse la garganta. La gente de la ciudad tenía un sentido del humor raro.

—A ver, señor Castwell. El lugar que usted ha alquilado. No me di cuenta, mejor dicho, usted no mencionó a esta joven.

—¿Y eso qué? Es asunto mío. Mire, no tengo todo el día…

Nickerson comentó que la casa de Peabody era un lugar solitario, aislado, sin otras casas en un radio de dos kilómetros, y que en el barrio no vivía ningún otro niño. La señora Castwell (si acaso era realmente su esposa) repuso que no importaba, porque Kathie pasaría la mayor parte del tiempo en la escuela.

—La escuela, sí. Bueno, eso será problemático. El autobús escolar tendrá que desviarse casi cinco kilómetros de la ruta regular para recoger a su pequeña. Eso significará pavimentar el camino; la nieve se acumula en esta parte. Hasta ahora, como nadie vivía en la casa de Peabody, no tuvimos que molestarnos con arreglar el camino. Eso significa…

Se puso a contar con los dedos.

—… que le va a costar a Ed Westlake, el conductor del autobús, más de lo calculado cuando preparó su contrato; el municipio requerirá hacer más gastos para mantener abierta la carretera. Además del costo de la escuela de la niña. Un tercer desembolso.

Kent Castwell se limitó a decir que la situación no le concernía, y pidió:

—He venido por las llaves, Nick.

La expresión del agente de bienes raíces por un momento reflejó disgusto por la familiaridad del apodo.

—Veo que no toma en cuenta que todos estos gastos extra del municipio no están incluidos en la tasación fiscal de la casa de Peabody —señaló—. Resulta que a partir de esta semana hay una casa disponible en las afueras del pueblo. La señora Sarah Beech falleció, y su hermana, la señorita Lavinia, se mudó con la hermana casada de ambas, la señora Calvin Adams. A *usted* le costará lo mismo el alquiler, pero a *nosotros* nos ahorrará gastos considerables.

Castwell, con su expresión de desprecio, se levantó.

—¡Qué! ¿Vivir donde una casera solterona se esté quejando todo el día por el trato que doy a sus cosas? No, gracias.

Extendió la mano.

—Las llaves, chico, suelta las llaves.

El señor Nickerson le dio las llaves. Pasado el tiempo, repitió con frecuencia su arrepentimiento por no haberlas arrojado al lago Amastanquit.

Los escasos ingresos de los Castwell consistían en un cheque mensual y un giro postal. El cheque llegaba el día quince, de un fideicomiso en la ciudad, tal vez una herencia, como algunos suponían, aunque otros creían que lo enviaba la misma familia de Castwell para mantenerlo aparte. El giro postal a nombre de Louise Cane iba firmado por un sargento del ejército en Alaska, y la joven beneficiaria explicó que era su pensión de divorciada, siendo el sargento Burndall su exmarido. Tom Talley, dueño de la tienda de abarrotes, le hacía endosar el giro dos veces, como Louise Cane y Louise Castwell. Tom siempre ha sido una persona muy prudente.

No cabe duda de que Castwell maltrataba a Louise. Si por casualidad pasaba entre el televisor y el sofá, donde se encontraba casi todo el tiempo, saltaba y le daba una paliza con el cinturón. Más de una vez, tanto ella como la niña tuvieron que salir huyendo de la casa para escapar de él. En general no las perseguía, pues solía estar descalzo y no le interesaba abordar el problema de ponerse los zapatos.

Echarse en el sofá para beber cerveza y ver la televisión a lo largo de la tarde, y al anochecer, salir al pueblo para beber *whisky* de los bares y ver la televisión: tales eran las ocupaciones regulares de Kent Castwell. Se enteró de quiénes iban por la carretera con regularidad, a qué horas y en qué direcciones, y los esperaba puntualmente. Más de un conductor prefería abstenerse de los placeres de semejante compañía, pero Castwell se ponía al centro de la carretera agitando los brazos y no se movía hasta que el automóvil paraba.

¿Qué se podía hacer? ¿Meterlo a la cárcel? Eso se hubiera podido hacer.

Antes de que transcurriera la primera semana, armó una pelea en el Bar Ashby.

—Ha perturbado la paz, utilizando palabras obscenas y abusivas, y además se ha resistido al arresto. Son tres cargos y tres multas de diez dólares, o diez días en prisión por cada una —sentenció el juez Paltiel Bradford—. Pudo ser mucho más, considérese afortunado. Pague al cajero.

Sin embargo, Castwell, con su repulsiva expresión de desprecio, todavía más desagradable por las huellas de golpes en la cara, declaró:

—Acepto la cárcel.

El juez Bradford apretó su larga mandíbula y cuando la aflojó dijo:

—Mire usted, señor Castwell, eso que le dije fue solo el lenguaje legal requerido. La cárcel está cerrada. Desde julio está sin usarse.

Estaban en noviembre.

—Habría que arreglar la calefacción —prosiguió el juez—, poner la electricidad, conectar el agua, además de contratar a un guardia, por no hablar de los gastos de alimentación. No veo por qué el municipio ha de cubrir esos gastos exclusivamente por culpa suya. Pague treinta dólares en la caja. Si no los trae con usted, venga mañana. ¿Entiende?

—Prefiero la cárcel.

—Resulta muy inconveniente que…

—Qué lástima, honorable juez.

El juez, sin decir más, lo miró furioso. Gamaliel Coolidge, el fiscal del pueblo, se levantó de su asiento.

—Tal vez la corte aplique el privilegio de suspender la sentencia por esta vez —sugirió—, ya que se trata de su primera ofensa.

La corte lo aplicó. Pero la semana siguiente ya estaba de vuelta, acusado de los mismos delitos. La sentencia sumaba así sesenta dólares o sesenta días. De nuevo, Castwell eligió la cárcel.

—No es mi costumbre hacer esto —dijo el juez, iracundo—, pero permitiré que pague la multa a plazos, considerando a su esposa y su hija.

—Ajá. Mejor la cárcel.

—¡No le va a gustar la comida! —le advirtió el magistrado.

Castwell repuso que se conformaría con que sus alimentos cumplieran con los requisitos de la ley. De lo contrario, presentaría una queja formal ante el Consejo Estatal de Inspectores de Cárceles.

Se tomaron cuidados especiales para que la comida que le sirvieron a Kent durante su estancia en prisión fuese mejor que los requisitos legales, aunque tampoco mucho mejor. La última vez que las autoridades estatales inspeccionaron la cárcel municipal hubo un cargo de doscientos dólares en los impuestos. Ya sufrían gastos cuantiosos con tener en la cárcel a Kent Castwell, aunque el juez redujo el costo al ordenar que las sentencias se cumplieran en forma concurrente.

Si se suman sus condenas, durante aquel invierno Kent pasó más de un mes en la cárcel. Algunos pensaron que cuando se le terminaba el dinero dejaba que lo mantuviera el municipio y abandonaba a su suerte a la mujer y la niña. Tom Talley les daba un poco de crédito en la tienda, pero no mucho.

Cuando Ed Westlake renovó el contrato del autobús escolar añadió el gasto de desviar la ruta cinco kilómetros para recoger a Kathie. El municipio no tuvo más remedio que absorber el costo adicional. Se le reprochó a Louise esperar a la firma del contrato *antes* de dejar a Castwell y volver a la ciudad con su niña. El camino de tierra a la casa de Peabody no requería tantos arreglos, pero sí algunos. ¡Tantos gastos extra solo por la presencia de un hombre! ¡Una locura!

Casi parecía —mejor dicho, *sin duda* parecía— que Kent Castwell estuviera desafiando frontalmente la respetabilidad y prudencia económica de Nueva Inglaterra. Los sagrados mandamientos: «Comer todos los alimentos, usar la ropa hasta que se desgaste, comprar conforme a tu dinero o abstenerte de comprar» no significaban nada para él. Una persona claramente hostil.

El municipio de Ashby no era próspero. Faltaban industrias. Carecía de atractivo turístico, igual de lejos del mar que de las montañas, y su único recreo se hallaba en las aguas lodosas del lago Amastanquit. Los suelos eran duros de sembrar, y la explotación de madera costaba demasiado trabajo para los escasos beneficios que aportaba. Todos los jóvenes se iban de allí. Pero, por desgracia, Kent Castwell no daba señales de partir.

A fin de cuentas, no tenía nada de raro que en Ashby no existiera una colonia de artistas. Lo extraordinario consistió en que Clem Goodhue, al ir en su taxi para recibir el tren, reconociera de inmediato a Bob Laurel como un artista. Cuando le preguntaron cómo pudo saberlo, Clem se puso vanidoso y contestó que había estado una vez en Provincetown.

La conversación, según recordó después Clem, se inició cuando Bob Laurel le preguntó si sabía de alguna casa que pudiera alquilar por poco dinero, y que fuera tranquila y tuviera un sitio donde pintar.

—Por eso le recomendé a Kent Castwell —le dijo en una ocasión al *sheriff* Erastus Nickerson (primo de Levi P.).

—¿Una casa *tranquila*? —repitió el *sheriff*—. Ya sé que Laurel es hombre de la ciudad y un artista, pero de cualquier modo…

Se hallaban sentados en el Bar Ashby, bebiendo su pequeño vaso semanal de cerveza.

—Oye mis consideraciones, Erastus —propuso el taxista—. Hay muchas casas vacías que podría rentar. Supón que *él*, este artista, toma una casa de las afueras donde no vive nadie. Supón que *él* saca una esposa que tiene guardada en algún sitio, y supón que *ella* trae además un hijo en edad escolar.

—Tienes mucha razón, Clem.

—Claro que tengo razón. Ya resulta excesivo para el municipio hacer tanto gasto por *una* casa. Mucho peor si fueran dos.

—¿Y tú crees que se quede con Castwell?

—Eso no lo sé —repuso, encogiéndose de hombros—. Yo hice lo que pude.

Laurel se quedó con Castwell. En realidad no tuvo más remedio. El grandulón lo aceptó como huésped y le cedió el salón del frente para el estudio. Kent Castwell prometió aislantes para la casa, abrir una nueva ventana y quién sabe qué otras cosas, a cambio de varios meses de adelanto en los alquileres. Persuadió no se sabe cómo al artista, y no hace falta decir que se bebió todo el dinero y no cumplió ninguna de sus promesas de realizar mejoras a la casa.

Ni el fiscal Gamaliel Coolidge ni el *sheriff* Nickerson, ni en realidad nadie más en el pueblo, se compadecieron de Laurel. Solo podía presentar una demanda civil, le dijeron. No existían bases para nada mayor. Debería servirle de lección y no andar tirando su dinero con cualquiera: eso le aconsejaron.

El pobre artista se tuvo que quedar en la vieja casa de Peabody, comprando sus alimentos, cortando su leña y pintando, todo el tiempo pintando sin cesar. Sabía perfectamente que su casero grandulón y descarado aprovechaba cada ausencia del pintor, cuando este tenía que ir al pueblo, para robarle comida y leña.

Laurel convidó a Clem a tomar un vaso de cerveza en varias ocasiones, solo por tener alguien a quien contar sus tribulaciones. Además de robarle comida y combustible, Kent Castwell ponía el televisor al máximo volumen cuando Laurel trataba de dormir; si era demasiado tarde para la televisión, hacía lo mismo con la radio. En los momentos en que el artista se concentraba en los más delicados aspectos de sus pinceladas, Castwell decidía alzar el calentador de leña y dejarlo caer con gran estruendo, sacudiendo toda la casa.

—Habla solo, con esa voz estridente y burda —se quejó Bob Laurel—. Tiene una lengua asquerosa. Se burla de mis pinturas…

—Yo sé en qué consiste —dijo Clem—. Kent Castwell no tiene la menor consideración por nadie. De eso se trata con él. Indudable.

Se cruzaron apuestas en el pueblo, cada una de un puro de diez centavos, sobre cuánto tiempo más aguantaría Laurel. Levi Nickerson, el tasador fiscal del municipio, pensó que se iría cuando se venciera el alquiler. Clem opinaba que partiría antes de eso.

—A la gente de la ciudad, el dinero no le importa tanto —señaló.

Ganó Clem.

Al entrar a la casa de Nickerson, halló a Levi sentado cerca del fuego en la cocina, y este sin decir palabra le entregó el puro. Clem asintió y se lo guardó en un bolsillo. La señora Abby Nickerson, sentada al lado de su marido, vestía un suéter masculino al que todavía le quedaba mucho uso, propiedad de su difunto padre, un hombre que no logró sobrevivir la primera reelección de Franklin D. Roosevelt. Abby deshilvanaba pacientemente viejos calcetines para devanar y formar una madeja de lana. «Nunca desperdicies algo para que nunca te falte nada» era su principio rector, lo mismo que para los demás residentes de edad madura que vivían en el pueblo.

Sobre la estufa, una olla dejaba salir un poco de vapor. En la mesa reposaban dos pilas de sobres. Todos estaban dirigidos a la oficina del tasador fiscal del municipio y se habían abierto cuidadosamente para no mutilarlos. Mientras Clem lo miraba, Levi Nickerson removió uno de los sobres sobre la olla destapada. El vapor aflojó el mucílago de la cubierta del sobre y se abrió con facilidad al toque de Nickerson. Volvió a doblarlo y sellarlo de tal manera que la parte exterior ya usada quedaba por dentro, y a continuación lo puso sobre la otra pila.

—Con este método le ahorré al municipio once dólares el año pasado —comentó—. Creo que este año llegaré a doce, tal vez doce cincuenta.

Clem soltó un gruñido de apreciación.

—¿Dónde se encuentra él? —preguntó el tasador.

—¿Laurel? En el Bar Ashby. Ya tiene todo empacado. Le dije que no se moviera aún. Encargué a los del bar que lo vigilen y me avisen por teléfono aquí si hace el menor movimiento para irse.

Sacó una hoja de papel que puso encima de la mesa. Levi la miró sin hacer ningún movimiento para recogerla. Le dijo a su esposa:

—Espero una visita de Erastus y Gam Coolidge, señora Nickerson. Asuntos del municipio. Creo que hallarás cosas que hacer en las habitaciones delanteras mientras nosotros hablamos.

La señora Nickerson asintió. Tampoco desperdiciaba palabras. Se oyó un auto detenerse frente a la casa.

—Ahí llega Erastus —dijo su primo—. Gam debería llegar… ¡Ah, ha llegado ya! Pude adivinar que vendría con Erastus para no gastar gasolina.

Los dos hombres entraron a la cocina. La señora Abby Nickerson se levantó y salió.

—Espero que esto se resuelva antes del anochecer —dijo el *sheriff*—. No me agrada conducir en la oscuridad. Una de mis luces está fallando, y sale demasiado caro poner una nueva.

Clem se aclaró la garganta.

—Bueno, aquí está —anunció, indicando el papel sobre la mesa—. La confesión de Laurel. Dice que está dispuesto a entregarse al *sheriff* y al procurador. Sucedió esta tarde, como a las dos. Fue la gota que derramó el vaso. Kent Castwell actuaba como de costumbre, pateando cosas y lanzando obscenidades allá en la casa de Peabody. Intercambiaron palabras. Laurel salió porque necesitaba ir atrás de la casa…

Clem tenía delicadeza y no quiso especificar que la casa de Peabody carecía de drenaje interior.

—Al volver —prosiguió Clem—, vio que Castwell había pintarrajeado con la brocha más grande todos los cuadros en que Laurel estaba trabajando. Los arruinó por completo.

Sobrevino un instante de silencio.

—Castwell no tenía ningún motivo para hacer lo que hizo —dijo el *sheriff*—. Destruyó las propiedades de otro hombre. Me han dicho que algunos de esos artistas venden sus pinturas hasta por cien dólares cada una… Y después, ¿qué hizo? Me refiero a Laurel.

—Tomó un trozo de leña para la estufa y le pegó con él. Le pegó con fuerza.

—Nadie duda que esté muerto, ¿es así?

Clem negó meneando la cabeza.

—No quedó ningún rastro de sangre en la madera. Se ve igual que cualquier otro pedazo de leña. Pero está muerto, sin la menor duda.

Después de una pausa, Levi Nickerson habló:

—Habrá que notificar a la esposa. No veo por qué el municipio deba cubrir los gastos del entierro. Em. Supongo que ella no tendrá nada de dinero. Será mejor notificar a esos del fideicomiso que enviaban un cheque mensual a Castwell. *Ellos* lo pagarán.

Gamaliel Coolidge preguntó si alguien más sabía lo sucedido. Clem dijo que no. Bob Laurel no se lo había dicho a nadie. No parecía tener deseos de hablar. Se hizo otra pausa, algo más larga que la anterior.

—¿Se han dado cuenta de lo que Kent Castwell costó al municipio?

Clem sugirió que serían varios cientos de dólares.

—Cientos y *cientos* de dólares —declaró Nickerson—. Y además, ¿saben cuánto nos va a costar procesar a este fulano, bien sea por asesinato en cualquier grado o por homicidio involuntario?

El fiscal indicó que eso costaría miles de dólares.

—Miles y más miles —dijo—, y eso solo para cubrir el juicio.

—¿Y si se le encuentra culpable, y él decide impugnar? —prosiguió—. Tendremos que sufragar otro juicio. Más miles de dólares. ¿Y si consigue anular el juicio y empezar de nuevo? Tendríamos que cubrir también esos gastos.

Levi P. Nickerson abrió la boca como si le doliera y gruñó:

—Imagínense cómo afectaría eso las tasas de impuestos del municipio…

Su voz se volvió clara y sentenciosa:

—No vale la pena. Él no lo *vale*; punto.

Clem sacó el puro que había ganado en su apuesta y lo olfateó.

—En mi opinión —declaró—, sería mucho mejor si Laurel simplemente empacara y se fuera de ahí. Cualquiera que encontrara el cadáver supondría que se mató en una caída. Pero esta confesión…

El *sheriff* Erastus Nickerson reflexionó un poco antes de tomar la palabra.

—Yo no conozco ninguna confesión. ¿Tú, Gam? ¿Y tú, Levi? No, ¿verdad? Lo que nos cuentas es una declaración de oídas, Clem. No se puede proceder solo por oír una declaración, eso va en contra de todos los principios legales de los Estados Unidos… Em. Qué bonita puesta de sol.

Se levantó para asomarse por la ventana. Su primo se juntó con él, y el fiscal Coolidge lo acompañó. Mientras los tres admiraban el crepúsculo, Clem Goodhue, después de echar un vistazo a sus espaldas, tomó la hoja de papel de la mesa de la cocina y la echó al fuego de la estufa. Después de un breve fogonazo, Clem extendió la mano, tomó una esquina del papel entre las cenizas y prendió su puro.

Los tres hombres junto a la ventana se dieron la vuelta enseguida.

El primero en hablar fue Levi P. Nickerson:

—No puedo pedir a nadie que se quede a cenar. Solo es un recalentado de sobras. Supongo que desean ponerse en camino.

Los otros dos funcionarios municipales asintieron.

—Me parece —dijo el taxista— que me daré una vuelta por el Bar Ashby. Tal vez haya una persona que quiera tomar el tren de la tarde. Buenas noches, Levi. No es necesario que enciendas la luz del patio.

—No pensaba hacerlo —dijo Levi—. Encenderlas y apagarlas, eso es lo que desgasta las luces. Buenas noches, Clem, Gam, Erastus.

Cerró la puerta una vez que se fueron las visitas.

—Señora Nickerson —dijo, llamando a su esposa—, ya puedes venir y poner la cena. Hemos terminado con los asuntos pendientes.

8

JACK RITCHIE



Cuando *AHMM* invitó a sus lectores a proponer sus relatos predilectos para ser incluidos en la presente antología, «# 8» de JACK RITCHIE fue uno de los títulos nombrados con más frecuencia. Autor fundamental durante los primeros años de publicación de la revista, Ritchie escribió más de cien relatos para *AHMM* (en ocasiones con el seudónimo de Steve O'Connell). Sus cuentos se distinguen por su economía y concisión, además de su particular sentido del humor. Nativo de Milwaukee, Ritchie declaró que se volvió aficionado a las historias de misterio durante su servicio militar en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Fue también uno de los pocos autores que vieron sus cuentos adaptados para el programa de televisión *Alfred Hitchcock presenta*.

IBA A UNOS CIENTO TREINTA KILÓMETROS POR HORA, pero la carretera larga y llana apenas me hacía sentir la velocidad.

Los ojos del jovencito pelirrojo brillaban con aspecto ligeramente desenfrenado mientras oía las noticias en la radio. Al terminar el noticiero, bajó el volumen.

—Hasta ahora han encontrado a siete de sus víctimas.

—Yo también oí el noticiero —repuse, asintiendo. Solté una de las manos del volante y me froté la nuca para aliviar un poco la tensión.

El joven me observaba con una sonrisa medio astuta.

—¿No lo pone nervioso algo?

Mis ojos lo miraron un instante.

—No. ¿Por qué tendría que ponerme nervioso?

El chico seguía sonriendo.

—La policía ha cerrado todos los caminos a ochenta kilómetros de Edmonton.

—También oí eso.

El jovencito casi se reía.

—Él es demasiado listo para ellos.

Eché un vistazo a la bolsa con cremallera que descansaba en su regazo.

—¿Vas lejos?

—No lo sé —replicó, encogiéndose de hombros.

Su estatura era un poco más baja que el promedio y tenía complexión ligera. Se le calculaban como diecisiete años, pero por el rostro de facciones infantiles bien podría ser cinco años mayor. Se frotó las manos en el pantalón.

—¿No se ha preguntado usted qué le hace cometer esos asesinatos?

—No —repuse, sin quitar la mirada de la carretera.

—Quizá se cansó de que todo el tiempo lo anduvieran presionando. Siempre había alguien diciéndole lo que podía o no podía hacer, hasta que fue demasiado.

El chico miró con detenimiento la carretera frente a él antes de agregar:

—Y explotó. Hay límites a lo que un tipo puede soportar. Cuando se cruzan esos límites, algo tiene que pasar.

Alcé el pie del acelerador. El chico me volvió a mirar.

—¿Por qué disminuye la velocidad?

—Queda poca gasolina. La estación frente a nosotros es la primera que he visto en los últimos sesenta kilómetros. Podrían faltar otros tantos antes de cruzarnos con la siguiente.

Salí de la carretera y me detuve junto a las tres bombas. Un hombre de edad avanzada se acercó al automóvil del lado del conductor.

—Tanque lleno —le pedí—. Y verifique el nivel del aceite.

El jovencito estudió la gasolinera. Un edificio pequeño, la única estructura en un océano de trigales, con ventanas cubiertas de polvo.

Pude distinguir un teléfono sobre una pared interior.

El chico agitó un pie.

—Cuánto tarda el viejo; no me gusta esperar —afirmó, mirándolo alzar el cofre para verificar el aceite—. ¿Por qué ha de querer vivir alguien así de viejo? Estaría mejor muerto.

Encendí un cigarro antes de reponer:

—No creo que él comparta tu opinión.

Los ojos del jovencito volvieron a observar el edificio de la gasolinera.

—Allá adentro tienen un teléfono —dijo, de nuevo sonriente—. ¿No desea usted llamar a nadie?

Solté una bocanada de humo de tabaco.

—No.

Al volver el viejo con mi cambio, el jovencito se inclinó hacia la ventana.

—¿No tiene usted radio, señor? —le preguntó.

El viejo meneó la cabeza:

—No, prefiero la tranquilidad y el silencio.

El chico le dirigió su sonrisa.

—Buena idea, señor. Guardando silencio se puede vivir más tiempo.

De regreso sobre la carretera volví a aumentar la velocidad a ciento treinta.

El joven se quedó callado un rato y de pronto dijo:

—Hace falta tener bien puestos los testículos para matar a siete personas. ¿Alguna vez ha tenido una pistola en la mano?

—Supongo que como cualquiera.

Los labios inquietos mostraron los dientes.

—¿Y no se la apuntó a nadie?

Le eché un vistazo rápido. Le brillaban los ojos.

—Conviene que la gente le tenga miedo a uno —siguió—. Con una pistola uno ya no es tan chaparro.

—No —comenté—, ya no es un alfeñique.

Lo vi sonrojarse ligeramente.

—Eres el más alto de todos los hombres del mundo —dije a continuación—, a menos que algún otro tipo también tenga pistola.

—Hay que tenerlos bien puestos para matar —insistió—. La mayoría de la gente no lo sabe.

—Pero una de las víctimas fue un niño de cinco años —le indiqué—. ¿No tienes un comentario sobre eso?

—Pudo ser un accidente —sugirió, pasándose la lengua por los labios.

—Nadie podría creer eso —objeté, meneando la cabeza.

Sus ojos reflejaron cierta inseguridad momentánea.

—¿Y por qué cree usted que iba a matar a un niño?

—Difícil saber por qué. Mató a una persona, luego a otra y a otra. Tal vez después de varios asesinatos las víctimas perdieron importancia. Hombres, mujeres, niños. Le da lo mismo.

—Uno desarrolla el gusto de matar —enunció el jovencito, asintiendo—. No es nada difícil. Después de unos cuantos al principio, ya no importa. Uno le toma gusto.

Se quedó callado otros cinco minutos.

—Nunca lo podrán atrapar —dijo por fin—. Es demasiado listo para dejarse agarrar.

Desvié la mirada de la carretera un momento.

—¿Cómo puedes afirmarlo? Todo el país lo busca. Todos saben qué aspecto tiene.

El chico alzó sus dos hombros flacos.

—Igual no le importa. Hizo lo que debía hacer. La gente ya sabe que él es todo un hombre.

Avanzamos otros dos kilómetros sin cruzar palabra, hasta que se agitó en el asiento y me preguntó:

—¿Oyó usted la descripción en la radio?

—Claro —contesté—. Llevo una semana oyéndola.

Me miró con curiosidad.

—¿No le dio miedo llevarme en su auto?

—No.

—¿Tiene nervios de acero o qué? —preguntó, con astucia en la sonrisa. Sacudí la cabeza:

—No. Bien que puedo asustarme cuando es necesario.

El chico mantuvo la mirada sobre mí.

—Yo correspondo perfectamente a esa descripción.

—Es cierto.

El camino se extendía frente a nosotros. A uno y otro lado solo se veía la planicie de las llanuras. Ni una sola casa, ni un solo árbol.

El chico se reía:

—Me veo igual al asesino. Todos me temen. Eso me gusta.

—Ojalá te hayas divertido —le dije.

—En estos dos últimos días, la policía me ha detenido tres veces. Me dan la misma publicidad que al asesino.

—Ya lo sé —declaré—. Creo que te harán todavía más publicidad. Pensé que te iba a encontrar en esta carretera.

Aminoré la velocidad.

—¿Y yo? —le pregunté—. ¿Acaso no me queda también a mí la descripción?

El jovencito adoptó una expresión casi de burla.

—No. Usted tiene pelo castaño. Él lo tiene rojo, como el mío.

—Pude habérmelo teñido.

Los ojos del chico se abrieron más cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder.

Él era el número ocho.

EL DIOS DE LOS OBSTÁCULOS

GREGORY FALLIS



GREGORY FALLIS es, además de escritor, un auténtico investigador privado. Este cuento, el primero que escribió, fue finalista del Premio Shamus que otorga la organización Private Eye Writers of America. También es autor de libros que no son de ficción, como *Be Your Own Detective* o *Just the Facts, Ma'am: A Writer's Guide to Investigators and Investigative Techniques*.

NO TENGO MUCHO QUE VER CON MINISTROS protestantes ni clérigos de ninguna especie; los evito siempre que puedo. Soy irlandés y católico, como se trasluce en mi nombre: Kevin Sweeney. Mi esposa, Mary Margaret, es también irlandesa y católica, pero a diferencia de mí, ella sí se toma en serio ambas cosas, por lo cual no siempre logro evitar el contacto con curas y monjas. Pero los ministros protestantes son radicalmente otro tema. Quedan fuera de mis círculos habituales. En cambio, las cárceles sí forman parte de mis círculos habituales, y fue en la cárcel municipal donde Joop Wheeler y yo nos topamos por primera vez con el reverendo Jason Hobart. Muchos ministros y sacerdotes visitan cárceles y prisiones en temporada decembrina. Sin embargo, Hobart no estaba ahí para aportar alegría o predicar el evangelio a los reclusos. No estaba en la cárcel de visita. Lo arrestaron por incendiar el garaje de su hija. Los tres nos amontonamos en un minúsculo salón de entrevistas, Hobart, mi socio Joop y yo. Hobart pasó el fin de semana preso, esperando que le fijaran fianza, y ese tiempo lo desgastó. Se notaba que normalmente era un hombre cuidadoso de su aspecto, pero un par de noches

en la cárcel mandó al demonio su pulcritud. Estaba desaseado y olía a sudor, miedo y preocupación.

La cárcel nunca es un lugar agradable para conversar, pero resulta todavía peor en los días de fiesta. Los presos se desesperan más y el ambiente se deprime por las insistentes melodías navideñas que suenan sin parar en el sistema público de altavoces. Pero Joop y yo nos vimos obligados a presentarnos allí. Queríamos hablar con Hobart antes de la audiencia para determinar la fianza. Él tenía un buen abogado, Kirby Abbott, y seguramente lo dejarían salir de prisión. Un hombre que sale de la cárcel bajo fianza tiene necesidades e intereses de mayor importancia que responder preguntas.

Por dicha razón Joop y yo fuimos a verlo: para obtener respuesta a varias preguntas. Como ya dije, Kirby Abbott es buen abogado, pero ni el mejor abogado puede ir más allá de lo que el cliente le dice. Hobart, por algún motivo, no quería cooperar. Negaba haber prendido fuego al garaje de su hija, pero rehusó decirle a Kirby dónde se hallaba en el momento en que se produjo el incendio. Por tal razón Kirby recurrió a nosotros. Somos investigadores privados.

Buena parte de nuestros quehaceres se relaciona con la defensa de casos criminales, pero raras veces nos tocan clientes como Jason Hobart. Antes de tomar los hábitos —si acaso es eso lo que hacen los ministros protestantes—, Hobart fue un exitoso hombre de negocios. Era dueño de varios edificios de apartamentos, dos tiendas de automóviles, una estación de radio local y probablemente muchas otras cosas. Todo esto lo volvía deseable como cliente, para sus abogados y para nosotros. No nos preocupaba en absoluto que no se pudieran cubrir nuestros honorarios.

Cuando Joop y yo nos sentamos con Hobart, repitió la misma historia que le contó a Kirby. Era inocente, dijo, pero se negaba a decir en dónde estaba al empezar el incendio.

—Es genial declararse inocente —dije yo—. No muchos pueden hacer lo mismo. Pero no es suficiente para la policía, ¿sabe usted?, tampoco para un jurado, en caso de que las cosas se sometan a un juicio.

El reverendo Hobart asintió, pero no parecía preocupado, solo triste y fatigado.

—Un jurado hará lo correcto. El Señor me ha de proteger.

Miré a Joop y le indiqué a Hobart con un gesto. Joop es protestante; un bautista del sur, entre todas las cosas. Quizás él podría hacerle ver mejor a Hobart su situación.

—Los jurados son criaturas raras —afirmó Joop—. Creo que un jurado va a necesitar saber dónde se hallaba usted en los momentos en que quemaron el garaje de su hija. No dudo que un jurado querrá saber por qué Sarah, su propia hija, le dijo a la policía que fue usted quien lanzó una bomba molotov por la ventana del garaje.

El acento de Joop pescó por un momento la atención de Hobart. Joop viene de Carolina del Sur, y su acento sureño tiene un sonido suave, lento y culto. En la costa de Massachusetts suena casi exótico.

Hobart meneó despacio la cabeza, con los ojos repletos de auténtico dolor.

—Sarah —dijo—. No lo sé. Casi no puedo creer que ella… ¿Dice que me *vio* prenderle fuego al garaje? ¿Que me *vio* a mí hacer eso?

—No —dije sacudiendo la cabeza—. Le dijo a la policía que usted llevaba tiempo amenazando con quemar el garaje.

—No el garaje —corrigió Hobart—. No el garaje, sino sus contenidos.

—¿La estatua? —preguntó Joop.

—No es nada más una estatua —aclaró Hobart, con los ojos llenos de lágrimas—. Es la imagen de un dios pagano. Tiene que entender que la idea de mi hija, mi única hija…, mi Sarah, adorando un ídolo… Especialmente en estos días del año. No puedo tolerar…

Se secó los ojos y negó con la cabeza.

—¿Ídolos? —intervino Joop mientras buscaba entre las notas proporcionadas por Kirby Abbott—. Creí que era la imagen de un elefante. Sí, aquí está. Una estatua de madera de un elefante. No dice nada sobre ídolos.

—Tenía la *cabeza* de un elefante —dijo Hobart, volviendo a negar con la cabeza—, pero cuerpo de hombre. Un hombre con cuatro brazos. Un dios pagano.

—¿De verdad? —preguntó Joop—. Aquí solo veo que dice elefante.

—Pues me temo que se equivocaron.

—No importa que sea un elefante o un dios de los elefantes —intervine yo—. Lo que importa es que la policía piensa que usted arrojó una bomba molotov por la ventana del garaje de su hija, que usted deliberadamente quiso destruir su estatua y su garaje.

—¿Que quise destruir? —dijo Hobart—. Me quedé con la impresión de que fue efectivamente destruido.

—Para nada —le informó Joop—. Solo sufrió daños menores. Quedó un poco chamuscada en las orillas.

—¿Habla usted de la estatua o del garaje?

—Nada sufrió daños mayores —dije—. Al menos eso nos informaron. No lo hemos visto aún con nuestros ojos.

Hobart volvió a menear la cabeza.

—Pero pensaba que… Pensaba que la policía había dicho que la estatua fue destruida.

—Eso es lo que pasa con las bombas molotov, ¿sabe usted? —dijo Joop—. No se pueden controlar los resultados. Si uno va por ahí echando bombas molotov por las ventanas, no puede quejarse si no hacen la tarea.

—Ya dije que yo no lo hice —insistió Hobart—, se lo he dicho a la policía y a mi abogado, y ahora se lo digo a ustedes. *Yo no lo hice*.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo Joop, volviéndose hacia mí—. Él no lo hizo. Ha de tratarse de un sencillo error. Si decimos esto a la policía, seguramente lo dejarán libre.

Es imposible que Joop deje de bromear, y ya dejé de intentarlo, pero algún día este chico va a hacer que nos despidan.

—Sería muy útil que nos dijera en dónde se encontraba a la hora del incendio —le dije a Hobart.

—No puedo decir más que no estaba en casa de mi hija —declaró en tono fatigado.

—Sí —le dije, asintiendo—, pero ¿por qué no puede decir en dónde *sí estaba*? Ya sabemos que no se hallaba en su casa. Sus vecinos lo vieron salir en su automóvil como a las siete de la noche. El fuego fue extinguido hacia las ocho y media, y sabemos también que usted no volvió a su casa hasta cerca de las once y cuarto. Lo que no sabemos es dónde estaba entre las siete y las once y cuarto.

—Qué mala suerte con las horas, a propósito —comentó Joop—. Volver a su casa justo en ese momento, cuando la policía está llamando a su puerta para interrogarlo. Si se hubiera tardado otro cuarto de hora o veinte minutos más, es probable que no hubiera tenido que pasar el fin de semana en la cárcel.

—¿No le es posible hallar una manera de decirnos en dónde estaba? —le pregunté—. Acuérdese de que queremos ayudarle.

—Ya se lo dije al señor Abbott —repuso Hobart—. Estaba cumpliendo una misión de Dios.

—Pues la misión de Dios puede arrojar su trasero terrenal a una celda —dijo Joop.

—El Señor me ha de proteger —replicó Hobart.

—Pues tendrá que protegerlo en la cárcel, en tal caso.

Hobart lanzó una mirada dura a Joop.

—Señor Hobart —intervine—, a Joop le falta tacto, pero no razón. Si no podemos probar que usted no se hallaba en la casa de su hija aquella noche, puede ser que pase mucho más tiempo tras las rejas.

—¡Cuánto lo siento! —dijo Hobart tristemente, mientras negaba con la cabeza—. No puedo ayudarles. No puedo revelar un secreto. ¿Supongo que hablarán con mi hija?

—Es probable —asentí, pues la pregunta iba dirigida a mí—. Eso siempre que ella acepte hablar con nosotros.

—Cuando la vean, ¿podrían darle un mensaje de mi parte? —solicitó Hobart—. ¿Podrían decirle que estoy preocupado por ella? ¿Por su alma? ¿Podrían decirle que yo la amo?

—Le diré que está preocupado por ella y que la ama —repuse, meneando la cabeza—. Pero eso de las almas no es parte de nuestra labor. Bastante tenemos lidiando con la carne.

Salir de la cárcel y dejar de oír las despreciables melodías navideñas fue un gran alivio. Me agrada la *verdadera* música de Navidad, los cánticos antiguos y villancicos que oí en la iglesia de niño. Me molesta oír canciones donde salen hombres de nieve y renos, y mamás que se besan con santacloses.

Joop expresaba alegría al salir de la cárcel.

—Creo que conviene echarle un vistazo a la dichosa estatua —dijo—. Me parece imperativo.

Joop disfruta de su trabajo de un modo que me parece poco saludable. En ocasiones creo que se hizo detective privado buscando tener una excusa legítima para meterse en los asuntos de otras personas.

—Bien —acepté—. Tenemos que entrevistar a la hija. Podemos ver el garaje y la estatua al mismo tiempo.

—¡Genial! —replicó el otro—. Cuatro brazos y *además* cabeza de elefante. Bastaría con los cuatro brazos. Pero la cabeza de elefante, eso es lo genial. En la Primera Iglesia Bautista de Ezequiel, allá de donde vengo yo, nunca tuvimos nada parecido. No había ninguna clase de estatuas. Tampoco había cuadros. Solo paredes vacías. Pero mi tía Jicotea tenía un cuadro de…

—¿Tienes una tía que se llama Jicotea?

—Bueno, su nombre verdadero es Delma —explicó Joop—, y en realidad no es tía mía. Pero así la he llamado toda la vida. Creo que es solo una mujer que mi…

—No necesito saber toda la historia de tu familia —declaré, pues Joop tiene la colección más extraña de parientes, de quienes le encanta hablar en

detalle—. Solo sentí curiosidad por el nombre.

—Entiendo —dijo Joop—. La tía Jicotea tiene la costumbre de meter la cabeza entre los hombros, igual que una jicotea. Es así como llamamos a las tortugas en Carolina. Bueno, la cosa es que Jicotea tenía un cuadro de Jesús en la pared de su sala. Tal vez siga ahí. Ella afirmaba que era Jesús, aunque yo no estoy muy seguro. No tenía mucho aspecto de judío. Un tipo de pelo largo, rubio y rizado, y ojos grandes color café. Se parecía a un perrito spaniel al que acabaran de pegarle con el periódico por haber mojado la alfombra. No inspiraba ningún respeto. Pero era una de esas imágenes en que, si te mueves, los ojos se abren y se cierran. Yo pasaba el tiempo moviéndome en la sala de la tía Jicotea, haciendo pestañear a Jesús. Sarah Hobart tiene un dios con cabeza de elefante y cuatro brazos, y todo lo que tuve yo fue una pobre imagen de Jesús que abre y cierra los ojos y parece un spaniel. ¿Qué tuviste tú?

Tenemos en San Aloysius una estatua de la Virgen. Hay quien afirma que le brotan lágrimas, aunque no he hablado nunca con alguien que lo haya visto. No voy a misa con la frecuencia debida, solo de cuando en cuando para complacer a Mary Margaret. Pero me criaron como católico, y uno no puede escapar de eso. San Aloysius es una vieja iglesia de piedra construida en 1829, una edificación sólida e imponente que brota del suelo como si en él hubiera crecido. Al entrar, lo pone a uno en su lugar; los vitrales que meten luz en la penumbra, las bancas oscuras, el piso de duelas de madera torcidas, las velas votivas que parpadean a los lados. Hay un misterio ahí en la oscuridad. Es una casa de oración, y el edificio mismo le aclara a cualquiera lo que significa la oración. Por supuesto, no le dije nada de esto a Joop; solo le mencioné la estatua de María que llora.

—La hija de Hobart y tú tienen todas las cosas religiosas bonitas —declaró Joop.

Sarah Hobart vivía en la parte antigua de la ciudad, un barrio construido en la posguerra con ladrillos rojos, arces altos, patios grandes y cercas de arbustos para desanimar a los vecinos curiosos. No es la clase de barrio donde uno esperaría que viviera una alumna universitaria.

Al llegar nos encontramos a Sarah arrastrando una enorme bolsa de basura al contenedor de desperdicios cerca del garaje. Probablemente tuvimos suerte de hallarla en casa. Sarah estaba matriculada en la universidad para un doctorado en Historia, según nos hizo saber su padre, y la mayor parte del tiempo estaba en el campus universitario durante las horas de luz del día. Quizá tenían vacaciones, aunque faltaban dos semanas para Navidad.

Se volvió a mirarnos cuando bajamos del automóvil.

—¿Ustedes vienen del seguro? —preguntó después de echar una mirada a su reloj, y nos regaló una sonrisa que parecía el sueño de un ortodoncista—. Me da mucho gusto verlos. No los esperaba tan pronto.

—Me temo que no somos de la compañía de seguros —le aclaré—. Me llamo Kevin Sweeney, y él es Joop Wheeler. Acabamos de estar en la cárcel, hablando con su padre.

La sonrisa se esfumó de su rostro.

—Oh, no. Miren, no quiero oír ninguna estupidez sobre Jesús.

Arrojó la bolsa al contenedor y cerró la tapa con estrépito.

—¿Por qué no se dedican a molestar a alguien más? Váyanse ahora mismo. Desaparezcan.

A Joop le dio risa.

—No, no —dijo mientras le ofrecía una tarjeta—. No hemos venido a nada de eso, sino a investigar el incendio. Somos investigadores privados.

Ella tomó la tarjeta y nos miró de pies a cabeza.

—La verdad es que no tienen el tipo de los misioneros que usa mi padre. Siempre me envía gente, ¿saben?, para que me digan que voy camino al Infierno solo por tener un Ganesha en el estudio.

—¿Ganesha? —preguntó Joop.

—Así es —afirmó Sarah—. El dios hindú, ¿saben? ¿El dios de los obstáculos? ¿El dios con cabeza de elefante?

—Ah —dijo Joop, sonriendo—; *aquel* Ganesha.

—¿Me *juran* que no son colegas de mi padre? —inquirió—. No se vayan a hincar rezando por mí. Odio que hagan eso.

—Palabra de *scout* —declaró Joop alzando la mano igual que juran los Boy Scouts—. La última vez que me hinqué fue para vomitar. Hemos venido solo a hacerle unas cuantas preguntas y examinar los daños. Si nos da permiso, por supuesto.

Sarah recuperó poco a poco la sonrisa.

—Viene del sur —dijo.

—Sí, señorita, le aseguro que vengo del sur —confesó—. Municipio de Georgetown, Carolina del Sur. A solo un guiño del Cielo.

Joop aprovechaba cada resquicio, y supe que ella nos admitiría. La gente de Nueva Inglaterra siempre se rinde ante un acento sureño culto. Ya tenemos montada la rutina, Joop y yo. Él charla y seduce y hace preguntas mientras yo me pongo a examinar el lugar. Funciona bien para nosotros.

—Cuénteme de este Ganesha —le pidió Joop—. ¿Lo podemos ver?

Sarah titubeó un instante y alzó los hombros.

—¿Por qué no? Está aquí mismo, en el estudio.

El «estudio» era el garaje. La puerta principal estaba sellada, y el interior de la pequeña construcción constaba de un solo cuarto grande.

—El propietario original tenía aquí un torno de alfarería y un horno —les relató Sarah—. Mi telar estuvo aquí también, pero por suerte lo metí a la casa unos días antes del incendio. En el invierno hace demasiado frío para tejer aquí.

Los daños del incendio se limitaban sobre todo a la pared del poniente, pero como suele suceder con los incendios menores, los bomberos causaron casi tanto daño como el fuego. Varias vigas de dos por cuatro tenían quemaduras, pero no suficientes para poner en peligro la pared o el techo. El piso del garaje estaba cubierto por trozos de madera, vidrios rotos y grandes fragmentos de capas aislantes color rosa. Los aislantes probablemente fueron arrancados por los bomberos en busca de posibles fuegos ocultos en el techo. De las cuatro ventanas del garaje, tres estaban rotas. Dos de ellas quizá las rompieron los bomberos para ventilar el humo y la temperatura; la tercera debió de romperse con la bomba molotov. En el garaje todo estaba cubierto por capas grasosas de hollín y mugre dejada por el humo.

Sobre un banco de trabajo junto a la pared del poniente, cerca de una de las ventanas rotas, descansaba la estatua que por lo visto fue la chispa que prendió la conflagración. Tenía unos sesenta centímetros de altura, labrada en una madera oscura. Su aspecto era raro: el cuerpo de un hombre rechoncho con cuatro brazos y, como todos habían dicho, cabeza de elefante. La figura parecía mecerse en una danza. La estatua tenía una gracia artística y resultaba atractiva a pesar del daño provocado por el fuego. El escultor logró dar la impresión de una sonrisa en el rostro del elefante. Aparte de un par de manchas cerca de la base —donde se formaron charcos de gasolina de la bomba molotov—, no mostraba daños graves.

—¡Qué tipo más simpático! —exclamó Joop—. ¿Por qué lo tiene aquí en el gara… en el estudio?

—Bueno, no va con mi decoración en realidad.

Joop asintió como si entendiera las dificultades de incorporar dioses hindúes al decorado. Extendió la mano para tocar la estatua.

—No tiene más que un colmillo. ¿Qué le pasó? ¿Se enredó en una pelea?

Sarah sonrió.

—Según la leyenda, Ganesha se rompió un colmillo y se lo lanzó a la luna —explicó ella—. Estaba furioso con la luna, pero se me olvida por qué.

—Se lo lanzó a la luna —repitió Joop—. ¿Y le dio?

Riéndose, Sarah declaró que lo ignoraba.

El banco de carpintería en el que descansaba la estatua mostraba quemaduras considerables. Recibió más daños en el incendio que la estatua. Por la superficie estaban extendidos trocitos de vidrio, posiblemente de la botella con la bomba molotov. Los trozos mayores de vidrio seguro se los habían llevado los investigadores de incendios a fin de determinar con exactitud qué tipo de combustible contenía.

Joop continuaba examinando la estatua.

—¿Qué tiene en las manos? —preguntó.

—Eso es un rábano —dijo Sarah, señalando una de las manos de la estatua—. Y esto, un tazón de dulces. Y del otro lado, una flor de loto. ¿Y junto a los pies? Esa es su rata.

—¿Su rata? —preguntó Joop—. ¿Ganesha tiene su propia rata personal?

—Sí —replicó ella, riéndose—. Y se monta en ella.

—Se monta en ella —comentó Joop—. ¿En una rata?

—Es mejor que la mayor parte del transporte público en la India —repuso Sarah.

Hice un examen de la ventana rota en el muro más cercano a la estatua. Bajo la ventana quedaron trozos de vidrio, lo cual tendría sentido si se hubiera arrojado la bomba molotov a través de ella. Fui a examinar las otras ventanas.

—Lo llamó dios de los obstáculos —recordó Joop—. ¿Qué significa eso?

—En la India creen que Ganesha les ayuda a superar obstáculos —respondió Sarah, en un tono de voz académico aprendido de sus profesores, impersonal y altanero, pero sumamente ilustrado—. A Ganesha se le invoca al comenzar cualquier nueva actividad, sobre todo si implica riesgos. Es también el dios de la previsión y la prosperidad.

—Una especie de dios multiusos —asintió Joop—. Un dios para los años noventa.

—Es cierto —se rio Sarah—. Trabaja con toda el alma y juega con igual intensidad. Ganesha tiene sentido del humor y ama la danza.

—Y usted… ¿se ha convertido al hinduismo?

Después de esa pregunta, Joop sonrió con timidez. Su sonrisa tímida es una obra maestra, y sabe usarla con habilidad.

—Ojalá no le moleste mi pregunta —agregó—. Sé que no es asunto mío. Simple curiosidad.

—Está bien; no pasa nada —repuso ella, devolviendo la sonrisa—. Mi papá eso cree, que me he convertido, y tal vez tenga yo algo de culpa: dejé

que lo creyera para hacerlo enojar, ¿sabe? En realidad, no; no soy hinduista. Pero mi padre piensa que con solo tener a Ganesha cerca de mí arriesgo mi alma. Quién sabe qué significa eso. Es muy provinciano. Cuando lo vio por primera vez, creí que le daba un ataque. Me dijo que me librara de él o me desheredaría. ¿Puede creerlo?

Bajo las otras ventanas había menos fragmentos de vidrio. Era probable que los bomberos las hubieran roto desde adentro, dejando caer los trozos en el exterior. Los vidrios bajo cada ventana mostraban la misma capa de hollín y mugre que cubría por completo el interior del garaje. Busqué en los bolsillos de la chamarra hasta que encontré un sobre del banco para hacer depósitos. Tomé un trozo de vidrio de abajo de cada una de las ventanas y puse los tres dentro del sobre.

—Me parece una pieza admirable —dijo Joop tocando la trompa de Ganesha cubierta de hollín—. ¿Dónde la consiguió?

—En la India —replicó ella—. Convencí a mi padre de que me dejara ir a la India el verano pasado. El tema de mi tesis son los motines de cipayos. En medio de mis investigaciones encontré a este Ganesha en un mercado cerca de un pueblo que se llama Kanpur, y no me pude resistir. Me costó seis mil doscientas rupias.

—¿A cuánto equivale eso en dólares?

—Unos ciento ochenta dólares. En algunas partes de la India, esa cantidad se considera una fortuna. La gente es muy pobre allá. Hay tanta pobreza que a veces sus sacerdotes necesitan vender artefactos religiosos para poder comprar alimentos —expuso ella, con una inclinación de cabeza hacia la estatua.

—¿Su papá le regaló un verano en la India? —preguntó Joop—. Qué buen tipo.

—Puede permitírselo —repuso ella alzando los hombros.

—Cuando su padre la amenazó con desheredarla, ¿se refería a cortar toda ayuda financiera? —insistió Joop.

—Una locura, ¿no le parece? —dijo Sarah, haciendo una mueca—. Solo por haber traído la estatua. Se volvió raro a partir de la muerte de mamá. Antes era normal. Bueno, no lo que se dice *normal*, pero más que ahora. Pasaba todo el tiempo trabajando y casi nunca lo veíamos, pero por lo menos no se la pasaba hablándonos de Jesús. Pero mamá murió y papá descubrió a Jesús. Y por si no fuera suficiente, se hizo ministro de la Iglesia, y ahora a eso dedica todo su tiempo. Antes fue su trabajo, ahora es Jesús. Nunca se ocupó de mamá ni de mí.

—¿Su papá le ayudó a comprar esta casa? —preguntó Joop.

—No, fue mi mamá. Ella creció en este mismo barrio, a dos cuadras de aquí. Al morir me dejó algo de dinero. No suficiente para pagar el precio total de la casa, pero contribuyó a que los pagos mensuales fuesen más moderados.

—Voy afuera a echar una mirada —anuncié.

Joop asintió, sin quitar los ojos de Sarah y al mismo tiempo apoderándose de la atención de la joven.

—Hábleme de su tesis —solicitó—. ¿De qué se trata ese motín de los cipayos? ¿Qué es un cipayo? ¿Cómo fue el motín? A mí me encantan los buenos motines.

El exterior del garaje coincidía con mis observaciones del interior. Unos cuantos vidrios rotos bajo la ventana al poniente indicaban que se había roto hacia dentro, y la cantidad bajo las otras dos mostraba que se habían roto desde el interior. Se puso en claro lo sucedido. Fui al automóvil, encontré otro sobre y metí ahí un trozo de vidrio de cada una de las tres ventanas.

A mi regreso al interior, Joop y Sarah seguían hablando de su tesis.

—A ver si le entiendo bien —decía Joop—. De acuerdo con usted, el motín se pudo evitar, pero los británicos no tuvieron suficiente sensibilidad con sus soldados hindúes y musulmanes. ¿Fue así?

—En efecto —repuso ella, asintiendo—. Había rumores de que los británicos utilizaban grasa de cerdo y vaca para engrasar los cartuchos de sus rifles, sustancias prohibidas para los hindúes y musulmanes que observan sus mandamientos. Pero en lugar de desmentir los rumores (no eran *más que* rumores), intentaron forzar a los soldados a que usaran los cartuchos. No funcionó. Los cipayos prefirieron amotinarse.

Joop se volvió hacia mí.

—Sweeney, tienes que oír esto —dijo, y enseguida miró a Sarah—. Sweeney es irlandés: odia a los británicos.

—No odio a los británicos —interpuse—, solo a sus ejércitos. Tal vez podamos hablar después sobre el motín. Necesitamos irnos ya. ¿Has terminado con todas tus preguntas?

Joop se dirigió a Sarah:

—¿Le hice suficientes preguntas?

Le obsequió una de sus sonrisas. Joop tiene una coquetería tremenda.

—Eso me parece, creo —respondió ella, también sonriente.

—Pues muy bien, en tal caso —dijo Joop, estrechándole la mano—. Gracias por… Oh, un momento. Su papá. No le pregunté sobre su papá.

La sonrisa de Sarah se esfumó.

—¿Qué quiere saber sobre él?

—Usted le dijo a la policía que él la amenazó con quemar el garaje. Es decir, el estudio. ¿Cuándo le dijo eso?

—Lo dijo cada vez que hablamos tras regresar yo de la India —respondió ella—. Hablaba de mi alma y de ídolos, diciendo que si no me deshacía de Ganesha, él se encargaría de ello. Creo que incluso dijo algo sobre purificar con el fuego.

—Ah. ¿Dónde estaba usted al comenzar el incendio?

—Tendría que haber estado en la universidad —repuso ella—, pero no me encontraba bien y no fui a clases. Eso fue afortunado. Si no hubiera vuelto a mi casa, es probable que se quemara el estudio por completo.

—¿Me permite darle un consejo? —le pregunté a Sarah, que titubeó un instante.

—Claro.

—No limpie todavía este lugar. Aunque los empleados de la aseguradora le digan que ya puede limpiarlo, espere una o dos semanas antes de tocar nada. Por su propia seguridad. Debe evitar que se eche a perder su convenio con el seguro.

Ella indicó las ventanas rotas.

—¿Qué hago entonces si empieza a nevar?

—Tape las ventanas con plástico —respondí—. Pero no toque nada más. Los ajustadores de seguros son gente peculiar. Ningún cuidado es suficiente con ellos.

—Está bien —aceptó ella—. De acuerdo. Gracias.

Dentro del automóvil, Joop comenzó a tomar algunas notas. Le gusta hacerse el tonto, pero es un buen investigador, muy concienzudo.

—Una chica lista —dijo—. Odia a su padre, pero básicamente es una buena jovencita. ¿Qué te pareció a ti?

—Buena jovencita, cierto —acepté, alzando los hombros.

—¡Qué raro esto de las religiones! Se sienten muy seguros de estar en lo correcto mientras todos los demás están en un error. Hobart teme que su hija se vaya al Infierno porque tiene un Ganesha almacenado en un garaje que ha convertido en estudio, Sarah está furiosa con su papá porque siente que Jesús le importa más que ella. Hace ciento cuarenta años murieron muchos soldados en la India porque los británicos no tuvieron ningún respeto por los hindúes o los musulmanes. El Jesús de mi tía Jicotea parece un devoto de la Iglesia episcopal más que un judío. ¿Quién sabe qué quieren ustedes los católicos?

—Joop, tómate un Prozac —le dije—. Podemos dejar de lado la religión, tenemos algo mejor. Hay pruebas.

—¿Pruebas? ¿De qué?

—De quién prendió el fuego —declaré.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Joop, pero enseguida sonrió—. A ver, un momento. Has encontrado algo, ¿verdad?

—Encontré algo, en efecto —repuse, y me concentré en conducir el automóvil.

—¿Y bien? ¿No vas a decirme de qué se trata?

Le pasé los dos sobres, que abrió cuidadosamente.

—Son vidrios —anunció.

—Tú también eres un chico listo, Joop.

Joop se quedó esperando una explicación. Permanecí en silencio, y él meneó la cabeza.

—¿No me vas a decir en qué consiste?

Me limité a sonreír y mantuve la mirada en el camino.

—Sweeney, ¿nunca te han dicho que eres una rata?

—Claro que sí. Tú lo dices todo el tiempo.

—Eso prueba que *yo* soy un chico listo —dijo él.

A veces a Joop le gusta pasar por ignorante, cuando en verdad tuvo mejor educación que yo, y probablemente sea más listo, así que cuando se ofrece una oportunidad de atormentarlo, la aprovecho. Él me hace lo mismo. Es algo que hacemos los hombres.

—Te lo diré cuando hablemos con Hobart —prometí.

—¿Es ahí adonde vamos ahora? ¿Otra vez a la cárcel?

—En efecto —respondí—. Espero llegar antes de que se lo lleven a su audiencia.

Kirby Abbott, el abogado de Hobart, estaba con su cliente en la sala de entrevistas. Lucía aún más molesto que Hobart por estar dentro de la cárcel. Kirby es un buen hombre, y un genio como litigante, pero lo hace mejor cuando se trata de crímenes de cuello blanco. No se siente cómodo cuando necesita tratar con lo que él denomina «las clases criminales inferiores». Con un cliente acusado de fraude de inversiones, Kirby es un hombre dichoso. Pero con un hombre acusado de causar un incendio, aunque sea un ministro protestante acaudalado, Kirby se sentía un poco inquieto.

—¿Cuánto falta para la audiencia? —inquirí.

Kirby consultó el reloj.

—Tenemos poco más de una hora. ¿Por qué?

—Necesitan saber esto —dije—. Son trozos de vidrio de las ventanas rotas del garaje. El primer sobre contiene vidrios del interior del garaje y en el otro están los que recogí fuera del garaje.

Kirby miró dentro de cada sobre.

—¿Y qué?

—Esto sugiere que el reverendo Hobart nos ha dicho la verdad —declaré—. No fue él quien prendió el fuego.

Hobart reaccionó y extendió la mano para tomar los sobres que Kirby tenía en la mano, pero este no se los entregó. En cambio, inclinó a un lado la cabeza y se mostró confuso. Volvió a mirar el contenido de los sobres.

—No comprendo —dijo, y miró a Joop, que se encogió de hombros.

Tomé los sobres y vacié los vidrios sobre la mesa.

—Comparen —sugerí.

Kirby, Joop y Hobart se inclinaron encima de la mesa, mirando los trozos de vidrio.

—No veo ninguna diferencia —comentó Kirby—. Todos los vidrios están cubiertos de hollín grasiento.

—Bueno, eso no es del todo cierto —intervino Joop—. El vidrio del exterior del garage tiene hollín solamente de un lado. Los del interior están manchados de ambos lados.

—¿Y qué? —dijo Kirby—. ¿Qué significa eso?

—No tengo ni idea —confesó Joop.

—Significa que la estatua de Ganesha se…

—¿Ganesha? —interrumpió Kirby.

—Ganesha básicamente es el dios de los obstáculos, que tiene cuatro brazos y cabeza de elefante —le informó Joop—. El dios hindú de la previsión y la prosperidad.

Kirby se mostraba todavía confuso.

—La estatua que se quemó —le aclaró Joop.

—Ya veo —dijo Kirby—. Correcto. Ganesha.

—Estos trozos de vidrio indican que la estatua ya se estaba quemando antes de que arrojaran la bomba molotov por la ventana —expliqué. Kirby volvió a examinar los vidrios.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó—. ¿Y por qué puede afirmarlo a partir de estos trozos de vidrio?

Apunté a los vidrios y dije:

—Si se lanza un objeto por una ventana, ¿qué le pasa al vidrio? Se rompe y cae al suelo, ¿verdad?

—Creo que todos entendemos el concepto básico de la fuerza de gravedad —dijo Kirby.

A veces Kirby puede ser un poco pedante.

—Si se inicia un incendio con un objeto lanzado de esa manera, habrá humo, ¿verdad?

—Sabemos de la gravedad y también de la combustión.

—¿Qué sucede con los vidrios caídos al suelo? —pregunté—. Quedan manchados por el humo. Pero solo por un lado, el que quedó hacia arriba. El lado contra el suelo se queda limpio.

Joop sonrió y aplaudió.

—Ya entiendo ahora —anunció.

Kirby inclinó la cabeza, lo mismo que un perro que oye un sonido sin comprenderlo. Señaló los fragmentos del interior del garaje y preguntó de nuevo:

—Entonces, ¿por qué estos trozos de vidrio tienen hollín por los dos lados?

—Hay una sola explicación —dije—. La bomba molotov no inició el incendio. El fuego tenía que estar ya prendido *antes* de que se rompiera la ventana. El lado interior de la ventana quedó cubierto de hollín. Enseguida lanzaron la botella por la ventana, rompiendo el vidrio, y el otro lado se manchó también de hollín.

Kirby por fin asintió.

—Correcto. El fuego estaba prendido antes de que la bomba molotov rompiera la ventana. Pero ¿cómo prueba eso que el reverendo Hobart no fue responsable del incendio? —preguntó, volviéndose a Hobart—. Es solo una pregunta teórica, ya me entiende. No dudo de su declaración de inocencia.

Los abogados son criaturas maravillosas, siempre dispuestos a otorgar el beneficio de la duda a sus clientes.

—Porque no tiene sentido —observé—. Hobart tuvo un motivo para lanzar la bomba molotov por la ventana del garaje: le preocupa el alma de su hija. Pero no hay ninguna razón por la cual se haya metido a la fuerza al garaje para prenderle fuego a la estatua, enseguida salir de ahí y lanzar una bomba molotov por la ventana.

—Pero ¿quién tendría motivo para hacer eso?

—Su hija —dijo Joop.

—¿Sarah? —preguntó Hobart—. ¿Por qué?

—Porque está sinceramente furiosa con usted. Piensa que la descuidó a ella y también a su madre. Primero por su trabajo y después por su Iglesia.

—Y por el dinero del seguro —añadí—. Sarah estaba esperando a los ajustadores de la compañía de seguros cuando Joop y yo llegamos. Supongo que el garaje estaba cubierto por la póliza, ¿no es así?

—El garaje y también la estatua —dijo Kirby, buscando entre los papeles de su portafolios y sacando algunas notas—. La estatua quedó asegurada por un valor de ocho mil dólares.

—¡Lotería! —exclamó Joop—. Sarah pagó un poco más de seis mil rupias por el idolito. Eso equivale a solo ciento ochenta dólares estadounidenses. De un solo movimiento, Sarah se desquita con su padre y se hace de un dinero importante.

—Pero ¿por qué va a necesitar dinero? —preguntó Hobart—. Yo tengo dinero en abundancia. Si necesita algo, no tiene más que pedírmelo.

—Pero usted la amenazó con desheredarla a menos que se deshiciera de la estatua —le recordé.

Hobart bajó la cabeza.

—Ella necesita escribir una tesis —dijo Joop—. No le es posible estudiar las implicaciones religiosas del motín de los cipayos si se encuentra preocupada por cubrir mensualmente los pagos de su hipoteca.

Hobart alzó la cabeza.

—Sigo sin entender. Creí que adoraba la estatua. ¿Por qué había de quemarla?

—No la adora para nada —aclaró Joop—. Le gusta su aspecto, eso es todo. Sarah no es hinduista. No es más que una jovencita furiosa con su papá.

—Todo concuerda —dije yo—. Incluso sacó el telar de su garaje unos días antes del fuego. Eso me parece sospechoso.

—El telar. Es el telar que fue de su madre.

El pobre tipo tenía un aspecto miserable. Comenzaba a creer a sus oídos.

—Le fue fácil hacerlo —proseguí—. Los días son más cortos ahora, y pudo hacerlo protegida por la oscuridad.

—Ni siquiera necesitaba de la oscuridad —apuntó Joop—. Su casa queda rodeada de esos setos gigantescos. Nadie pudo verla arrojando la bomba molotov.

—¿No les parece extraño que haya vuelto a casa justo en el momento preciso? —dije—. ¿El momento exacto para llamar a los bomberos? El garaje y la estatua se quemaron más de lo que ella quería, pero, aun así, los daños fueron mínimos.

Hobart cerró los ojos y se puso las manos sobre la cara. Vi que movía los labios y supuse que estaría rezando. Le sobraban razones para rezar. Kirby miró su reloj.

—Bien; esto cambia las cosas, sin duda. Será necesario hablar con el fiscal antes de que comience la audiencia —dijo el abogado—. Con esta información en su poder, es posible que se retiren los cargos.

Hobart alzó la mirada.

—Pero ¿qué le va a pasar a Sarah?

Kirby tartamudeó un poco. Parecía haber olvidado que Sarah era hija de Hobart.

—Eh, bueno, eh, no estoy del todo…

—Puede que la arresten —le dije; Hobart tenía derecho a saberlo—. Podrían acusarla de obstrucción de la justicia por entregar informes falsos a la policía, pero eso es poca cosa. El problema más grave consiste en el intento de defraudar por ocho mil dólares a la compañía de seguros. Ese delito sí se considera grave.

—Pero no la acusarán por el incendio, al menos —opinó Kirby—. No es ilegal quemar algo de tu propiedad.

—No —dijo Hobart meneando la cabeza—. No acepto que arresten a mi hija… Prefiero… prefiero declararme culpable. ¿Puedo hacerlo en esta audiencia?

—¿Declararse culpable? —repitió Kirby, atónito.

—Si me declaro culpable, ¿me requieren hacerlo bajo juramento?

Kirby alzó las manos.

—Un momento, por favor. Por ahora vamos a lidiar con la audiencia para fijar una fianza. No necesitamos darle la información de inmediato al fiscal. Vamos primero a sacarlo a usted de la cárcel y después pensaremos en lo que sigue.

Hobart estaba a punto de decir algo, pero llamaron a la puerta y uno de los funcionarios del juzgado se asomó.

—Lo siento mucho —dijo el recién aparecido—. Señor Abbott, tiene una llamada. Ya están aquí los adjuntos para conducirlos a la audiencia.

—Maldición —protestó Kirby—. Maldición y más maldición. Sweeney, venga conmigo y explíqueme todo esto de nuevo.

Asentí y me levanté para seguir a Kirby. Sostuve la puerta para que Joop pasara.

—Tú ve por delante —me dijo—. Tengo algo que decirle al reverendo aquí mismo.

Sentí un titubeo. No me parecía del todo bien permitir que Joop hablara a solas con el reverendo Hobart. Ya he dicho que no siempre es tan diplomático como se necesita. Pero ya había empezado a hablar con él, así que los dejé en paz.

Mientras Kirby y yo andábamos hacia el teléfono, volví a explicarle el tema del vidrio y el humo. Lo entendió sin problemas. Siempre quiere estar prevenido, y por tal motivo resulta buen abogado.

Joop nos alcanzó unos minutos después. Sonreía como el hijo bastardo de un noble. Extendió una mano.

—Necesito que me prestes tu automóvil —dijo—. Kirby te puede llevar a la oficina cuando termine la audiencia.

—¿Qué sucede?

Joop sonrió.

—Te lo diré cuando vuelva a la oficina.

—Joop Wheeler, eres una rata.

Pero el desquite era válido: yo le hice esperar para que supiera la explicación de los vidrios y el humo. Le di las llaves del auto, aunque no me quedé muy a gusto.

Tuvimos que esperar media hora antes de que comenzara la audiencia. La espera se volvió más sufrida debido nuevamente a la miserable música navideña. Una Navidad santa y muy alegre. Pensé en buscar al escribano y protestar sobre tales violaciones de la separación de la Iglesia y el Estado, aunque nadie podría afirmar que *esa* música se relacionara con la religión.

Cuando al fin entramos al tribunal, la audiencia duró apenas diez minutos. A los juzgados no les gusta tener en la cárcel a personas como Jason Hobart esperando juicio. Si tienes dinero, sales de la cárcel. No es justo, pero así es, y todo el mundo lo sabe.

Después de la audiencia, Hobart le pidió prestado su teléfono celular a Kirby y se alejó a un rincón para hacer una llamada. Volvió unos minutos más tarde, con aspecto sombrío.

—Chet Wilkins —dijo.

—¿Y quién es Chet Wilkins? —preguntó Kirby.

—La persona con quien estaba yo mientras Sarah… cuando su garaje se incendió —dijo Hobart—. Yo estaba en su casa, rezando con él. Chet es uno de los diáconos de mi iglesia. Ha salido positivo en la prueba del VIH.

—¿Usted estaba con él aquella noche? —preguntó Kirby—. ¿Él acepta dar ese testimonio?

—Prefiere no hacerlo, pero, si es necesario, está dispuesto a declarar. Ya ven por qué no pude decirles dónde estaba yo. En mi Iglesia hay miembros, tal vez la mayoría, que creen que el sida es una maldición de Dios. Chet es un buen hombre. Ha cometido errores, pero quiere enmendar su camino a Dios.

Kirby se le quedó mirando unos instantes.

—En fin —dijo—, vámonos de aquí. Lo llevo a su casa.

—¿Podría llevarme a la casa de Sarah? —pidió Hobart—. Tengo mucho que compensar, si acaso no es demasiado tarde.

Se dibujó en su cara una sonrisa repleta de tristeza.

—No creo que sea demasiado tarde —continuó—. Dios no me haría eso. Pienso que el Señor intervino para enseñarme lo que es importante en mi vida. Yo le dije que el Señor me protegería.

Kirby asintió; no parecía oír con comodidad tantas referencias a Dios. Tampoco yo. Los católicos no hablamos de Dios como si fuera el vecino de la esquina.

—Claro, claro —dijo el abogado—. Vámonos.

En lugar de ir a presenciar la reunión de Hobart con su hija, preferí tomar un taxi y volver a la oficina. El taxista tenía puesto el radio con la musiquita de Navidad, así que mi humor era criminal cuando al fin llegamos.

Apenas tuve tiempo de que hirviera el agua para el té cuando entró Joop. Llevaba consigo la estatua hindú chamuscada del estudio/garaje de Sarah Hobart.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ganesha —contestó Joop—. Ya sabes, el dios de los obstáculos.

—Sí, pero ¿qué haces tú con la estatua?

—La compré.

—¿Qué dices?

—La compré. ¿Qué palabra es la que no entendiste?

—¿La compraste? ¿En cuánto?

—Ocho mil dólares. El valor declarado en la póliza de seguros.

Me le quedé mirando.

—¿Te volviste loco? ¿De dónde sacaste ocho mil dólares?

—De Hobart. Me dijo que le enviáramos la factura.

—Así que de eso hablaste con Hobart. Supongo que ahora Sarah va a retirar su trámite del seguro.

—Fue la única solución. Hobart no desea que su hijita pierda su alma. Tampoco desea que cometa un fraude con el seguro. Y Sarah necesita el dinero para terminar la tesis. De esta manera, todos quedan felices.

Estaba demasiado satisfecho de sí mismo. Sin embargo, he de admitir que fue una buena solución.

—¿Qué vas a hacer con eso? —inquirí.

—Voy a limpiarla —dijo Joop—. No tiene daños graves.

—Y después, ¿qué?

—La pondré en ese rincón —dijo, apuntando con el dedo—. Sweeney, amigo mío: si alguien en el mundo necesita un dios que quite obstáculos, somos nosotros, los detectives privados.

ERRORES HISTÓRICOS

WILLIAM BRITTAIN



Un educador es el personaje central de este relato sobre la autenticidad histórica. WILLIAM BRITTAIN, un maestro de preparatoria retirado, lo escribió en una época en que se despertó en los Estados Unidos un alto grado de interés por la historia del país. Brittain es autor de varios cuentos en que el detective, el señor Stang, es un maestro de ciencias de preparatoria. También ha publicado una serie de historias comúnmente denominada Cuentos del Hombre que Lee. En cada una de ellas, un personaje devoto de algún escritor de cuentos de misterio termina por resolver el crimen en el estilo característico de su héroe literario.

NORMAN KANER ALZÓ LA CABEZA DE LA ALMOHADA, abrió los ojos lentamente y de inmediato se arrepintió. Al llegar la luz al cerebro, se le activaron con la mayor intensidad las operaciones de minería dentro de la cabeza, con sus explosiones. Se humedeció los labios con la lengua, considerando vagamente si durante la noche se le habría metido en la boca algún bicho peludo, una rata almizclera, por ejemplo. Pensó asimismo que una resaca de semejantes proporciones debería ponerse en un altar como advertencia para generaciones futuras. Se preguntó si el museo de la Smithsonian Institution mostraría algún interés en el tema.

Fue imperdonable beber tanto, sobre todo en territorio desconocido. A pesar de todo, Norman se las arregló para concederse perdón. A fin de cuentas, había circunstancias atenuantes. El día anterior dio su última clase sobre el periodo colonial anterior a la Revolución, y él y Betty tenían por

delante el recorrido de Nueva Inglaterra que planearon desde que él era un simple instructor en el Hadley College, y para el cual guardaron sus ahorros durante muchos años. Eso, por sí solo, justificaba la celebración.

La celebración incluyó cuatro martinis servidos durante la cena en un pequeño restaurante al sur de Connecticut.

Además, la madre de Betty, Vera, se empeñó en acompañarlos en sus vacaciones. Eso no daba el menor motivo para alegrarse, pero sí la mejor excusa para ahogar las penas.

La anciana Vera Blumenthal era una diminuta arpía, dotada de una boca cuyo tamaño nada superaba, excepto tal vez el río Mississippi o el Amazonas. Desde su partida el día anterior al mediodía, hacía un comentario desfavorable por cada vuelta de las ruedas de la camioneta. El asiento de atrás era demasiado estrecho, Norman iba muy rápido, le molestaba su artritis, debían tomar otra ruta para evitar el tráfico… ¡Bla, bla, bla! Cuando Norman trataba de tranquilizarla y hacerla callar, soltaba su maldición predilecta:

—¡Pestilencia sobre tu cabeza, Norman, y sobre toda tu descendencia!

Que baje sobre ti la peste, Vera, pensó todavía en la cama Norman, apretándose los ojos con la base de las manos y volviendo a sentir el sabor de los posos de sus tragos. El día anterior se las pudo arreglar para volver al coche y hallar la carretera. De ahí en adelante, la memoria se volvía más confusa. Se detuvo frente a un semáforo en rojo en medio de la nada, y de pronto se abrió la puerta del coche y un hombre dijo algo sobre arrestarlo. Quién podía prever la presencia de un policía esperando en aquel sitio…

De repente Norman se incorporó del lecho. Observó las paredes de roble de la habitación y la pequeña ventana enrejada. Al apoyar las manos sobre el colchón no sintió resortes, sino algo que podrían ser cáscaras de trigo o de maíz.

El hombre que lo arrestó traía un caballo por las riendas. No solo eso: iba vestido con pantalones abolsados que le llegaban a las rodillas y una camisa blanca de manga larga. Llevaba el pelo atado tras la cabeza: una imagen que Norman había visto cientos de veces en sus libros de historia.

—¿Quién lo iba a decir? —se preguntó, maravillado—. Me arrestó Paul Revere.

Como si esas palabras fueran una señal, se oyó correr el cerrojo fuera de la puerta de la celda. Se abrió con un doloroso rechinido. Entró la luz del sol a través de ella, y Norman observó con los ojos entrecerrados una figura en el umbral.

¿Sería Ethan Allen, tal vez? ¿O John Adams? Iba vestido con la misma indumentaria que el policía de la noche anterior, más un sombrero de alas anchas encima de los cabellos que le bajaban hasta los hombros. ¿La época de 1700? No, reflexionó Norman negando con la cabeza: casi un siglo antes. No resultaba fácil creer que afuera de esa puerta existiera un país con aviones de propulsión, carreteras, chimeneas de fábricas contaminantes y drenajes que convertían el agua pura en veneno: la Norteamérica moderna.

El guardia tenía en la mano un aro con pesadas llaves de hierro.

—¿Ya recuperó el sentido, prójimo? —le dijo—. Tenía el cerebro algo revuelto por ingerir licores fuertes cuando anoche el alguacil Wainright remolcó al pueblo su extraña máquina.

—Mi esposa… su madre —murmuró confusamente Norman—, ¿dónde están? ¿Se encuentran bien?

El guardia asintió.

—Nuestra cárcel no está acondicionada para mujeres, pero Dame Pellow tuvo la gentileza de darles albergue por una noche. Sospecho que ahora mismo disfrutan de un budín para romper el ayuno. Pero prepárese ya. No conviene hacer esperar al juez Sawyer.

—Juez… Ya veo. La acusación de conducir en estado de ebriedad.

Norman se tocó el bolsillo de la cadera para verificar que ahí seguía el grueso fajo de cheques de viajero. Se levantó, y su cara se puso pálida cuando dentro de su cabeza los mineros soltaron un estallido de tres megatones. Trató de alisarse los cabellos revueltos con la palma de la mano.

—Dígame una cosa —dijo, abandonando el pelo y tratando de alisar las arrugas del pantalón—. ¿Qué es esto de su vestuario? ¿Y el policía a caballo? ¿Siempre van así o se trata de una ocasión especial?

—Illium, nuestro pueblo, fue uno de los primeros asentamientos en Nueva Inglaterra. Tenemos una gran herencia histórica y tratamos de mantenerla vigente.

—Ya veo —dijo Norman, tocándose la cabeza con el dedo índice—. Es por el Bicentenario. Se me olvidaba que es en este año…

Pero el guardia negó con la cabeza.

—Existimos desde más de un siglo antes de la Independencia. Hace unos diez años, las gentes de Illium determinamos que no queríamos dejar morir los antiguos usos y costumbres. Cada año, a lo largo de todo un mes, hacemos lo posible por revivir los primeros días, exactamente como fueron, como recordatorio de nuestros orígenes.

Norman observó al personaje con su raro vestuario.

—No está mal. Nada mal. Solo un par de cosas fuera de lugar, sin embargo.

—¿Fuera de lugar? —exclamó el guardia como si le hubieran dado una bofetada.

—Así es. Errores históricos de épocas equivocadas. Anacronismos. Por ejemplo, sus zapatos.

—¿Qué tienen mis zapatos?

—Están cortados para el pie derecho y el izquierdo. Sin embargo, casi todos los zapatos del siglo diecisiete se hacían con el mismo patrón. El zapato derecho y el izquierdo eran idénticos.

—Qué interesante. Escribiré una nota para ponerla en el tablero del pueblo. Tratamos de que todo sea lo más auténtico posible.

—Otra cosa. El policía de anoche, el que dijo que se llama Wainright, se peinaba con cola de caballo.

—¿Cola de caballo?

—En efecto —asintió Norman—, atado detrás de la cabeza. No era el estilo de los días de los puritanos. Solían llevarlo suelto, como usted.

—No le gustará enterarse de eso a Peter Wainright. Se enorgullece mucho de su pelo. Pero no dudo que cambiará de peinado en nombre de la exactitud. ¿Cómo es que usted sabe todo esto?

—Soy profesor de Historia de los Estados Unidos. Hice mi doctorado sobre los sistemas sociales de los puritanos y otros colonizadores.

—Ah, un hombre de estudios. Acuérdese de mencionar eso al juez Sawyer, que tiene gran aprecio por los conocimientos exactos. Vamos ya. No hay que hacer esperar al buen juez.

Al cruzar el prado del pueblo acompañado por el guardia y el tintineo de su llavero, Norman se quedó asombrado de cuánto se parecía Illium a las xilografías de los primeros pueblos de Nueva Inglaterra. Se habían alterado las ventanas, los porches y en algunos casos las fachadas completas de las tiendas. Vio una casa al parecer construida de troncos tallados a mano. Bajo un escrutinio detallado se descubría que eran en realidad productos comerciales. El taller del herrero tenía el invariable árbol de castañas; la rejilla de grasa apenas se distinguía a través de la puerta medio abierta. La pequeña iglesia sobre la ladera del cerro, rodeada de arces, pudo ser construida décadas antes de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Era impresionante la atención otorgada a los menores detalles.

El tribunal estaba ubicado en la sala de la casa del juez Jonathan Sawyer, una habitación de techo bajo. Los muebles estaban contra la pared para abrir

espacio, y el escritorio del juez quedaba al lado de la única ventana de la sala. Un escenario casero que al mismo tiempo se sentía cargado de formalidad para celebrar un juicio.

Betty y Vera se hallaban esperándolo cuando llegó. Bajo los efectos de su resaca, Norman apenas pudo encarar el asalto combinado de ambas mujeres.

—¡Norman! —cacareó su esposa—. Esto nos va a demorar un día o más en nuestros planes. Te dije que no beb…

—¡Qué estúpido! —armonizó Vera—. ¡Pestilencia sobre tu cabeza, Norman, y sobre toda tu descendencia!

—No tenemos ninguna descendencia, Vera —gimió Norman—. Solo Betty y yo, algo que me resulta imposible ignorar, ya que tú…

—¡Atención, atención! —entonó el guardia—. Está sesionando el juzgado del pueblo y aldea de Illium. Preside el juez Jonathan Sawyer. Quienes tengan pendientes en esta corte, preséntense ante el juez y serán escuchados. Todos de pie, por favor.

Cuando entró el juez Sawyer por la puerta de la cocina, Norman apenas logró aguantar la risa: un hombre gordo, de baja estatura, con una capa negra, que hacía pensar en un globo vestido de luto, y una peluca de forma indeterminada que insistía en taparle un ojo.

—¿De qué se acusa a este hombre? —inquirió Sawyer en tono sepulcral.

—Ebriedad y desorden público —repuso el guardia.

—¡No fue eso! —gritó Betty—. Admito que en efecto estaba borracho, pero no hubo ningún desorden. Mi madre y yo…

La mano del juez Sawyer dio un fuerte golpe sobre su escritorio.

—Las he admitido a regañadientes como observadoras, nada más. Bueno, procedamos con el caso.

—Ella solo trata de decirle que la borrachera no fue en público —insistió Vera.

—¡Basta, señoras! —ordenó el juez con el rostro lívido—. ¡Juro por mi fe que he de poner orden en la corte! ¡Que cesen de inmediato esos maullidos femeninos!

Impresionadas por el momento, las dos mujeres se hundieron en sus sillas.

—Bien, señor mío. ¿Cómo se declara usted?

—Soy culpable, señor… su señoría —murmuró Norman—. Quisiera ofrecer una explicación de lo sucedido.

Sawyer consultó con el guardia sin que se les pudiera escuchar.

—La corte se dignará a escucharlo.

—Bueno. Ayer fue el primer día de nuestras vacaciones. Medio día, nada más, pues estuve dando mis clases en la universidad toda la mañana. El fin de año escolar, honorable juez, siempre es un poco deprimente. Usted ha de saber de esto. Pensé que necesitaba un estimulante y… creo que fui demasiado lejos en la estimulación.

—Usted se dará cuenta, prójimo, de que las leyes de nuestro estado me dan el poder de revocar su licencia.

—Sí, pero…

—Y además podría sentenciarlo a sesenta días de cárcel, aparte de ponerle una multa buena de verdad.

—Se lo ruego, su señoría, son nuestras vacaciones. Prometo que no volverá a suceder.

—A pesar de todo, esta corte se inclina por la indulgencia. Vemos que no le faltan problemas, y no es nuestro deseo añadirle más sin ser necesario.

La severa mirada que lanzó a Betty y Vera podía rayar un vidrio.

—Conforme al carácter… eh… el carácter modificado a lo largo del presente mes, queda sentenciado a un día de confinamiento en el cepo.

—¿Perdón, señor?

—El cepo. Ya sabe.

Sawyer pareció de pronto un niño frente a un juguete nuevo. Giró en su sillón, extendiendo brazos y piernas con rigidez.

—Tenemos el cepo instalado en el prado, pero hasta hoy no lo hemos utilizado con nadie. Añadirá un alto grado de realismo a la celebración anual. La alternativa…

Las pobladas cejas del juez bajaron sobre sus ojos.

—… es todo el peso de la ley.

—¡No! —gritó Betty—. Lo prohíbo. Tú sentado ahí con las manos y los pies apresados en esos tablones. Qué vergüenza…

—¡Betty, cállate la boca! —rugió Norman—. Con esta sentencia nos atrasamos nada más un día.

Se volvió hacia Sawyer.

—Conforme, acepto su sentencia. Únicamente por mi gran interés en la exactitud histórica, por supuesto.

—¡No es justo! —exclamó de nuevo Vera—, pudo ponerle una multa como de diez dólares y ya estaríamos lejos de este manicomio.

El guardia tomó a Norman de un brazo y lo condujo a la puerta. Tras él, Betty y Vera discutían con el juez Sawyer. Cuando este se levantó para salir, la inevitable maldición de Vera resonó en la pequeña sala.

—¡Pestilencia sobre tu cabeza, Sawyer, y sobre toda tu descendencia!

Los tres tablones que formaban el cepo estaban empotrados en postes bien enterrados en el suelo de arcilla. Norman se sentó en la banca de madera, y el guardia alzó los dos tablones de arriba, separándolos poco más de veinte centímetros. Norman extendió las piernas y puso los tobillos en dos semicírculos cortados en la madera. El guardia bajó el tablón central y sujetó los tobillos en su sitio.

—Ahora las manos, prójimo.

Norman tuvo que estirar su cuerpo hacia delante, como un remero al comenzar su movimiento. La sección superior descendió y lo sujetó por las muñecas. El guardia se sacó del bolsillo un par de candados, con los que acerrojó los tablones.

Por fin el guardia dio un paso atrás.

—Es todo, señor. ¿Cómo se siente?

—Completamente ridículo —replicó Norman—. Indefenso. Y ligeramente incómodo.

—Mucho me temo que la incomodidad irá en aumento. En cualquier caso, no es como antes. En aquellos días la gente arrojaba los peores desperdicios a un hombre preso en el cepo. No creo que ninguno de los presentes pobladores haga algo parecido.

—Supongo que el juez Sawyer se sentiría feliz si lo hiciesen —dijo Norman—, para que todo sea todavía más auténtico. ¿Cuánto tiempo debo pasar en esta cosa?

—Solo hasta la puesta del sol. Creo que debo decirle que ha hecho muy feliz al juez Sawyer. Siempre le hizo ilusión sentenciar a alguien al cepo. Por el realismo, ya sabe. Pero ninguno de los pobladores quiso ponerse.

—Hablando de realismo, esos candados son modernos. En los días de la colonia usaban clavos de madera para poner los tablones.

—Gracias, se lo mencionaré al juez Sawyer, pues le interesa que todo sea lo más preciso posible. Ah, hay algo más. Espero que no le afecte demasiado.

Se sacó del bolsillo una hoja grande de papel y la desdobló. En caligrafía adornada estaba escrita una palabra: *BORRACHO*. El guardia la colocó en su sitio en el lado más apartado del cepo.

—Tachuelas —observó Norman—. No es correcto.

—Ya lo sé. Necesito encontrar otra manera.

El guardia se fue. Norman suspiró y movió los dedos que no podía ver. Miró el sol y calculó que serían las diez. El sol no se pondría antes de las ocho. Determinó que sería un día muy largo. Esperaba que no demasiados

pobladores se burlaran de él. Antes de una hora ya tenía un fuerte calambre en la espalda y el sol caía con ferocidad sobre la cabeza descubierta. Una sola gota de sudor le bajó hasta la barbilla, donde se quedó colgada. Al mismo tiempo, le dio comezón en la nariz.

Pasó otra hora. Norman hizo intentos por llegar al hombro con la nariz, pero la comezón quedaba fuera de su alcance. En sus clases a menudo hablaba del cepo, pero nunca imaginó la exquisita tortura de verse confinado en uno.

Alrededor, el pueblo despertaba a la vida. Del taller del herrero salían sus martillazos, y pasó una niña con un yugo sobre los hombros cargando dos cubos de agua. Al ver a Norman en el cepo, se rio con alegría y enseguida le ofreció agua de beber. Cuando se lo pidió, incluso le rascó la nariz. Aceptó todo con gratitud, demasiado sediento y avergonzado de su desamparada situación.

Era poco después de la una de la tarde, y Norman sufría con dolores que le subían por la espalda, cuando oyó una voz tras él.

—Le duele, ¿verdad? Tal vez con esto se sienta un poco mejor.

Un par de manos empezaron a amasar sus músculos doloridos. Norman se agitaba bajo la presión de los dedos, gruñendo de placer por el alivio.

Terminó el masaje y el hombre dio vuelta al cepo para encarar a Norman. Iba en general vestido como los demás, pero llevaba un abrigo con cinturón, algo raro para un día caluroso. Al otro lado del pueblo, dos muchachos cargaban una enorme viga de madera de más de tres metros de largo para llevarla a la iglesia.

—Soy el reverendo Dabney, Thomas Dabney. Espero que se sienta mejor. En eso trabajo, y allá queda mi fábrica —dijo el hombre, señalando la iglesia con el dedo pulgar.

—Oh, sí, me ha salvado usted la vida, señor Dabney. Cuando salga de esto, le invitaré una copa de lo más grande…

—Mejor no. Creo que así comenzó todo esto. Además, el ponche que sirven en la posada sabe a agua de lavar platos. No puedo esperar a que acabe el mes y pueda prepararme un coctel decente.

—No me diga que ni siquiera pueden…

Dabney negó con la cabeza.

—«Hemos adoptado los usos y costumbres de la colonia», como le gusta decir a Jonathan Sawyer. Un mes al año vivimos de esta manera.

—Pero ¿no resulta un poco tonto llevarlo a este grado?

—No. Pienso que vale la pena vivir como los ancestros y aceptar sus valores. Debo admitir que tengo más gente en la iglesia cuando la ley manda que todos deben asistir.

—Pero llevarlo a estos extremos parece…

—¿Se refiere al cepo? Creo que Sawyer pudo ser mucho más severo. Sesenta días en la cárcel habrían arruinado sus vacaciones, ¿no cree? Y me atrevo a conjeturar que cuando logre salir, pensará dos veces antes de volver a conducir cuando haya bebido.

—Solo quería decir que…

—Mire, para que valga la pena hacer algo como esta escenificación colonial, es preciso abarcarlo todo. El vestuario y el cepo son lo de menos. Lo que cuenta es la tradición. Vivir durante un mes exactamente como los ancestros nos hace apreciar mucho más los otros once meses del año. Pero hay que hacerlo correctamente, todo tal y como fue. Es como subir una montaña. ¿Qué atractivo existiría si el alpinista sabe que hay una red de seguridad todo el tiempo debajo? Para que tenga significado, la experiencia ha de ser por completo real.

—Debo decir que hacen el mayor esfuerzo. Le indiqué al guardia algunos errores y reaccionó como si le citara las Sagradas Escrituras.

—Sí, ya oí hablar de eso. Pero no hay nada que temer. El juez Sawyer se encargará de corregirlos el año entrante. Tal vez venga usted a visitarnos y juzgará las mejoras.

—Cuando me hayan sacado de esta cosa puede pasar un año antes de que pueda estar de pie.

Dabney se rio con suavidad y se volvió a mirar a tres hombres que pasaban. En la espalda cargaban muchos trozos de leña atados a una burda rejilla. Saludaron con alegría a Dabney, sin prestar la menor atención a Norman.

De pronto, desde atrás le llegó a Norman un ruido parecido a un grito ahogado de dolor e indignación. En vano quiso volver la cabeza. Por fin logró captar la imagen de una figura que corría hacia él, una mujer con ropa moderna de color rosa brillante: Betty.

Pero no la Betty que él conocía. La figura parecía tratar de agarrar algo que tenía puesto en la cabeza, al tiempo que emitía raros gritos ahogados entre gruñidos.

La figura grotesca rodeó el cepo y miró a Norman. Tenía la cabeza estrechamente apresada por una jaula hecha de tiras de hierro. La base de esas tiras quedaba sujeta con candados a su cuello por un redondel de metal, que

hacía imposible quitarse el aparato. En una de las tiras encima de sus labios había una nudosa espiga metálica que se le introducía en la boca y volvía imposible dar forma a las palabras. Con las manos ensangrentadas, Betty Kaner trataba de mover la jaula que le aprisionaba la cabeza.

—Gnnn… Og… Jurr… Og…

—¡Es un callabocas! —exclamó Norman, tratando de liberarse las manos sin lograr más que arrancarse la piel en el cepo.

—La brida de la chismosa, así la llamaban en tiempos de la colonia. Creo que el juez Sawyer le advirtió varias veces que no gritara en la corte, antes de ordenar que se la colocaran.

—Pero es algo inhumano.

—Para nada. Si se tranquilizara, estaría bien. Puede respirar sin el menor problema. Tan solo le es imposible hablar. Y puede ir adonde quiera. Es mejor que tenerla encerrada en una celda.

—¡Pero eso… eso que le han puesto en la cabeza!

—¡Mg durr! ¡Mg durr!

—Claro que le duele —le dijo Dabney—. Deje de tratar de moverla y se sentirá bien.

—Dabney, ¿acaso no ve que casi ha perdido la razón por el miedo y el choque?

—Mucho mejor para usted, mi viejo. Le aseguro que cuando se lo quiten dejará de ser la arpía de antes de que se la pusieran.

Con un miserable gemido, Betty se hundió en el polvo del suelo, abrazada con toda su alma a las piernas de Norman en gesto de súplica.

—Dabney, estoy harto de todo esto. Al cuerno con mis vacaciones. Tengo la intención de acudir a las autoridades por estos… estos atropellos.

—No diga tonterías. Piense en el valor adicionado a sus clases de historia. Les va a poder hablar desde su propia experiencia de los castigos durante la colonia —sugirió Dabney frotándose la barbilla mientras pensaba qué decir—. Sabe usted, ese callabocas lleva en el museo unos doscientos años. No pensé que lo vería en uso.

—¡Una monstruosidad!

—No, señor Kaner, de ninguna manera. Así fuimos hace más de doscientos años. Oh, no somos del todo perfectos en la recreación del pasado. Pero llegaremos a serlo.

Dabney se dio vuelta para mirar al otro lado del prado, donde avanzaba entre gritos un grupo de pobladores camino a la iglesia.

—Me tengo que ir —anunció—. Tengo que atender otros asuntos.

—¿Cómo puede usted ver a dos seres humanos bajo tortura y decir que tiene otros asuntos? ¿No le parece raro para un hombre de su profesión?

—No es tortura, señor Kaner. Se trata de un castigo por acciones cometidas en contra del bienestar de la comunidad. Un castigo que es justo. El mismo castigo que aplicaban nuestros ancestros.

Algo desvergonzadamente maligno afloraba en los ojos de Dabney, como una serpiente lista para atacar.

—Tal vez le interese saber —dijo— que justo antes de mediodía el médico de la localidad visitó la casa de los Sawyer. El juez se sentía mal, y también sus dos hijos.

—¿Y eso qué?

—Sarampión. El doctor dice no haber visto jamás que la enfermedad atacara a toda una familia tan súbitamente.

—¿Qué tiene que ver eso con mi esposa o conmigo?

—Con usted, nada. Ni con su esposa.

—En ese caso, ¿qué…?

—Piense un poco, señor Kaner. Piense.

Dabney gritó a la multitud de pobladores y fue trotando para unirse a ellos.

Una locura. El pueblo entero enloquecía con su pasión por la exactitud histórica. Betty alzó la mirada suplicante tras la jaula de hierro. Un gemido muy suave salió de su garganta.

Momentos más tarde se oyeron débiles ovaciones que llegaban del patio trasero de la iglesia, detrás de los arces. Una nube de humo negro grasiento ascendió hacia el cielo. De pronto, suspendido en el aire como algo palpable, se dejó oír un solo grito arrancado de la garganta de alguien torturado más allá de lo soportable.

Enseguida Norman entendió quién gritaba, y en su mente oyó la misma voz que maldijo al hombrecito gordo envuelto por una capa negra y una peluca demasiado grande para su cabeza: «¡Pestilencia sobre tu cabeza, Sawyer, y sobre toda tu descendencia!».

¡El sarampión!

Aunque su estómago se contorsionó al pensar en lo que estaba sucediendo, una idea sin relevancia apareció en la mente de Norman: otro error histórico.

En la época colonial la pena de muerte se aplicaba mediante la horca o aplastando al sentenciado con grandes rocas.

En toda la historia de Nueva Inglaterra no se registró un solo caso de una bruja ejecutada en la hoguera.

LA GATA DEL O-BON

I. J. PARKER



El investigador privado en las historias de la señorita I. J. PARKER, Sugawara Akitada, un aristócrata empobrecido en el antiguo Japón, apareció por vez primera en las páginas de *AHMM* en 1997, con su publicación inicial en el territorio de la ficción. Más adelante, su cuento «El primer caso de Akitada» mereció un Premio Shamus por la mejor narración sobre investigadores privados. La primera de sus novelas aclamadas por la crítica en dicha serie fue *El códice del dragón*. Aquí ofrecemos una de las más recientes aventuras de Akitada.

Otsu, lago Biwa, Japón, siglo XI*, durante el festival O-bon.*

EL PRIMER DÍA: LA BIENVENIDA A LOS MUERTOS

IBA CAMINO A SU CASA cuando encontró al niño. En aquel momento, atrapado en las honduras del duelo y la desesperanza, no pudo entender el significado del encuentro.

Akitada, que aún no alcanzaba el punto medio de su vida, sentía un enorme fastidio de todo. Un hombre puede soportar dificultades, humillaciones y aun el peligro inminente de morir echando mano a recursos cuidadosamente acumulados en el pasado, y sacar ánimos nuevos de sus logros frente a los nuevos obstáculos, pero Akitada, a pesar de disfrutar de privilegios y triunfos moderados al servicio del emperador, no supo cómo anclar el alma después de la muerte de su pequeño hijo en la epidemia de

viruela de aquella primavera. Ejecutaba los movimientos de la vida cotidiana como si no formara parte de nada, como si el hombre que fue antes hubiera partido con el humo de la pira funeraria de su hijo, dejando tan solo un cascarón hueco actualmente habitado por un ser extraño.

Después de llevar a cabo algunas tareas asignadas en Hikone dos días antes, Akitada cabalgaba por la orilla del lago Biwa bajo una llovizna persistente. El aire se hallaba saturado de humedad, la ropa colgaba de forma incómoda, y tanto el caballo como el jinete sufrían llagas causadas por la silla de madera. Era el decimoquinto día del mes de aguas en la temporada de lluvia. El camino se convirtió en una pista de lodo, con charcos que ocultaban hoyos profundos donde un caballo bien podría romperse una pata. Era claro que no era posible llegar a su casa en la capital, y tendría que trasnochar en Otsu.

Otsu era el lugar legendario de las despedidas, símbolo de duelo y anhelos en poemas y prosas. En Otsu, las esposas o los padres daban el adiós, tal vez para siempre, a sus maridos o hijos cuando estos abandonaban la capital para iniciar sus servicios en las provincias más alejadas del país. Aun el mismo Akitada se sentía inquieto sobre sus posibilidades de regresar en esas ocasiones. Pero esos días parecían pertenecer a un remoto pasado. Ya no le importaba nada lo que le aguardaba en su camino.

Al anochecer entró a un bosque denso, y se vio rodeado por la oscuridad que parecía caer con la llovizna de las ramas sobre su cabeza y emanar de las sombras húmedas y frías entre los árboles. Cuando dejó de ver el camino decidió desmontar. Llevando de las riendas a su agotada cabalgadura, avanzó con las botas empapadas y la capa de paja para protegerse de la lluvia, pensando en la muerte.

Seguía en el bosque cuando el llanto de un niño lo distrajo de su pena. Pero cuando se detuvo y quiso llamarlo, no obtuvo respuesta. Todo permanecía en silencio, excepto por el sonido incesante de la lluvia. Se sentía casi seguro de haber oído un sonido humano, pero consideró que el escalofriante llanto lastimero de un niño, en ese lugar solitario y oscuro durante un viaje solitario y oscuro, representaba una coincidencia demasiado cruel. Era la primera noche del festival de O-bon, la noche en que los espíritus de los muertos regresan a visitar sus hogares antes de volver a partir por todo un año.

Si el alma de su propio hijo trataba de llegar también a su hogar, Yori no iba a encontrar ahí a su padre. ¿Podría estarlo llamando por medio del llanto en la oscuridad? Akitada se estremeció y apartó de su mente tales fantasías

enfermas. Ese tipo de supersticiones estaba reservado para mentalidades más sencillas y confiadas. ¿Cuánto faltaría para llegar a Otsu?

De pronto lo oyó de nuevo.

—¿Quién eres? ¡Sal adonde pueda verte! —gritó con furia a la oscuridad. Su caballo agitó las orejas y sacudió la cabeza.

Algo de color pálido se apartó de uno de los troncos y se le acercó. Un niño de cinco o seis años. Akitada retuvo el aliento.

—¿Yori?

¡Qué tontería! No se trataba de ningún fantasma. Era un niño harapiento con ojos grandes y espantados en un rostro pálido, nada parecido a Yori. Yori era guapo, bien alimentado y robusto. El niño de la camisa desgarrada y mugrosa tenía brazos y piernas tan flacos que parecían palos. Su aspecto sugería hambre continua, un fantasma viviente.

—¿Te has perdido, niño? —le preguntó Akitada, con más suavidad, deseando tener algo de comer en las bolsas que colgaban de la silla. El niño se quedó callado, guardando su distancia.

—¿Cómo te llamas?

No hubo respuesta.

—¿Dónde vives?

Silencio.

Lo más probable era que el niño conociera el bosque mejor que Akitada, que hizo un movimiento de despedida con la mano y siguió su camino. Los árboles comenzaron a perder densidad y la oscuridad se aclaró un poco. Una gris luz crepuscular se filtraba entre las ramas, más adelante se veía una franja pálida que era la orilla del lago y, ¡gracias al Cielo!, pequeños puntos de luz, como una reunión de luciérnagas, que eran las viviendas de Otsu. Miró atrás, hacia el bosque oscuro, y ahí, a unos tres metros de distancia, esperaba el niño.

—¿Quieres venir conmigo, entonces? —le preguntó Akitada. El niño no respondió, pero se acercó hasta ponerse a un lado del caballo. Akitada observó que su camisa hecha jirones estaba empapada y colgaba de las costillas de su pequeño pecho. ¿Un sordomudo? Bueno, tal vez alguien en Otsu conocería al niño.

Akitada se inclinó para ponerlo sobre la silla. Pesaba tan poco que el caballo apenas lo notaría. El resto del camino, Akitada miraba atrás de cuando en cuando, para verificar que el niño no se hubiera caído. Hizo algunas preguntas y comentarios, pero el niño no le respondía de ninguna forma. Iba

sentado tranquilamente, tal vez casi esperanzado mientras se aproximaban a Otsu.

Más adelante los invitaban las hogueras para dar la bienvenida a los espíritus de los muertos. La mayoría de la gente del pueblo creía que los espíritus podían perderse, lo mismo que el niño, y también que les daba hambre. El cementerio de Otsu brillaba con muchos pequeños luceros para marcar el camino al pueblo, y en el umbral de cada casa esperaban ofrendas de comida y agua a las almas que regresaban, aquellos fantasmas hambrientos que podían verse en las pinturas de los templos, criaturas esqueléticas con los estómagos distendidos, condenados a comer excremento o sufrir hambre y sed interminables como castigo por sus vidas de despilfarro.

En el mercado, los habitantes seguían comprando para celebrar el festival de tres días. Las puertas de las casas abiertas de par en par dejaban ver en su interior altares para los espíritus instalados frente a los santuarios de las familias, repletos de más cosas buenas de comer y beber. ¡Tanta buena comida desperdiciada en los fantasmas!

Pasaron junto a un vendedor de arroz con bandejas de fragantes pasteles blancos. A Yori le encantaban los pasteles de arroz rellenos de jalea dulce de frijol. Akitada sacó dos monedas de cobre de la faja y le compró un pastel al niño, que lo recibió con solemne dignidad, haciendo una reverencia con la cabeza para expresar su agradecimiento antes de devorarlo. Miserable y hambriento, pero no olvidaba los buenos modales. Akitada se sintió intrigado, y se propuso hacer lo mejor posible para el niño.

Preguntó a la gente si alguien conocía al niño o a su familia, pero se cansó pronto de las respuestas negativas y se detuvo en la posada. El niño miraba en torno a él con curiosidad, sin dar signos de reconocimiento. Akitada lo alzó de la silla y, suspirando, lo tomó de la mano al entrar.

—Una habitación —pidió Akitada al posadero, quitándose la capa de paja empapada y las botas húmedas—. Y un baño. Y después, comida caliente y vino.

El posadero miraba fijamente al niño harapiento.

—¿Viene con usted, señor?

—A menos que sepa usted dónde vive, se queda conmigo —repuso irritado Akitada—. Supongo que será mejor si envía a alguien a comprarle ropa nueva. Parece de unos cinco años.

Sacó de la faja unas monedas de plata sin hacer caso de la mirada de asombro en la cara del posadero.

Después de examinar la habitación, se llevó al niño para darle un baño.

Le resultó inesperadamente doloroso ayudar a bañarse a un niño pequeño, y se le llenaron de lágrimas los ojos. Parpadeando para eliminarlas, quiso atribuirlas a la fatiga y lástima por el niño. La camisa no ocultaba mucho su flacura, pero al desnudo resultaba mucho más impresionante. No solo se le notaba cada hueso bajo la piel tostada por el sol, sino que el estómago protuberante indicaba mala nutrición, y se distinguían huellas de golpes.

A juzgar por el estado de sus cabellos largos y enredados, y la mugre en sus manos y pies, el baño fue una experiencia nueva para él. Akitada pidió prestadas tijeras y un peine al encargado del baño y le recortó al niño el pelo y las uñas lo más delicadamente que pudo. El niño se dejó hacer todo con valentía. Después, descansando en la tina grande como tantas otras veces lo hizo con Yori, tuvo que volver a tragarse las lágrimas.

Volvieron a la habitación envueltos en batas de algodón provistas por la posada. Las camas estaban tendidas, y los esperaba una comida caliente de arroz y verduras. Al ver la comida, el niño sonrió por primera vez. Comieron, y cuando se le empezaron a cerrar los ojos al niño y soltó el tazón, Akitada lo metió entre las sábanas y se durmió también.

EL SEGUNDO DÍA: FENÓMENOS FANTASMALES

Al despertar se enfrentó a un ansioso escrutinio por parte del niño. A la luz del día, después del baño y el descanso nocturno, el niño se veía casi guapo. Su pelo era suave, tenía las cejas pobladas en línea recta, una nariz bien formada, mandíbula firme y ojos casi igual de grandes y luminosos que los de Yori. Akitada sonrió y dijo:

—Buenos días.

El niño extendió su pequeña mano y le pellizcó suavemente la nariz a Akitada, después de lo cual soltó una breve risa.

Pero no hubo milagros. El niño no encontró su voz ni parecía capaz de oír nada, y el pobre cuerpo no se había recuperado durante la noche. Seguía siendo más parecido a un fantasma que a un niño.

Y no era Yori.

En aquel momento de intimidad, Akitada determinó que mientras estuvieran juntos permitiría que afloraran las emociones que sepultó con las cenizas de su primer hijo. Volvería a ser padre.

Alguien se encargó de llevar a la habitación las bolsas de la silla de montar de Akitada y las ropas nuevas para el niño. Se vistieron y salieron a

dar un paseo por el pueblo. Debido al festival, en el mercado los vendedores preparaban sus mercancías desde muy temprano.

Cerca del Templo del Dios de la Guerra se desayunaron con un tazón de fideos. Enseguida, Akitada dispuso que el barbero lo afeitara mientras el niño permanecía en los escalones del templo observando a un viejo narrador de cuentos, que regalaba a un grupo de niños y madres el relato de cómo logró llegar el conejo a la luna.

En la ladera de un cerro atrás del templo se alzaba sobre los árboles un conjunto de tejados dispuesto en una serie de elegantes curvas. Por hacer conversación, Akitada le preguntó al barbero por los dueños de esa mansión.

—Oh, es propiedad de los Masuda. Una familia muy rica pero desafortunada.

—¿Desafortunada?

—Han muerto todos los hombres.

El barbero terminó y pasó una toalla caliente por la cara de Akitada.

—Queda tan solo un viejo señor, y se ha vuelto loco. Las mujeres gobiernan la familia. ¡Puaj! —escupió con repugnancia.

No escaseaba la muerte en el mundo.

Akitada pagó y prolongaron el paseo. Al sentir la mano del niño en la suya mientras avanzaban entre los puestos del mercado, a Akitada se le llenó el corazón de una ternura medio olvidada. Contempló su deleite ante las visiones del mercado y se preguntó qué podría ser de los padres. Quizá se había separado de ellos mientras viajaban en la carretera, o fue abandonado en el bosque por no ser perfecto. Resultaba patente para Akitada la ironía de descartar a un niño vivo mientras que Yori, adorado y atesorado por sus padres, era arrebatado por la muerte. Consintió al silencioso pequeño con toda clase de regalos: un par de zapatillas rojas para sus pies descalzos, un trompo para jugar y dulces.

Nadie reconoció al niño; tampoco él demostraba interés por nadie ni nada. Pero algo sucedió. Después de ir de la mano de Akitada todo el día, de súbito el pequeñuelo se soltó y corrió en medio de la multitud. Akitada sufrió un ataque de pánico, temiendo perderlo para siempre. Pero no había ido lejos: Akitada vislumbró las zapatillas rojas entre las piernas de los transeúntes, y ahí lo fue a encontrar, sentado en el quicio de una puerta, abrazando a un gato mugroso entre blanco y marrón. El alivio de Akitada fue instantáneo, pero también su irritación. Un animal flaco, cubierto de suciedad y cicatrices, que parecía vivir en estado semisalvaje. Cuando Akitada le tendió la mano, el gato bufó y saltó de los brazos del niño.

El pequeño soltó un grito ahogado, demasiado indistinto para ser lenguaje. Luchó desesperado en los brazos de Akitada, sollozando y repitiendo los mismos ruidos estrangulados, con los brazos extendidos hacia el gato. Akitada sintió la salvaje palpitación del diminuto pecho de la criatura contra el suyo, y tranquilizó sus sollozos murmurando con suavidad. Después de transcurrir bastante tiempo, el pequeño se calmó, pero aun después de que Akitada le compró un tambor de juguete, sus ojos seguían buscando al gato callejero.

Al caer la noche siguieron a la multitud de regreso al templo, donde los danzantes del O-bon giraban bajo luces de coloridos faroles. Akitada alzó al niño para que alcanzara a verlos por encima de las cabezas de la gente. Sus ojos se abrieron maravillados al contemplar las máscaras temibles y sus vestidos brillantes de seda. Cuando de pronto una criatura con una enorme cabeza de león se les acercó, con ojos feroces y una larga lengua, el niño dio un breve grito y escondió la cara en el hombro de Akitada.

Llorar en público es una vergüenza para un hombre maduro. Akitada se limpió las lágrimas y supo que no podría ya separarse del niño.

Apenas unos momentos después lo perdió.

Alguien en la multitud gritó: «¡Ahí está!», y una mujer de facciones agudas, pobremente vestida, se abrió paso a empujones hasta llegar a su lado.

—¿Qué hace usted con nuestro niño? —demandó con estridencia—. ¡Devuélvamelo de inmediato!

Akitada no logró contestar, porque los bracitos flacos del niño se le abrazaban al cuello y le impedían hablar.

Otro personaje de aspecto rudo con camisa y taparrabos de campesino apareció tras la mujer y miró furioso a Akitada.

—¡Ey! —aulló—. ¡Ese niño es nuestro! Suéltelo.

Al ver que Akitada no se separaba, se puso a dar gritos a la gente de alrededor:

—¡Se ha robado a nuestro niño! ¡Llamen a los gendarmes!

Akitada logró aflojar los brazos del niño y vio su rostro abrumado por el terror.

Pero todo concluyó demasiado rápido. Aparecieron dos gendarmes y hablaron con la pareja, cuyo nombre era Mimura. El hombre era pescador en el lago, casi a un par de kilómetros al norte de Otsu, cerca del bosque donde Akitada encontró al niño. Entregaron al niño, que lloraba sin cesar, a sus padres, advirtiéndoles que en el futuro fueran más cuidadosos.

A pesar de saber que fue una tontería de su parte entregar todo su afecto a un niño desconocido, a Akitada se le estremeció de dolor el corazón cuando los padres arrastraron al niño en llanto. Sospechaba que abusaban de él y seguirían haciéndolo, pero no tenía derecho de interferir en la relación de unos padres con su hijo. Eso no le impidió andar triste por el pueblo, pensando en maneras posibles de rescatar al niño.

Entonces volvió a ver al gato.

Pudo ser la influencia de la atmósfera peculiar del festival sobre sus emociones confundidas, pero se convenció de pronto de que el gato era su vínculo con el niño. Esta vez supo que no debía lanzarse sobre el animal. Se mantuvo a distancia y lo esperó mientras investigaba cloacas y callejones buscando pedacitos de comida. En cierto momento se detuvo a consumir una enorme cabeza de pescado, y Akitada aprovechó para comprar apresuradamente un farol. Por fin, el animal abandonó su búsqueda de desperdicios y pareció moverse con algún otro propósito. Las calles se oscurecieron, había menos gente y los sonidos del mercado se alejaron hasta que se vieron ellos dos solos en una calle residencial, el gato como una manchita pálida en la distancia hasta que desapareció súbitamente tras un muro de jardín, como un fantasma.

Akitada continuaba observando el lugar cuando sonaron pasos de sandalias de paja tras él. Se acercaba un anciano: un sereno, con sus batientes de madera. A la distancia sonó débilmente una campana, y el sereno se detuvo para escuchar atentamente. Enseguida usó con mucho vigor los batientes y gritó la hora con voz atiplada. Ya era medianoche.

Una vez que terminó el anciano, Akitada le preguntó:

—¿Acaso sabe usted de quién es un gato marrón y blanco que anda por aquí?

—¿Se refiere a Parche, señor? Vive en la casa de la cortesana muerta —respondió, señalando con un ademán calle arriba.

¿Parche? Por supuesto. El gato tenía manchas. Y esa fue la palabra que el niño quiso pronunciar.

—¿La casa de la cortesana muerta? —volvió a inquirir Akitada.

—Ya nadie vive allí —dijo el vigilante—. Es una ruina muy triste. La gata era de ella.

—No me diga. ¿Sabe usted quién es propietario de la casa ahora? Tal vez la quiera comprar.

El sereno meneó la cabeza.

—Ay, señor, no lo haga. La cortesana se suicidó cuando la abandonó su amante, y ahora su fantasma rabioso anda por los jardines con la esperanza de atrapar a hombres distraídos para vengarse. Yo siempre cruzo al otro lado de la calle cuando paso enfrente.

Akitada miró al vigilante sin creer demasiado en sus palabras. Estaban en la mitad del festival de O-bon, y el hombre era supersticioso.

—¿Cómo fue su muerte?

—Se ahogó en el lago.

—¿Tuvieron hijos?

—Si los tuvieron, hace tiempo que se han ido. La casa ahora pertenece a los Masuda.

Akitada le dio las gracias y lo miró desviarse ampliamente al subir con lentitud por la calle.

Al llegar al sitio donde la gata desapareció, advirtió que un sector del muro se había derrumbado y alcanzó a ver un jardín silvestre tan crecido que no permitía ver la casa excepto por el tejado con sus curvas elegantes sobre una pequeña villa. El sereno dio vuelta a la esquina, y Akitada se apuró a subir por los escombros, consciente de que estaba entrando sin autorización y sintiéndose algo tonto, pero más convencido que nunca de que debía hallar a la gatita.

De la profusa vegetación brotaba un calor húmedo. Por todas partes tropezaba con enredaderas y ramas y hierbas apoderadas de los arbustos y los árboles. La luz tenue de su farol iluminó un Buda de piedra, medio escondido bajo un manto de hiedra. Por todas partes sonaban ruidos extraños y chirridos, abundaban las grietas y en el haz del farol se formaban nubes de insectos. La atmósfera era opresiva, con algo vagamente amenazador. Al sentir que le tiraban de una manga se dio vuelta precipitadamente, pero no era más que una rama de un cedro enganchada a la ropa.

No vio la menor señal del gato. Solo arbustos densos, altos como torres, y extraños telones de enredaderas y glicinias suspendidas de los árboles. Habría emprendido el regreso, pero de repente oyó una puerta que se cerraba de golpe algo más adelante. Al llegar a la casa se encontró cubierto de rasguños, asediado por la comezón de piquetes de insectos y con el moño descompuesto. Pero ahí, en la veranda, lo esperaba sentada la gata.

La pequeña villa estaba a oscuras y vacía, con postigos destrozados, jirones de papel en las ventanas y tejas rotas regadas por el suelo. La balaustrada de la veranda se inclinaba en un ángulo absurdo, y en varios sitios donde antes hubo puertas se abrían negros espacios cavernarios en las

paredes. Sin embargo, debió de ser en otros tiempos un lugar encantador, erigido justo al lado del lago con sus generosos jardines, tal vez el retiro de algún noble de los asuntos oficiales de la capital.

Quieto y negro, el lago se extendía hasta el cordoncito distante de pequeñas luces en la otra orilla, donde la gente celebraba el retorno de sus muertos. Nadie encendía velas ni instalaba un altar en este lugar oscuro, pero de pronto Akitada sintió una presencia que le envió un escalofrío por la espalda. Miró atento alrededor de sí y se echó a andar hacia la casa. La gata lo contempló sin parpadear mientras se acercaba y no se movió ni siquiera cuando llegó tan cerca que podría tocarla, entonces se alejó metiéndose a la casa.

La llamó, imitando la manera en que los niños y las mujeres jóvenes llaman a sus mascotas, pero el animal no volvió a aparecer.

Faltaban escalones para ascender a la veranda, lo mismo que la mayor parte del piso. La casa, vandalizada por el saqueo de material útil para la construcción, se había vuelto inaccesible para todos menos los gatos. Estaba a punto de darse vuelta cuando le pareció oír un sonido débil. Pudo ser un gemido, y definitivamente no provenía de ningún gato. Giró y alcanzó a ver un movimiento en el interior de la casa.

Una forma alta y pálida —¿una mujer ataviada con alguna prenda diáfana?— se movió cruzando la entrada a una de las habitaciones, donde desapareció. Por un instante, Akitada parpadeó mientras sentía erizarse el pelo en la cabeza. Entonces llamó:

—¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta.

Corrió para rodear la casa, se trepó a uno de los soportes y alzó su farol, dirigido a la habitación en la que vio meterse a la mujer. El cuarto se hallaba vacío. En los rincones se acumulaban hojas muertas, y el agua de la lluvia formaba charcos en el suelo. A pesar del calor húmedo de la noche, de pronto Akitada sintió frío.

Al bajar de su puesto de observación, su pie pisó algo que se rompió con un ruido repentino. A la luz del farol vio el brillo de laca negra y madreperla, una espada de juguete hecha de madera, prueba de que un niño pequeño vivió en esa casa. Tomó la empuñadura y vio que era idéntica a la que una vez le compró a Yori el último invierno de su vida. Fue un juguete caro, con la empuñadura laqueada y adornada para asemejar el arma de un adulto, pero bien lo había valido el placer de Yori cuando el padre y el hijo practicaban con sus espadas en el patio de su casa.

Un súbito miedo irracional se apoderó de Akitada. Se sintió intruso en un mundo extraño y prohibido. Cuando al fin alcanzó de nuevo el muro derrumbado, le palpitaba el corazón y se estaba quedando sin aliento.

Derrotado, volvió a la posada. No estaba más cerca de encontrar al niño ni de entender las emociones que le preocupaban. ¿El fantasma de una cortesana, una gata y un juguete caro? ¿Qué tenía que ver todo eso? Se sintió demasiado fatigado para molestarse en ello.

EL TERCER DÍA: SE VAN LOS FANTASMAS

A pesar del cansancio, durmió mal.

Su encuentro con el niño le trajo nuevamente su viejo duelo, y añadió nuevos temores, pues se quedó despierto un buen rato, pensando que había abandonado al niño a su suerte sin alzar un dedo para ayudarlo. Cuando por fin se pudo dormir, sus sueños fueron con gatos que gruñían y fantasmas hambrientos. Todos los fantasmas tenían la cara del niño y lo seguían por doquier, extendiendo los brazos en un gesto de súplica.

Se despertó cerca de la madrugada, empapado en sudor, seguro de haber oído llorar a Yori en el cuarto de al lado. Por un momento de alegría pensó que la muerte de Yori era parte del sueño, pero de inmediato el cuarto oscuro y solitario de la posada se cerró sobre él y se hundió de nuevo en la desesperación. El despertar siempre era lo más penoso de todo.

El último día del festival O-bon amaneció claro y seco. Si se mantenía así el clima, podría llegar a Heian-kyō[1] en unas horas de cabalgar, pero prefirió arriesgarse y dedicar la mañana a averiguaciones respecto al niño, la gata y la cortesana muerta. Pensó en su esposa, con culpabilidad y resentimiento por partes iguales, pero las mujeres parecen recurrir a una fuerza interior ante cosas como la pérdida de un hijo. En los meses posteriores a la muerte de Yori, Tamako reanudó sus rutinas diarias, mientras que él se hundía en la más tenebrosa desesperación.

Los techos curvos de la mansión de los Masuda se elevaban tras un alto muro, con una gran puerta cerrada, a pesar del festival. ¿Encerraban los Masuda a sus fantasmas? Akitada llamó a la puerta con golpes fuertes y dio su nombre a un anciano sirviente, añadiendo:

—He venido a ver a lord Masuda.

—Mi amo no se encuentra bien —repuso el sirviente—. ¿Tal vez pueda hablar con una de las señoras?

La puerta se abrió un poco más y Akitada fue admitido. En los vestíbulos y corredores no se había ahorrado nada de dinero. En los techos resplandecían mosaicos azules, las puertas y los pilares estaban barnizados con laca negra, y por todas partes vio esculturas, adornos dorados y figuras vidriadas de terracota. Ascendieron por las amplias escaleras del edificio principal y pasaron hacia el otro lado. Akitada vislumbró pinturas en el techo, que estaba sostenido por pilares ornamentados, así como tapetes gruesos de hierba y cojines de seda, además de grandes pergaminos con pinturas deslavadas. Enseguida bajaron a un jardín privado. Un corredor bajo techo conducía a otro vestíbulo de tamaño ligeramente menor que el anterior. Ahí el sirviente le pidió esperar mientras daba aviso de su visita a las señoras.

Le llegaron desde el jardín gritos y risas de niños. Un riachuelo artificial pasaba con discreción más allá de la veranda y desaparecía tras una falsa colina, bajo un puente elegante barnizado de laca roja. Sus aguas claras con guijarros al fondo alcanzaban bastante profundidad. Una rana, alarmada por la sombra de Akitada, saltó al agua, perturbando a varios peces koi gordos.

De pronto dos niñas pequeñas cruzaron el puente, y los colores de sus vestidos bordados le evocaron los de las mariposas. Sus voces sonaban a los cantos de las aves. Iban seguidas de una vieja cuidadora vestida de negro que andaba con lentitud.

Qué niñas más afortunadas, pensó con amargura Akitada, y desvió la mirada. ¡Y qué buena suerte para sus padres!

El anciano sirviente regresó y lo condujo a una habitación muy hermosa. Cerca de las puertas abiertas, dos damas se hallaban sentadas sobre pálidas esteras de hierba. Ambas vestían costosos vestidos de seda, una con el gris oscuro del luto y la otra de un intenso y alegre color de rosa. La dama de gris tomaba notas en un cuaderno de contabilidad; la otra, más joven, sostenía un pergamino medio abierto con un relato de romances ilustrados. La atmósfera femenina quedaba envuelta por el aroma del incienso.

La dama de gris alzó el rostro y lo miró. Ya había pasado la primera juventud, pero seguía siendo muy hermosa. Lo contempló durante un momento, y enseguida hizo una leve inclinación desde la cintura y dijo:

—Sea usted bienvenido, señor. Le ruego que disculpe nuestra informalidad, pero el padre no se encuentra bien y nadie más pudo recibirlo. Yo soy lady Masuda, y ella es Kohime, la esposa secundaria de mi difunto marido.

El rostro alegre y sencillo de Kohime y su cuerpo robusto correspondían a una mujer de clase campesina. Akitada decidió dirigirse a la dama de mayor

edad.

—Lamento hondamente perturbar la paz de su casa —declaró—, lo mismo que la mala salud de lord Masuda. ¿Quizá resulte conveniente que regrese cuando esté recuperado?

—Mucho me temo que la salud del padre no va a mejorar —repuso lady Masuda—. Ya es viejo y… su mente divaga. Puede hablar con la mayor libertad.

Hizo un ademán para indicar el cuaderno de contabilidad.

—Me he visto obligada a llevar yo misma la carga de mantener funcionando a la familia.

Akitada enunció su interés en comprar una propiedad veraniega junto al lago, de fácil acceso desde la capital con una vista hermosa. Lady Masuda lo escuchó cortés hasta que mencionó la villa abandonada, y entonces la dama se puso tensa y expresó cierto disgusto.

—Los Masuda somos dueños de medio Otsu. No sé a qué casa se refiere. Quizás…

La alegre Kohime la interrumpió:

—Oh, Hatsuko, debe ser la casa en la que nuestro marido…

Tragó saliva y se cubrió la boca.

—¡Oh!

Lady Masuda se puso pálida y lanzó una severa mirada a Kohime.

—Mi hermana se equivoca. Lamento no poder ayudarle más.

La experiencia de Akitada con sospechosos en casos criminales le reveló que lady Masuda mentía. De las dos mujeres, Kohime era la más sencilla, pero no vio ninguna manera de poder hablarle a solas. Les dio las gracias y se marchó.

Afuera lo esperaba el viejo sirviente.

—Alguien tiene esperanzas de poder hablar con usted, señor. Es la cuidadora de los niños. Cuando mencioné su nombre, me pidió rogar por unos minutos de su tiempo.

Al darse vuelta, Akitada pudo ver a la vieja mujer vestida de negro que los miraba por encima de un arbusto grande, haciendo reverencias. Él le devolvió la reverencia.

—No creo conocerla —le dijo al anciano sirviente.

—No, señor. Pero cuando su hijo estudiaba en la capital fue acusado de asesinar a su profesor. Usted demostró su inocencia y le salvó la vida.

—¡Santo Cielo! No me diga que ella es la madre de aquel…

Akitada estuvo a punto de llamarlo bribón, pero se corrigió a tiempo.

—… aquel joven brillante, Ishikawa.

—Así es, Ishikawa —dijo el anciano frotándose las manos, como si la memoria de Akitada fuera signo de gran inteligencia—. Cuando el señor se encuentre listo para partir, yo lo estaré esperando junto a la puerta.

Akitada no sentía ningún deseo de recordar el caso, sucedido tiempo atrás, en años más felices, cuando cortejaba a la madre de Yori, pero con un suspiro bajó hacia el jardín.

La señora Ishikawa había pasado ya los sesenta años de edad, y por lo visto era persona de gran respeto en el hogar de los Masuda, pues tuvo bajo sus cuidados al hijo y los nietos del señor principal. Akitada logró poner fin a sus largas y apasionadas expresiones de gratitud al preguntar:

—¿Cómo está su hijo?

—Es el primer mayordomo del consejero Sadanori, y ya tiene familia propia —respondió, con tono de orgullo—. No dude que le agradaría poder expresar su más profunda gratitud por la ayuda que usted le brindó durante sus dificultades.

Pero Akitada tenía sus dudas. Ishikawa, un joven completamente egoísta, era inocente del asesinato, pero estaba implicado en un escándalo de fraude que estremeció la universidad imperial, y consideraba a Akitada como responsable de su expulsión. Pero al mirar el rostro arrugado y los ojos llenos de bondad que le sonreían, sintió cierta alegría de haber librado a alguien del inmenso dolor de perder a un hijo.

—Tal vez usted podrá ayudarme —le dijo—. Hay una villa abandonada junto al lago, y me han dicho que pertenece a los Masuda, pero lady Masuda lo niega.

—¿La casa de Peonía? Lady Masuda no desea que le recuerden eso.

Peonía era un nombre profesional que a menudo utilizaban cortesanas y actrices.

—¿El marido de lady Masuda mantuvo a Peonía en esa villa junto al lago? —adivinó Akitada.

La señora Ishikawa se agitó.

—Es algo de lo que está prohibido hablar.

—Comprendo. No la obligo a hablar. Pero quizá podrá informarme sobre un gato que vi allí. Un gato blanco con manchas marrones.

Su rostro se iluminó un momento.

—Oh, Parche. Una gatita adorable, y el niño la quería mucho. Me he preguntado qué sería de ella.

De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas, y se puso la mano sobre la boca al darse cuenta de que estaba hablando demasiado.

Akitada la acometió:

—Hubo un niño pequeño, por lo que oigo.

—Oh, ese pobre niño murió —lloró—. Murieron ambos. Mi ama dice que Peonía lo mató y luego se suicidó.

Sobrevino un silencio.

—Oh, señor —lloriqueó ella—, le suplico no mencionar que se lo he dicho yo. Fue horrible, pero no pudimos hacer nada. Lo mejor es olvidar.

Akitada estuvo a punto de pedir disculpas al verla tan trastornada, pero su mente ardía con el impulso de preguntar, aunque respetaba su lealtad. De nuevo acudió a su memoria la cara del niño cuando lo arrastraron para llevárselo de su lado.

—Señora Ishikawa —dijo con ansiedad—, hace dos días me encontré a un niño sordomudo, de unos cinco años de edad, y cuando vio a la gata, la reconoció. Creo que hasta quiso pronunciar su nombre.

Ella se le quedó mirando fijamente.

—La edad es correcta, pero el hijo de Peonía hablaba y cantaba sin cesar. No puede ser él.

Llegó desde el jardín la voz de lady Masuda, que llamaba a la cuidadora. La señora Ishikawa se sonrojó con expresión de culpa.

—Perdone, señor, pero debo irme. Le ruego que olvide lo que dije.

Hizo una profunda reverencia y partió.

Akitada la miró alejarse de él. Si fuera cierto lo que dijo sobre la muerte del niño, entonces él pertenecía a otros, quizás incluso a la repulsiva pareja que se lo llevó a rastras. Pero ¿cómo pudo contar esas cosas lady Masuda a la cuidadora? Sin duda, porque la señora Ishikawa conoció a Peonía y al niño, y les tenía cariño. La elegante dama inclinada sobre el cuaderno de contabilidad protegía los intereses de los Masuda, y resultaba mejor suponer que había fallecido la desprestigiada criatura de una antigua cortesana.

Al volver a las puertas de la propiedad, los resplandecientes tejados de la mansión de los Masuda testimoniaron la fortuna sustanciosa de la familia, toda propiedad de un anciano enfermo sin heredero. Akitada se hacía preguntas sobre los fallecimientos de la cortesana Peonía y su hijo. Quizá sus años de trabajar resolviendo crímenes cometidos por personas corruptas, avariciosas y vengativas lo volvían excesivamente suspicaz. O tal vez su encuentro con un fantasma gemebundo estimulaba su espíritu justiciero incapaz de reposar. Él no era religioso ni supersticioso, pero lo sucedido en

los dos últimos días no tenía nada de racional. Tampoco el estado de su mente.

De pronto, en el patio de los Masuda tomó conciencia de que la desesperanza estéril y paralizadora que lo envolvió durante tantos meses se le quitaba de encima. Una vez más se encontraba persiguiendo un misterio. Al llegar a la puerta donde lo esperaba con paciencia el viejo sirviente, le preguntó:

—¿Cuándo murió el joven heredero?

—¿Cuál de ellos, señor? El hijo del viejo señor murió hace tres años, cuando su caballo lo arrojó, pero el pequeño hijo de la primera dama se ahogó el año pasado —suspiró el sirviente—. Solo quedan las dos niñas de la segunda dama, pero el viejo amo no siente ningún afecto por ellas.

Las cejas de Akitada se alzaron.

—¿Cómo se ahogó el niño?

—Se cayó al arroyo del jardín. Sucedió hace un año, cuando la señora Ishikawa se fue de peregrinación y los demás sirvientes no lo atendían.

Por lo tanto, lady Masuda perdió también un hijo. Peonía murió poco después, y posiblemente su propio hijo a continuación. Todos ahogados. ¿Eran todas esas muertes accidentales, sin relación unas con otras?

En la mente de Akitada comenzaba a formarse una imagen. Para comenzar, no era una historia poco usual. Un joven rico y noble se enamora de una hermosa cortesana, compra su contrato y la pone en un lugar donde puede visitarla a menudo para disfrutar de sus encantos. Relaciones de tal naturaleza podían durar desde unos cuantos meses a vidas enteras. En este caso, fue la muerte del joven Masuda lo que vino a terminar con la relación, que produjo un niño. ¿Acaso era posible que lady Masuda, que perdió a su marido primero y enseguida a su único hijo, en un estado de locura causado por sus duelos, hubiera ido a la villa junto al lago, en donde asesinó a su rival y al hijo de ella?

Akitada tenía mucho en qué pensar. Le dio las gracias al anciano y se fue.

Las calles de Otsu se hallaban llenas de una multitud, casi todos vestidos de fiesta, deseando celebrar la partida de sus fantasmas ancestrales. Irónicamente, Akitada observó que para la mayoría de las personas la muerte pierde los atributos más dolorosos tan pronto como se cumplen los deberes, y las almas de quienes fueron hondamente llorados pueden ser enviadas al más allá durante otro año con la conciencia limpia.

Esa noche, en todas partes la gente se agruparía en las orillas de los ríos, lagos y océanos, y pondría a flote diminutas barcas de paja cargadas con una

vela pequeña o una lamparita de aceite, donde una a una las luces se irían volviendo más tenues hasta desaparecer por completo. Pero ¿qué decir de aquellos cuyas vidas y familias se habían perdido por acciones violentas?

Akitada preguntó cómo llegar a la oficina de los vigilantes de la localidad. Al llegar, presenció un combate de gritos entre una matrona, un hombre pobremente vestido y un muchacho de unos catorce años. El guardia miraba a uno y a otro rascándose la cabeza.

Mientras esperaba que se arreglara esa disputa, Akitada pudo enterarse de los pormenores de lo sucedido. Alguien golpeó y derribó a la matrona por atrás, para arrebatarle un paquete de seda que llevaba bajo el brazo. Cuando se recuperó, pudo ver a dos villanos corriendo en medio de las multitudes. Sus gritos atrajeron a uno de los gendarmes, que alcanzó a los hombres a poca distancia. El paquete cayó en la calle, y peleaban uno con otro.

La dificultad estribaba en que cada uno culpaba al otro del robo, afirmando que él solamente estaba persiguiendo al culpable.

El joven harapiento tenía los ojos arrasados de lágrimas mientras repetía «Yo solo traté de ayudar», y afirmaba que su madre lo esperaba para que le llevara el pescado que lo enviaron a comprar para la comida de la fiesta. El hombre mayor estaba furioso:

—¡Muchachos perezosos! No quieren trabajar y creen que pueden robar los bienes de gentes honestas. Tal vez unos buenos latigazos le darán una lección antes de que sea demasiado tarde.

La matrona, aunque contaba a gritos sus desventuras, no podía ayudar:

—¡Ya le dije que no vi a quien lo hizo! Me tiró al suelo y casi me rompe la espalda.

El guardia meneaba la cabeza, al parecer ya perdida la paciencia.

—Pues debió traer testigos —le gruñó al gendarme—. Ya es demasiado tarde. ¿Qué vamos a hacer?

El gendarme protestó:

—Mire, alguacil, fue el chico quien lo hizo. Mire la ropa. Mire la cara. Claramente es culpable. Hay que llevarlo atrás para interrogarlo.

Akitada miró al jovencito y se dio cuenta de que estaba aterrorizado. El interrogatorio significaba un látigo, y muchos inocentes confiesan bajo sus golpes. Decidió intervenir.

—Mire usted, señor gendarme —dijo usando su más severo tono oficial—, dar latigazos a un sospechoso sin tener suficiente causa va en contra de la ley. Sin testigos la causa no es suficiente.

Todos se volvieron a mirarlo. El guardia, al ver a una persona de autoridad, se alegró.

—¿Quizá tenga usted algo de información sobre este asunto, señor?

—No, pero tengo la solución de su problema. Lleve a estos dos hombres afuera y hágales correr la misma distancia. El perdedor será el ladrón.

—Una decisión muy sabia, señor —dijo la matrona, entrelazando las manos y haciendo una reverencia a Akitada—. El Buda ayuda a los inocentes.

—No es por eso, señora. El ladrón fue atrapado porque su perseguidor corrió más rápido que él.

Todos salieron a un patio grande, donde los gendarmes marcaron las distancias y los dos sospechosos se echaron a correr. Como Akitada tenía previsto, el muchacho ganó con la mayor facilidad. Le dio las gracias torpemente a Akitada y se fue corriendo a comprar el pescado, mientras los gendarmes se llevaban al ladrón.

—Bueno, señor —gritó feliz el guardia—, tengo mucho que agradecerle. Pude ser muy duro con ese pobre muchacho si usted no hubiera intervenido. ¿En qué puedo servirle?

Después de establecer tal relación inesperadamente amistosa, Akitada le contó la historia del niño mudo. La cara del guardia se tornó seria. Cuando Akitada llegó a la versión de los Masuda sobre la muerte de Peonía, dijo:

—Yo acudí cuando la encontraron. No había ningún niño, vivo o muerto, aunque no es imposible que existiera. Los cuerpos desaparecen en el lago. Esa mujer Peonía se había ahogado, pero en la sien se veían señales de golpes fuertes. El informe de la instrucción de la causa afirmó que no se trataba de un golpe mortal y que debió golpearse con una roca cuando se echó al lago. Pero en el lugar donde fue hallada no había rocas, y en cualquier caso el agua era demasiado poco profunda para que ella saltara.

—¿Por qué no hizo esa declaración en el juicio?

—Yo no fui a la audiencia. Me dijeron del veredicto después —explicó el guardia en tono defensivo—. Le pregunté al juez de instrucción sobre ese golpe, y él me dijo que pudo dárselo antes. Parecía un suicidio. Los vecinos dijeron que su amante la había abandonado.

Akitada no estaba de acuerdo. Pensó que Peonía fue golpeada para dejarla inconsciente, a fin de ahogarla cuando la pusieran en el agua. Si el niño era en verdad su hijo, él pudo ver al asesino. Pero ese niño era mudo.

¿O no?

—El niño al que yo encontré —expuso— estaba aterrorizado de las personas que lo reclamaron como suyo. Al principio pensé que tenía miedo de

que le volvieran a pegar. Es posible, pero ahora pienso que ellos no son sus padres. Su relación con la gata no es una casualidad, y él podría ser el hijo ausente de Peonía.

—¡Santo Amida! —exclamó el alguacil, hablando ansiosamente—. ¡Qué historia extraordinaria hay ahí! Viven en una aldea de pescadores afuera de la ciudad. Iré ahora mismo para verificar esto. Si usted tiene razón, podremos resolver el caso. Pero dará mucho que pensar sobre los Masuda.

—Ya lo creo. Voy a traer el caballo de la posada para ir con usted.

Seguía haciendo buen tiempo. Tomaron el camino que Akitada recorrió dos días antes. Mientras avanzaban, el alguacil puso al tanto a Akitada sobre la familia Masuda.

El viejo amo sentía una inmensa devoción por su apuesto hijo, y eligió a la mujer que sería su esposa tanto por la calidad de su familia como por su belleza, pero el joven heredero no amaba a su esposa y comenzó a visitar a las cortesanas de la capital. Preocupado, su padre intentaba que permaneciera en su hogar y produjera un heredero, y con esa finalidad le regaló a su segunda esposa, una robusta muchacha traída del campo, que resultó fértil y parió a dos hijas antes de que él perdiera interés de nuevo. Fue cerca de aquellos días cuando el joven recién casado instaló a Peonía, una cortesana muy bella, en la villa junto al lago, donde solía quedarse, dando la espalda a ambas esposas. El anciano noble lo obligó a volver temporalmente con su esposa, y por fin la primera dama concibió y parió un hijo, aunque poco después murió su marido.

Mientras toda la gente de Otsu se interesaba con extraordinaria avidez por los nacimientos y los fallecimientos, en la mansión de los Masuda, reflexionó Akitada, a nadie le importó el destino de la cortesana y su niño. Hasta le sorprendía que les hubiesen permitido seguir viviendo en aquella casa.

Cuando Akitada y el alguacil llegaron a la aldea de pescadores, se encontraron al hombre, Mimura, recargado en uno de los costados de una choza dilapidada, mirando al niño barrer un apestoso revoltijo de entrañas de pescado, aletas y cáscaras de vegetales. De nuevo vestido con harapos, mostraba un inflamado ojo morado en el rostro.

—¡Eh, Mimura! —gritó el alguacil.

El niño alzó la cara y los miró un momento, antes de soltar la escoba y correr a los brazos de Akitada, que había desmontado de inmediato. El niño estaba inmundo y olía a pescado podrido, pero se aferró a Akitada como si le fuera en ello la vida.

Mimura se les aproximó expresando su hostilidad.

—Si se trata del niño, eso ya quedó aclarado —le dijo al alguacil—. Debí pedirle más que los regalitos que le hizo, eso es la pura verdad.

Se volvió a mirar a Akitada despectivamente.

—Usted lo tuvo todo un día y una noche. Eso vale por lo menos dos monedas de plata.

La cara del alguacil enrojeció hasta las raíces del pelo, y Akitada se dio cuenta de que lo acusaban de una afición desnaturalizada por los niños. Una furia helada se apoderó de sus emociones.

—¡Ese niño no es suyo! —atronó—. Robar niños es un crimen.

Mimura perdió algo de su arrojo, y el alguacil añadió rápidamente:

—Así es. Este niño no aparece en el registro, y sin embargo, afirmas que es tuyo. Mucho me temo que tendré que ponerte bajo arresto.

Mimura se quedó boquiabierto.

—Pero no nos lo robamos, alguacil. Es la verdad. No tiene familia. Lo recibimos, mi esposa y yo.

—¿De veras? ¿Por puro buen corazón? Entonces, ¿dónde están sus documentos? ¿Dónde nació y de qué familia viene?

—Yo no soy más que un pobre hombre que vive de su trabajo. Una mujer se lo entregó a mi esposa y le dio un poco de dinero para que se lo cuidara.

Giró para llamar a su desaseada mujer, que estaba dentro de la choza.

Ella se acercó nerviosa y confirmó los dichos del marido.

—Yo fui a vender pescado en el mercado. Ya estaba oscureciendo cuando se me acercó una dama, que traía al niño con ella, y me dijo: «Este pobre niño acaba de perder a sus padres. Si usted lo cría, yo le pagaré». Vi enseguida que era un niño enfermizo, pero acepté porque nos hacía falta el dinero.

—¿Y cómo se llama esa mujer? —gruñó el alguacil.

—No me lo dijo.

—Pero usted la llamó *dama*. ¿Qué aspecto tenía? —preguntó Akitada.

—No puedo contestar eso. Llevaba velo y oscurecía, andaba de prisa. Me entregó al niño y el dinero, y se fue.

—¿Cuánto dinero? —quiso saber el alguacil.

—Unas cuantas monedas de plata —gruñó Mimura—. No fue un buen trato. Es un debilucho, sordo y mudo como una piedra. ¡Mírelo nada más!

—El golpe en el ojo, ¿se lo dio usted?

—¿Yo? No. Es un niño torpe. Un tullido.

Akitada sentó al niño en el caballo.

—Vámonos, alguacil —dijo hablando sobre un hombro—. Más adelante puede lidiar con estos dos. Ahora necesitamos encontrar a la familia de este

niño.

En el camino de vuelta, con el cuerpecito maloliente bajo el brazo, Akitada sintió que su vida asumía un propósito nuevo. Le describió brevemente sus sospechas al alguacil, pero habló con mucha cautela, pues estaba seguro de que el niño oía perfectamente.

—Ya lo ve —concluyó—. Será preciso hablar con lord Masuda en persona, pues las mujeres encubren los hechos.

El alguacil, tan cooperador hasta aquel instante, presentó objeciones.

—No admiten ninguna visita al viejo amo. Dicen que ha perdido la cabeza.

—De cualquier modo, es necesario intentarlo.

La mansión de los Masuda le abrió por segunda vez las puertas. Si el anciano sirviente se sorprendió al ver a Akitada con un niño harapiento en brazos y en compañía del alguacil, tenía modales demasiado buenos para hacer preguntas. Pero meneó la cabeza enfático cuando Akitada exigió ver al viejo amo.

—Mire —insistió Akitada por fin—. Creo que este niño es nieto de lord Masuda, hijo de la cortesana Peonía. ¿No querrá conocerlo antes de morir?

—Pero —tartamudeó el viejo— ese niño murió. Lady Masuda nos lo dijo en persona.

—Ella está equivocada.

El viejo se aproximó para mirar más de cerca al niño.

—¡Amida! —musitó—. Esas cejas. ¿Será posible?

Los condujo adentro. Encontraron en su estudio al viejo amo. Estaba hundido en el asiento, con una mano nudosa tirando de una barba fina y blanca que crecía descuidada, los ojos al cubierto fijos en nada.

—Mi lord —dijo tímido el sirviente—, tiene visitas.

No hubo ninguna reacción de lord Masuda.

—Aquí está lord Sugawara con el alguacil.

De nuevo no se notó ninguna señal de que el amo los escuchara.

—Han traído a un niño pequeño, mi lord. Dicen que…

Akitada lo detuvo con un gesto. Llevó al niño hacia el viejo y le dijo:

—Ve con tu abuelo, niño.

Durante un momento siguió agarrado a su mano, pero sus ojos se abrían llenos de curiosidad. Enseguida hizo una reverencia y un pequeño sonido brotó de su garganta.

La mano de lord Masuda dejó de acariciarse la barba, pero no dio ninguna otra señal de haber notado nada.

El niño se acercó hasta que pudo tocar los dedos nudosos con su pequeña mano. La mano del viejo tembló al sentir el tacto y lord Masuda miró al niño.

—¿Yori? —preguntó con una voz fina igual que un hilo—. ¿Eres tú?

El niño asintió. Akitada sintió que le dejaba de latir el corazón. Se volvió al sirviente.

—¿Llamó Yori al niño?

El sirviente se enjugaba las lágrimas.

—El amo se confunde. Cree que es el hijo que se murió, que se llamaba Tadayori. El niño se parece a él. Nos hicimos el hábito de llamarlo Yori para abreviar.

La abreviatura era corriente —su propio Yori se llamó Yorinaga—, pero Akitada se sintió sacudido en su interior. Haber cruzado su camino con este niño durante el festival O-bon, cuando su duelo lo hizo confundir la figura pálida del niño con un fantasma de su hijo y lo llamó Yori, le parecía un milagro. Obedeciendo al destino, el niño se fue con él, y juntos hallaron a la extraordinaria gata que lo llevó hasta la villa de Peonía y la mansión de los Masuda.

El viejo amo seguía mirando al niño con la mayor atención. Por fin alzó los ojos y los miró.

—¿Quiénes son estos hombres? —preguntó al sirviente—. ¿Por qué está vestido el niño con estos harapos malolientes?

Akitada dio un paso al frente y se presentó a sí mismo y al alguacil. Lord Masuda se mostraba desconcertado.

—Señor, ¿supo usted de la relación de su hijo con la cortesana Peonía?

Un breve destello iluminó los ojos nublados.

—¿Peonía?

—Tuvieron un hijo, un niño que nació hace cinco años. Su hijo siguió visitando a esa dama y reconoció al niño como hijo suyo.

La única prueba era una espada de juguete rota, pero solo un noble compraría una espada así para su propio hijo.

El viejo amo miró a Akitada y luego al niño antes de volver la cara a su interlocutor.

—Se parece a mi hijo.

La mano nudosa se estiró y tocó las cejas rectas del niño.

—Te has hecho daño —murmuró, tocando el ojo morado—. ¿Cómo te llamas, niño?

El niño se esforzó en responder, pero sobrevino una interrupción.

Entró en volandas lady Masuda, seguida de cerca por Kohime.

—¿Qué pasa aquí? —demandó, con la mirada sobre su suegro—. Él no está bien…

Los ojos de Akitada fueron hacia el niño. Esperaba ver la confrontación entre él y lady Masuda, y rezó por un milagro. Cuando se volvió a mirar a las mujeres, el rostro de la criatura se convirtió en una máscara de terror y furia. De pronto se lanzó hacia delante, con la voz estallando en balbuceos.

—¡Te mato! ¡Te mato! —gritó con estridencia, pero pasó a un lado de lady Masuda y se echó sobre Kohime, con los puños volando.

Kohime gritó, dio un violento empujón al niño y corrió fuera de la habitación.

Akitada se agachó para alzar al niño. Se había equivocado, pero su corazón se llenó de júbilo.

—Por fin has encontrado tu voz, pequeño mío —dijo, abrazándolo—. Ahora ya todo va a estar bien.

—Ella le hizo daño. Le hizo daño a mi madre —sollozó el niño.

—Shh —repuso Akitada—. Tu abuelo y el alguacil se van a encargar de ella.

Lady Masuda estaba muy pálida, pero devoraba al niño con los ojos.

—Oh, me siento tan feliz de que esté vivo —gritó—. ¿Cómo logró encontrarlo? Yo lo he buscado por todas partes, aterrorizada por lo que hice.

El viejo amo la miró.

—¿Así que tú eres la responsable? —preguntó, casi en tono convencional—. Se parece a tu hijo, ¿no crees? Ambos heredaron las cejas del padre.

Ella sonrió a través de sus lágrimas.

—Sí, padre. Pero está tan flaco el pobre. Y yo le di a esa mujer todo el dinero que teníamos.

El alguacil se aclaró la garganta.

—¿Qué pasó entonces, señor? —le susurró a Akitada.

—Creo que lady Masuda sabe —repuso Akitada—. Sería bueno que se explicara, pero tal vez el niño…

Se volvió al pequeño.

—¿Cómo te llamas?

—Ya sabes. Yori. Igual que mi padre —replicó, como si la pregunta fuera una bobada.

El rostro de lady Masuda se ablandó.

—Sí. Era el nombre de mi hijo cuando era pequeño. Pero ¿quería usted sugerir algo, lord Sugawara?

—Tal vez su sirviente pueda encargarse de que le den un baño y le pongan ropa limpia mientras discutimos estos asuntos.

—Oh, por favor, permítame hacerlo yo —suplicó lady Masuda.

—No —dijo lord Masuda—. Te vas a quedar aquí a aclararlo todo.

Ella bajó la cabeza en asentimiento. Su suegro miró al viejo sirviente.

—Manda llamar a mi otra hija y más tarde me traes al niño.

Una vez que se fueron, se enderezó un poco en el sillón.

—Dime ahora, hija. ¿Por qué no me informaron sobre mi nieto y su madre?

Ella se hincó frente a él.

—Perdóname, padre. Quise librarte de lo ocurrido. Te pusiste tan enfermo después de la muerte de mi marido.

—Tampoco tú estabas bien al perder a tu hijo —dijo el anciano, con la voz suavizada.

—No. Ya sabía yo dónde pasaba el tiempo mi marido. Las mujeres siempre sabemos. Tuve celos, sobre todo cuando supe que le dio un hijo mientras yo seguía sin embarazarme. Pero entonces mi marido volvió a mí, y después de que mi propio hijo nació, no me importó demasiado que mi marido volviera a su lado.

—Mi hijo me comunicó que deseaba vivir con esa mujer y su niño —asintió lord Masuda—. Como me había dado ya un heredero, se lo permití.

Lady Masuda bajó la cabeza un poco más.

—Pero entonces murió —aclaró—. Y cuando mi propio hijo partió de este mundo…

Se le cortó la voz, pero logró musitar:

—No hay nada más terrible que perder a un hijo.

Por unos segundos tembló con el dolor, pero enderezó los hombros y volvió a hablar:

—Me obsesioné con la amante de mi marido y su niño. Quería verlos. Kohime me entendió y vino conmigo. Fue una reunión… muy difícil. Ella era una mujer muy hermosa. Me di cuenta de que eran pobres y me alegré por eso. Vimos al niño jugar con la gata en el jardín, y de pronto pensé en comprarle al niño y criarlo yo misma. Era el hijo de mi marido y…

Titubeó y miró con miedo a lord Masuda.

—Yo debí atender sus necesidades —dijo el anciano—. Si me lo hubieras traído, no dudes que habría aceptado su adopción.

—Vine a casa y junté todo el oro que pude hallar, y Kohime añadió sus ahorros y volvimos a la villa junto al lago —prosiguió lady Masuda—. Pero

cuando le describimos nuestros deseos, ella se trastornó y se echó a llorar, diciendo que prefería morir a vender a su hijo. Agarró al niño y salió al jardín. Nos asustamos de que fuera a hacer algo desesperado. Kohime corrió tras ella y quiso quitarle al niño. Pelearon…

Lord Masuda la detuvo.

—Aquí está ya Kohime. Deja que hable por ella misma.

Kohime había llorado. Se presentó con manchas rojas en la piel del rostro y el pelo revuelto. Se tiró al suelo a los pies de su suegro.

—No fue mi intención matarla —gimió—. Pensé que iba a meterse al lago con el niño, y por eso la agarré. Cuando nos caímos al suelo, el niño se fue corriendo. Ella me mordía y pateaba. No sé cómo sucedió, pero de pronto empecé a sangrar y me dio miedo. Agarré una piedra suelta del camino y le pegué. No fue mi intención matarla.

Estalló en un violento acceso de llanto.

Lord Masuda soltó un hondo suspiro.

Lady Masuda se movió al lado de Kohime y se puso a acariciarle el pelo.

—Fue un accidente, padre. El niño volvió. Tenía una espada de madera y cortó a Kohime. Yo vi todo desde la veranda de la villa. Cuando Kohime volvió corriendo a mi lado, estaba cubierta de sangre. La metí a la casa para detener la hemorragia. Me dijo que había matado a la mujer.

Se enjugó las lágrimas. Se produjo un pesado silencio. De repente, Akitada preguntó en tono suave:

—¿Volvió a la villa para confirmar que Peonía estaba muerta, lady Masuda?

Ella asintió.

—Estábamos aterradas, pero después de un rato salimos. Ella estaba yaciente, inmóvil. El niño la tomaba de la mano y estaba llorando. Kohime dijo: «Hay que esconder el cadáver». Pero ahí estaba el niño. No podíamos llevárnoslo después de lo sucedido. Pensamos en que se podría simular que ella había caído al lago por accidente. Decidimos que yo me llevaría al niño y Kohime, que es más fuerte que yo, ocultaría el cuerpo. Quise hablarle al niño, pero fue como si su espíritu hubiera huido. Tenía los ojos abiertos, pero eso era todo. Se dejó llevar, y yo lo alejé de la casa. No sabía qué hacer hasta que vi a una mujer en el mercado empacando sus cosas para volver a su aldea. Le di el dinero y al niño.

—Todo ese oro, y los Mimura le pegaban y no le daban de comer —murmuró el alguacil.

—¿Y tú, Kohime? —preguntó lord Masuda.

Kohime, la simple joven campesina vestida con las sedas de la aristocracia, respondió con sencillez infantil:

—Puse a Peonía en el lago. No quedaba lejos, y la gente pensaría que se habría ahogado.

—¡Cielo santo! —murmuró el alguacil, que parecía un poco enfermo.

—Ambas se portaron mal de verdad —dijo lord Masuda a sus nueras—. Lo que les suceda ahora queda en manos de la autoridad.

Después de echar un vistazo al alguacil, que meneó indefenso la cabeza, Akitada habló:

—La muerte de Peonía fue un trágico accidente. Nada bueno saldrá de una revelación pública. Es preciso considerar el futuro de su hijo.

El alguacil seguía mirando fijamente a Kohime.

—Estaba oscureciendo —volvió a murmurar—. Es concebible que dos mujeres histéricas cometieran tales errores.

—Son ustedes muy generosos —concedió lord Masuda inclinando la cabeza—. En ese caso, yo determinaré el castigo. A mi nieto lo criará la primera dama de mi hijo como heredero mío. Será una oportunidad de compensar el daño hecho. Kohime y sus hijas se irán a vivir a la villa, donde ella podrá rezar cada día por el alma de la pobre mujer a quien mató.

Miró severamente a sus nueras.

—¿Declaran estar de acuerdo en esto?

Ellas hicieron una reverencia.

—Sí, padre. Estamos muy agradecidas las dos —dijo lady Masuda.

Akitada miró a las mujeres mientras salían, lady Masuda con el brazo en torno a Kohime, y recordó las palabras de ella: «No hay nada más terrible que perder a un hijo».

Después de su partida, el viejo amo aplaudió mientras preguntaba:

—¿Dónde está mi nieto?

El niño apareció vestido con ropas resplandecientes y se sentó junto a su abuelo.

—Y bien, Yori, ¿crees que te vaya a gustar aquí? —preguntó el anciano.

El niño miró alrededor, asintiendo.

—Sí, abuelo, pero me gustaría que también Parche viviera en la casa.

Le dejaron una ofrenda de pescado a la gata, que los observaba desde la veranda destrozada. Esperó a que estuvieran a suficiente distancia de ella antes de acercarse a olfatear la comida. Echó otra mirada despectiva en su

dirección, comenzó a comer, y Akitada le lanzó la red. Pero el animal se arrepintió en el último momento y, parcialmente tomado por la red, se metió a la casa, arrastrándola detrás. Se oyó una serie de alaridos espeluznantes.

—Parche se lastimó —gritó el niño—. Por favor, ayúdala.

Akitada tuvo que trepar a la villa. Usó el mismo poste desde el cual se había asomado antes, pero en esta ocasión logró columpiarse por encima de la veranda y cayó dentro de la habitación vacía. Pisando con cuidado las tablas rotas, encontró a la gata en la siguiente habitación, del todo enredada y rodando por el suelo. Con el mayor cuidado recogió el bulto, que no cesaba de gruñir y escupir, y volvió por el mismo camino. Tenía ya una pierna encima del marco de la ventana cuando volvió a oír el ruido desconsolado del fantasma. Le pasó la gata enfurecida al niño y se volvió a mirar sobre el hombro.

Una de las largas tiras de papel aceitado que cubrían una ventana estaba suelta y se deslizaba por la abertura, bajo el impulso de una brisa venida desde el lago. Cuando tocaba el suelo con el borde, hacía el raro ruido que había oído.

¡En eso vinieron a quedar los fantasmas!

Afuera, Parche, una gata del todo real, comenzó a ronronear en los brazos de Yori.

Casi había ya oscurecido cuando Akitada volvió a la posada a recoger sus cosas y pagar la cuenta. No llegaría a su casa hasta mucho más tarde, pero quiso pasar con su esposa la última noche del festival. Compartirían el duelo, lo mismo que compartieron el amor.

Al salir de Otsu, la gente encendía las hogueras para guiar a los muertos de vuelta al otro mundo. No tardarían en juntarse en las orillas para echar al agua los barquitos de los espíritus, y los puntitos de luz se mecerían sobre las olas como si fueran estrellas caídas en el agua.

Algún día regresaría a visitar a este otro Yori, el niño que llegó a su vida para recordarle que la existencia pone sobre un hombre obligaciones que no se pueden rechazar.

EL NUEVO VECINO

TALMAGE POWELL



El prolífico autor de ficciones TALMAGE POWELL se inició como escritor en las revistas *pulp*. Cuando se lanzó *AHMM*, contribuyó de manera regular con su propio nombre y también usando diversos seudónimos. A Powell se le recuerda además por sus novelas sobre «Ed Rivers», que suelen considerarse entre las mejores obras sobre investigadores privados de finales de la década de 1950. También escribió guiones para cine y televisión y, como «escritor fantasma» no acreditado, varias novelas firmadas por Ellery Queen.

—CADA QUIEN VIVE EN SU PROPIO MUNDO solamente —dijo la señora Cappelli—, el mundo singular que llevamos dentro del cráneo. Nunca se parece a ningún otro. ¿Acaso es posible imaginar los oscuros fantasmas de mundos que no sean el de una?

La vieja Isadora, de pelo gris, alta, delgada y nudosa, más amiga y acompañante que sirvienta, se puso a un lado de la señora Cappelli. Las dos mujeres tenían edades más o menos iguales, ya en el otoño de sus vidas, y habían creado vínculos estrechos entre ambas. La edad trató con más suavidad a la señora Cappelli. Era esbelta, y en su rostro los rasgos conservaban un aspecto juvenil. Sus cabellos, como una tiara de plata sobre la cabeza, se enroscaban trenzados.

Las dos se hallaban en la ventana de la recámara de la señora Cappelli, una habitación cómoda y ligeramente desordenada, mirando desde el segundo piso al joven en el patio de la casa de al lado.

—Es un tipo raro —aceptó Isadora.

Estaba recostado en una tumbona de plástico, indolente y relajado, cargando tranquilamente su rifle de municiones. De talla grande, piel quemada por el sol, esbelto y un poco huesudo, vestía *jeans* y camiseta sucios. Aun en reposo sugería agilidad y poder, como un látigo rápido. Tenía facciones bien definidas, hasta atractivas; la frente, las orejas y el cuello, emplumados de pelo muy oscuro. Su mirada perezosa recorría los arbustos y los árboles, los pinos en las esquinas del patio, el árbol de aguacate y las dos palmeras altas y descuidadas.

Con un movimiento fácil alzó el rifle y apretó el gatillo. De la parte más alta del más grande de los pinos cayó un pájaro, con el cuerpo chocando de rama en rama, derribando algunas agujas, aferrado un momento a una rama más baja antes de caer y quedar sumergido en las hierbas sin podar al final del patio. El muchacho no mostró señales del menor interés. Cargó de nuevo su rifle y siguió moviendo los ojos en una exploración continua de los árboles.

La figura delgada de la señora Cappelli se encogió, y sus ojos buscaron el lugar donde cayó el pájaro. Isadora le tocó el brazo.

—Al menos no fue un cardenal, María.

—Gracias, Isadora. A esta distancia no distingo los detalles con claridad. Mis ojos simplemente ya no son los de antes.

Isadora echó un vistazo al rostro que en otro tiempo se consideró una destilación de toda la hermosura de la antigua Sicilia.

—Creo que podríamos tomar un poco de té, María.

La señora Cappelli pareció no darse cuenta de que Isadora se iba de su lado. Se quedó frente a la ventana, tan callada como la tranquilidad de su barrio de Florida, mirando con atención al joven en la tumbona.

La señora Cappelli se había alegrado cuando se alquiló la casa de al lado. Llevaba varios meses vacía, víctima de los excesos de la industria de construcción de Florida. A pesar de que el estilo español le daba aspecto antiguo, era de cualquier modo una buena casa en un barrio todavía más antiguo, estable y tranquilo, donde la decadencia urbana no pudo siquiera asomarse.

La señora Cappelli tenía expectativas de que llegara una familia, pero solo aparecieron la madre y el hijo en un automóvil viejo y ruidoso tras el camión de mudanzas, del que descargaron muebles endebles y gastados, de los que se compran a plazos. La señora Ruth Morrow y su hijo Greg. Una casa demasiado grande para dos personas, pero la señora Cappelli supuso

correctamente que la antigüedad de la casa y el largo tiempo que llevaba sin inquilinos fueron los motivos por los que el propietario, desesperado, la ofreciera a un precio de ganga en el empobrecido mercado de casas de alquiler.

Después de un par de días, la señora Cappelli vio a la señora Morrow podar la moribunda planta de Nochebuena cerca de la esquina frontal de la casa y fue a saludarla.

Era una tarde bochornosa, y la señora Morrow lucía demacrada, dando señales de cansancio, con apenas la fuerza suficiente para usar las tijeras. La señora Cappelli se preguntó por qué no era Greg quien manejaba las podadoras, si estaba en casa. Era indudable: se hallaba dentro, torturando una guitarra de fuerte amplificación con violencia inexperta. Sus esfuerzos discordantes resultaban audibles a una cuadra de distancia.

—Me llamo María Cappelli —dijo con tono amable la señora Cappelli—. Es muy agradable tener vecinos nuevos.

La señora Morrow aceptó el saludo con incomodidad y timidez. Su mirada se posó en su propia casa, con un deseo de que su hijo le bajara el volumen a la guitarra. Era una mujer delgada, casi frágil. Necesitaba, pensó la señora Cappelli, montañas de pasta y grandes platones de delicioso *stufato*.

La señora Morrow recuperó sus modales con una sonrisa fatigada.

—Yo me llamo Ruth Morrow —dijo, y miró hacia su patio—. Hay tanto que hacer aquí. Adentro estaba lleno de polvo y telarañas.

Sus ojos se movieron hacia la cómoda vivienda de la señora Cappelli, con estuco y mosaicos rojos.

—Tiene usted una casa adorable —añadió.

—Mi marido la construyó años antes de morir. Nos gustaba venir aquí en las vacaciones de invierno. Yo sentí que este era mi hogar, más que Nueva York. Florida me encanta, aun en los calores del verano. Mi hijo nació en la casa, allá en esa recámara de la esquina. —La señora Cappelli se rio—: El más breve trabajo de parto de la historia. ¡Qué *bambino*! Cuando decidió entrar en escena, no se molestó en ir al hospital.

La delicia inconsciente de la señora Cappelli por su hijo hizo que los ojos huecos y atribulados de Ruth Morrow se fijaran en su cara. La señora Cappelli se sintió sorprendida, descubierta y un poco avergonzada. ¡Qué ojos más dolorosos! En sus profundidades expresaban muchos arrepentimientos, frustraciones y desconciertos… Eran demasiado grandes y oscuros para su rostro delgado, cubierto de maquillaje, que en otro tiempo debió de ser muy bonito.

—Mi hijo se llama Greg —murmuró la señora Morrow.

—El mío, John. Es mucho mayor que su hijo. Tiene esposa y cinco hijos, unos pícaros. Viene a visitarme de vez en cuando, cuando le queda tiempo. Es contratista y trabaja en el norte, siempre con muchas ocupaciones.

—Seguro que es un buen hombre.

La señora Cappelli se sintió forzada a confortar a la agotada madre frente a ella.

—Oh, en sus tiempos hizo muchas travesuras. Supongo que eso sucede con todos, antes de que sienten cabeza. Estos días John insiste en vender esta antigualla, como él llama a mi casa. Que me vaya a vivir con él, eso dice. Yo le contesto que se ocupe de sus propios asuntos. Las cosas ya no son como antes, cuando tres y hasta cuatro generaciones se la pasaban discutiendo bajo el mismo techo.

La señora Morrow asintió.

—Qué amable de su parte venir a saludar, señora Cappelli. Ahora tendré que apurarme. Ya sabe, a trabajar. En Serena Lounge, junto a la playa, de las seis de la tarde hasta las dos de cada mañana. Siempre tengo mucho que hacer al prepararme para ir al trabajo.

—Es un lugar excelente, Serena. John nos llevó a Isadora y a mí la última vez que vino a verme.

Ruth Morrow empujó la punta de sus tijeras de podar hacia una pequeña rama.

—Ser mesera de cócteles no es mi mayor ambición, pero sin tener preparación profesional, paga mejor de lo que yo nunca esperé ganar. Dios sabe que nunca hay suficiente dinero.

La situación podría ser más fácil si el chico se ensuciara las manos con algún trabajo honesto, pensó la señora Cappelli, pero solo dijo:

—El honor de cada trabajo reside en su ejecución. No dudo que usted sea la mejor mesera de cócteles.

El tono sincero de la señora Cappelli confirió el primer toque de animación a la cara fatigada con sus varias capas de maquillaje congelado, enmarcada por cabellos cortos y oscuros. Antes de que la señora Morrow pudiera responder, se azotó la puerta principal de la casa y apareció Greg en la sombra del pequeño pórtico. Las dos mujeres lo miraron atentamente.

—Greg —lo llamó la señora Morrow—. Ella es la señora Cappelli, nuestra vecina de la casa de al lado.

—Hola —dijo él con expresión de aburrimiento. Echó una mirada a la señora Cappelli, bajó al patio y empezó a rodear la casa.

—Greg —volvió a llamarlo Ruth Morrow—, ¿adónde vas?
—Afuera —repuso él, sin volver la cabeza.
—¿A qué hora vuelves a casa?
—¡Cuando me dé la maldita gana!
Giró en la esquina de la casa y se perdió de vista.
El rostro de la señora Morrow se arrastró en dirección a la señora Cappelli, pero con la mirada desviada.
—Es su modo de hablar, señora Cappelli.
La señora Cappelli asintió con la cabeza, pero sin comprender. ¿Por qué se lo permitía la señora Morrow? El respeto a los padres era lo normal en un hijo, bien tuviera seis o sesenta años.
El motor de un automóvil despertó como de un puñetazo y Greg salió a toda prisa del terreno. Llegó a la calle y giró haciendo chillar las llantas.
—Tengo que salir enseguida, señora Cappelli.
—Ha sido un privilegio conocerla —repuso esta.
—¿Y bien? —preguntó Isadora tan pronto entró la señora Cappelli a la casa.
—Una pobre mujer en el peor estado posible —le informó la señora Cappelli—: una madre con un hijo cruel sin ningún amor por ella.
Isadora se persignó.
—Está matando a su madre —añadió la señora Cappelli.

De inmediato Greg se convirtió en una plaga del barrio, una enfermedad, una invasión. El cachorrito juguetón de los Ransom entró al patio de los Morrow y Greg le rompió la pierna de una patada, arguyendo que el pobre perro de orejas colgantes lo había atacado. Cuando le daba la gana, así fuera a la una de la mañana, buscaba acordes en su guitarra atronadora. Muchas noches las pasaba fuera y solía volver a las tres de la madrugada, con las llantas chirriando y el escape abierto. A menudo llenaba la casa de los Morrow con hordas de *hippies* que celebraban fiestas de *rock* y cerveza.
Los vecinos gruñían e intercambiaban opiniones iracundas acerca de Greg, hablando por encima de las cercas de sus patios o en el café. La falta de liderazgo era una fuerza aturdida e inerte, y nadie hizo nada respecto a Greg hasta una mañana, a eso de las dos, cuando un estruendo sin precedentes sacudió la casa de los Morrow.
El señor Sigmon (de la casa blanca estilo colonial cruzando la calle) decidió que no era posible soportarlo más. Hizo a un lado la cobija, se sentó

en la cama, encendió la lámpara y marcó el número de Información desde su aparato. Sí, le confirmó Información, había un teléfono instalado en el domicilio de los Morrow. El señor Sigmon anotó el número, titubeó un instante y por fin lo marcó. El teléfono de los Morrow sonó seis o siete veces antes de que nadie lo notara. Por fin se oyó la voz ebria de una chica, riéndose:

—Si no es una de esas llamadas obscenas, mejor cuelga.

—Quiero hablar con Greg —dijo el señor Sigmon, sintiendo el sudor de la mano en el teléfono.

La chica gritó el nombre de Greg, y él respondió.

—Tengan corazón —le rogó el señor Sigmon—. ¿No pueden hacer un poco menos de ruido?

—¿Quién habla? —preguntó Greg.

—Yo… eh… el señor Sigmon, el vecino de enfrente.

—¿Qué le parece si le rompo el hocico, señor Sigmon-vecino-de-enfrente?

—Mira, Greg —replicó el señor Sigmon armándose de valor—, solo pido que te moderes.

—¡Mételo por donde te quepa!

Una explosión de ira quemó los bordes de la timidez del señor Sigmon.

—Mira, cachorrito, si no paran el ruido llamo a la policía.

Por un instante no se oyó más que el ruido de la fiesta en el teléfono, las risas salvajes, las conversaciones a grito pelado, el fondo de *rock* pesado. De repente, Greg dijo:

—Está bien, viejo. No tiene por qué enfadarse tanto. Solo nos estamos divirtiendo un poco.

La fiesta se enfrió y el señor Sigmon se acostó junto a su esposa, que estaba despierta, sintiendo que había crecido unos cuantos centímetros gracias a que había controlado a Greg.

Dos días después la señora Sigmon salió de su camioneta con una bolsa de comestibles, se acercó a la entrada y dejó caer la compra de golpe. Se tapó la boca con los nudillos y gritó. Vio en la puerta principal el cadáver tieso de su gato, con la cabeza retorcida y el hocico apuntando hacia arriba, alejándose de los hombros.

Esa misma noche Greg organizó otra fiesta, la más estridente de todas.

Para la señora Cappelli era como si entre ellos apareciera una presencia tenebrosa. Ya no era la misma calle, tranquila y cálida: era igual que una siniestra calle urbana, con un aura que obligaba a los peatones indefensos a apresurarse al anochecer, con los oídos atentos al menor sonido.

—Tal vez los Morrow se muden —dijo la señora Cappelli a la hora del desayuno.

—Sí —concurrió Isadora—, son como gitanos. Pero ¿cuándo? Esa es la cuestión. ¿El mes que viene? ¿En un año? ¿Antes de que el jovencito haga algo aun más horrible?

—¡Su pobre madre! —se compadeció la señora Cappelli mientras daba vuelta al huevo en la sartén—. Si pudiera viajar por el mundo, se acabaría su problema.

Un poco más tarde ese mismo día, la señora Cappelli se llevó su té de la tarde a la recámara. Puso la taza caliente sobre una mesita y cruzó la habitación hasta llegar junto a la ventana lateral. Afuera, a nivel con el alféizar, dos golondrinas andaban brincando sobre un saliente, picoteando restos de comida entre las grietas.

—Hola, criaturas —dijo la señora Cappelli—. Todavía es temprano para la cena. Deben de tener hambre para estar comiendo las sobras.

Se volvió al buró y tomó un frasco. Las golondrinas se echaron a volar mientras ella quitaba la tapa y sacaba el brazo para extender un festín de semillas y migajas sobre el saliente.

Las golondrinas estaban de vuelta cuando la señora Cappelli tomó su taza de té y se instaló en la mecedora de madera cerca de la ventana. Llegaron más pájaros: otras golondrinas, un petirrojo, un tordo, un pequeño reyezuelo. Eran una delicia de movimientos y colores, con una felicidad natural, tan fáciles de complacer. Tal vez había algo de tontería en el hábito de contemplar y alimentar a los pájaros diariamente, pero las aves recompensaban a la señora Cappelli con placeres silenciosos en días que a veces parecían interminables. Por lo tanto, se decía a sí misma, tiene que ser algo de verdad importante.

Se estaba preguntando si aparecería el Príncipe cuando de pronto se presentó. Bellísimo. Elegante. El más hermoso de los cardenales desde Audubon. Llevaba mucho tiempo haciendo su visita de cada día. Siempre se instalaba al borde del saliente, con la orgullosa cabeza alzada y vuelta para mirar a la señora Cappelli. Ella se inclinó un poco hacia delante.

—Hola, qué tal —dijo en voz suave—. ¿Le parece que la comida de hoy está a la altura de sus gustos aristocráticos?

Ya no podía deleitarse en sus palabras, tampoco al mirar al Príncipe y sus amigos. Ya no. Se quedó apoyada en el respaldo, con los dedos agarrados a los brazos de la mecedora. Ese día, más que el anterior y el otro, tuvo conciencia de la ausencia de alegría. Aunque trataba de no admitirlo, en su ritual con los pájaros había una pizca de ansiedad, incluso de miedo. No podía dejar de pensar en el jovencito de la casa de al lado y su rifle de municiones. Pum, pum, pum… Su mano fuerte cargando el disparador mientras sus ojos recorrían los árboles en busca de un blanco inocente, confiado, indefenso, y un cuerpecito emplumado retorciéndose al caer de cabeza al suelo.

La señora Cappelli pensó que quizá debería dejar de alimentar a los pájaros mientras estuviera allá amenazándolos el rifle de aire…

Estaba considerando esa idea cuando vio alzarse una nubecilla de plumas rojas en el pecho del cardenal. El pájaro desapareció enseguida. Los demás pájaros se dispersaron en un vuelo súbito.

La señora Cappelli se quedó donde estaba sentada, los ojos ciegos, calientes y secos. De repente, se alzó de la mecedora y bajó cruzando toda la casa. Con los últimos rayos del sol penetrando la fría capa sobre su piel, buscó por todo el patio, entre los arbustos junto al edificio. El cadáver del cardenal no aparecía, y tuvo la certeza de que Greg había corrido a esconder la evidencia antes de que ella saliera de su casa.

Se lo imaginó observando el saliente, vigilando a los pájaros de ella, oyendo su charla con el cardenal mientras se movía cerca de la ventana. En el interior del muchacho se alzaba un instinto oscuro, una voracidad, y en las profundidades desconocidas y tortuosas de su mente había ideado sus planes. Esperó, como una bestia que saborea anticipadamente la matanza. Enseguida sintió el placer de apretar el gatillo y ver caer al cardenal.

La señora Cappelli se dio vuelta con lentitud y lo vio ahí, de pie, frente a la casa de los Morrow, con su rifle de aire colgado del brazo. Alto. Esbelto. Joven. Desafiándola. Poniéndole una trampa. Alzando los labios para formar una sonrisa que atravesó a la señora Cappelli como un témpano de hielo.

La señora Cappelli giró sobre sus piernas tiesas y entró a su casa.

El nombre del policía era Longstreet, sargento Harley Longstreet, un hombre alto y fornido con rostro de grandes facciones y largos cabellos castaños.

Con las cortinas de la sala abiertas, la señora Cappelli lo vio salir de la casa de los Morrow. Se detuvo un instante mirando sobre el hombro, con un cuaderno de hojas sueltas en la mano. Un poco después se acercó a la puerta principal de Cappelli. El sargento no pensaba que la muerte de un pájaro no

fuera importante, menos en esas circunstancias. Le atribuyó significado e importancia considerables. Una hora antes entró a la casa de los Morrow. Y ya estaba de vuelta.

La señora Cappelli permaneció con los dedos al borde de la puerta abierta.

—Creo que entiendo, señor Longstreet —dijo, sin rencor.

—Simplemente niega haber matado al pájaro, señora. ¿Usted vio que lo mataba?

—No lo vi apretar el gatillo.

—Sabe usted, señora Cappelli, la ley consiste en letras negras impresas en papel blanco. La señora Morrow no está en su casa. Tampoco hay nadie afuera de las casas de los alrededores. Sin testigos ni pruebas tangibles, he hecho todo lo que he podido.

—Lo aprecio mucho, señor Longstreet.

El policía titubeó, dando golpecitos al cuaderno con el dedo pulgar.

—Él afirma que usted es una anciana amargada que no quiere que haya gente joven en el barrio.

—Está mintiendo, señor Longstreet. Yo disfruto mucho de los jóvenes razonablemente normales. ¿Usted le cree a él?

—Ni por un instante, señora Cappelli. Nada de lo que dice.

Volvió a hojear el cuaderno.

—Busqué rápidamente en nuestros archivos cuando usted llamó, para ver si teníamos algún expediente con datos sobre su persona. Ya sabe que contamos con computadoras, y basta con apretar un botón para verificar si hay registros de sus actividades en las agencias de cualquier ciudad o municipio.

Ella por fin cerró la puerta y recargó los hombros.

—¿Y qué dice su computadora?

La mirada penetrante del sargento pasaba del cuaderno a su interlocutora.

—Nuestro Greg Morrow pasó dos años en una institución correccional para adolescentes inadaptados. Entró a los dieciséis años, y lo soltaron el día que cumplió dieciocho, y eso fue hace dieciocho meses. Antes de las acciones que lo llevaron a la correccional hay reportes de clases perturbadas y vandalismo en las escuelas, ataques contra compañeros menores para despojarlos de sus monedas. Lo expulsaron cuando atacó a un director de escuela.

—Ese director tendría que haberlo azotado con una vara de nogal —comentó la señora Cappelli—. Pero en ese caso, habrían metido en la cárcel al director.

—Es posible —aceptó Longstreet, guardándose el cuaderno en el bolsillo de la cadera—. Hemos recibido quejas sobre Greg casi desde el mismo día en que salió libre, de los diversos lugares en donde los Morrow han vivido. Pero no se ha podido probar nada en los juzgados, aparte de una sentencia suspendida por vandalismo en una casa.

La señora Cappelli se movió lentamente a un sillón grande y se hundió en la orilla, con las manos aferradas a sus rodillas.

—Señor Longstreet, Greg Morrow no es nada más un adolescente mal portado. Él pertenece a las fuerzas y hechos que tan frecuentemente aparecen bajo titulares sangrientos.

—Es muy posible.

Su tono de voz obligó a la señora Cappelli a alzar la mirada y reconoció la amargura en los ojos del policía. Lo compadeció por las duras dificultades de su trabajo.

—No lo tome a mal, señor Longstreet. Le agradezco que haya venido y le haya hablado. Tal vez se asuste por algún tiempo, y eso ayudará un poco.

—No podemos encerrarlos sin tener pruebas firmes de que hayan cometido un crimen. En ocasiones, es demasiado tarde.

—Siempre es demasiado tarde después de cometido el crimen, señor Longstreet —comentó ella, al tiempo que se levantaba para despedirlo.

El policía se quedó un momento mirando a esa pequeña mujer tan robusta.

—Voy a encomendar a las patrullas de vigilancia que presten particular atención a su calle, señora Cappelli. Haré todo lo posible.

—Estoy segura de eso.

—Que tenga un buen día, señora Cappelli.

—Buen día, señor Longstreet.

Se quedó mirando al sargento hasta que subió a un coche de la policía sin insignias estacionado junto a la banqueta. El señor Longstreet se quedó un rato sin moverse, después de encender el motor, mirando la casa de los Morrow. Finalmente se puso en marcha.

Al darse vuelta, la señora Cappelli vio a Greg. Estaba de pie en su patio, con los pulgares enganchados en el cinturón, observando el coche del policía hasta que llegó a la intersección, donde se perdió de vista. La señora Cappelli comenzó a cerrar la puerta. Pero súbitamente cruzó su propio patio delantero para llegar adonde las propiedades se separaban.

—¿Greg?… ¿Puedo hablar contigo?

Él movió solo la cabeza para mirarla fijamente.

—¿Y por qué iba yo a hablar con una perra desgraciada que me acusa con los polizontes?

Ella palideció, pero controló el calor de su rabia.

—Pensé que podríamos hablar civilizadamente. Después de todo, Greg, tenemos que vivir como vecinos.

—¿Quién dice vivir? Alguien se podría morir. Los vejestorios a cada rato estiran la pata, ¿sabe?

—Sé un poco razonable, Greg. Es lo único que te pido. Yo me alegré cuando llegaron al barrio, tú tan joven y vigoroso. Me hubiera agradado sentir actividad juvenil junto a mi casa.

—Vieja rata, me denunciaste a los polizontes.

—Mira, Greg. Es necesario que te señale los límites. ¿Por qué no discutimos sobre esto? Respetarlos… Vivir cada quien su vida…

Él la miró con una estudiada actitud de insolencia.

—Cometiste un error muy grave al llamar a Longstreet, vieja. No me gusta. No me gusta nada. Y no lo olvido.

Ella respondió, por fin, en un tono que expresaba furia.

—¿Me estás amenazando, Greg?

—¿Quién dice? ¿Puedes probarle eso a Longstreet? Tu palabra contra la mía. Yo sé cómo funciona la ley. Conozco mis derechos.

—Creo que esto no va a servir de nada, Greg. Lamento haber venido a tratar de hablar contigo.

Él se desplazó unos pasos hacia ella. La luz del sol poniente le acentuaba los pómulos. Tenía tenso el cuerpo, como si estuviera listo para lanzarse sobre ella.

—Tendrás mucho más que lamentar en el futuro, vieja. Más vale que lo creas. Piensa en eso. No sabrás cuándo, cómo ni dónde. Pero no me agrada que nadie me denuncie a los polizontes.

—Espero que no vayas más allá de las palabras, Greg.

Él se rio de pronto.

—Aquel director de escuela, el que hizo que me encerraran, ¿sabes lo que le pasó? Como al año de haber salido libre yo, un auto se dio a la fuga tras atropellar a la hija del maldito director. Quedó con las piernas tullidas para el resto de su vida. Claro que la policía me interrogó. No pudieron probar nada.

La señora Cappelli no pudo soportarlo más. Se dio vuelta y fue a su casa con pasos rápidos.

—No te olvides de pensar en eso, vieja —le gritó Greg—. Que no se te olvide: nadie puede probarle nunca nada a Greg Morrow.

Después de tres días, la señora Cappelli tuvo esperanzas de que Greg hubiera reflexionado. Tal vez los insultos le satisfacían el ego. Ese tipo de persona casi nunca va más lejos.

Casi nunca.

La cuarta noche, la señora Cappelli se agitaba mientras dormía, soñando que olía a humo. Murmuró algo en estado semiconsciente; de súbito tuvo la certeza clara y helada de que ya no estaba dormida.

Hizo a un lado la sábana, le salió un gritito de la garganta y se levantó tambaleante, una figura fantasmal en un camisón que le llegaba a los tobillos.

—¡Isadora! —gritó mientras cruzaba el vestíbulo—. ¡Isadora! ¡Despierta, dormilona! ¡Se está quemando la casa!

Se abrió de golpe la puerta de la habitación de Isadora, que apareció vestida igual que su patrona, con sus trenzas de gris acero colgando a los lados del rostro sobre los hombros.

—¿Qué pasa? ¿Qué es? —barbotó Isadora, castañeteando los dientes. Vio el resplandor rojizo en la escalera y se puso a persignarse una y otra vez—. ¡Oh Dios, ten piedad, misericordia del Cielo!

Juntas, las dos mujeres bajaron a empellones por la escalera. En el comedor era más fuerte el reflejo del fuego.

—¡Pronto, Isadora, a la cocina! Cruzaron veloces el comedor y se detuvieron dentro de la cocina. Una vislumbre le bastó a la señora Cappelli para adivinar la situación. Las cortinas sobre el vidrio de la puerta exterior fueron las que comenzaron a arder, y de ellas no quedaban más que cenizas y brasas. Las llamas pasaron sin dificultad a las cortinas de la ventana a lo largo de la parte posterior de la cocina, y estaban atacando los gabinetes, impregnando el aire con el olor de barniz quemado.

Isadora se metió a la alacena, arrojando cazuelas hasta agarrar dos de las más grandes. La señora Cappelli fue más directa. Tomó la manguera del fregadero y la extendió a todo lo que daba, abrió al límite el grifo de agua fría y combatió las llamas hasta apagar las últimas chispas.

Entre nubes de humo que salían de los gabinetes, la señora Cappelli se agarró de una silla de la cocina y se hundió debilitada en ella. Acompasó su aliento con los bufidos de Isadora y comenzó a recuperar sus fuerzas.

—Qué horrible pudo ser si no te hubieras despertado —dijo Isadora a través de los dientes, que golpeaban unos contra otros.

—Sí —dijo la señora Cappelli.

Isadora se apoyó en la mesa de la cocina para levantarse de la silla.

—Habrá que llamar a los bomberos para asegurarnos de que todo se haya extinguido.

—Sí —repuso la señora Cappelli.

—Y a la policía.

—¡No!

Isadora miró a la señora Cappelli, alarmada por su tono agudo de voz.

—Pero María…, sabemos quién hizo esto. Ha estado planeando, esperando, pensando y decidiendo qué hacer, lo sabemos.

—Sí. Y esta noche al fin actuó.

La señora Cappelli examinó la puerta ennegrecida por el fuego; su mirada se detuvo sobre la base. Se levantó, cruzó hacia la puerta y se arrodilló. Tocó las cenizas en el suelo.

—Y lo hizo con tanta simpleza —dijo—. No todas las cenizas aquí son de textiles. Muchas parecen de papel. Qué fácil, sin tener que entrar ni romper la puerta de la cocina. Bastó con meter tiras de papel hasta que hubiera suficientes bajo la puerta, y entonces le prendió fuego a la pila dentro de la cocina. Pronto la voracidad de las llamas se pasó a las cortinas.

Ambas mujeres parecían parte de un cuadro: Isadora de pie junto a la mesa, la señora Cappelli arrodillada al lado de la puerta, mirándose una a la otra.

—Sí, entiendo —dijo Isadora—. Está muy claro. Y la policía lo vería claro también. Pero no podrán hacer que el chico confiese. Y tendrá una coartada, alguien jurará que esta noche estaba muy lejos de aquí.

Un sollozo se le atoró a la señora Cappelli en la garganta.

—¿Hasta qué punto podemos soportar, Isadora? Llama de inmediato a los bomberos. Y enseguida me pasas el teléfono. Aunque sea muy tarde, quiero oír el sonido de la voz de John. A las diez de la noche del día siguiente un taxi del aeropuerto depositó a John frente a la casa de Cappelli.

—¡Es él! —exclamó Isadora al verlo bajar del taxi y tomar su única pieza de equipaje.

Al lado de Isadora, convertida en un vertiginoso centro de emociones, la señora Cappelli le dio un codazo.

—¡Pronto, Isadora! La mesa…, las velas de la cena.

Isadora salió volando de la puerta y dejó que la señora Cappelli contemplara ella sola la llegada de su hijo.

La señora Cappelli sabía que no habría comido en el avión. *Mamma* siempre lo esperaba con uno de sus guisados favoritos, sin importar la hora de su llegada. Esa noche la cena se centraba en un *arrosto di agnello*, y ya podía

verlo llenarse la boca con el cordero suculento mientras le enviaba con los dedos un beso de aprobación.

—¡Ah, John, John!

Sus brazos totalmente abiertos envolvieron su fuerza oscura, imponente y masculina, y, como siempre, se echó a llorar de alegría. Él la alzó en sus brazos, casi como para llevarla consigo, y le dio un beso en cada mejilla.

—¿Qué es esto que huele tan bien? ¿No será ese cordero asado que solo sabe hacer *mia madre*?

—Por supuesto, John. ¿Qué tal el vuelo? Isadora, ¿dónde estás? ¡Rápido, Isadora, el hombre más guapo del mundo tiene mucha hambre!

Del brazo de su hijo, la señora Cappelli entró al comedor haciendo preguntas sobre su nuera y sus preciosos nietos.

—Todo bien en el norte —le aseguró John—. Las cosas no podrían ir mejor.

Se sentó a la cabecera de la mesa de nogal labrado frente a un escenario de lo más seductor: servilletas blancas como la nieve, porcelanas finas, cristal y plata, velas altas en viejos candelabros de plata, guisados finos en platones tapados.

Isadora y la señora Cappelli se contentaron con permanecer sentadas, cada una a un lado, mirándolo comer y anticipándose a cada uno de sus deseos.

Por fin llegó el momento en que ya no pudo comer más y premió a su madre con un amoroso guiño y un pequeño eructo pleno de aprecio.

Puso la servilleta sobre la mesa, empujó la silla hacia atrás y alzó una de las velas para encender un angosto puro negro.

La señora Cappelli se puso a su lado cuando él se movió hacia las ventanas a un costado del comedor para mirar las luces en la casa de los Morrow.

—Cuéntame ahora, *mamma*, ¿qué problema hay?

Ella le relató con todos los pormenores lo sucedido desde el momento en que Greg Morrow se mudó a la casa de al lado. Le dio a conocer todos los hábitos de Greg, las identidades de sus amigos más cercanos, la marca, modelo y número de matrícula del automóvil de los Morrow. Tardó varios minutos, pues había ido acumulando mucha información a lo largo del tiempo en que Greg había sido su vecino.

Cuando por fin concluyó, John le pasó un brazo sobre los hombros.

—No te preocupes, *mamma* —dijo en voz baja—. Todo se arreglará. Ese joven animal dejará de torturar a su madre. Ya no podrá matar ni dañar a los animales. No atropellará a más niños para luego salir huyendo. No volverá a

encender fuegos para provocar incendios. Muy pronto nos haremos cargo, en cuanto se presente la primera ocasión propicia.

Al mirarlo, la señora Cappelli sabía que eso se cumpliría. Con ella, Greg Morrow cometió el mayor error de su vida. Se acordó del abuelo de John y de su padre, y de los hombres Cappelli desde Sicilia hasta San Francisco. En toda la mafia no se hallaban mejores soldados que los hombres de Cappelli, y así había sido por varias generaciones. Aplicaban la ley de la mafia sin miedo ni la menor contemplación. Y ninguno de ellos era más leal que el amor de su corazón: su adorado John.

ESPARTACO NEGRO

JAMES LINCOLN WARREN



Fue en las páginas de *AHMM* donde JAMES LINCOLN WARREN en marzo de 1998 presentó por primera vez a Alan Treviscoe, su detective del siglo XVIII en el relato «El engaño de Dioscuri». Parroquiano habitual de la Lloyd's Coffee House, Treviscoe es un «indagador» de una empresa de seguros marítimos, puesto que en aquel tiempo aún no existía. Warren creó esa especialidad para su serie escrupulosamente investigada.

LORD MANSFIELD, RESPLANDECIENTE EN SU ATUENDO con la capa escarlata y una larga peluca blanca, miró fijamente al hombre sentado en el banquillo de los acusados. Se trataba de un enorme joven de origen africano, ataviado con un traje que anteriormente se consideró indumentaria noble. Su peluca, aunque empolvada con descuido, era de la más alta calidad. La mirada del sabio juez se desplazó a sir Richard Pelles, el abogado defensor, y se preguntó una vez más de qué manera pudo un esclavo contratar a uno de los mejores litigantes de Inglaterra.

Sir Richard interrogaba al joven de ojos soñolientos venido de Lloyd's, cuyo testimonio claramente revestía la mayor importancia para la defensa.

—Señor Treviscoe, ¿en dónde conoció al acusado?

—En una pelea de boxeo en Hyde Park, honorable señor. Hero fue uno de los púgiles…

Un francés empolvado chocó con Alan Treviscoe en medio de la multitud apiñada y casi le derribó el tricornio. Al recuperar el equilibrio, Treviscoe agarró con la mano derecha su sombrero y con la izquierda la empuñadura de su espadín para evitar que con el movimiento golpeara a alguien en la espinilla. La mano derecha del *monsieur* se aferró a su propia espada, anticipando un reto a duelo, y sus ojos negros destellaron encima de sus mejillas cubiertas de colorete. Al advertir que Treviscoe no pensaba desenvainar, se relajó y se inclinó con ademanes de pedir disculpas. Treviscoe devolvió la inclinación, sin dejar de proteger su tricornio, y tanto él como el capitán Magnus Gunn de la Real Armada continuaron avanzando en medio de la muchedumbre.

—¡Gunn!

Gunn se detuvo y tocó su sombrero para saludar a un hombre vestido lujosamente, cuyo rostro era un mapa de disipación.

—Sir Beaumont Clevis —dijo, sin poder ocultar, a pesar de su acento escocés, su desagrado—, permítame presentarle al señor Alan Treviscoe de Lloyd’s.

Sir Beaumont examinó a Treviscoe como si este fuera un caballo puesto a la venta en una feria rural.

—A su servicio —dijo Treviscoe, con una breve reverencia.

—Tiene todavía una oportunidad de cambiar de opinión —le dijo sir Beaumont a Gunn.

—Mi apuesta sigue firme, sir Beaumont.

—¡Pues entonces lo perderá todo! Son fuertes esos negros, pero el boxeo es un arte que exige algo más que la fuerza bruta. Oh, admito que no les falta ingenio de baja estofa, pero el peleador de Muldaur no podrá resistir a un boxeador blanco, menos si es inglés.

—Mucho me temo que no está en mi poder aceptar su dictamen, sir Beaumont, pues he visto pelear a Hero, y su ingenio no es de baja estofa. Pero si tiene la bondad de disculparnos, hemos de presentar nuestros respetos al capitán Muldaur.

—¡Respetos! —barbotó sarcástico sir Beaumont—. Bueno, no podrá decir que no se lo advertí.

Se apartaron con un despliegue mutuo de insincera consideración mediante reverencias, y Gunn y Treviscoe volvieron a avanzar entre la multitud.

—Ahí se encuentra —indicó Gunn haciendo un ademán hacia un grupo de personas frente a ellos. Avanzó con decisión, seguido por Treviscoe.

—¡Capitán Muldaur! Le presento a un amigo particular, el señor Alan Treviscoe de Lloyd's.

El robusto irlandés lucía un bigote militar estrecho y estaba armado de una trompeta para la sordera. Treviscoe se preguntó si de verdad sería necesaria, pues Gunn rugía a todo volumen, como si estuviera dando órdenes a bordo de su navío.

—Alan Treviscoe, permíteme presentarte al capitán Ragnall Muldaur, anteriormente de la Real Armada. Es el propietario del esclavo boxeador que hemos venido a ver.

—¿Cómo dijo que se llama? —preguntó Muldaur, fijando la vista en los labios de Treviscoe.

—¿Se refiere a mi nombre? —reviró Treviscoe.

—¡Claro que su nombre! ¿De quién más iba yo a preguntar el nombre?

Muldaur dio un paso corto al frente, y la atención de Treviscoe se fijó en la pata de palo que completaba la pierna bajo la rodilla. Hizo girar la trompeta de modo que la forma acampanada quedó justo frente al rostro de Treviscoe.

—Mi nombre es Treviscoe, señor. Alan Treviscoe, a sus órdenes.

—¿Treviscoe? ¿Dijo usted Treviscoe?

—Correcto, señor.

—¿De modo que es usted pariente del difunto capitán Charles Treviscoe?

—Así se llamó mi padre. ¿Lo conoció usted, señor?

—¿Tu padre fue hombre de mar? —inquirió Gunn—. No lo sabía.

—Durante un tiempo siguió a Boscawen —replicó Treviscoe—, pero no recibió comisiones reales, y después de unos años se hizo capitán de la marina mercante y trató de hacer fortuna en el comercio con las Indias Occidentales.

—Charlie nunca mencionó a sus crías —exclamó Muldaur—, pero eso qué importa. ¡Así es! ¿Que si lo conocí? ¡Ya lo creo! Un hombre excelente, joven… ¿Alan, dijo usted?

—Sí, señor.

Muldaur volvió a asentir, sacudiendo su peluca corta y desgastada.

—Ha venido a ver a mi Hero, ¿no es así?

—Ambos hemos venido a verlo, capitán Muldaur —intervino Gunn—. Creo que será un buen combate.

—No han visto nunca algo parecido —dijo Muldaur, vanidoso—. Ojalá hayan hecho sus apuestas a tiempo.

—Ya lo creo —repuso Gunn, volviéndose a Treviscoe antes de seguir—. Nuestro dinero apoya al negro de Muldaur. Dicen que aprendió a boxear en

Barbados. Muldaur tal vez sea un viejo bribón irlandés, pero incapaz de vender su orgullo. Va a ser una paliza honesta, lo prometo.

Treviscoe asintió de nuevo. Desde que Jack Broughton perdió el campeonato contra Jack Slack veintiún años antes, en 1750, el boxeo había perdido reputación, si bien conservó toda su popularidad entre los corredores de apuestas. Pero en los nuevos tiempos corruptos, el truco habitual de los apostadores consistía en adivinar a cuál de los contendientes le pagaban por perder el combate.

Muldaur tomó a Treviscoe de una manga y le habló en tono de conspirador.

—No te preocupes, hijo. Siempre pago mis deudas. El honor de un Muldaur es más valioso que la sangre. Tan pronto se desahogue la deuda del Maliense, se verá que Ragnall Muldaur nunca rompe un juramento.

—La apuesta quedó muy sólida, Alan —dijo Gunn con singular alborozo—. Me dieron cinco contra dos. ¿Quién de estos estúpidos ingleses, mejorando lo presente, desde luego, quién de ellos será capaz de admitir que un pobre salvaje negro pueda triunfar a puñetazos sobre un musculoso inglés?, ¿eh? Pero ganará, de eso me siento seguro.

Surgió un clamor en la jubilosa multitud, y Treviscoe enfocó su atención en el centro acordonado del área verde.

Los pugilistas habían tomado sus puestos.

El inglés, Butcher Bill Blankett, era un joven fornido de más de cien kilos. Su frente calva contrastaba intensamente con la pelambre del pecho. El esclavo Hero, quien vestía, como Blankett, solo calzones, difería en todo lo posible de su contrincante, aunque tenía aproximadamente la misma edad. La primera impresión que se llevó Treviscoe fue la de un Apolo de ébano. Tenía el cráneo rasurado al cero, y en él se reflejaba el sol como en una bala pulida de cañón. Era alto, todavía más que Magnus Gunn. Blankett parecía diseñado como un amplio buque, mientras que el cuerpo de Hero mostraba líneas de fragata, todas al servicio de la velocidad.

Los dos hombres se pusieron uno frente al otro.

El réferi gritó con voz enronquecida:

—¡Que gane el mejor!

Se dejó oír una nueva ovación y comenzó el enfrentamiento.

Los detalles exactos del encuentro escaparon de la memoria de Treviscoe; sus conocimientos del arte del boxeo eran demasiado escasos. Inicialmente

percibió una sucesión de imágenes violentas: cabezas agitadas por puñetazos, salpicaduras de sudor y sangre sobre los espectadores, contendientes que evocaban una lucha desesperada de titanes, un diluvio constante de golpes sobre caras y torsos. Comenzó a entender algo de la ciencia del pugilismo, similar a la esgrima, con fintas y contraataques, las maniobras para apropiarse de espacio y posición, y terminó por creer que era como presenciar algo parecido a un juego de ajedrez, una carrera entre dos maestros para llegar al jaque mate, y los golpes y forcejeos eran lo mismo que las piezas al avanzar y chocar unas con otras.

Cada vez que uno de los boxeadores caía al suelo, el réferi paraba la pelea y declaraba transcurrido un *round*. En las primeras etapas del combate, el ojo inexperto de Treviscoe juzgó que los boxeadores estaban a un mismo nivel y se preocupó por su apuesta de diez guineas. Pero al transcurrir el encuentro se volvió cada vez más evidente que Hero resultaba el mejor boxeador. Los aplausos se volvieron menos frecuentes y aumentaron los abucheos.

Por fin, Butcher Bill se desplomó inevitablemente como una choza bajo un huracán, regando la hierba con la sangre que brotaba de grandes heridas en la cara. Ya no pudo levantarse. El réferi declaró ganador de la contienda a Hero.

Hero expresó insensibilidad por el triunfo. Se esforzaba en tomar aire, labor complicada debido a las inflamaciones en el rostro. Se le veían manchas escarlata en la piel oscura.

El veredicto de la pelea no fue popular. La multitud rugió de frustración y rabia. Treviscoe miró preocupado alrededor. Sus ojos, normalmente entrecerrados, quedaron bien abiertos expresando aprensión.

—Las masas están a punto de rebelarse —susurró preocupado a Gunn.

—No digas tonterías, Alan —lo reprendió Gunn, entre risas entusiastas—. Resienten que su diversión les costó dinero, eso es todo. ¡Vayamos a recoger nuestras ganancias!

Sir Beaumont, hirviendo de rabia, se abrió paso entre la multitud llenando el aire de maldiciones y reprobación, hasta que se acercó al capitán Muldaur, cuya cara exhibía una amplia y maliciosa sonrisa llena de huecos entre los dientes.

—Sí, ríete, Muldaur —gritó el caballero—. Ya veremos cuánto te dura.

—Te recuerdo las palabras de Otelo, sir Beaumont: «Son los ganadores quienes se ríen» —replicó el irlandés, sin moderar su alegría.

Sir Beaumont miró con la peor intención a Hero, que seguía jadeando.

—*Tú* deberías recordar el destino de aquel moro, Muldaur.

En un instante, la alegría de Muldaur se transformó en un gruñido de desprecio.

—¡Tú, Yago! No, ni siquiera eso, ¡apenas una criatura de Yago!

Sir Beaumont alzó la mano todavía agarrada al bastón y apenas pudo controlar su temperamento.

—No tengo la menor necesidad de exigir satisfacción de un hijo de perra irlandés, que es además cojo y sordo —declaró con acidez—, sobre todo si considero que su arruinado cuerpo está compensado por la naturaleza de su carácter. ¡Buen día!

Se fue, seguido por las carcajadas de Muldaur, que sonaban a ladridos.

A continuación, el capitán Muldaur se volvió con Treviscoe.

—Si deseara usted adelantar su propia causa, le ruego que me visite pasado mañana en mi vivienda, en el callejón Red Rose número 5, al lado de la calle White Cross. Hay algo que conviene discutir entre nosotros.

—¿Aceptó usted la invitación?

—La acepté —repuso Treviscoe—, acudí a la cita a la hora señalada. Hubo tormenta de truenos la noche anterior y llovió copiosamente durante la mañana…

Treviscoe se abrió camino protegido por una reciente inversión hecha con el objeto de proteger su tricornio, cuyo gran tamaño correspondía a su alto precio: un buen paraguas color negro de los que de pronto se pusieron de moda en la ciudad. El problema del lodo en la calle lo solucionó con unas botas militares de campaña. Aunque carecían de elegancia, pensó que Muldaur no se sentiría ofendido.

La vivienda de Muldaur se hallaba en un barrio de Londres que habitaban sobre todo inmigrantes irlandeses de escasos recursos. La presencia del capitán resultaba algo incongruente. Al ser funcionario de la Corona, tenía que ser protestante, al menos en su declaración oficial, y el populacho, exclusivamente católico, lo vería con suspicacia. Sin embargo, sus razones tendría.

En varios lugares faltaban piezas del empedrado, y los hoyos resultantes rezumaban charcos turbios. Varias de las piedras desplazadas se encontraban dispersas alrededor de la entrada del edificio de Muldaur.

Una mujer desgastada de grandes ojos inquietos lo recibió. Su aspecto de vivir bajo un continuo acoso evocó a Treviscoe la imagen de un ratón de campo pendiente de un búho. Tímidamente, le dijo que el capitán vivía en el segundo piso y que su esclavo habitaba el ático. Las decrépitas escaleras eran demasiado estrechas, sobre todo para un hombre con una pata de palo.

La puerta del cuarto del capitán estaba entreabierta. Se abrió con facilidad al apoyar Treviscoe la mano.

Muldaur yacía en el suelo boca arriba. Tenía tanto la cabeza como el camisón horriblemente cubiertos de sangre, y apenas se podía reconocer su cara por la hinchazón. Treviscoe se arrodilló a su lado, y por la frialdad del cuerpo supo que no hallaría pulso. Hizo un rápido examen del cadáver.

Las lesiones más visibles se encontraban en la cara y los brazos, pero la pierna izquierda, la que estaba entera, se hallaba plegada en una posición nada natural. El pecho y el abdomen de color pálido no mostraban marcas, salvo una herida fresca y delgada que se extendía de una axila a la otra. Las palmas de las manos se veían raspadas y enrojecidas, y faltaban fragmentos de piel. En los nudillos no había ninguna marca. El camisón estaba mojado, pero el suelo en torno a Muldaur se hallaba seco.

La lluvia entraba por la ventana abierta, sin llegar al lugar en donde yacía el cadáver.

Treviscoe fue a la ventana con la intención de cerrarla. Colgado del alero del techo había un gancho negro de hierro, del que pendía un bloque de madera de los utilizados para la carga de barcos, pero sin ninguna cuerda enlazada en él. Era evidente que estaba instalada para hacer llegar objetos a la ventana directamente desde la calle.

Cerró la ventana y examinó la habitación. Recordó que en la pelea de box la sangre salpicó libremente a los espectadores. No vio en la habitación manchas de sangre, excepto en las inmediaciones del cadáver, donde se formaban pequeños charcos de la sangre derramada por las heridas en la cara. Debajo de la cama vio una abrazadera fijada en el piso, como las que se utilizan para asegurar las líneas a bordo de navíos. Se volvió a observar la ventana cerrada, con la imagen del bloque que se mecía bajo la lluvia a través del vidrio barato manchado por gotas de agua.

¿Dónde estaba la cuerda?

—¿Qué significado atribuye usted a sus observaciones, señor Treviscoe? —preguntó sir Richard.

—¡Objeción, señor mío! —exclamó el fiscal de cargo, levantándose de su asiento—. ¿Qué pertinencia para la corte encierran las especulaciones del señor Treviscoe? Me permito recordar a mi instruido colega que los miembros del jurado son los únicos que pueden enjuiciar los hechos.

—Puede ser que el distinguido abogado de la Corona haya olvidado que la profesión del señor Treviscoe consiste en investigar demandas fraudulentas para los inversionistas de seguros de Lloyd's. No es preciso recordar a la corte las numerosas ocasiones, aquí en esta misma sala, en que su testimonio ha adelantado la causa de la justicia, aunque no le haya tocado a usted presenciarlo todavía. Se encuentra en juicio la vida de un ser humano, y privar al jurado de los puntos de vista de un experto como el señor Treviscoe iría en contra de los propósitos de esta institución.

—Convenido —declaró lord Mansfield después de una larga pausa—. Puede usted continuar.

—¿Señor Treviscoe?

—La única conclusión sobre la cual tuve una certeza absoluta fue que el capitán Muldaur no fue asesinado en esa habitación. Su cuerpo fue transportado ahí después de cometido el crimen. De no ser así, tendría que haber manchas de sangre en las paredes o la cama.

—Pero no halló pistas sobre la posible identidad del asesino, ¿verdad?

Treviscoe hizo una pausa.

—Es cierto que no vi nada que lo identificara de forma fehaciente, pero un razonamiento científico nos permite eliminar posibilidades. Las heridas no corresponden a las que resultan de una agresión a puñetazos. Puedo afirmar que su atacante, o más precisamente sus atacantes, no son boxeadores.

—Pero el muerto fue golpeado hasta perder el conocimiento. ¿No corresponde eso a ser golpeado muchas veces por un boxeador potente?

—No hay señales de un solo golpe entre la cintura y el hombro si juzgamos por la ausencia de lesiones en el torso, con la salvedad de esa línea delgada que ya mencioné, y nunca devolvió un golpe con sus propias manos, que aunque muestren lesiones obvias por un lado, carecen de marcas por el otro. Un hombre que responde a un golpe se hace con seguridad marcas en los nudillos. Las excoriaciones en los antebrazos indican que trató de protegerse la cara, lamentablemente sin éxito. Me parece muy extraño que un boxeador insista en golpear a un hombre en la cabeza mientras el abdomen está expuesto.

—¡Objeción, honorable señor juez! El señor Treviscoe habla muy a su gusto de quién no cometió el asesinato, basándose únicamente en cosas que

no se hicieron. Espero que nadie imagine que si un panadero asesina a alguien deba convertir a su víctima en pastel.

—Objeción admitida, señor Juddson, aun si su metáfora omite el decoro debido a esta corte —dijo Mansfield con frialdad—. El testigo ha de confinarse a las observaciones concluyentes derivadas de lo que vio con sus propios ojos. El jurado no debe considerar el testimonio especulativo sobre la imposibilidad de que el asesino fuera boxeador.

—Muy bien, honorable señor —dijo sir Richard, satisfecho porque no es posible desdecir lo que se ha dicho ya—. Señor Treviscoe, ¿encontró usted otras pistas sobre la identidad o las identidades de los atacantes del capitán Muldaur?

—Como ya observé, no en la misma escena… —replicó Treviscoe, y enseguida hizo una pausa, mirando al juez directamente.

Su comportamiento tentativo sugería que ponderaba hasta qué punto podría declarar sin exceder las instrucciones de su señoría. Prosiguió:

—Eso no significa que haya ausencia de pistas. Tenemos su inusual historia, y sus extrañas palabras durante la pelea de box…

—¿Ya viste esto, Alan?

Gunn le puso frente a la cara una plana de periódico. Continuó:

—¡Apresaron a Hero! ¡Ha confesado!

—¿Qué quieres decir?

Treviscoe se puso la pipa de barro en la boca y aceptó el periódico.

La oficina común de Lloyd’s zumbaba con la agitación de sus actividades bajo una espesa nube de humo.

—«Capturan al Espartaco Negro».

—Lo oyeron decir: «Mis acciones lo mataron». Ahí se acabó el misterio, ¿no crees?

—¿Confesó? —Treviscoe arrugó la frente—. No lo habría imaginado jamás. Pero es una confesión muy rara. «Mis acciones lo mataron». ¿Qué acciones?

—El asesinato, sin duda —dijo Gunn.

—Mi querido Magnus, en algunas ocasiones no muy frecuentes he observado que la gente elige precisamente las palabras con que desean dar algo a significar. Hero ciertamente no ha declarado que él *asesinó* al capitán; por el contrario, sus frases indican que él no sabía de las consecuencias de sus acciones hasta que fue informado del crimen tras el arresto.

Gunn frunció el ceño y añadió:

—Es indudable que el capitán Muldaur y Hero disputaron la noche del crimen. La casera, la señora O'Reilly, oyó a Hero gritar dos pisos arriba de ella.

—¿Y eso qué? Muldaur era sordo, y su trompeta para sordos no estaba en su habitación cuando yo descubrí el cadáver, a menos que yo haya perdido mi capacidad de hacer una buena inspección.

—¿Tienes la perversidad de insistir en la inocencia de Hero?

—¿Inocencia? Si acaso, inocencia del asesinato. Solo puedo hacer conjeturas sobre otras cosas. En este caso, Magnus, hay demasiadas cositas raras para que pueda convencerme de que el atacante más obvio sea el verdadero, aunque acepto que las cosas están… Iba a decir negras, pero no es tema que deba tratarse a la ligera. Es más apropiado decir «difíciles para el esclavo». Considera esto: ¿por qué no hubo golpes sobre el abdomen y las costillas del capitán? ¿Es eso congruente con ser matado a golpes por un boxeador? Yo no lo creo. No olvides que el capitán Muldaur tuvo indisputablemente otros enemigos, si juzgamos lo que se manifestó sobre su relación con sir Beaumont. Convendría saber más de su historia, conocer a sus enemigos. Quisiera enterarme, por ejemplo, de cómo perdió la pierna derecha. Pienso que su sordera avanzada no iba de acuerdo con su edad ni su estado de salud.

—Ahí no hay ningún misterio. Las dos lesiones fueron consecuencia de la explosión del HMS Leónidas en el Belfast Lough en el año 60.

—¿No fue el mismo año en que los franceses tomaron el castillo de Carrickfergus?

—El mismo, en efecto. Aunque es un hecho muy poco conocido, el Leónidas, un barco de cuarta con apenas cincuenta cañones, fue despachado con órdenes secretas a la defensa de Carrickfergus, mientras las fragatas molestaban al comodoro francés, llamado Thurot, en altamar. El oficial al mando del Leónidas era nada menos que el capitán Ragnall Muldaur.

»El barco echó anclas en la costa norte del lago para enfrentar a los franceses y hacerles fuego antes de que pudieran desembarcar. Pero una partida de franceses fue llevada por tierra y, después de alcanzar la orilla, lanzaron una lancha bajo la oscuridad antes de la madrugada para cortar el cable del barco, que entonces fue arrastrado por la marea de la mañana y encalló en la playa. En la confusión estalló un incendio bajo el puente y explotó la carga de pólvora. Se perdieron casi todas las vidas a bordo. De

trescientos marineros y militares, solo sobrevivió Muldaur para contar su historia, ya sin una pierna y con la sordera producida por la explosión.

—Dijiste que los franceses fueron llevados a tierra, pero no quiénes los llevaron.

—Se rumorea que el comodoro Thurot pagó de su propia bolsa las treinta monedas a cada uno de varios Judas rabiosos.

A Treviscoe se le apagó la pipa, pero él no se dio cuenta. El sonido de un hombre que se aclaraba la garganta interrumpió su concentración.

—Al no haber nadie que nos presente con la debida formalidad, me atrevo a presentarme ante usted, señor Treviscoe —dijo el hombre con un fuerte acento de Ulster. Iba bien vestido, pero sin lujos. La única concesión a su vanidad consistía en las medias de seda que exhibían aventajadamente la forma de sus pantorrillas.

—Soy el abogado Michael Flynn, a sus órdenes. Tuve el honor de representar al difunto capitán Ragnall Muldaur, y me presento ante usted con la finalidad de informarle de una cláusula en su testamento, por la cual usted saldría beneficiado en condiciones normales, a no ser por circunstancias que me obligan a proceder de otra manera.

—Me deja usted atónito, señor Flynn —replicó Treviscoe—. ¿Qué significa esto? Apenas conocí al capitán.

—Hace solo dos días que el capitán Muldaur alteró su testamento a favor de usted, señor Treviscoe, y lo nombró su único heredero. Aquí tengo el documento. Según entiendo, fue motivado por la gratitud a su padre, que lo socorrió después de sus graves heridas y lo patrocinó para montar un negocio en Barbados. Es una pena que su antes respetable fortuna, conforme a lo que él describió, se manifiesta solamente en la persona de su esclavo Hero, a quien los periódicos han dado en llamar Espartaco Negro. Supongo que habrá oído hablar del tema, sobre la manera en que el capitán convirtió al pobre negro en gladiador, y cómo Hero cobró venganza.

—No tengo ninguna necesidad de poseer un esclavo —declaró sorprendido Treviscoe.

—Pues en ese caso da lo mismo, pues su herencia se reduce a nada al no haber ningún poder terrenal que se interponga entre Hero y el cadalso —explicó Flynn—. Su esclavo se halla actualmente en la prisión de Newgate, donde aguarda el juicio por el asesinato de su amo.

Treviscoe se levantó agitado de su asiento.

—¡Mi esclavo! ¡Mi esclavo! Qué mal me suenan esas palabras. ¿Acaso tengo una plantación de índigo en las Carolinas? Pero usted se equivoca al

suponer que no se puede remediar la situación de Hero, pues he tomado su caso bajo mi responsabilidad personal. Ya no resulta suficiente no estar convencido de su culpa; es preciso hacer todo lo que pueda para evitar que lo envíen a la horca en el cerro de Tyburn. Nada es igual de potente que la verdad, y se ha vuelto imperativo descubrirla en su totalidad. ¡Magnus!

—¿Sí, Alan?

—La pelea ofrecía un premio considerable para el ganador, ¿no es así?

—Quinientas libras esterlinas.

—¿Y qué ha sido de ese dinero?

—¿Qué fue lo que Muldaur dijo después del combate? Algo sobre pagar una deuda antes contraída. Tal vez utilizó el premio con tal fin.

—Habló de la deuda del *Maliense*. Fíjate en sus palabras, Magnus. Las recuerdo con exactitud, si bien en su momento no alcancé a percibir toda su importancia. A la luz de lo que me acaban de decir sobre su carrera, no puedo imaginar que las quinientas libras cubrieran una deuda respecto al Maliense. No, el dinero tuvo otro destino, y lo más probable es que se lo hayan robado quienes perpetraron el asesinato. Soy demasiado ajeno al mundo del deporte, que tú conoces mucho mejor. Tomaría como un favor a mi persona si logras indagar quién fijó el premio, y al mismo tiempo qué otros apostadores sufrieron una pérdida que, dicho sea con moderación, resultó en una enorme *inconveniencia*. No se me ocurre con quién puedes comenzar, pero al carecer de más información, pienso que la persona más indicada sería sir Beaumont. No creo que él esté directamente implicado, pero bien puede saber de quién se trata. El hombre que necesitamos identificar tiene que ser un irlandés de edad media, temperamento brutal y reputación de mercenario.

—¿Cómo has podido saber todo eso, Alan?

—¡Vaya! Lo oí de tu propia boca —replicó Treviscoe, mirándolo con sorpresa.

Gunn abrió la boca y de inmediato la volvió a cerrar. Enseguida preguntó en voz muy baja:

—¿Dónde propones que nos veamos cuando haya cumplido con esa… esa *búsqueda*?

—Ven a mis habitaciones esta noche. Señor Flynn, voy a requerir sus servicios profesionales, pues aun cuando no pueda garantizar su libertad, es mi decisión que si Hero ha de volver a su Hacedor no lo hará en situación de cautiverio como esclavo. Tenga la bondad de redactar el documento de manumisión. A partir de ahí, ¡iremos a Newgate!

—¿Resultó fructífera su entrevista con el prisionero?

—Así es, su señoría.

—Describa el encuentro.

Treviscoe no había visto en toda Inglaterra tanta miseria y suciedad como en la prisión de Newgate. Hero se hallaba confinado en una celda inadecuada hasta para una bestia. Era tal la oscuridad que su ropa parecía no contener un cuerpo, y Treviscoe sintió que miraba a un espíritu invisible con una camisa blanca, encima de la cual flotaban dos puntos de luz: sus ojos. Al girar la llave y admitir al visitante, el boxeador permaneció en silencio.

—Mi nombre es Alan Treviscoe.

No hubo réplica.

—Le he traído algunas cosas para su comodidad. ¿Sabe usted leer?

—Sí, sé leer —repuso Hero, con voz profunda y resonante.

—En tal caso, tengo algo para darle esperanzas.

—¿Esperanzas? —gritó el esclavo en tono de incredulidad y desesperación—. ¿No es usted mi nuevo dueño? Ya estoy encadenado. No puede usted humillarme más, excepto mediante la oferta de esperanzas.

—Le he traído una Biblia, una sorpresa y una pipa —dijo Treviscoe, ofreciendo los regalos—, y también he traído esto: un documento de manumisión donde figura su nombre. No soy su nuevo dueño, ni nadie podrá ser su amo a partir de hoy.

Hero tomó lo que se le ofrecía.

—Ya veo que sus intenciones son buenas —dijo por fin—, pero el regalo llega demasiado tarde. Solo seré libre en presencia de Dios, cuando se cumpla mi condena.

—Permítame recordarle que la desesperación es pecado —replicó Treviscoe—. A menudo la liberación llega sin que nadie la invite. Le ruego que responda a una sola pregunta que deseo hacerle, y ya no lo molestaré más. ¿Quién es el hombre al que su difunto amo llamaba Efialtes?

Sobrevino un silencio lleno de tensión. Por fin Hero suspiró y repuso:

—No pensé que nadie me fuera a creer. Pero según percibo, usted lo sabe todo.

—Aún no, Hero, y hasta este instante solo tuve sospechas. Pero no tenemos suficiente tiempo, pues el asesino puede darse a la fuga en cualquier momento. ¿Quién es el tal Efialtes?

—No sé su nombre, solo que fue un traidor, señor, el traidor del Belfast Lough.

—Eso es lo que pensé, aun con el nombre que le asignó el capitán Muldaur, pues antes solo oí mencionar a Efialtes como el Maliense. Pero esta noticia es buena, Hero, y significa que tenemos una leve esperanza. Me he comprometido a librarlo de la amenaza de Tyburn. Supongo que usted no tiene coartada.

—Ojalá la tuviera, señor. Pero no importaría, pues mi propia rabia ocasionó el asesinato del capitán Muldaur, en la misma medida que quien llevó a cabo el homicidio.

—¿Qué me quiere decir con eso?

—Aquella noche tuvimos una fuerte discusión a gritos, señor Treviscoe. Usted tiene que haberse dado cuenta de que el capitán carecía de poder para someterme al cautiverio si yo hubiera decidido irme.

—Eso sucede por lo común en Inglaterra, como seguramente lo sabe usted —expuso Treviscoe—. Sir John Fielding ha escrito sobre estos temas y expresa su opinión de que es muy imprudente traer esclavos a Inglaterra, pues el cautivo buscará obtener su libertad por cualquier medio, legal o no, y eso produce conflictos.

—Entonces déjeme informarle que el capitán Muldaur me prometió la libertad a cambio de mi habilidad como boxeador y mi participación en su plan, el cual desconozco, de descargar su venganza sobre Efialtes. Fue hombre de palabra firme, y nunca lo vi faltar a lo que su honor le pedía hasta aquella noche fatídica. Me dijo que después de todo no podía concederme la libertad.

Treviscoe frunció el entrecejo.

—Mucho me temo que la causa por la que faltó a su palabra fue el hecho de descubrir mi existencia.

—Así fue —dijo Hero, mirándolo sorprendido—. El dinero que usó el capitán Muldaur para comprarme se lo prestó el capitán Treviscoe, que según tengo entendido fue el padre de usted. Él creía que usted tenía derechos anteriores respecto a su honor, y sobre mi persona, una propiedad que él adquirió con el dinero de su padre. Me dijo, por lo tanto, que no podía otorgarme mi libertad tal como lo prometió, sino que dispuso convertirme en esclavo de usted.

—¿Mi padre? —dijo Treviscoe—. Nunca supe que mi padre tuviera intereses en el tráfico de esclavos.

—No creo que le diera el dinero al capitán Muldaur con esa finalidad, pues declaró que fue enviado a Barbados para actuar como agente del capitán Treviscoe en el comercio de azúcar. Pero da lo mismo, señor, pues comerciar con azúcar, melaza, índigo o tabaco significa usar productos del trabajo de esclavos, y el dinero que se obtiene se invierte en comprar más esclavos. Pero al recibir informes de la pérdida del barco de su padre, el capitán prefirió comprarme a mi amo, para adelantar su proyecto de venganza.

—No soy capaz de empezar a imaginar el horror de vivir como esclavo.

—Nadie que no lo haya vivido puede saberlo. Pero sentí gratitud por la intervención del capitán, pues al comprarme en una pieza logró salvarme de ser desmembrado hasta la muerte. La crueldad de mi dueño anterior me resultó insufrible, al grado de que le di una paliza que lo puso al borde de la muerte. Me hallaba encadenado esperando a ser ejecutado, lo mismo que ahora, pero el capitán Muldaur apeló a la avaricia de mi amo y, en el último momento, obtuvo el título de propiedad con la condición de que yo no permaneciera en la isla.

—Así que usted aceptó voluntariamente ayudar al capitán Muldaur para que pudiera cobrar venganza contra Efialtes. Pero ¿en qué consistía el plan?

—No sé decir de qué se trataba, excepto que tenía algo que ver con la arena de box.

—Pero usted debió darse cuenta de que el capitán Muldaur arriesgaba su propia vida y también la de usted al atacar a Efialtes.

—Es cierto —asintió Hero—. Yo lo sabía tanto como él. Pero un peligro que se pospone es menos terrible que una muerte segura. Como ya lo he dicho, sentía gratitud hacia él, y si no me hubiera enfadado tanto, habría estado a su lado para protegerlo. Por tal motivo, la responsabilidad de su muerte cae sobre mis hombros.

—Tengo una última pregunta, Hero: ¿lo comprometieron a usted para perder la pelea contra Bill Blankett?

—Jamás en la vida podría tolerar que un hombre me ganara en una pelea, ya fuera en el box o en cualquier otra situación —declaró Hero con algo de resentimiento en la voz—, y el capitán Muldaur no habría comprometido su honor en un acto de semejante naturaleza.

—¿Y por qué piensa usted que el capitán Muldaur dio a aquel traidor el peculiar apelativo de Efialtes el Maliense? —preguntó sir Richard.

—Se refería directamente a la traición del HMS Leónidas en el Belfast Lough el año de 1760 —replicó Treviscoe—. Sabemos que los franceses contaban con un guía nativo que los condujo hasta el lugar donde el barco echó anclas. La traición de aquel hombre costó trescientas vidas. En la batalla de las Termópilas, según cuenta Heródoto, Efialtes de Tesalia, hijo de Euridemo de Malis, traicionó al rey Leónidas de Esparta y a sus trescientos guerreros, y condujo a un batallón persa por un paso secreto tras las posiciones de los espartanos.

»El capitán Muldaur logró enterarse de la identidad del Efialtes irlandés, aunque no podremos saber por medio de qué artes, y que vivía en Londres. Por ese motivo, viajó a la ciudad con Hero pensando llevar a término su venganza. Ya mencioné que probablemente no logremos establecer el orden en que sucedieron las cosas, pero mientras tanto llevé a cabo otras averiguaciones…

Magnus Gunn entró a la Chocolatería White’s, donde estaba seguro de encontrar a sir Beaumont en una mesa de jugadores. Entre los juegos de azar, Gunn prefería el *backgammon*, así como los dados a la baraja, pero sin duda sir Beaumont se adaptaba a los juegos de moda. Estaba en lo cierto: sir Beaumont se hallaba sentado en una mesa de faro, y por lo visto su suerte continuaba fallando desde el día de la pelea de box. Perdía sin ninguna moderación, lleno de beligerancia. Gunn se sintió llamado a rescatarlo.

—¡Sir Beaumont! Ya basta de estas diversiones, creo que es hora de ir a casa.

—¡A casa! De ninguna manera, mi buen capitán, de nada servirá ir a casa, a menos que acepte una partida de billar. Le advierto que mi maldita suerte cambiará antes del amanecer.

La experiencia marítima de Gunn se traducía en una considerable habilidad para la geometría; por otra parte, sentía una gran afinidad por el billar. Aceptó de buen grado, y se dirigieron a la casa del *baronet* en Soho Square.

La mesa de billar de sir Beaumont, fabricada en Inglaterra, medía tres metros de longitud, con una bolsa en cada esquina para recoger las bolas. Sobre la mesa se hallaban las tres bolas consabidas, pero los interrogatorios tuvieron que esperar a que Gunn aprendiera las nuevas reglas: los riesgos de ganar y perder, dos puntos por una bola blanca y tres por la roja. Se permitían carambolas, y cada una valía un punto.

Tomaron las posiciones iniciales, sir Beaumont a la derecha y Gunn a la izquierda, agarraron los tacos y atacaron las bolas.

Los suaves chasquidos de las puntas de madera de los tacos al dar con las bolas de marfil fueron casi simultáneos. Gunn conquistó los honores y se dedicaron a jugar activamente. La conversación fluía libremente, con ayuda del oporto también libremente escanciado, que no se ausentaba de la mano de sir Beaumont a menos que fuera su turno de jugar.

—Ese maldito irlandés y su toro —gruñó sir Beaumont—, y su apuesta de cinco por dos, maldita sea su estampa. No lo puedo creer. ¿Y para qué? ¿Apenas otras quinientas?

—Eso es más del ingreso anual de muchos caballeros. Para un hombre en las circunstancias de Muldaur, debe haber ayudado considerablemente a inducirlo a la victoria.

Sir Beaumont le echó a Gunn una mirada con expresión de astucia.

—Mira, tuvo que haber más de otras quinientas libras —dijo con superioridad—. De no ser así, ¿por qué le apostaste al negro?

—Por segunda vez mencionas más de un pago de quinientas libras. En lo que a mí se refiere, le aposté a Hero con la idea de que iba a ganar —explicó Gunn sin darle más vueltas—, lo mismo que tú pensabas que iba a perder.

—¡Al diablo con todo! —exclamó sir Beaumont cuando su bola se hundió en una esquina después de impactar la bola roja—. Que se lo lleve el Diablo y también a ti. Sin duda, tuviste la idea de que iba a ganar. Me pregunto cómo te informaste de que no pensaba rendirse.

—No supe que hubiera ningún acuerdo —afirmó Gunn, tratando de que su tono de voz no resultara demasiado frígido—. ¿Te dijeron que Hero se dejaría ganar?

—¿Crees acaso que habría arriesgado dos mil guineas —resopló sir Beaumont— en una pelea justa? Tendrían que ingresarme al manicomio de Bedlam si hiciera una tontería semejante.

—¿Quién fue el que te dio la pista equivocada?

Sir Beaumont lo miró con suspicacia.

—Te lo pregunto porque yo no querría colocar una apuesta con un agente que no fuera confiable —explicó apresurado Gunn—. Es prudente saber si uno puede o no confiar en alguien. Las audacias funcionan muy bien en la guerra, pero en aguas inexploradas, la prudencia es la clave del navegante.

—No le falta sentido a lo que dices —comentó sir Beaumont—, pero te garantizo que al agente, como tú lo llamas, le tomaron el pelo igual que al resto del sindicato, pues él los convenció de que la pelea estaba arreglada para

que perdiera Cerbero, pero Muldaur se comportó como perro. Me parece una falta al honor aceptar un soborno de quinientas libras y no cumplir el compromiso. Y no sé qué hará el agente para cubrir todas sus apuestas.

El disparo de Gunn resultó perfecto, y la bola roja voló a una bolsa en la esquina, lo cual lamentó cuando vio gruñir a sir Beaumont.

—Su nombre es doctor Stephen Synge, otro irlandés como Muldaur, y no es mejor que él a pesar de su educación y sus aires de aristocracia —dijo sir Beaumont con rabia—. Nadie ha logrado adivinar de dónde saca su dinero.

En su interior, Gunn suspiró de alivio y logró perder la partida, pero no al grado de hacer mella a sus recursos.

—Tenías razón, Alan —dijo Gunn mientras se quitaba el sombrero—. Sir Beaumont sufrió una pérdida importante en una apuesta que tenía la seguridad de ganar.

—¿Cuánta seguridad?

—Se suponía que no iba a ser un encuentro justo. Sir Beaumont me contó que le pagaron al capitán Muldaur para que Hero perdiera la pelea, y el gasto corrió por cuenta de un consorcio de caballeros conducido por un personaje que se dedica a esa clase de negocios, un tal doctor Synge. Por una curiosa coincidencia, se trata…

—De un irlandés de edad madura, con temperamento brutal y reputación de mercenario —completó Treviscoe—. Además, recibió su título de doctor en Filosofía en la Sorbona, y se sospecha que es espía de Versalles.

—¿Cómo te enteraste de todo eso?

—No es desconocido en la ciudad, donde goza de una reputación bastante equívoca. Pude haber concluido que Efialtes era él.

»Has de haber deducido, Magnus, que Muldaur jamás planeó que Hero perdiera esa pelea, sino que la ganara contra pronósticos tan altos que sacrificarían toda la fortuna de su enemigo. Óyeme bien, Magnus, pues pienso que he reconstruido todos los detalles del crimen, y solo falta probar que Hero no es culpable.

—¿Cómo te propones hacer eso?

—Debe haber testigos. No tiene ninguna lógica que la señora O’Reilly no haya presenciado los hechos, por lo menos.

—¿La señora O’Reilly? Esa vieja escoba ya dio su testimonio *contra* Hero.

—Precisamente. Si oyó gritar a Hero a dos pisos de distancia, se me hace difícil que no se haya enterado de lo que sucedió más tarde.

—Pero antes dijiste que no lo mataron en la casa.

—No *dentro* de la casa, Magnus. Considera esto: tenía las manos raspadas y desolladas, indicio de una quemadura severa causada por una soga. Tú, como hombre de mar, debes poder reconocer esas lesiones. Eso significa que el capitán Muldaur debe de haberse agarrado con todas sus fuerzas de una cuerda que se le escapaba de las manos. ¿Por qué? ¿Te acuerdas del bloque suspendido fuera de la ventana y de la abrazadera sobre el piso bajo la cama? Sin duda con el propósito expreso de sacar una cuerda por la ventana y hacerla llegar a la calle. Dicho aparato debió servir para llevar cosas al apartamento que no cabían por la escalera, pero igual funcionaban para lograr lo opuesto, sacar algo por la ventana y hacerlo descender a la calle: precisamente el instrumento con que un hombre que intente utilizarlo para escapar se hará quemaduras en las manos.

—Pero ¿cómo pudo salir por la ventana?

—Imagínate la escena: ya es tarde en la noche. El capitán Muldaur se ha peleado con Hero al discutir la libertad del esclavo, una promesa que Muldaur canceló al enterarse de que aún vivía un descendiente de Charles Treviscoe. Hero se ha ido, furioso, aunque sabe que el capitán corre peligro por la amenaza del Efialtes de Belfast Lough, pero en su furia no le importa. Además, sabe que el capitán no tiene el poder de detenerlo si decide partir.

»Sin embargo, Muldaur capta sus circunstancias y, antes de retirarse a dormir, fija la cuerda con la abrazadera, la hace pasar por el bloque y deja el resto de la soga enrollada en el suelo bajo la ventana, para poder arrojarla de un momento a otro y tener un medio para escapar del confinamiento de la habitación sin usar la puerta ni las escaleras.

»Tal como temía, el peligro llega. Tira la cuerda al aire, con la esperanza de usarla para alcanzar la seguridad de la calle. Llueve, y en unos cuantos minutos se empapa su camisón. Por eso estaba húmedo cuando encontré el cadáver.

—Debió de haber por lo menos dos, probablemente tres de estos truhanes asesinos en la habitación, y otro más en la calle como vigilante. No deseaban enfrentarse al capitán Muldaur, a quien creían protegido por el temible Hero, sin contar con una amplia superioridad de fuerza. Sin embargo, Hero se ha ido de allí, y se encuentran con una ventaja mayor de la esperada. Al entrar a la habitación no ven a Muldaur ni a Hero, pero la ventana está abierta y la lluvia está entrando por ella, y una soga cuelga del gancho. Al asomarse a la

ventana, ven a Muldaur suspendido como una araña, sin haber recorrido apenas la mitad del camino.

»Tiran hacia arriba de la soga, como para hacerlo entrar, pero en el último momento la sueltan y lo dejan caer con todo su peso al suelo.

»Sin duda esperaban que el golpe de ese impacto lo hiciera caer al alcanzar toda su longitud la soga sujeta a la abrazadera. Pero han subestimado la fuerza del capitán, y aunque se resbala un par de metros, logra sujetarse a la soga, si bien se hace quemaduras en las manos. Desde la ventana lo vuelven a subir, de modo que el extremo de la soga queda demasiado alto para que Muldaur pueda bajar a la calle con cierta seguridad. A uno de ellos de pronto se le ocurre una idea, y dice al guardián que está en la calle que junte piedras del empedrado y se las suba al cuarto. El vigilante corre por las escaleras con sus armas. Golpean en la cabeza al capitán con esas piedras, y él trata de defenderse primero con un brazo, luego con el otro, y eso explica por qué sus heridas están en la cabeza y los brazos, pero no en el cuerpo. Por fin, agotado por la lucha y más lastimado de lo que nadie podría soportar, se suelta y cae, rompiéndose la pierna al dar contra el suelo de piedra.

»Los asesinos no quieren dejar su cuerpo insensible en la calle, donde podría atraer la atención de algún policía en su ronda, así que le pasan la cuerda bajo los hombros, lo jalan a la habitación, dejando marcas en el pecho, y enseguida desatan la cuerda para dar la apariencia de que fue atacado en su cuarto. Si aún seguía vivo, no fue por mucho tiempo, pues sus heridas eran demasiado severas. Es así como sucedieron las cosas.

—Pero tal como la describes, es sin duda una escena fantástica, Alan.

—¿Fantástica en qué? Cubre todos los hechos, Magnus. Explica las quemaduras en las manos, el camisón mojado, las marcas en el pecho del cadáver, la ubicación peculiar de las lesiones en la cabeza y los brazos, y también las piedras del empedrado tiradas junto a la entrada al edificio. Lo que sí resulta fantástico es que en ese callejón tan poblado no se encuentre una sola persona que recuerde el espectáculo. Lo imposible es que les hayan fallado los sentidos.

»Dime una cosa, Magnus, pues tú lo conocías bien: ¿era el capitán Muldaur la clase de persona capaz de sufrir en silencio tantos abusos? Tiene que haber gritado con la furia de un demonio. ¿Y el estruendo casi como de tambores o truenos producido por las piedras al chocar contra la fachada del edificio y luego contra la calle abajo de la ventana? ¿Cómo pudo la señora O’Reilly seguir durmiendo en medio de eso? No es posible imaginarlo. Tiene que haber visto lo suficiente para determinar que Hero no es culpable. De lo

contrario, ¿por qué insiste en guardar silencio sobre los detalles del crimen? ¿Qué otro motivo hay? Te lo diré. Al salir, esos bravos deben de haberle advertido lo que le sucederá si se atreve a hablar.

—¿Cómo lograr que la señora O'Reilly pueda dar su testimonio, en ese caso?

Treviscoe frunció el ceño.

—Aunque me repugne, no veo otro camino para evitar que Hero sea llevado al cadalso. De alguna manera, necesito conseguir el permiso del doctor Synge.

La habitación se hallaba sumida en la penumbra. El hombre sentado frente a Treviscoe se parecía sobre todo a un halcón obeso, cubierto por un abrigo tan largo y ancho que podría pasar por una malla de los tiempos de los Estuardo. Usaba una ornamentada peluca de moño con polvos grises. Sobre la nariz aguileña reposaban sus anteojos. Sonrió con amabilidad.

—Señor Treviscoe, es para mí un honor que haya solicitado una entrevista conmigo, pero no veo en absoluto en qué podré ser útil.

Su voz era suave y meliflua, con tonos del encanto irlandés.

—Doctor Synge, he venido en aras del prisionero Hero, que fuera propiedad del difunto capitán Ragnall Muldaur, actualmente sometido a un proceso de asesinato. Creo que de usted depende que se le pueda salvar de la horca.

—Señor Treviscoe, tiene usted una opinión muy elogiosa de un sencillo estudioso si me cree capaz de realizar semejante acto de prestidigitación —replicó el doctor Synge.

—Su opinión sobre mi perspicacia, doctor, por el contrario, tiene que ser muy negativa si acaso espera que yo crea en su incapacidad de complacerme en este tema. No pido más que se le permita a la señora O'Reilly dar su testimonio sobre lo que ella vio la noche de la muerte del capitán Muldaur. No será necesario mencionar nombres ni identificar a otros prisioneros aparte de Hero. El testimonio de esa mujer no interfiere en absoluto en las actividades a las que usted se dedica.

—No comprendo a qué se refiere, señor Treviscoe.

—Sé que me comprende perfectamente, doctor Synge. Le sugiero que tenga presente mi profesión, que hasta donde yo sé es única en Londres y seguramente en el resto del mundo. Expongo fraudes a cambio de la compensación de inversionistas en seguros que se arriesgan a perder fortunas.

Tal vez usted sepa que mis esfuerzos han alcanzado un éxito considerable. En situaciones normales, mis honorarios ascienden a diez por ciento del valor asegurado. Sin embargo, en este caso me encuentro preparado para efectuar las mismas labores por cuenta propia y perder mi remuneración en el caso de que ahorquen a Hero.

—Sigo sin entender.

—Estoy convencido de lo contrario.

Se quedaron en silencio hasta que el doctor Synge se aclaró la garganta.

—¿Puedo interpretar sus palabras como una amenaza de chantaje a algún personaje fuera de la ley? Le recuerdo que el chantaje es también un crimen, señor Treviscoe.

—Prefiero dar a mis palabras el sentido de una promesa de venganza, doctor Synge, a pesar de saber que todo el episodio es resultado de promesas recíprocas de venganza.

Después de una pausa, el doctor Synge suspiró antes de hablar.

—Resulta obvio que es usted un hombre valiente, pues ha emprendido un camino de acción que implica grandes peligros, señor Treviscoe. Pero si he logrado entender su propuesta, me parece, hablando como filósofo, si usted me entiende, que no es necesario que la señora O’Reilly se arme de valor para decir la verdad en el juicio, lo cual es un deber de todo súbdito leal. Siempre y cuando no pueda identificar a ninguno de los malhechores que, según afirma usted, ella observó.

—Adicionalmente, hay que considerar que faltan las quinientas libras del premio, aunque algunos afirman que la cantidad está más cerca de mil, junto con una trompeta para sordera —dijo Treviscoe—. Tal vez usted ignora, doctor Synge, que soy el heredero del capitán Muldaur. Por lo tanto, ese dinero y la trompeta son legalmente de mi propiedad. Entiendo que los asesinos se robaran el dinero, pero echar mano de esa trompeta solo puede atribuirse a alguien deseoso de hacerse de un trofeo de lo más peculiar.

—¿Trofeo? ¿De qué?

En el tono de voz del doctor Synge había un eco entre presuntuoso y divertido.

—En primer lugar, del mismo acto letal —repuso Treviscoe—, y en segundo lugar, como recuerdo de su satisfacción por haberle causado heridas a Muldaur hace muchos años, en el Belfast Lough. Pero supongo que todo eso no podrá ser recuperado. Me refiero al dinero y la trompeta.

—Indudable —dijo Synge, con los ojos entrecerrados.

—En ese caso, acepte mi gratitud, doctor Synge —se despidió Treviscoe, haciendo una reverencia del todo formal.

—Quedo a sus órdenes, señor Treviscoe —dijo Synge con voz tensa, sin acertar a levantarse—. Buenas tardes.

—La defensa solicita el testimonio de la señora Frances O'Reilly.

La mujer estaba hecha un manojo de nervios. Sir Richard la interrogó con palabras suaves, y poco a poco logró confirmar la descripción hecha por Treviscoe al capitán Gunn. Al avanzar en su testimonio comenzó a mostrarse cada vez más agitada. Intuyendo que no iba a aportar nada significativo, sir Richard puso fin a sus preguntas después de la descripción hecha por ella de la manera en que subieron de nuevo a su cuarto el cuerpo de Muldaur.

La siguiente etapa le correspondía al señor Juddson.

—Señora O'Reilly, ¿puede usted explicar a la corte por qué no hizo esta increíble y sorpresiva declaración cuando el prisionero, inocente según afirma, languidecía en su celda?

—Porque tuve miedo, señor —respondió ella, agarrada a la barandilla como si temiera soltarla y desplomarse a su muerte lo mismo que Muldaur.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué o de quién?

—No puedo decirle, señor, no me lo pregunte. No tengo permiso, señor. Él me dijo que declarase la verdad tal como la vi, pero sin nombrar a nadie, señor.

—¿Debo entender que rehúsa responder?

—Es que no puedo, señor, no puedo…

—¿Sabe usted cuál es la pena por el delito de perjurio? —atronó la voz de Juddson.

—¡Objeción! La testigo no puede incurrir en perjurio por negarse a responder.

—¿Perjurio? —se rio la señora O'Reilly, al borde de la histeria—. ¿Qué significa perjurar para una criatura como él? Ese doctor Synge es engendro del mismo Diablo.

Sobrevino un debate a gritos entre sir Richard y su docto colega, y la señora O'Reilly se desvaneció, entre aullidos y lágrimas, y tuvo que ser conducida por el alguacil fuera de la corte. Oculto en la galería, un hombre de aspecto rapaz que llevaba los anteojos puestos frunció intensamente el entrecejo. Se envolvió el cuerpo obeso con su enorme abrigo cubierto de

ornamentos, se cubrió los ojos con su fino tricornio de piel de castor y abandonó discretamente la corte.

—¿Ha llegado el jurado a un veredicto?

—Sí, milord. Conforme a nuestras deliberaciones, encontramos al prisionero, Hero el africano, inocente del crimen de asesinato.

—El prisionero queda libre de salir. Se suspende la sesión del tribunal —anunció sir Richard y golpeó la mesa con el mazo.

Treviscoe y Hero se alejaron del Old Bailey andando por la calle Fleet.

—Ya eres libre, Hero, en todos los sentidos de la palabra. ¿Qué te propones hacer con tu nueva libertad?

—Soñé con esta condición durante tantos años, señor Treviscoe, que apenas puedo creer que sea realidad. Supongo que me dedicaré al servicio, pues en Barbados fui esclavo de casa, antes de que el capitán Muldaur me comprara de mi anterior amo. Además del boxeo, es el único otro oficio que conozco.

—Pues en ese caso, Hero, dame la mano y te expreso mis mejores deseos.

—Gracias a usted, señor —replicó Hero mientras tomaba con ambas manos la de Treviscoe. En su rostro se manifestaban emociones potentes, pero antes de que se pudiera pronunciar otra palabra, se dio la vuelta y se alejó.

Ya era tarde en la noche cuando Alan Treviscoe volvió a su hogar. La calle estaba bien iluminada por los faroles frente a las casas, pero las sombras eran suficientes para ocultar a los tres hombres que lo aguardaban.

Tenían suficiente estatura para trabajar como funcionarios, pero por la noche desempeñaban labores menos honestas. No llevaban más armas que sus puños, cerrados como garrotes de carne y hueso. Se abalanzaron todos sobre su víctima.

Treviscoe extendió el brazo para tomar su espadín, pero un cuarto personaje lo sujetó por detrás. Uno de los atacantes retiró el espadín de la vaina, que cayó sobre el pavimento.

—Le vamos a dejar un recuerdo, considerando que no se mencionaron nuestros nombres —dijo el líder de la pandilla, al tiempo que soltaba con toda su fuerza un golpe sobre el estómago de Treviscoe, que se dobló por el dolor solo para recibir otro golpe en la cara. Se le oscureció la vista con varios colores, y sus oídos resonaron como campanas al recibir un nuevo impacto.

Cayó sobre el asfalto y de pronto oyó maldecir a sus asaltantes. Al alzar la cabeza vio una figura indefinida que golpeaba a uno de los pandilleros con la fuerza del martillo de un herrero, para retirarse y atacar con el mismo golpe potente al siguiente atacante.

Las cabezas se sacudían, y Treviscoe imaginó que estaba de vuelta en el encuentro de box, presenciando la demolición de Butcher Bill bajo los golpes de Hero. Oyó vagamente chasquidos de huesos y gritos de dolor. El altercado, sin embargo, fue muy breve, y el siguiente sonido fue de pasos que huían en la distancia.

Sintió unas manos bajo los hombros que lo ayudaron a ponerse de pie. Hero recogió el espadín del suelo y se lo entregó por la empuñadura.

—Hay que ponernos en camino, señor —dijo Hero apresuradamente mientras lo asistía a subir las escaleras.

—Gracias, Hero…

—Es de justicia elemental, señor —dijo Hero.

Llegaron con esfuerzo a la puerta de Treviscoe. Hero lo sentó en la cama y le ayudó a tenderse.

—Voy a llamar al boticario, señor.

—No es necesario, voy a estar bien…

—Eso es la pura verdad de Dios: yo me encargaré de que así sea.

Treviscoe meneó la cabeza y le surgieron oleadas de dolor por todo el cuerpo.

—Yo no puedo permitirme un sirviente, Hero.

—Creo que en su línea de trabajo, señor, no puede permitirse no tener sirviente —dijo Hero riéndose—. No podrá encontrar a nadie mejor dispuesto que yo para esta clase de tarea.

—Tal vez sea cierto. ¡Ay, mi cabeza!

—Vuelvo en un momento, señor, no se preocupe.

—Sí, de acuerdo. Aquí me estaré hasta que traigas al boticario.

—Así debe ser, señor.

Hero cerró la puerta sin hacer ningún ruido.

Las cosas, en efecto, se presentaban exactamente como debían ser, reflexionó Treviscoe, excepto por el doctor Synge. Pero con seguridad debía de haber huido de Londres antes del amanecer, para escapar de sus acreedores y de la fuerza de la ley.

A la mañana siguiente llegó Magnus Gunn para atender a Treviscoe.

—He pensado muchas veces que ningún camino es tan peligroso como atacar el honor de un hombre —declaró Gunn—. Me siento de lo más

sorprendido al ver a qué extremos llegó el capitán Muldaur para poder recuperar lo que era suyo.

—No fue cuestión de honor, Magnus —observó Treviscoe—, sino de orgullo y odio. Si hubiera sido una injuria a su honor, el capitán Muldaur pudo retar al doctor Synge a un duelo y mantener el combate dentro de tales límites. En cambio, prefirió involucrar a un esclavo incapaz de recurrir a su propia voluntad, sometiéndolo a la humillación del cautiverio y de la arena de boxeo, y aun renegar de la promesa de manumisión, todo con tal de satisfacer su propio orgullo mediante un acto de venganza. Eso no me parece un comportamiento honorable.

—Pero Hero es por fin un hombre libre.

—En efecto —asintió Treviscoe—. No creo que un hombre con sus atributos quiera someterse a vivir como sirviente cuando acaba de conquistar su libertad. Aunque es demasiado mayor para entrar de aprendiz a ningún otro oficio.

—Pienso que su talento puede ser útil en tu profesión, Alan. Bien puede ser esa su vocación.

En ese momento, Hero entró a la habitación.

—Acabo de pasar por Lloyd's, señor, para recoger su correspondencia —anunció—. Cuando les informé que iba de parte suya, un caballero se atrevió a preguntar si se encontraba usted dispuesto a atender una proposición.

—¿Qué me dices?

—Sí, señor. Por lo visto, se cuestiona la confidencialidad de los informes marítimos que llegan al Plymouth por el correo.

Treviscoe intercambió con el capitán Gunn una mirada plena de significado. Se incorporó y dijo en voz callada:

—Dime más, Hero. Tal vez tengamos un trabajo en puerta.

SÁBADO POR LA NOCHE EN LA SALA DE MASAJES MIKADO

LOREN D. ESTLEMAN



Desde *Motor City Blue* en los años ochenta, Amos Walker, investigador privado de Detroit, ha encontrado hogar en diecisiete novelas de LOREN D. ESTLEMAN. Una segunda serie está protagonizada por un matón a sueldo, Peter Macklin. Estleman escribe también historias del Viejo Oeste, narraciones históricas e incluso parodias de Sherlock Holmes. Ha recibido muchos honores, entre ellos varias veces el Premio Shamus, otorgado por la asociación Private Eye Writers of America, y el Premio Golden Spurs de los Western Writers of America. El presente relato figura entre las mejores ficciones duras del autor.

EL DETALLE IRÓNICO SOBRE LA NOCHE en que el señor Diez Cincuenta y Cinco murió en la mesa de Iiko consistió en que ella supuestamente iba a tener libre el sábado.

Lo tenía pedido desde tres semanas antes para pasar el fin de semana con su tío Trinh, que vendría a visitarla desde Corpus Christi en Texas, donde trabajaba en un barco camaronero, pero el día antes de partir se resbaló al pisar unas escamas de pez, y en la caída se fracturó la pierna. Ahora necesitaba dinero para pagar las cuentas de los médicos, y por eso Iiko se ofreció a trabajar.

Masajes Mikado se ubicaba en la avenida Michigan de Detroit, a un lado de un edificio vacío que antes fue local de una agencia de viajes. La Librería de Artes Místicas abría sus puertas en el otro costado y compartía una pared

con Mikado. En ese muro quedaba la salida de emergencia en caso de incendio, que resultaba práctica en los años de elecciones. Cuando el alcalde enviaba policías con órdenes de arresto, invariablemente encontraban la librería repleta de clientes y la sala de masajes vacía. El tercer domingo del mes pasaba un hombre a recoger el estipendio por el servicio de mantener al propietario informado sobre dichas visitas. Iiko lo reconoció como el mismo cuyo retrato aparecía entre varios letreros en una camioneta que circulaba con altavoces en el techo. Detroit era lo mismo que su patria, excepto que en los carteles no aparecía Ho Chi Minh.

Aunque el anuncio de las páginas amarillas afirmaba tener exclusivamente personal japonés, el dueño, el señor Shigeta, era el único residente no coreano ni vietnamita, y los clientes nunca lo veían, a menos que alguno de ellos perdiera la galanura. Era un hombre bajito y robusto, de entre cincuenta y cinco y setenta años de edad, con pelo igual al de una foca. Afirmaba haber doblado a Harold Sakata en el set de *Goldfinger*, y su pequeño despacho estaba empapelado con pósteres y otros materiales de promoción de la película. Tras el radiador de la calefacción guardaba en un hueco una botella de vodka polaco y un frasco de huevos en salmuera.

Iiko llevaba cuatro meses de trabajar allí. Ganaba menos que otras masajistas porque estaba en libertad condicional, después de una visita de la policía a La Puerta del Dragón en el suburbio de Inkster, que no tenía salida de emergencia. Por eso solo daba masajes sencillos, sin especialidades. Llevaba la cuenta de los dos meses que faltaban de su sentencia en un calendario de Philgas detrás de la puerta de su casillero.

El hombre a quien ella llamaba señor Diez Cincuenta y Cinco siempre iba a esa hora exacta los sábados por la noche, y siempre pedía a Iiko. Como le recordaba un poco al tío Trinh, quiso hacerle una bondad y le explicó en su inglés deficiente que en cualquier hotel le darían el mismo masaje por mucho menos dinero, pero él contestó que prefería el Mikado. Los hoteles no ofrecían música japonesa ni calentaban el piso ni usaban aceites aromáticos ni ponían sobre una mesita de noche una bombilla color de rosa en una lámpara con pantalla de papel estampada igual que un kimono.

Normalmente, los sábados por la noche había muchos más clientes que los demás días de la semana, pero aquel sábado era el primero después del Día de Acción de Gracias, como les explicó el señor Shigeta, cuando los clientes recordaban ser hombres de familia y se quedaban en sus casas. El señor Diez

Cincuenta y Cinco, por lo tanto, fue la única persona que vio Iiko desde que al anochecer el señor Shigeta se fue a su casa y la dejó a cargo del negocio.

La forma del señor Diez Cincuenta y Cinco evocaba la de un pato. Era calvo, con pequeños mechones de pelo gris que brotaban de ambos lados de la cabeza. Después de ducharse entraba con una toalla y se tendía boca abajo sobre la mesa de masaje. A menudo se quedaba dormido tan pronto como ella comenzaba a frotarlo, sin despertarse ni siquiera cuando ella le caminaba encima de la espalda. En esa ocasión, hasta que le pidió que se diera vuelta no se dio cuenta de que se había muerto.

Iiko reconocía la muerte. Cuando salió de su aldea el último soldado norteamericano, ella era apenas una bebé, pero recordaba las pandillas que merodeaban después de la caída de Saigón, que con el pretexto de perseguir rebeldes, forzaban a las mujeres, se robaban latas de alimentos y marcos de plata, y prendían fuego a las casas cuando se iban. El hermano de Iiko, Nguyen, de dieciséis años de edad, intentó bloquear la puerta de la casa de sus padres, pero uno de los visitantes le hundió su bayoneta entre las costillas y le plantó la suela de la bota en la cara para sacarla. En la caminata al cementerio Iiko anduvo colgada de la falda de su madre. La falda era blanca, el color del duelo en Vietnam, con unas flores bordadas medio deslavadas en la orilla.

Una vez que Iiko confirmó que el corazón del señor Diez Cincuenta y Cinco ya no latía, se puso a revisar su traje. Era mucho más fácil que robar carteras en la Ciudad Ho Chi Minh, donde se corría el riesgo de ser atrapado con la mano en el bolsillo de otro carterista. Iiko encontró las llaves de un coche, un frasco de plástico lleno hasta los dos tercios de diminutas píldoras blancas, una billetera muy usada que contenía cincuenta y dos dólares, y una navaja plegable cuya hoja se había afilado hasta dejarla de poco más de medio centímetro de ancho. Puso la navaja y el dinero en el bolsillo de su bata y devolvió la ropa al respaldo de la silla. El forro de la chaqueta hizo ruido al chocar contra la pata de una silla.

Iiko quiso investigar. En la parte de abajo se sentía un bulto, bajo una costura mal hecha sobre la original, con hilo diferente. Resultó fácil de abrir, y extrajo una pequeña bolsa de tela verde que se cerraba con un cordel, cuyo contenido reflejaba la luz rosa en siete destellos de púrpura. Cuando encendió la luz del techo, las piedras, óvalos irregulares del tamaño de los trocitos de carbón que barría cada semana en el brasero del sauna, adquirieron un color azul profundo.

Encontró un lugar para esconder las piedras y salió al área de recepción para llamar a la casa del señor Shigeta. El patrón necesitaba saber que un

cliente había muerto, de tal manera que cuando llegara la policía no encontrara nada de interés excepto el cadáver. Mientras marcaba el número, entraron dos hombres.

Iiko supo que eran estadounidenses. Uno era un grandulón de sangre africana, con una cara marcada por huesos prominentes, vestido con *jeans*, camiseta y una chamarra de los Pistones de Detroit. Se veía gigantesco al lado de su acompañante, un blanco de rasgos pequeños y pelo color arena con un peinado complicado, vestido con un traje negro con pinzas en la cintura y solapas dentadas. Recorrieron el lugar con la mirada al tiempo que se aproximaban a medio metro del mostrador.

—Perdón, cerrado —dijo Iiko, que se había puesto de pie tapando el letrero donde estaba escrito ABIERTO HASTA LA MEDIANOCHE.

—Pues ya abrieron de nuevo —dijo el que tenía pelo color de arena—. Lo suficiente para que nos digas dónde está el tipo gordo y calvo que entró aquí alrededor de las once.

Ella meneó la cabeza queriendo expresar que no les entendía, lo cual no era del todo falso. El hombre con pelo color de arena hablaba muy rápido. El otro guardaba silencio.

—Venga, muchachita, sabemos que está aquí. Vimos su carro afuera.

—Y las cosas no están ahí tampoco —dijo el negro.

—Cállate, Leon.

—No saber —dijo Iiko.

—Leon.

El negro metió la mano bajo la chamarra y sacó una enorme pistola plateada con un cañón de treinta centímetros.

El arenoso habló:

—Leon ha matado a tres hombres y una mujer, pero hasta donde yo sé, no ha eliminado a nadie de ojo sesgado. ¿Dónde está George?

—George no conocer.

—Apúntale. Si brinca, le vuelas la cabeza.

El arenoso dio la vuelta al mostrador.

Iiko permaneció inmóvil mientras el hombre le pasaba las manos sobre la bata. No hizo el menor movimiento, ni siquiera cuando las manos se detuvieron en sus pequeños pechos y la entrepierna.

Le sacó de los bolsillos los cincuenta y dos dólares y la navaja. Le mostró la navaja a Leon.

—Es el filo de George, sin duda —dijo el africano—. Lo abre cada vez que tiene que andar más de una cuadra para llegar a su carro. Les tiene el

mismo miedo a los asaltantes que a las pistolas.

El arenoso le dio una cachetada a Iiko. Ella siguió sin moverse. Podía sentir la huella caliente de la mano sobre la mejilla.

—Una vez más, antes de que perturbemos la paz, Dama Dragón. ¿Dónde está George Myrtle?

Ella se dio la vuelta y cruzó la puerta tras el mostrador. Los dos hombres la siguieron.

En la sala de masajes, el hombre arenoso tocó la oreja del señor Diez Cincuenta y Cinco, y dijo:

—Más muerto que una piedra.

—No le veo ninguna marca —dijo Leon.

—Claro que no. Míralo. Se empezó a acabar el día que cumplió ochenta y comenzó a usar el ascensor en lugar de las escaleras. Apuesto a que nunca rechazó otro plato de puré de papa en su vida. Revisa la ropa.

Leon metió la enorme pistola en una funda bajo el brazo izquierdo y volteó rápidamente todos los bolsillos del saco y el pantalón, hasta que con un gruñido alzó la chaqueta desde abajo y le enseñó a su acompañante el lugar donde estaba descosido el forro.

El hombre arenoso miró a Iiko. Ella vio algo en esos ojos pálidos que le hizo recordar el día en que mataron a su hermano.

—Esto no va como yo imaginaba —dijo el arenoso—. Pensé que pasaría un buen rato contemplando a Leon golpear a esa tina de tripas hasta hacerlo confesar lo que hizo con las piedras robadas. No me agrada ver que le haga lo mismo a una mujer. En especial una muñequita china como tú. No me hagas pasar un mal rato, mejor dime qué hiciste con la mercancía.

—Mercancía no conozco —dijo ella con sinceridad.

Leon dio un paso hacia ella. El arenoso lo detuvo alzando la mano. Seguía mirando a Iiko.

—¿Tienen más cuartos como este? —le preguntó.

Después de una breve pausa, ella asintió y dio un paso hacia la cortina sobre la puerta. El bulto del negro le impidió el paso.

—Busca en todo el lugar, Leon. Yo me encargo de ella.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Leon salió. Iiko llevó al hombre de pelo arenoso a través de las cortinas y al otro lado del estrecho pasillo. Ese cuarto era de mayor tamaño, aunque aún pequeño. En una repisa al lado de la mesa de masaje se alzaba un bosque de frascos con aceites aromáticos. El arenoso la tomó del brazo y la hizo girar.

Estaba muy cerca de ella y le había cambiado la luz de los ojos. Pudo oler su loción de afeitar, pegajosa y penetrante.

—Eres una cosita linda aunque de ojo rasgado. Apuesto a que el viejo George la pasaba bien contigo. Sobre todo al terminar el masaje.

Iiko no ofrecía resistencia.

El arenoso propuso:

—Me vendría bien una sobada. Tú me sobas, yo te sobo. ¿Qué opinas? Y enseguida hablamos.

Después de una breve pausa, ella asintió:

—Sin ropa.

—Primero tú.

La soltó y dio un paso atrás, con sus pequeños puños oscilando a los lados. La observó mientras ella se desabotonaba y se quitaba la bata. Sin titubeos, ella se quitó la camiseta y los *shorts*. No llevaba ninguna prenda interior. Tenía buen cuerpo, firme y bien proporcionado para su talla menuda, y lo sabía. Pudo ver la aprobación en la mirada del hombre.

Él aspiró a profundidad y luego soltó el aire. Se quitó la brillante chaqueta negra. Con cuidado, colgó el traje de una percha de madera en la pared y dobló la camisa para ponerla en el asiento de la silla. Se le notaban las costillas, pero sus brazos y piernas pálidas se veían nervudos, como las extremidades de un corredor. Él notó la mirada de ella.

—Yo sí hago ejercicio. No te voy a hacer el mismo favor de George y dejar el alma en la mesa.

Ella se quedó en silencio. Él se tendió boca abajo sobre la mesa acolchada.

—No quiero nada de aceite —advirtió él—. Me arruinará la ropa. Solo talco.

Ella alcanzó la lata de talco. Vuelta de espaldas a él por un instante, puso tras una fila de frascos la navaja plegable que sacó del bolsillo del arenoso mientras él la sujetaba.

Le roció el polvo sobre la espalda, soltó la lata y empezó a trabajar con las manos a lo largo de la columna y los omóplatos. Bajo las palmas de las manos, ella sintió contraerse los músculos, una reacción muy distinta a la carne relajada del señor Diez Cincuenta y Cinco. Tenía la impresión de que el arenoso permanecía listo para levantarse de la mesa de un salto al menor indicio de conducta sospechosa. Llegó el ruido de vidrios rotos en otra parte del edificio, causado por Leon en su búsqueda de las piedras azules.

Iiko era buena masajista. A diferencia de algunas de sus colegas, que llevaban a cabo los movimientos obligados hasta llegar al punto culminante en que pedían al cliente darse vuelta, ella recibió su entrenamiento de las manos de un terapeuta certificado. Lograba que sus clientes sintieran satisfacción a pesar de las estrictas normas de la libertad condicional. Sintió gradualmente que el cuerpo del hombre de pelo arenoso se iba relajando bajo sus manos expertas.

Para no perder contacto, mantuvo una de sus manos sobre la parte inferior de la espalda, mientras con la otra tomaba la navaja escondida entre los frascos. La abrió con los dientes y, con un movimiento solapado y rápido, hundió el acero hasta la empuñadura y lo arrastró en torno al riñón derecho como si le quitara la cáscara a una manzana. El hombre arenoso casi no hizo ruido al morir.

Cuando el cuerpo dejó de convulsionarse, se vistió y salió del cuarto. El ruido de un mueble pesado que se arrastraba en el suelo de madera le dio a entender que Leon movía el escritorio en el despacho del señor Shigeta. Para llegar a la puerta principal era preciso pasar directamente frente a esa habitación; ella no quería arriesgarse a topar con el africano saliendo del despacho. Decidió pasar a la Librería de Artes Místicas usando la salida de emergencia en la pared que separaba ambos establecimientos.

La librería llevaba varias horas cerrada. Tanteando su camino en la oscuridad llegó a la puerta, pero la encontró con cerrojo, y lo mismo sucedía con la puerta trasera. Las ventanas estaban selladas con una rejilla ornamental. Durante varios segundos, Iiko esperó inmóvil a que se calmaran sus pensamientos. Leon descubriría en poco tiempo el cadáver del arenoso y, enseguida, la puerta de emergencia. El cerrojo quedaba del lado de la sala de masaje.

Encendió una de las luces. Los estantes altos de libros que olían a rancio dividían la habitación en varios pasillos estrechos. Removió un pesado diccionario de la sección de libros de consulta, lo llevó a la pared compartida y lo puso sobre el suelo frente a la puerta de acero. Repitió el mismo procedimiento con otro libro y varios más. Después de diez minutos la barrera lucía formidable. A continuación se sentó para recuperar el aliento mientras esperaba.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Dio un salto al oír movimiento en la cerradura, y ya de pie dio instintivamente un paso atrás cuando la puerta se movió un centímetro y se detuvo al chocar con la pila de libros. Ya tenía ubicado el teléfono en un rincón desordenado cerca de la puerta principal de

la librería. Alzó el auricular y marcó 911. Cuando contestó la operadora, colocó frente a la puerta de emergencia el auricular sobre uno de sus lados.

Justo en ese momento, Leon empujó la puerta con todas sus fuerzas. Dos montones de libros se cayeron y crearon una avalancha. Alentado, el negro dio un fuerte empellón.

Cayeron más libros, pero la pila quedó por completo atascada entre la puerta y la primera estantería, sin posibilidad de ningún movimiento. Iiko apagó la luz. A un lado de la puerta de emergencia apareció un área de sombra profunda, y sin hacer ruido ella se introdujo ahí. El negro había sudado considerablemente mientras buscaba las piedras perdidas. Le llegó un olor picante hasta donde estaba escondida en cuclillas.

En la librería no se notaba ningún movimiento. Pudo oír la respiración pesada del hombre africano, que hacía una pausa para reunir sus fuerzas, y también la voz de la operadora del 911 que salía del auricular a pocos pasos de distancia.

Con un gruñido explosivo, Leon lanzó todo su peso contra la puerta. La pila de libros se vino abajo contra la base de la estantería, que se sacudió inclinándose a veinte grados durante un lapso de tiempo imposible, y por fin se derrumbó. Los libros se desplomaron desde los estantes. Para la operadora en el cuartel general de la policía aquello debió sonar como ataque de artillería. Leon metió el brazo y el hombro por la abertura ensanchada. La gran pistola plateada daba un aspecto ridículamente largo a su brazo. Todo su cuerpo se hinchaba aparentemente con el esfuerzo de pasar a través de la rendija. Volvió a soltar un gruñido, que se convirtió en aullido triunfal cuando logró entrar tropezando a la librería.

Sin embargo, no tenía los ojos acostumbrados a la oscuridad, y puso el pie sobre un libro mal equilibrado que se volcó bajo su peso. Cayó de cabeza sobre la pila de volúmenes.

La abertura para llegar a la sala de masaje era más que suficiente para permitir el paso de Iiko. La cruzó y, antes de que Leon lograra levantarse, tomó la agarradera de la puerta y la cerró tras ella, echando el cerrojo con un movimiento del dedo pulgar.

Durante el siguiente minuto dejó de importar que la operadora del 911 oyera los golpes con los puños que el africano daba a la puerta. El aire estaba repleto del ruido de sirenas, y por las ventanas del Mikado entraban destellos rojos y azules. La grava se impactó contra el costado del edificio cuando las patrullas policiacas derrapaban en la esquina para entrar al estacionamiento de la librería.

Iiko no puso mucha atención al altavoz que exigía distorsionadamente rendición, tampoco a los disparos cuando Leon, exhausto y confundido por todo lo sucedido desde que él y el hombre arenoso entraron al Mikado, rompió un candado y salió, con la pistola plateada en la mano, a la calle bajo la luz de los reflectores. Ella se atareaba con el estrecho recogedor de basura que empleaba para limpiar el brasero del sauna, revisando los trozos ardientes de carbón en la parte de abajo. Las piedras se hallaban cubiertas de hollín, y no era fácil distinguirlas de los carbones, pero una vez enjuagadas en el fregadero brillaron con los mismos destellos azules y fríos que percibió antes, en la sala de masaje.

Los carbones encendidos redujeron a ceniza la bolsa de tela verde, tal como ella lo tenía previsto. Envolvió cuidadosamente las piedras en un trapo de franela para la cara, que puso a continuación en el bolsillo lateral del abrigo de tela con el que cubrió la bata, y se dirigió a la puerta principal. Entonces se acordó de los cincuenta y dos dólares que le quitó el hombre con pelo de arena y guardó en un bolsillo lateral de su brillante traje negro.

Encontró al arenoso tal como lo había dejado, desnudo y muerto, aunque algo más pálido que antes. Puso el dinero en el otro bolsillo de su abrigo y salió.

Mientras esperaba al autobús en la esquina, Iiko pensó que llevaría las piedras a la casa de empeños, propiedad de un hombre que solía comprarle alhajas y billeteras de oro cuando ella lograba de vez en cuando sacarlas de la ropa de sus clientes. El hombre de la casa de empeños conocía a mucha gente y siempre era honesto en sus tratos con ella. Abrigaba la esperanza de que las piedras se vendieran a un precio suficiente para pagar por lo menos algunas de las cuentas de los médicos que atendían a su tío Trinh.

ESCAPAR DE NAIROBI

ED MCBAIN



Este fue el último cuento publicado en *AHMM* del ya fallecido ED MCBAIN (seudónimo de Evan Hunter), muy representativo de su notable versatilidad como cuentista, aunque se le conoce sobre todo por sus historias policiacas del Distrito 87. En el presente relato, el suspenso se va construyendo dentro de una hermosa evocación de las selvas de Kenia.

EN EL JUMBO DE NAIROBI A NUEVA YORK, Jeremy intenta explicar a su esposa la razón por la cual se siente… en fin… ligeramente culpable del suicidio de Davey Ladd.

En torno a ellos, todos los pasajeros tienen puestos los audífonos para ver la película.

Jeremy habla en voz muy queda.

—Pero ¿por qué vas a sentirte culpable en ninguna medida? —pregunta su esposa hablando también en voz baja.

Pasaron los últimos dos días en un juzgado situado en Taifa Road, en el cual un equipo de magistrados dictaminó que David Lawrence Ladd se quitó la vida por su propia mano. A lo largo de la inquisitoria estuvo lloviendo sin parar, y la lluvia continuó cayendo cuando el avión despegó del Aeropuerto Internacional Jomo Kenyatta.

—Bueno, ya sabes, por el problema que tuvimos con él.

—Un problema creado por él mismo —comenta Therese.

—A pesar de eso.

—Fue un individuo muy atormentado.

Therese tiene treinta y dos años de edad, cuerpo esbelto y flexible, casi igual de alta que Jeremy. Una morena que sorprende por su belleza, con grandes ojos color café y largos cabellos negros. Durante el safari se peinó con un chongo en la nuca, y vestía *shorts* caqui comprados en Gap, más una camisa del mismo color con enormes bolsillos cubiertos por solapas. Para el largo viaje de regreso lleva *jeans* y un suéter blanco de talla grande.

Es veinte años más joven que Jeremy.

Nunca pensó él que la diferencia de edad se volvería un problema, no tan pronto después del casamiento. Sabe que no es un hombre de belleza espectacular, pero con apariencia aceptable, distinguida, de patillas grises y un porte casi señorial. Se considera modesto y no cree estar de acuerdo con la evaluación hecha por la *New York Magazine*, que lo califica como uno de los mejores médicos internistas de la ciudad. Reconoce ser muy buen médico… pero ¿uno de los mejores? Solamente sabe que en su vida profesional y personal ha tratado de cumplir con el credo «No causes daño».

Pero ahora Davey Ladd está muerto, ¿o no?

—Por su propia mano —le recuerda Therese.

—Sí.

—En tal caso, ¿por qué has de sentirte culpable?

—Deberías haberlo visto.

—Pero tú ves muertos todo el tiempo.

—No tantos.

—Suficientes. Todos los días vas al hospital…

—Sí, pero…

—Y en el hospital hay muertos.

—No con el aspecto que tenía este.

Davey Ladd desnudo, acostado sobre sus espaldas, con su propia pistola calibre 9 milímetros metida en la boca, sobre la almohada y el catre empapados de sangre…

—Una hemorragia no controlada, Therese. Eso… no tuvo el menor sentido. El disparo le arrancó la parte de atrás del cráneo, y la fuerza de la explosión le reventó los ojos… Algo terrible.

—Ya me lo imagino.

Durante varios segundos guardan silencio. El pasajero sentado a la izquierda de Jeremy, junto al pasillo, se ha quedado dormido, con los audífonos puestos a medias. Ronca ruidosamente, y el sonido apagado de los actores que gritan brota de uno de los audífonos, que le cuelga junto a la mejilla.

—Espero que no haya sido…
—No lo fue —interrumpe Therese.
—… algo que yo dijera o hiciese.
—¿Cómo pudo ser algo semejante?
—No lo sé.
—Estaba perdiendo el control, Jere.
—Ya lo sé.
—Fue una persona muy perturbada.
—Sí, ya lo sé.
—Justo desde el principio —dice Therese.

—Bueno, bueno, bueno —dice Davey—. ¡Mira nada más lo que tenemos aquí!

Tales fueron las primeras palabras que les dirigió.

Están de pie con Frank Dobbs al lado de la tienda de campaña que será suya los próximos ocho días. Fue Frank quien se apareció como salvador y los pudo rescatar de los remolinos de viajeros y equipajes en el aeropuerto de Nairobi la noche anterior. Fue Frank quien los condujo a su hospedaje por una noche en Nairobi, y fue Frank quien los recogió temprano la mañana siguiente para tomar su vuelo chárter a Masái Mara. Jeremy le calculó poco más de cuarenta años de edad, robusto y rubicundo, con un bigote de manubrio de bicicleta que recordaba el aspecto de un barman en Londres.

Acampan en las márgenes del río Mara, que biseca la enorme área de preservación de vida salvaje. Bordeado a tramos de un lado por un bosque, el río fangoso recorre perezosamente los grandes llanos, con hipopótamos echados en el agua y cocodrilos tomando el sol entre los arbustos de las orillas. La cercanía de los cocodrilos no le da seguridad a Jeremy: el campamento está a menos de cincuenta metros de donde las fieras abren las mandíbulas al sol.

—Este será nuestro hogar hasta el día veinte —dice Frank.

Les muestra una tienda-dormitorio de casi diez metros de largo con catres gemelos, dos sillas plegables y una mesa redonda de patas cortas. Un par de metros tras la tienda se ubican por separado una letrina y, a la izquierda, una pequeña ducha. Todo bajo techos de lona. No es un palacio de reyes. Tampoco tiene nada que ver con los «aposentos de lujo» prometidos en el folleto promocional de los Safaris Dobbs-Ladd.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dice Davey—. ¡Mira nada más lo que tenemos aquí!

Al oír esa voz todos se dan vuelta.

Davey Ladd lleva unos *shorts* caqui muy cortos, abultados por su masculinidad. Calza botas altas y calcetines color musgo. Viste una camisa caqui de manga corta que exhibe brazos musculosos, bajo un chaleco de cazador con lazos para cartuchos. Mide poco menos de uno ochenta, tiene la piel bronceada por estar constantemente expuesta al sol. No lleva sombrero, su pelo es rubio, sus ojos de un gris verdoso. Sobre la cadera derecha hay una funda con una pistola calibre 9 milímetros.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Mira nada más lo que tenemos aquí!

De no ir descaradamente dirigidas a Therese, Jeremy podría aceptar esas palabras de bienvenida como expresión de un entusiasmo juvenil. Davey tendría unos veintisiete años.

—Davey —dice Frank—, te presento al doctor Palmer y la señora Palmer. Mi socio: Davey Ladd.

—¿Cómo está? —dice Jeremy extendiendo la mano.

Pero Davey toma en cambio la mano de Therese y la mira a los ojos sin soltarla, mientras dice:

—Todo un placer para mí, señora Palmer.

Tarda un instante de más sin dejar de estrecharle la mano.

Nerviosa, Therese se zafa y la retira.

La otra pareja del safari es un matrimonio venido de Minnesota. Esa noche se presentan como Lou y Helen Cantori. Lou es un contratista de construcciones. Helen trabaja en la biblioteca pública de Minneapolis. Tienen alrededor de cuarenta y cinco años y ambos están un poco excedidos de peso. Helen desea tomar notas y fotos que podrá utilizar para dar charlas en la biblioteca a su regreso. Lou dice que él prefiere ir a Las Vegas, pero Helen siempre lo lleva a los lugares más exóticos. El año anterior fueron a Papúa Nueva Guinea. ¡Solo Dios sabe dónde andarán dentro de un año!

Después de cenar, todos se sientan alrededor de una enorme hoguera. Tienen a la vista la interminable llanura, y las chispas salen volando hacia la oscuridad. Sobre ellos se extiende al infinito un inmenso cielo repleto de estrellas. En el perímetro del campamento alcanzan a percibir las patrullas de guardias masái, con sus lanzas listas para entrar en acción.

—¿Dónde se van todos los animales por la noche? —pregunta en voz alta Helen, y Davey toma una linterna de gran tamaño junto a su silla. Lánguido, se levanta, la enciende, y hace recorrer el haz de luz lentamente por los límites del lugar en donde acampan.

Ojos. Pueden verse ojos. Pares de ojos que relucen en la oscuridad. Observan el fuego. Observan el campamento.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Therese.

A Jeremy se le ocurre de pronto que han confiado por entero su seguridad y su bienestar —por no decir sus vidas— a dos desconocidos recomendados por el agente de viajes.

Sonriendo, Davey apaga la linterna.

—No te preocupes, Terry —dice—. Yo estoy aquí para protegerte.

—¿Jeremy? —musita ella.

—¿Sí?

—¿Estás despierto?

—Sí, mi amor.

Más allá de las paredes de lona de su tienda de campaña, Jeremy puede oír los gritos y llamados de la noche, algunos a gran distancia, pero otros demasiado cerca, que suenan terribles a sus oídos.

—¿Qué le pasa a ese tipo?

—¿A quién, mi amor?

—Al gran cazador blanco.

—Creo que intenta ser amistoso.

—Pero yo no necesito un amigo —responde ella—. ¿A qué se refiere diciendo que va a *protegerme*? Si quiere proteger a alguien, ahí tiene a Helen Cantori.

Justo afuera de la tienda de campaña se deja oír un gruñido bajo y prolongado.

—¿Oíste? —pregunta ella.

—Sí.

—¿Qué fue?

—Tal vez el guardia masái.

Se quedan inmóviles, cada uno en su catre, atentos.

—Me siento muy expuesta —dice Therese.

—Sí.

—¿Y tú?

—Sí.
—Miedo. Tengo miedo.
—Sí. Yo también.
Llevan casados solo tres meses. Al morir Alice, Jeremy pensó que jamás volvería a gozar de la intimidad de una mujer. Pero dos años antes de este viaje conoció a Therese en una convención médica celebrada en el Caribe. Ella se hospedaba sola en su mismo hotel, donde los internistas participantes se reunían diariamente bajo las sombrillas de la playa.
—¿Me dejas acostarme en tu cama?
—Sí, por favor.
La escucha hacer ruido en la oscuridad, sus pasos sobre la lona del suelo. Él hace a un lado la ligera cobija para ella, que se acuesta junto a él en el catre estrecho, acurrucada en sus brazos. Puede oír su suave respiración. Y de pronto, suena de nuevo el gruñido en tono grave.
—Ahí está de nuevo —susurra ella.
En la oscuridad, cada sonido se amplifica. Escuchan ambos con atención, y el gruñido se repite, justo en la entrada de la tienda.
—Menuda luna de miel —comenta Therese, y los dos se ríen en la oscuridad, como un par de niños aterrados.

Hay dos Land Rovers. Frank conduce uno y Davey el otro. Los Cantori, sospechando que Frank es el más experimentado de los dos grandes cazadores blancos solo por ser varios años mayor, ya están esperándolo en el auto después del desayuno, con sonrisas inocentes en sus rostros.
—¿Lista para un poco de emoción? —le pregunta Davey a Therese.
Ella y Jeremy se acomodan en el asiento trasero del vehículo. La capota está abierta y Jeremy pregunta si es seguro viajar así:
—¿No pueden los animales entrar de un brinco?
—No se apure, doc —replica Davey—. Ustedes están en buenas manos.
El primer auto va saliendo del enclave. Los trabajadores nativos llevan agua del río a la tienda de la cocina, donde la calentarán para utilizarla en las duchas. Conforme a lo entendido por Jeremy, se ducharán tan solo al anochecer, antes de cenar y después de sus ejercicios de cacería. Para las abluciones matutinas, sus dos mozos llevan agua casi hirviendo al fregadero justo afuera de la tienda donde duermen.
Todas las tiendas del safari —las de ambos propietarios y las de los clientes— se alzan en una esquina del campamento, a menos de cinco metros

unas de las otras. Al centro se ubica el lugar para comer, y la tienda de cocina en uno de los extremos, el más próximo al río. Hay una tienda adicional, que Frank denomina «biblioteca», llena de publicaciones sobre África. Mientras salen del campamento, dos hombres en la tienda de la cocina se ocupan en desollar alguna clase de animal.

—Esta noche cenaremos impala —dice Dave, disponiéndose a seguir el auto de Frank—. ¿Has probado carne de impala alguna vez en tu vida, Terry?

—No —replica ella.

—Es deliciosa. Pero hay muchas delicias que nunca has probado —añade, volviéndose del volante para mirarla, sonriente.

—Sabe usted —le dice ella—, le advierto que a mí nadie me llama Terry.

—Vaya, lo siento —dice él—. Pensé que ese era su nombre.

—El nombre de mi esposa es Therese —interviene Jeremy.

—Therese; muy bien, doc —responde Dave, y le guiña un ojo en el espejo retrovisor.

—Y tampoco me agrada que me digan doc. Eso suena a la escuela de medicina.

—Perdón, entonces —dice Davey—. Han venido a divertirse, ¿no es así?

En todos sus años de ejercer como médico, Jeremy ha atendido solamente un parto, y eso cuando hacía su internado en el hospital Beth Israel, en Nueva York. Hoy, en la interminable pradera de Masái Mara, donde cada minuto la muerte repentina es una posibilidad, sus ojos contemplan el parto de una impala.

El Land Rover está a menos de dos metros de ella, que puja para sacar al recién nacido de sus entrañas y lo lame para limpiarlo. Alza los ojos y sus orejas vibran, junto con su nariz. Pueden distinguir a corta distancia la humedad del hocico. Se sorprenden al verla quitarse de ahí y dejar a la criatura que acaba de parir tendida, al parecer indefensa, entre las hierbas altas, inmóvil igual que una piedra, incapaz de ver o caminar.

—Seguramente hay guepardos de cacería —les explica Davey—. La madre vendrá mañana a recoger a la cría. Por su propia seguridad es mejor que no llamemos la atención sobre ella.

Esa noche, mientras cenan, Therese no puede dejar de preocuparse por la impala recién nacida.

—¿La madre sabe dónde encontrarla? —pregunta ella.

—Oh, con toda seguridad —replica Frank—. Además, no huele a nada todavía, eso sucede a los dos o tres meses. Los depredadores no podrán…

—Oh, se lo ruego —lo interrumpe Therese—, ni siquiera lo sugiera.

—Todo estará bien —dice Helen para tranquilizarla, y le da unas palmaditas en la mano.

—Me pareció adorable —dice Therese—. Cómo me gustaría llevármela a mi casa.

—Llévame a mí, mejor —dice Davey.

Se produce un silencio en torno a la mesa.

—Seré una mascota adorable —añade, y en esta ocasión se ríen al comprender que habla en broma. Davey sonríe como un adolescente y se alza de hombros. Levanta su vaso de vino brindando por todos en silencio.

—¿Dejaron a sus hijos en casa? —pregunta Frank. Jeremy piensa que intenta cambiar de tema.

—Nos casamos apenas en septiembre —dice.

—¿Oíste, Lou? —dice Helen—. Son recién casados.

—En realidad, este viaje es nuestra luna de miel demorada —explica Jeremy—. No pude dejar el trabajo en el otoño.

Therese lo toma de la mano y se la aprieta.

—Oh, qué tiernos —dice Davey.

Therese tiene miedo de ir al baño en la mitad de la noche, pues necesita cubrir casi dos metros de espacio abierto para llegar al primitivo hoyo en el suelo y teme encontrar animales salvajes alrededor del campamento, a pesar de los guardias masái y sus lanzas. Jeremy la acompaña a la letrina antes de acostarse y espera afuera de la pequeña tienda de lona para enseguida escoltarla de regreso a su dormitorio en la tienda.

En la privacidad de su propia tienda a oscuras se ponen a hablar en susurros. Es tan solo su segunda noche, pero se han dado cuenta ya de que los únicos momentos privados que tendrán serán ahí, en el dormitorio, en la ducha tras la tienda o en la pequeña cabaña que funciona como letrina.

—Me hace sentir muy incómoda —musita Therese.

—Sí. También a mí.

—Sus comentarios son muy inapropiados.

—Sí.

—¿Es algo que yo estoy haciendo?

—No seas ridícula.

—Tal vez no deba ponerme los *shorts*.

—Mi amor, puedes ponerte lo que te guste, cuando…

—*No quiero* recibir su atención. *No quiero* oír sus malditas insinuaciones.

—Shhh, shhh.

Las particiones de lona son muy delgadas. Cada vez que hacen ruido con el viento, Jeremy se siente seguro de que un león las está rozando.

—Me siento tan indefensa —confiesa Therese.

—Sí.

—Me refiero a estar en medio de la selva…

—En la llanura.

—Se supone que ellos están aquí para protegernos, para asegurarse de que…

—Sí.

—¡Pero en cambio no hace otra cosa que tratar de ligar conmigo!

Permanecen en silencio un buen rato.

—¿Quieres que regresemos a casa? —pregunta por fin Jeremy.

—¿Cómo podemos hacerlo?

—Nada más le digo a Frank que nos queremos ir de aquí.

—No nos va a devolver el dinero, ¿sabes?

—Ya lo sé.

—Hay una cláusula que prohíbe devoluciones…

—Lo sé. Pero no es más que dinero, Therese.

Ella asiente y no dice nada por unos instantes.

—Venir tan lejos para nada —dice, por fin.

—Muy lejos.

—Jere, ¿es mi imaginación? Es decir, ¿de verdad él está…?

—Sí. Realmente lo está haciendo.

La oye respirar hondo en la oscuridad.

—Vamos a ver qué sucede mañana —propone ella.

Desde lejos les llegan los ruidos de alguna desdichada criatura que está siendo desgarrada, rompiendo la noche con sus gritos.

Los Land Rovers están estacionados uno al lado del otro. No demasiado lejos, un par de guepardos acechan un rebaño de ñúes.

Frank ha dispuesto sillas para todos y contemplan la cacería con binoculares.

—Esta misma semana cenaremos ñu una noche —le comenta Davey a Therese—. Le diré al chef que lo prepare especialmente para ti.

Como ella no le responde, él vuelve a hablar, contestándose a sí mismo:

—Gracias, Davey, qué amable.

—¿Por qué no podemos acercarnos más? —dice Helen.

—Porque se asustaría el rebaño —repone Frank—. No estamos aquí para alterar el flujo diario de la vida.

—Pues no sé qué piensen ustedes —dice Helen—, pero yo vine de vacaciones.

—Lo siento. Es imposible —dice Frank.

En ese mismo momento, un Land Rover de otro safari llega y se detiene a menos de siete metros de donde los guepardos vigilan a sus presas en silencio.

—¿Por qué ellos sí pueden?

—Eso no significa que sea lo correcto.

—Pues yo estoy de acuerdo con ella —dice Therese—. Deberíamos acercarnos más.

—Si deseas acercarte a depredadores —le dice Davey casi al oído, inclinándose hacia ella—, yo puedo llevarte temprano por la mañana.

Therese no le contesta.

Esa noche, antes de la cena, se sientan en torno a la gran hoguera, encarándose a la llanura bajo las estrellas y los ojos invisibles, bebiendo lo que Davey y Frank llaman el coctel del crepúsculo. Davey mueve con un palo la leña, lo lanza a la pira flamígera y vuelve andando hacia el lugar donde Jeremy y Therese están sentados, tomándose de la mano, mirando los llanos más allá del fuego. Agarra la silla de campaña a la derecha de Therese. Guarda silencio unos momentos y, de pronto, se inclina hacia ella.

—¿Cuándo quieres ir a ver los depredadores? —susurra él.

—No quiero —replica ella.

Davey alza los hombros y sonríe, confiado.

—La oferta se mantiene, guapa.

—Mañana por la noche cenaremos pescado fresco —anuncia Frank.

—El mejor pescado del mundo —opina Davey.

—Es el pez de agua dulce más grande del mundo —continúa Frank—: la carpa del Nilo.

—Chris debería llegar temprano por la mañana…

—¿Chris? —dice Helen.

—Es el piloto de nuestro avión —replica Frank—. El que nos trajo aquí.

—¿Un tipo calvo de ojos azules? —pregunta Lou.

—Ese mismo es Chris. Deberíamos llegar a las aguas del lago Victoria a las nueve o nueve y media. Pararemos a comer en el hotel de la isla Rusinga, de ahí volveremos al agua y estaremos de vuelta por la tarde.

—Yo cocinaré el pescado —dice Davey y enseguida se dirige a Therese—. Ñom, ñom, ñom.

En el silencio de la noche, Jeremy y Therese hacen las maletas. La tarea resulta muy fácil, pues no llevaron mucho equipaje a Masái Mara: una maleta cada uno.

Tienen un plan muy simple. Al amanecer le dirán a Frank y su socio que abandonan el safari. Sin duda, Frank protestará diciendo que llevan apenas tres días y que, a pesar de eso, han visto muchos animales salvajes; no es frecuente que en tan poco tiempo se logre ver a los tres grandes, pues ya encontraron guepardos, leopardos y leones… Una abundancia de leones, de hecho. ¿Por qué tanta prisa? Hay que darle una oportunidad a África.

Jeremy piensa explicar que no están acostumbrados a acampar de esta manera y que desean registrarse en el hotel de Rusinga, pasar ahí unos días y volver por su cuenta tranquilamente a Nairobi…

Sin duda, Frank dirá que el precio del safari no está sujeto a devoluciones…

«Sí», dirá Jeremy, «pero ya lo hemos decidido».

A la luz cambiante de su única lámpara de queroseno, Jeremy ensaya lo que proyecta decir al día siguiente. Cuando termina, Therese le aplaude. Como conspiradores atolondrados de medianoche, se ríen y por fin se acuestan juntos.

La mañana siguiente, Therese mira a su marido y exclama:

—Dios mío, ¿qué te pasó?

En el espejo, Jeremy observa su ojo izquierdo inflamado, del tamaño de una pelota de golf. Sospecha que algún insecto, probablemente una araña, le ha picado en la noche y de inmediato agarra su botiquín de viaje. Ahí, entre el Tylenol y el Seconal, entre las píldoras para las náuseas o la diarrea o el

estreñimiento, entre las vendas adhesivas y las gasas estériles, encuentra aplicadores para alcohol y se limpia el ojo inflamado, al que enseguida aplica ungüento Neosporin.

Al volver a verse en el espejo, piensa: «Ya no me parezco a mí mismo».

Pero tienen listas las maletas, pronto llegará el avión y se irán del campamento, se irán de Masái Mara, se irán de Nairobi, de Kenia, de África. Sonríe ante la imagen de su cara y de pronto hace una mueca, pues le duele el ojo.

Durante el desayuno, Frank anuncia:

—No vamos a ir al lago Victoria hoy. Tampoco ningún otro día de esta semana.

—Pero está incluido en el itinerario —le recuerda Helen.

—Ya lo sé, y ajustaremos el precio del safari. Acabo de hablar por radio con Chris…

—Yo estaba entusiasmado por ir a pescar —protesta Lou.

—Es parte del itinerario —repite Helen.

—Lo lamento, pero hay un problema en los conductos de combustible de su avión. No cree que puedan arreglarlo antes del fin de semana, y para entonces ustedes ya deberían estar de vuelta en Nairobi. De verdad lo lamento.

—Pues en ese caso flete otro avión —sugiere Jeremy.

—No puedo hacer eso —responde Frank.

—¿Por qué no?

—Fletar aviones sale muy caro. El costo ya está incluido en el precio. Yo tengo un acuerdo con Chris. No puedo ir con otra empresa.

—Pero dijo que habrá un ajuste —le recuerda Helen.

—Sí, pero…

—Aplique el ajuste para fletar el otro avión.

—No. Sería prohibitivo. De ninguna manera.

—Por lo visto —dice Davey con una sonrisa maligna— estaremos atorados aquí el resto del tiempo.

Se encoge de hombros y acuchilla con el tenedor los huevos en el plato, haciendo una mancha amarilla.

—Tendremos que hallar otra manera de divertirnos —añade.

Un par de jirafas come hojas de árboles espinosos.

Tres pájaros secretarios gigantescos saltan para cruzar el llano.

Un pequeño bebé elefante sale corriendo de la protección que le confieren las gruesas patas de su madre para acometer al Land Rover, trompeteando como un toro, y no tarda en volver corriendo para ocultarse de nuevo donde estaba antes. Varias grullas con sus elegantes crestas extienden las alas y se detienen justo a unos metros de un rebaño de búfalos del Cabo, que las contemplan con desaprobación. Pero constantemente la presencia de David Lawrence Ladd se insinúa a Therese, intimidándola.

El Land Rover se ha estacionado a unos quince metros del lugar donde copula una pareja de leones. Copulan, caen colapsados al suelo para descansar y se levantan para volver a copular.

—Eso sí es vida —dice Davey y se vuelve para sonreírle a Therese. Ella lo ignora por completo en el cuarto día del safari.

Lo mismo que las mujeres masái, que para ir al mercado en los pueblos de los alrededores cruzan el Mara con las cabezas en alto, los hombros echados atrás, sin apurarse por las amenazas de los depredadores que las rodean, Therese sencillamente lo ignora… hasta que ignorarlo se vuelve imposible.

Esa tarde se suben al Land Rover que conduce Frank. Los Cantori no parecen apreciarlo mucho, pero las cosas mejoran cuando logran ver de cerca a dos leopardos dormidos encima de un árbol, y menos de diez minutos después una manada de seis leonas cazadoras acometen y matan a un enorme búfalo del Cabo.

—¡Una matanza! —exclama Lou—. ¡Hemos logrado ver una matanza!

Cerca del anochecer, todos avanzan por un sendero estrecho al lado de una poza donde por la mañana vieron a los hipopótamos retozar en el agua. Frank les dice que van siguiendo el rastro de un guepardo. Jeremy le pregunta si es seguro andar a cielo abierto sin protección, pero Frank le asegura que no corren ningún riesgo. Él lleva un rifle de alto poder con mira telescópica y Davey, por supuesto, tiene su confiable Glock.

Avanzan en una sola fila.

Frank va por delante, con el rifle listo para entrar en acción.

Seguido por Helen.

A quien sigue Therese.

Tras ella, Dave.

Y Lou.

El último de todos es Jeremy, que observa ansioso ambos lados del sendero, alerta al menor sonido.

De pronto, Therese deja de andar, se vuelve a mirar severamente a Davey y de inmediato retrocede, pasa más allá de él y de Lou, y llega al lado de Jeremy.

—¿Qué pasa? —le pregunta él, pero ella menea la cabeza.

No le cuenta lo ocurrido hasta más tarde, cuando están solos dentro de su tienda. Afuera, el cielo ha comenzado a rendirse al esplendor de otro crepúsculo africano.

—Me tocó —musita ella—. Me pasó la mano por el muslo.

—Voy a hablar con él —dice Jeremy.

—Ten cuidado —le advierte Therese, pero él ya ha salido de la tienda con la fuerza de una tormenta.

Las siluetas de los dos hombres aparecen recortadas contra un cielo cada vez más oscuro.

Lou Cantori tiene en la mano derecha un trago muy largo y muy oscuro. Aún no se recupera de haber atestiguado una matanza y arde en deseos de enseñar a sus amigos y vecinos la película que grabó. Davey simula escuchar con atención mientras apila leños para la hoguera de cada noche. Mientras Jeremy se aproxima, suenan rugidos violentos desde la llanura.

—¿Qué diablos es *eso*? —pregunta Lou.

Davey echa otro leño al montón de troncos. Al parecer le habla a Lou:

—Probablemente un león joven intenta tomar una hembra de la manada. El patriarca le advierte que desista.

Patea con la bota para que el leño quede en su sitio.

—Pero a fin de cuentas, es inútil. Ya puede rugir todo lo que quiera, pero el león joven, tarde o temprano, se va a apoderar de la manada.

Se detiene ante la pila de troncos, enciende un cerillo y lo aplica a la yesca, donde brotan las llamas. Alza la vista, directamente a los ojos de Jeremy.

—Así suceden las cosas aquí, doctor Palmer —dice.

En su mirada se detecta un evidente desafío. Sus ojos dicen: «He tocado a su esposa».

«Y volveré a tocarla».

Jeremy le devuelve la mirada, pensando: «Eres veinticinco años más joven que yo, amigo».

«Y estás en excelente forma».

«Y llevas una Glock de 9 milímetros enfundada en la cintura».

—Voy a ver a mi novia —dice Lou, y se va hacia su tienda de campaña—. Nos vemos en la cena.

Las llamas se alzan en la hoguera como si quisieran encender el cielo con colores rojos, amarillos y anaranjados inimaginables.

Sin mayor preámbulo, Jeremy dice:

—No vuelvas a acercarte a mi esposa.

—¿Qué? —dice Davey y se vuelve del fuego, con expresión de sorpresa.

—Tus atenciones no son deseadas ni solicitadas. Nos estás haciendo sentir muy incómodos…

—Eh, doc, un momento, ¿de acuerdo? —responde Davey y alza ambas manos como para defenderse de un golpe inminente—. ¿Qué atenciones?

—Davey, no tengo ningún interés en ninguna de tus estupideces —dice Jeremy—. Si vuelves a tocarla una sola vez…

—¿Tocarla? ¿Estás…?

—¡No te le acerques, Davey! No te sientes junto a ella, no le hables, no vuelvas a hacer comentarios sexuales.

—¿Sexuales? ¡Jesús!

—¡Maldita sea, no te le vuelvas a acercar!

Se da cuenta de haber alzado la voz, y se le oye por todo el campamento. Ve a Lou Cantori, que se detiene frente a su tienda y se vuelve a mirarlos.

—¿Me has entendido? —susurra Jeremy.

Davey se queda callado.

—¿Crees entenderme?

—Claro que sí, doc. No lo dude —responde Davey sonriendo.

Callado y pensativo, Jeremy se halla sentado frente a lo que llaman veranda de su tienda cuando se le aproxima Therese, que lleva puesta una bata blanca y tiene en la mano un jabón blanco también.

—¿Hablaste con él?

—Sí.

—¿Y entendió?

—Eso creo. Eso espero.

Ella menea la cabeza. Dice:

—Quisiera que nada de esto pasara.

—Pronto terminará —comenta él.

—La peor semana de mi vida. De toda mi vida.

—Sí —concuerda él.

Ella se inclina y le da un beso en la mejilla.

—¡Cómo te quiero! —dice ella.

—También yo te quiero mucho, mi amor.

Ella lo vuelve a besar.

—Voy a tomar una ducha —dice—. ¿Me preparas algo de beber?

—¿No quieres que te acompañe?

—No. Voy a estar bien, todavía hay luz.

Se da la vuelta para ir, pero vuelve a ponerse a su lado y le pasa la mano por la mejilla.

—¿Estás bien? —le pregunta.

—Sí. Estoy bien. Todo en orden —replica él.

Ella asiente. Y enseguida declara:

—Lo aborrezco por todo esto.

—Yo también.

—Pronto terminará —dice ella, repitiendo lo que él le dijo un poco antes.

—Muy pronto, mi amor.

Él se incorpora en la silla de acampar.

—¿*Gin-tonic*? —pregunta.

—Por favor.

Se levanta para ir a la tienda de la cocina. La hoguera está ardiendo ruidosa. No ve a Davey por ninguna parte. El anochecer es una sinfonía de bronces.

Therese cruza la tienda dormitorio y anda un par de metros para llegar a la cabina de la ducha. Una vez adentro, se quita la bata y la cuelga en un gancho situado afuera.

El agua del río Mara es espesa y marrón. Los muchachos del safari la llevan en cubos a la tienda de cocina, donde la calientan en grandes pucheros para llevarla enseguida a las diversas cabinas de ducha detrás de cada tienda de dormir, a fin de llenar las bolsas de lona arriba de las cabinas. Dentro de la ducha, basta con tirar de una cadena para dejar que caiga el agua caliente y

empaparse bien. Al soltar la cadena se interrumpe el flujo del agua. A continuación, uno se enjabona y, volviendo a usar la cadena, se enjuaga.

De pie sobre las angostas tablas de madera, Therese agarra la cadena y deja caer el agua. Después de soltarla, comienza a enjabonarse. Con los largos cabellos empapados y el cuerpo mojado y enjabonado, está a punto de volver a dejar caer el agua para enjuagarse cuando de pronto se abre la cabina.

—Bueno, bueno, bueno —dice Davey—, ¡mira nada más lo que tenemos aquí!

—Aléjate de mí —dice ella.

—Perdón, pensé que la ducha estaba vacía.

—*Aléjate* de mí —vuelve a decir ella.

—¿Estás segura de que no deseas que te acompañe? —dice él, y extiende una mano para tocarle un pecho.

Ella está demasiado sorprendida para gritar. Le arroja la barra de jabón y le da un poco arriba del ojo. Con una sonrisa antipática, él retrocede.

—Nos vemos en la cena. A propósito, qué buenas tetas.

Todavía sonriendo, deja caer la lona de la entrada.

Therese se queda de pie, desnuda, cubierta de jabón, tomando grandes bocanadas de aire. Por fin, tira de la cadena para enjuagarse con el agua lodosa.

Cuando le cuenta lo sucedido a Jeremy, él se limita a asentir. Eso es todo.

Esa noche, el chef les sirve ñu.

—En todo el mundo hay quienes prefieren esta carne a la de res —dice Davey—. Le pedí al chef que te la preparara especialmente a ti, Therese.

Ella no le responde, y él vuelve a sus frases rutinarias.

—Vaya, gracias, Davey, qué amable de tu parte.

Deliberadamente Therese se ha sentado lo más lejos de él, del lado opuesto de la mesa, entre Lou y Frank. De repente Helen propone un juego. La idea es que cada quien se describa mediante un adjetivo que califica cada nombre de pila. Frank, que ha bebido un poco de más, lo acepta de inmediato.

—Frank el temerario.

—Lou el afortunado —dice Lou.

—Helen la feliz.

Therese titubea un poco.

—Therese la cansada.

Davey ha estado bebiendo también.

—Dave el dominante —dice, alzando su vaso en un brindis silencioso por Therese, y enseguida se vuelve a ver a Jeremy, sonriente.

Jeremy está por completo sobrio. Sus ojos se enfrentan a los de Davey.

—Jeremy yugular —dice, y todos estallan de risa, sin saber bien a qué pueda referirse.

—Vamos, socio —dice Frank—. Hay que ponerte en la cama antes de que te caigas.

A las dos de la mañana, uno de los guardias masái da la alarma. Jeremy ya está despierto cuando Frank se asoma abruptamente a la tienda y grita:

—¡Doctor Palmer, venga rápido! ¡Ha pasado algo terrible!

Lo que ha pasado es que Davey el dominante se puso en la boca su propia Glock de 9 milímetros e hizo explotar la parte posterior de su cráneo.

La película ha terminado. La cabina del jumbo está poco iluminada. En la oscuridad, Jeremy y su mujer continúan su conversación en voz baja, con las cabezas juntas.

—Frank pensó que tal vez él tenía problemas con la bebida —dice Therese.

—Quizás.

—Aquella noche bebió mucho, sin duda.

Jeremy no dice nada.

—A no ser por eso, quizá no se hubiera matado —continúa ella.

—Quizá no —concuerda Jeremy.

—De cualquier modo, ya se terminó —dice ella—. Todo queda atrás.

—Sí —responde Jeremy—. Todo atrás.

Él la toma de la mano. Pone la boca muy cerca de la oreja de ella.

—Therese —susurra—, no estaba borracho.

—Claro que estaba borracho —dice ella en voz también muy queda—. ¿Acaso no lo viste?

—Therese, estaba drogado.

—¿A qué te refieres?

—Seconal. Doscientos miligramos.

—¿Qué me dices?

Su voz es un siseo en el silencio de la cabina. Por debajo, los motores del avión suenan sin cesar.

—En el vino —susurra Jeremy—. Dos cápsulas rojas de las grandes. Suficiente para que perdiera el conocimiento por completo.

Su esposa se le queda mirando fijamente.

—Un poco después fui a su tienda. Le puse la pistola en la boca y el dedo pulgar sobre el gatillo. Le volé los sesos, Therese.

Los ojos de ella están muy abiertos en la penumbra del avión.

—Yo lo maté —susurra Jeremy.

Ella se queda callada solo un instante muy breve. Por fin sonríe y le aprieta la mano, diciendo:

—Pues qué bueno.

EL ÚLTIMO DÍA DE ERIE

STEVE HOCKENSMITH



«El último día de Erie» representa la entrada de STEVE HOCKENSMITH al campo de las ficciones de misterio, y es el primero de una serie de cuentos protagonizados por el deprimido expolicía Larry Erie y su compañero más desenfadado, Bass. Hockensmith fue editor de *The X-Files Official Magazine* y *Cinescape*, y creó para *AHMM* una columna con el nombre de «Reel Crime», dedicada a la televisión y el cine, sobre temas de misterio. En 2006 publicó su primera novela, *Holmes on the Range*, sobre un par de rancheros que comparten su adicción a los cuentos de Sherlock Holmes en *Harper's Weekly*.

7:00 A. M.

SONÓ LA ALARMA DEL RADIO al lado de la cama *queen-size* de Larry Erie. Un locutor de voz profunda comenzó a relatarle los principales sucesos del día. A Erie no le importaban nada tales sucesos, pero se quedó acostado un rato más, dejando que el locutor se explayara.

Ya nadie estaba con él para darle una patada en plan de juego y decirle que apagara el ruido de su radio. Tampoco nadie a quien prepararle un desayuno. Ni para darle sus pastillas. El mundo se reducía a él y el locutor.

7:19 A. M.

Por fin Erie se resolvió a abandonar la cama y salió al porche en pijama y bata para recoger el periódico matutino. Afuera hacía fresco, tal como los alegres anunciadores habían pronosticado por radio. Una tormenta nocturna plantó charcos sobre el pavimento.

Examinó el patio en busca de la pequeña forma negra que a veces acudía saltando hacia él, saludándolo a maullidos como si fuera un pariente perdido al que se encontraba de pronto. Pero la gata no estaba. Erie volvió al interior de su casa.

Se comió el desayuno sentado al borde de la cama. Ese era un hábito que se negaba a abandonar, aunque no quedara nadie a quien hacer compañía.

7:42 A. M.

Erie se dio una ducha, se afeitó, se lavó los dientes, se cepilló, se enjuagó y repitió todo una vez más. Enseguida eligió cuidadosamente su atuendo. Se puso su mejor camisa blanca, su mejor traje y su corbata predilecta. Limpió sus zapatos antes de ponérselos. Se miró al espejo, enderezó la corbata y puso en su sitio algunos pelos rebeldes. Luego tomó la pistola del buró y la ajustó al cinturón.

Algunos policías se volvían un poco descuidados desde años antes de su fecha de retiro. Otros esperaban a dejarse ir hasta que faltaban unos meses o semanas para el último día. Erie se acordó de aquel policía, un colega detective, que llegó el último día vestido con camisa hawaiana y bermudas. Hizo reír mucho a todos.

Pero eso no era el estilo de Erie. Había determinado que cada día de servicio en las fuerzas de la policía debía contar. Aun el último.

8:07 A. M.

Erie estaba a punto de abrir la puerta del coche cuando oyó a la gata. Venía corriendo hacia él por el camino de entrada del auto, maullando con toda intensidad. El policía se arrodilló y extendió el brazo derecho. Como era su costumbre, la gata se frotó la cara con su mano repetidamente antes de ponerse de espaldas al suelo y estirar las patas. Le rascó la panza. Su pelambre era larga y estaba revuelta.

—¿Te gusta, amiguita? ¿Te gusta? —le preguntó Erie a la gata, que comenzó a ronronear.

Erie nunca tuvo un gato, en realidad no conoció a ningún gato, no le despertaban ningún interés. No sabía qué edad tendría la gatita negra. Llevaba más o menos un mes de andar por el vecindario. Desde la primera vez que la vio había crecido notablemente, y también se había vuelto más amigable. No llevaba collar ni placa de identificación.

A veces Erie se sorprendía pensando en la gata con preocupación. ¿En dónde dormía? ¿Qué comía? La vio en una ocasión cruzando el camino de Green River, y durante varias horas lo atormentó la imagen de la gatita tratando de cruzar calles con tránsito de coches.

Pero siempre se obligaba a recordar que él no era una persona afecta a los gatos. Tenía cosas más importantes en qué pensar para andarse distrayendo con animales bobos.

—Basta ya por hoy —le dijo a la gata y se levantó. Ella rodó de nuevo sobre la panza y lo miró esperanzada.

—No. Se acabó. Adiós.

Se subió al coche y encendió el motor. Salió en reversa lentamente, con la mirada sobre la gata por si daba un salto y se metía bajo las ruedas. Pero ella permaneció donde estaba, contemplándolo, al parecer sin poder comprender sus deseos de abandonar el patio perfecto y la gata perfecta, ambos maravillosos según ella.

8:33 A. M.

De camino al cuartel de policía, desde el estacionamiento, tres agentes lo interrumpieron, hombres que no había visto en la última semana. Cada uno lo detuvo por separado, y todos le dijeron las mismas palabras.

—Cuánto siento lo de tu esposa.

Erie respondió de la única manera posible:

—Gracias.

Al pasar frente a la oficina de recursos humanos, una compañera de trabajo lo interpeló:

—¡Miren quién llega temprano! Ey, Larry, ¿acaso no sabes que en tu último día se supone que no debes llegar antes del mediodía?

—El pájaro madrugador es el que atrapa al gusano —replicó Erie.

Una oficial uniformada se detuvo al pasar.

—No te preocupes por pescar más gusanos, detective Erie. Mejor vete a Arizona a pescar algo de sol. Déjanos los gusanos a nosotros.

8:45 A. M.

Erie ya había puesto orden en la oficina, preparando su partida. Las paredes estaban desnudas, el escritorio recogido y los cajones prácticamente vacíos, excepto por algunas plumas, clips y formularios abandonados. Era imposible ignorar el papel adhesivo de color amarillo en el centro exacto de su escritorio. Era de Hal Allen, director del Servicio de Detectives/Homicidios: su jefe. La nota decía: «Ven a mi oficina lo más pronto posible». Erie tuvo la esperanza de que se tratara de una asignación especial, algún favor para Allen o para el departamento, algo que aprovechara sus décadas de experiencia, que hiciera contar sus últimas ocho horas como oficial de la policía.

8:48 A. M.

Un segundo después de entrar a la oficina de May Davis, la asistente administrativa de Allen y organizadora de todas sus entrevistas, Erie supo que iba a tener problemas. Había caído en la trampa y no había forma de salir de ella.

Tras el escritorio de Davis se amontonaban unas veinte personas frente a un cartel que rezaba: «¡TE VAMOS A ECHAR DE MENOS, GRANDULÓN!», con docenas de firmas y dibujos de esposas e insignias policiales, y hombres vestidos con la ropa a rayas de los presidiarios. Todos los que lo esperaban, la División de Homicidios completa más algunos técnicos del sector de pruebas y viejos camaradas de otros departamentos, comenzaron a cantar «Porque es un buen compañero».

Erie se quedó de pie, sonriendo como era su deber, y lo afrontó como todo un hombre.

9:09 A. M.

Erie soportó la canción, los abrazos y las palmadas en la espalda, y el pastel de vainilla con la silueta de Arizona en el betún de color anaranjado. Soportó

asimismo el discurso de Allen sobre treinta y tres años de servicio y ciento doce asesinos tras las rejas. Aguantó todo sin decir cosas como: «¿Y los veintinueve asesinatos sin resolver?» ni «¿Por qué me mudaría a Arizona sin Nancy?».

Cuando finalmente terminó la ceremonia y los celebrantes se fueron, fue claro que él también debía marcharse. Tenía formularios que llenar y cajones que vaciar, ¿cierto? En cambio, le pidió a Hal Allen permiso para entrar a su despacho.

—¿Qué traes en la mente, Larry?

Allen venía de otra generación de policías y era más joven que Erie. Todos los días hacía ejercicio. Sus paredes no estaban cubiertas de fotos de sus hijos ni artículos de periódicos sobre sus arrestos importantes. En cambio, mostraban sus diplomas: uno de licenciatura en Justicia Criminal, otro de máster en Psicología, además de carteles sobre liderazgo y metas. Para él, ser policía no era cosa de vocación, sino una carrera. Pero Erie sentía simpatía por él, y abrigaba esperanzas de que lo entendiera.

—Quiero tu autorización para volver a tomar uno de mis casos pendientes.

—Vamos, Larry —repuso Allen—, vas a tener que soltar las cosas.

—Solo por el día de hoy, Hal. Quiero hacer algunas preguntas, ver si es posible echar a rodar la pelota de nuevo. Al fin del día se lo pasaré a Dave Rogers con un reporte completo.

Allen, sonriendo, meneó la cabeza.

—He oído hablar de esta condición. La llaman dedicación al deber. Tendremos que curarte de eso. Te ordeno un día de jugar solitario en la computadora, seguido de tu merecido retiro bajo el sol de Arizona.

—A Nancy le gustaba Arizona, Hal. Es por ella que nos íbamos a mudar allá.

—Oh —respondió Allen, y se le borró la sonrisa del rostro—. Así que no vas a…

—No lo sé. Todavía no habíamos firmado nada cuando Nancy se puso peor de pronto. No estoy seguro de querer irme de Indiana. He pasado aquí toda la vida.

Erie se reacomodó en el asiento, nervioso, antes de proseguir:

—Pero no se trata de eso. Solo pido otro día de servir y proteger.

Allen se inclinó en su silla giratoria y le dedicó a Erie una larga mirada pensativa, como si lo viera de verdad por primera vez.

—No vas a poder solucionar el día de hoy tu caso número ciento trece, Larry. Solo vas a investigar pistas frías que no conducen a nada.

—A mí me gustan los días así.

Allen asintió.

—Está bien. Haz lo que sea preciso. Pero asómate a mi oficina antes de irte el día de hoy. Quiero volver a hablar contigo.

Erie prácticamente saltó de su asiento. Por primera vez en el día se encontró de verdad despierto.

—Sí, señor —dijo—. Lo que tú mandes.

9:31 A. M.

El detective David Rogers se encontraba hablando por teléfono cuando Erie apareció en la puerta de su oficina.

Rogers le indicó por señas que pasara mientras decía:

—No hay ningún problema.

Colgó el teléfono y le habló a Erie:

—El jefe dice que quieres arrestar a un mal tipo el día de hoy.

—Solo quise pedir prestado uno de mis casos, si a ti no te parece mal.

Rogers sonrió y señaló una pila de carpetas en un rincón del escritorio.

—Escoge tu veneno —sugirió—. Si insistes en trabajar en tu último día, no seré yo quien se oponga.

Erie hojeó los archivos de casos pendientes. ¿Quería al traficante de *crack* de quince años, que llevaba muerto cuatro meses? ¿La mujer de veintitantos sin identificar encontrada en los bosques del parque Lloyd, con seis meses de haber sido asesinada? ¿O el vendedor de seguros de edad madura, con diez meses de ser cadáver?

Los ojos muertos lo miraban desde las fotos Polaroid engrapadas a los informes de las autopsias. Contemplaban su mente, diciendo: «Haz algo. Cobra *mi* venganza. *Mi* venganza».

Pero la justicia no es para los muertos. Eso aprendió a lo largo de años de trabajar con homicidios. No tiene ningún caso librar las batallas de una cruzada por un cadáver. No dejará de ser cadáver, aunque al asesino se le convierta también en cadáver. Pero las familias, los seres queridos, los *vivos*: a ellos sí se les puede ayudar.

Eligió uno de los archivos y se fue.

10:07 A. M.

Pine Hills, en contraste con la mayoría de los suburbios antiguos en torno a la ciudad, en realidad sí hacía justicia a su nombre. Había tanto laderas como pinos, aunque no en exceso. Entre los colegas de Erie, también guardaba la reputación de producir adolescentes salvajes. En la noche de Halloween, las patrullas de policía vigilaban el barrio como si fuese Compton o Watts, y los cuerpos paramédicos de emergencia y primeros auxilios estaban atentos a las heridas inevitables de proyectiles de botellas, M-80, vidrios rotos y buzones explosivos.

En el corazón del barrio serpeaba O'Hara Drive, una pendiente muy inclinada de breve longitud, llena de curvas. No medía más que una cuadra, con calles que desembocaban en ella y subían hacia las laderas de los cerros más altos de la zona. Desde arriba se podía ver el aeropuerto, a menos de dos kilómetros de distancia. Y otra cumbre ofrecía el panorama del basurero municipal.

La casa situada en O'Hara Drive 1701 no era simplemente la casa en donde vivió Joel Korfmann, el vendedor de seguros. Fue también el sitio donde murió. Cuando Erie llegó, encontró en la entrada dos carros estacionados: un Ford Taurus plateado de mediados de los 90 y una camioneta pick-up, también Ford, de color rojo. Él se acordaba del Taurus.

Dejó el carro junto a la acera y fue andando a la casa. Todas las cortinas se hallaban cerradas. Al pie de la entrada para autos yacía tirado un gran bote de basura de plástico.

Llamó al timbre y esperó. Dio golpes en el metal desvencijado de la puerta de red. Se movieron las cortinas de la ventana frontal y se asomó el rostro de una mujer entre las sombras. Erie trató de sonreír para inspirarle confianza. Sacó su placa de policía.

—Soy el detective Erie, señora Korfmann.

El rostro desapareció. Erie esperó un poco más. Por fin se abrió la puerta de la casa. La puerta mosquitera frente a ella permaneció cerrada.

Todas las luces de la casa estaban apagadas. Candace Korfmann dio un paso atrás para evitar la luz del sol.

—Hola —lo saludó la mujer.

—Hola, señora Korfmann. He venido esta mañana solo a hacer unas preguntas para el seguimiento del caso. ¿Es buena hora para hablar?

—Por supuesto —replicó, con una voz casi sin vitalidad.

Vestía una bata. Erie recordó que era lo que la gente solía llamar un ama de casa, dedicada al hogar. Tras la muerte del marido, perdió el punto focal de su vida, sin tener algún empleo donde poner su atención. Tampoco tuvo hijos que la mantuvieran ocupada y le apartaran la mente de todo lo sucedido en el pasado, en su propia cocina. La visualizó pasando todo el día sola en su duelo oscuro dentro de la casita blanca.

—Qué bien —aprobó Erie—. En primer lugar, necesito decirle que no tenemos ninguna nueva pista. Pero hemos designado a un investigador del caso a partir de la semana entrante, el detective David Rogers. No pierda las esperanzas, señora Korfmann. Es un buen detective.

Después de una breve pausa respondió asintiendo:

—Bueno. No las perderé.

—Muy bien. En segundo lugar, estaba pensando si tendría usted algo nuevo que decir, recuerdos o ideas que pudieran ser útiles para la investigación.

La señora Korfmann lo miró impasible. De pie en las sombras, del todo inmóvil, parecía plana, unidimensional, reducida a la silueta de una mujer. Su forma —los hombros vencidos, el pelo enmarañado y la cabeza inclinada a un lado— le recordó a Nancy hacia el final, cuando se puso tan débil que apenas se sostenía.

—Puede ser cualquier cosa —prosiguió el detective—, incluso rumores que corran por el barrio. Cada detalle puede ser importante, señora Korfmann.

Ella meneó la cabeza con lentitud.

—No sé qué decirle. Yo no me he enterado de nada.

—No importa. No hay motivo para que usted haga nuestras labores. Solo resta una cosa que quisiera decirle.

Sacó una tarjeta del bolsillo del saco.

—Quiero entregarle esta tarjeta. Es el número de una mujer que yo conozco. Ella conduce un grupo para… aquellos que quedan atrás. Un grupo de apoyo para sobrevivientes. Tal vez quiera usted llamarla.

Durante un buen rato la señora Korfmann no hizo el menor movimiento. De pronto abrió la puerta y tendió la mano para tomar la tarjeta. Cuando se puso bajo la luz, Erie notó la palidez de su cara y el hueco en sus ojos. Observó una leve inflamación en el labio inferior y una marca oscura, ligeramente azul, bajo el ojo izquierdo.

—Gracias —dijo.

—De nada. Cuídese, señora Korfmann.

Ella asintió y cerró la puerta.

10:24 A. M.

Erie encendió el motor de su carro. El reloj digital del tablero cobró vida. Ni siquiera llevaba una hora en el caso Korfmann, y ya había terminado. Cruzó el pueblo solo para agitar los recuerdos dolorosos de una mujer triste y solitaria. No restaba nada que hacer, más que volver a la oficina y platicar con cualquiera que tuviera disposición de acompañarlo. Recordar los buenos tiempos, relatar historias y leyendas, y no hacer nada. Después se iría a su casa.

Apagó el motor y salió del auto. Cruzó la calle y fue a la casa frente a O'Hara Drive 1701, donde llamó al timbre. Un anciano abrió la puerta. Llevaba gafas con cristales tan gruesos que Erie no podía verle los ojos, solo grandes y relucientes óvalos azul pálido.

—¿Sí?

Erie sacó la placa.

—Buenos días, señor Wallender. Soy el detective Erie. Usted y yo hablamos hace unos diez meses.

El hombre se inclinó para mirar la placa.

—Claro que lo recuerdo, detective. Pase usted.

Fue arrastrando los pies hacia la habitación siguiente, seguido por Erie.

—Siéntese ahí mientras traigo café —indicó antes de dar vuelta en un rincón—. Lo tengo puesto en la estufa. Todos los días preparo una cafetera y me bebo dos tazas. No sé por qué sigo haciendo eso. Diariamente tiro más café en el fregadero de lo que bebe casi todo el mundo en una semana.

Erie oyó puertas de gabinetes y cajones que se abrían y cerraban, la porcelana deslizándose sobre el mostrador y el zumbido de un refrigerador abierto.

—Yo tomo el mío negro, señor Wallender —le avisó.

—¿Han logrado arrestar al asesino de Joel Korfmann?

—Aún no. Por eso he venido a verlo. Estoy dando seguimiento a varias preguntas.

Wallender volvió a la salita con un tazón en cada mano. Le dio uno a Erie. El líquido mostraba el matiz de café con leche descremada. Erie no lo probó.

—Me he estado preguntando si no habrá usted oído o visto algo que pudiera referirse al caso.

Wallender se reclinó en un sillón.

—Mantengo mi atención en los chicos del barrio. Siempre están planeando alguna diablura. Hace un par de meses llamé a la policía. Pensaba haber visto a uno de ellos con dinamita. Vino un policía. ¿Conoce usted al oficial Pyke?

—Sí, lo conozco.

La visión y el oído del anciano tenían sus dificultades, pero su memoria se hallaba en excelente estado.

—¿Ha hablado usted con la señora Korfmann? ¿Tiene alguna idea sobre su estado actual?

Wallender se acercó el tazón a los labios, con las manos temblando.

—Por un tiempo no se le vio por aquí. Pensé que se habría ido con parientes o algo parecido —dijo el anciano—. Estuvo fuera unos dos meses. Al volver, lucía bien. Me encargué de ir a visitarla de cuando en cuando para conversar un poco.

—¿Le pareció que estaba bien mentalmente?

Wallender se encogió de hombros.

—Hasta donde pude ver. Siempre vivieron aparte, ella y el marido. Por un tiempo ella se volvió más amigable, pero su joven empezó a rondar por aquí y volvió a ser la Candace de siempre.

—¿Su joven? ¿Quiere decir que tiene novio?

—Creo que se le puede llamar así. Deja el camión casi todas las noches en la casa.

—¿Hace cuánto tiempo que empezó eso?

—Un par de meses, o quizás un poco más —indicó Wallender, con los labios finos dando forma a una sonrisa maliciosa—. No se ponga a pensar mal, detective Erie. Necesitaba un hombre y lo ha encontrado. Es comprensible. La gente se siente sola. Yo sé algo del tema. No es fácil vivir solo.

Erie quiso devolverle la sonrisa, y no pudo. Su boca y toda su cara se sentían tiesas, muertas.

—No tengo malos pensamientos, señor Wallender. Solo tengo curiosidad. Es parte de mi trabajo.

—Claro, claro, lo entiendo. Supongo que también yo tengo curiosidad. Pero cuando se es un vecino, al curioso lo llaman metiche.

—¿Ha podido hablar con el joven de la señora Korfmann?

—Lo he intentado. No es persona de mucho hablar. Me he acercado a platicar una o dos veces, cuando lo vi trabajando en su camioneta. No tenía

mucho que decir. En realidad, me recuerda mucho a Joel… al señor Korfmann.

—¿Pudo enterarse de su nombre?

—Ray. No mencionó su apellido. Trabaja como mecánico en DeRogatis Ford —le informó el anciano, volviendo a sonreír—. Eso es todo lo que le saqué, jefe. Si quiere que vuelva a tratar, tal vez pueda conseguir su número de seguridad social.

Erie por fin encontró humor para sonreír.

—Es usted todo un personaje, señor Wallender.

—Claro que soy un gran personaje —dijo el viejo con evidente orgullo—. Solo quisiera que más personas lo supieran.

10:43 A. M.

Erie estaba de vuelta en su carro, encarándose con el prospecto de volver a la estación y pasar la tarde matando el tiempo, el fin de semana matando el tiempo, los años matando el tiempo hasta que finalmente el tiempo lo matara a él.

Pensó en Candace Korfmann. Su mirada con ojos muertos, el modo en que se escondía de la luz, el ojo morado. Intentó no tener malos pensamientos sobre Ray. Pero no pudo controlarse. Los buenos policías y las trabajadoras sociales olfatean los casos de abuso a kilómetros de distancia, y a Erie le llegó el aroma en el aire alrededor de O'Hara Drive 1701. Tal vez no fuese capaz de atrapar a un asesino en un solo día, pero podía detectar a un golpeador de mujeres. No estaba seguro, empero, sobre qué hacer al respecto.

Encendió el motor y metió la palanca de velocidades. Al alejarse de la acera notó movimientos en una de las ventanas de la casa de Korfmann: una forma oscura rápidamente tapada por el movimiento de la persiana. Alguien estuvo observándolo.

Dirigió el auto a la intersección de Oak Hill Road y la carretera 41, domicilio de DeRogatis Ford.

11:10 A. M.

Un vendedor cayó sobre Erie antes de que pudiera descender de su auto.

—¡Muy buenas tardes tenga usted! ¿En qué le puedo servir el día de hoy?

Erie le enseñó la placa.

—Me agradaría hablar con el encargado del taller mecánico.

De inmediato se materializaron gotitas de sudor en la frente del vendedor.

—No se preocupe —lo tranquilizó Erie—. Es una verificación de rutina.

El vendedor seguía presa del pánico.

—No tiene nada que ver con DeRogatis Ford —agregó el detective—. Estoy tratando de localizar a alguien que puede ser uno de los empleados. No está en ningún problema. Como ya dije, es pura rutina.

El vendedor asintió y le ofreció a Erie una sonrisa sin convicción alguna.

—Claro que sí, oficial. Siempre estamos en la mejor disposición de colaborar con lo mejor de River City. Venga por aquí.

El vendedor lo llevó a través de la sala de exhibición a un taller con gran actividad. Trabajaban sobre unos ocho automóviles, algunos con el cofre abierto, otros en elevadores hidráulicos. A un lado, los clientes aguardaban en una sala de espera, viendo *El show de Jerry Springer*. El vendedor le señaló a un hombre de poca estatura y aspecto asiático inclinado sobre el motor de un Escort.

—Él es Frank Takarada. Es quien lleva el taller.

El vendedor sacó una tarjeta de negocios del bolsillo de la camisa.

—Si quiere hablar de carros, soy la persona más adecuada. Estoy aquí de martes a sábado.

Le dio la mano a Erie y se alejó a buen paso.

Erie se guardó la tarjeta y se acercó a Takarada. El mecánico lo observó con cautela al ver que se le aproximaba.

—Señor Takarada, ¿podría hablar con usted un momento, por favor?

—Estoy muy ocupado. Quizá más tarde.

A veces, mostrar la placa trae resultados rápidos, pero otras veces, sobre todo en lugares públicos con mucha gente alrededor, irrita o avergüenza a las personas. Erie se inclinó y bajó la voz.

—Soy un detective de la policía, señor Takarada. Le prometo que solamente necesito cinco minutos de su tiempo. ¿Tiene usted una oficina donde podamos hablar?

Takarada sacó un trapo grasiento del bolsillo y se limpió las manos.

—Venga por aquí —gruñó.

Condujo a Erie a un rincón en la parte de atrás del taller. Refacciones automotrices en bolsas de plástico colgaban de clavos en un panel grande, que Takarada rodeó. Erie lo siguió y se encontró en una oficina improvisada con escritorio, una terminal de computadora y archiveros cubiertos de papelería.

Sujeta a la pared, una tabla con clavos sostenía una serie de llaves de automóviles.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Takarada.

—Necesito saber si trabaja aquí un mecánico que se llama Ray o Raymond.

—No.

Erie se sintió avergonzado por su tontería. Siguió una corazonada, algo que no tenía que ver con su trabajo, basado en la memoria de un anciano que vivía recluido. A punto de disculparse y salir de ahí, Takarada volvió a hablar.

—Es decir, ya no trabaja aquí, pero hace unos meses sí tuvimos a alguien con ese nombre. Ray Long.

—¿Qué sucedió?

—Tuvimos que dejarlo ir —dijo Takarada, parodiando las formas corteses.

No quiso decir más.

—Esto queda fuera de registro, señor Takarada. Queda entre usted y yo. Puede hablar con claridad.

—Conforme —aceptó Takarada, que pareció alegrarse por la licencia concedida—. Es un asno. Siempre lo fue. Lo aguanté durante dos años hasta que…

Simuló el movimiento de dejar caer una pelota para patearla.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace seis semanas, o dos meses, algo así.

—¿Qué pasó?

—En lugar de llegar tarde una o dos veces por semana, llegaba tarde todos los días. En vez de tener resaca parte del tiempo, tenía resaca siempre.

—¿Cuál fue su reacción cuando lo despidieron?

Takarada se rio con cierta amargura.

—Típica reacción machista y estúpida —repuso, y le dio a su voz un acento de Indiana del Sur—. «¿Conque es así, hombre? Mira, en cualquier caso no necesito este estúpido empleo. ¡Tengo todo resuelto! ¡Fastídiense!».

Erie sintió hormigueos en los dedos de las manos y los pies, como le pasaba cada vez que sentía abrirse una puerta. Se forzó a relajarse antes de volver a hablar.

—¿Así que dijo «Tengo todo resuelto»?

—Algo por el estilo, sí.

—¿Sabe usted si una señora llamada Candace Korfmann vino a que le dieran servicio a su carro en estos últimos meses? Un Taurus plateado, como

del 95 o el 96.

El mecánico se mostró molesto.

—Tengo que consultar los registros.

—Lo agradecería mucho, señor Takarada. Es de verdad importante.

—¿Cómo se escribe el nombre? —suspiró el señor Takarada ponderosamente, mientras se ponía frente a la terminal de la computadora y se sentaba.

El cerebro de Erie iba por delante del tecleo de Takarada. El registro del taller indicaría que Candace Korfmann llevó el auto dos o tal vez tres meses antes. Raymond Long trabajó en ese carro. La vio esperar; no era poco atractiva. Le mostró algo del coche y comenzó a coquetear. Pudo sentir su vulnerabilidad. Logró que aceptara salir con él. Descubrió que era viuda. Su marido fue agente de seguros. Cuando él murió, ella recibió una fuerte suma de dinero. Raymond Long vio su oportunidad. Logró meterse en su corazón, y después en su casa. Ahora pensaría tener todo bajo control. Erie encontraría la manera de probar que estaba en un error.

—Sí, aquí aparece una Candace Korfmann. Maneja un Taurus 1995, tal como adivinó usted.

—¿Dice ahí quién trabajó en su carro?

—Claro, aquí están sus iniciales: «R. L.».

Erie asintió con satisfacción.

—Raymond Long. ¿Eso fue en junio o julio?

—Ni siquiera cerca.

—¿Qué?

Takarada quitó la vista de la computadora.

—Mejor pruebe el mes de mayo… del año pasado.

Erie miró la máquina mientras su mente corría a toda velocidad. Su teoría favorita quedaba hecha pedazos.

En pocos segundos apareció otra en su lugar.

Realizó un gesto para indicar la tabla con llaves en la pared.

—¿Son de los carros en que está trabajando?

—Y también de los que están en espera, sí.

—¿Trabajan también con camionetas tipo van?

—Claro, de vez en cuando —dijo Takarada alzando los hombros.

Erie se quedó pensando un instante.

—¿Se le ofrece algo más?

Era evidente que Takarada sentía ansiedad por volver a su trabajo.

—Si pudiera usted imprimir eso, lo apreciaría mucho.

Antes de que Takarada pudiera gruñir o alzar los ojos al cielo, Erie se apresuró a añadir:

—Después me marcharé. Usted ha sido de gran ayuda. Se lo agradezco.

Takarada comenzó a girar hacia el teclado de nuevo, pero se detuvo.

—¿Puede usted decirme de qué se trata esto? ¿Se metió Long en dificultades?

Erie le dio la respuesta segura de los policías:

—No. Es una investigación de rutina.

Pero él sabía que las dificultades se encaminaban hacia Ray Long. Erie abrigaba la esperanza de entregárselas personalmente antes del fin del día.

11:44 A. M.

Erie fue a comer a un Denny's al otro lado de la calle de la tienda de Ford. Demasiadas personas lo esperaban en Peppy's, el restaurante a la vuelta de la estación de policía. Prefirió darse la oportunidad de pensar.

No notó el sabor de su club sándwich de pavo ni de las papas fritas. Extendió frente a él sobre la mesa el archivo del asesinato de Joel Korfmann.

Erie se congratuló al constatar que el reporte estaba hecho a conciencia, con exactitud y orden. Meses antes él mismo lo había redactado.

En la víspera de Año Nuevo, aproximadamente a las nueve y quince de la noche, Joel Korfmann fue golpeado en su casa hasta morir. La víctima, de cuarenta y un años, era un representante de Lutheran Family Insurance que había pasado el día visitando clientes potenciales. Al anochecer, pasó a la oficina para encargarse de los papeles (después de esa información aparecían entre paréntesis las palabras: «¿Indicios del carácter de la víctima?». Eran palabras en código. Su significado era: «¿Qué clase de patán se dedica a vender pólizas de seguros en la Nochevieja, cuando podría estar con su familia y sus amigos?»).

Las grabaciones de seguridad lo mostraban saliendo del trabajo a las ocho cuarenta y tres de la noche. Habría tardado como media hora en llegar a su hogar en el carro.

La esposa de la víctima, de treinta y ocho años, pasó la tarde con su hermana, Carol Lane Biggs, y su cuñado, Rudy Biggs. Los testigos los ubican en la posada Dew Drop de la calle Division desde las ocho y media de la noche hasta aproximadamente las doce y media de la madrugada.

Carol y Ruddy Biggs llevaron a su casa a Candace Korfmann, y llegaron a las doce cincuenta y cinco. Los tres entraron a la casa. La señora Korfmann notó de inmediato la ausencia de varias cosas: una televisión GoldStar, una videograbadora Sony, un estéreo Sony. En la cocina Rudy Biggs descubrió el cadáver de Joel Korfmann. Había sido golpeado por detrás con un objeto grande y pesado. Los médicos forenses determinaron que fue golpeado cinco veces con la culata de su propia escopeta, que también se reportó entre los objetos faltantes.

Casi todos los vecinos de los Korfmann pasaron la noche fuera de casa, celebrando la festividad. Pero un tal James Wallender, un hombre de edad avanzada que vive solo al otro lado de la calle, informó haber visto una camioneta van de color oscuro estacionada cerca de la casa aproximadamente a las ocho y media de la noche. Posteriormente Wallender dijo haberla visto dentro del terreno de la casa (entre paréntesis: «El testigo parece ansioso de ayudar a la investigación». Era la manera que tenía Erie de sugerir que este hombre no era un testigo demasiado confiable. En ocasiones, las personas solitarias tenían tanto deseo de complacer que «recordaban» cosas que jamás vieron).

La conclusión del reporte consistió en que la víctima sorprendió a uno o más individuos en el proceso de robar la casa. Al ver la casa oscura durante la festividad, los perpetradores debieron de haber supuesto que los residentes estaban de viaje o que estarían toda la noche fuera celebrando. Era una situación frecuente.

Cuando Erie redactó ese reporte no se había conseguido ningún tipo de pruebas. No se hallaron huellas dactilares, pelos ni marcas de llantas que pudieran ligarse con el crimen, y los artículos robados nunca volvieron a aparecer. Y eso no se había alterado. Erie continuaba sin pruebas. En cambio, poseía algo nuevo: una corazonada.

Durante el camino de vuelta a la estación después del almuerzo, su mente divagó hacia el tema de Raymond Long. Se lo representó como un joven *redneck* de pelo largo con brazos musculosos y mirada de fiera. Lo visualizó matando a Joel Korfmann. Golpeando a Candace Korfmann y, por último, matándola en un acceso de ira… o solo porque le venía bien.

Pudo verlo todo con diáfana claridad. Long el manipulador. Long el asesino. Joel y Candace Korfmann sus víctimas.

Lo único que vino a interrumpir el curso de sus pensamientos fue una idea vagabunda salida de otra parte del cerebro mientras maniobraba en el tráfico de la tarde. Era la imagen de carros y camiones subiendo y bajando por la

calle Green River, dejando una estela de animales atropellados sobre el asfalto, al lado de la carretera, o amontonados en zanjas. Esperaba que la gatita negra se hallara segura.

1:10 P. M.

En la estación, Erie consultó los expedientes para saber si «Long, Raymond» tenía antecedentes criminales. No quedó decepcionado por lo que encontró. Tres cargos por perturbar la paz, dos por ataques a golpes, dos por conducta desordenada, un asalto y lo inevitable: conducir en estado de ebriedad y resistirse al arresto. A lo largo de los años cumplió un total de quince meses encerrado en la cárcel del municipio de Vanderburgh.

Las fotos lo sorprendieron, sin embargo. Long tenía treinta y siete años y se le notaba cada día de su existencia. Era medio calvo, con nariz chata y cachetón. No tenía el aspecto de un joven diablo encantador capaz de seducir a una viuda vulnerable, o futura viuda. Erie pensó que tendría que ser un gran conversador.

Erie volvió a su despacho (aceptando en el camino varias manos tendidas y palmadas en la espalda) y comenzó a llamar a las empresas que rentaban bodegas en la ciudad. Habló con personas que entendieron lo que quería saber, pero ninguna pudo ayudarlo. No habían alquilado espacios a ningún Raymond Long durante el año anterior. Sí; lo llamarían inmediatamente si algún Raymond Long acudía a sus oficinas.

Tras decir por décima vez «Muchas gracias, buen día», Erie colgó el teléfono y salió de la oficina. Llegaba el momento de hablar con Raymond Long.

2:17 P. M.

Cuando Erie llegó a O’Hara Drive 1701 había algo diferente. Se echó a andar lentamente hacia la casa mientras intentaba detectar en qué consistía.

Las cortinas seguían cerradas. El Taurus y la camioneta continuaban estacionados al frente de la casa. El bote de basura seguía volcado en el patio.

Al subir hacia la casa pasó junto a la camioneta, y ahí se dio cuenta. El vehículo estaba salpicado de lodo, lodo que no estaba ahí por la mañana. Erie cruzó la calle y llamó al timbre de James Wallender.

—Hola, jefe —lo saludó el anciano al abrir la puerta—. Me anduve preguntando si volvería a verlo. Pase, por favor.

—Lo siento mucho, señor Wallender, ahora mismo no tengo tiempo de hacerle una visita. Solo le quiero preguntar si el día de hoy ha notado alguna actividad en la casa de los Korfmann.

—Bueno, me he asomado una o dos veces a la ventana desde que usted vino —dijo Wallender guiñando un ojo—. Espere un instante.

Se alejó arrastrando los pies y volvió enseguida con un bloc de notas pequeño que agarraba con mano trémula.

—Usted se fue de aquí aproximadamente a las diez cuarenta y cinco de la mañana. Hacia las once el tal Ray metió la camioneta al garaje y bajó la puerta. A las once y veinte salió de nuevo y se fue por un rato.

—¿Llevaba algo en la camioneta cuando se fue?

—Sí. Algo grande y verde.

—¿Verde?

Wallender consultó sus notas.

—Sí, verde. Al menos eso me pareció —dijo, y dio unos golpecitos a sus gafas—. He de mirar todo a través de estos fondos de botella.

—¿Pudo ser una lona envolviendo algo en la parte de atrás de la camioneta?

—Desde luego —asintió Wallender—. Pudo ser eso.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera Ray? —Wallender volvió a consultar sus notas.

—Cuarenta y cinco minutos.

Erie le tendió la mano. Wallender se la estrechó.

—Señor Wallender, por los poderes que me confiere el estado de Indiana, lo declaro un agente júnior.

Wallender sonrió.

—Siempre dije que de mayor quería ser detective.

3:10 P. M.

Los zapatos que Erie limpió con tanto cuidado esa mañana estaban ya cubiertos de lodo, café molido y misteriosos fragmentos de basura. Los pantalones mostraban más manchas de lo mismo, y además se habían desgarrado al atascarse en una pieza de metal escalonado en una de las piernas. Hasta la corbata comenzaba a oler mal.

Ya había otros dos buscadores de basura, una pareja de gordos con prodigiosas barrigas que se derramaban de sus camisetas mugrosas. Lo habían visto ya —un hombre de mediana edad, bien vestido, revolviendo pilas de basura en el tiradero municipal—, y lo miraban como a un animal exótico y peligroso dando vueltas dentro de una jaula en el zoológico. Mantuvieron su distancia, y por fin se alejaron en una camioneta abollada repleta de juguetes descartados, ropa y aparatos descompuestos.

Erie se dijo que no buscaría más que durante otra media hora. Si no lograba encontrar nada, volvería a Pine Hills para confrontar a Raymond Long. No causaría una impresión muy fuerte en su estado actual. Tal vez después de otros treinta minutos de lidiar con la basura olería tan mal que Long confesaría todo con tal de que se alejara de él.

Lo ridículo de sus esfuerzos le hicieron echar de menos a Nancy. Deseaba volver a su casa y contarle todo lo sucedido. No podría determinar si su último día resultaba triste, gracioso, triunfal o desastroso si no veía la expresión de su rostro para poder medirlo.

A la distancia oyó el ruido de llantas que rodaban sobre la grava. Más exploradores de la basura subían por las curvas del camino al tiradero. Erie se iba a exhibir de nuevo. Pensó en abandonar su disparatada teoría y volver a su casa para darse un buen baño prolongado.

En ese momento lo encontró. Estaba bajo una caja aplanada de cartón, de las que se usan para envolver lavadoras. Un televisor GoldStar. La pantalla estaba rota y el plástico de arriba tenía grietas, pero estaba relativamente libre de lodo y otras inmundicias. Erie verificó la parte de atrás. Aunque habían intentado darle aspecto de un aparato viejo y roto, no se tomaron la molestia de borrar el número de serie.

Erie se metió a la siguiente pila de basura con la energía de un maniático, haciendo a un lado bolsas y cajas de basura. Al fondo halló una videograbadora Sony, rota por arriba como si alguien hubiera saltado sobre ella. La recogió y examinó la parte de atrás. De nuevo, ahí seguía el número de serie.

Le tomó tan solo otro minuto de revolver para dar con el estéreo. Se hallaba cerca, bajo una pila de periódicos. Apenas estaba dañado. Y también conservaba su número de serie en la parte trasera.

Faltaba tan solo un objeto, pero era el más importante de todos. Cuando lo encontrara, podría llamar a los técnicos en pruebas para conseguir impresiones dactilares y buscar huellas de llantas correspondientes a las

ruedas de la camioneta de Raymond Long. Las huellas deberían verse por ahí cerca. Erie se dio vuelta para mirar.

Raymond Long se le acercaba andando.

—¿Es esto lo que busca —preguntó?

Sostenía una escopeta apuntada a Erie, con el dedo puesto sobre el gatillo.

En el tiempo que tardó Long en dar otros dos pasos, Erie ya tenía consideradas cinco opciones: tirarse al suelo y rodar sacando su pistola; atacar a Long e intentar quitarle el arma; alzar las manos y fingir ignorancia; alzar las manos y tratar de persuadir a Long de que se rindiera; echarse a correr como loco. Esos pocos segundos le bastaron a Erie para darse cuenta de que todas esas opciones eran pésimas. Pero eligió una de ellas, de cualquier modo. Alzó las manos y empezó a hablar.

—No hagas una tontería, Ray. Mucha gente sabe en dónde estoy. Si me sucede algo, sabrán a quién apuntar el dedo.

Long se detuvo a unos siete metros de Erie. A esa distancia el resultado de un disparo de escopeta era del todo indudable.

—¿Sí? Para cuando se pongan a apuntar con el dedo yo estaré a cientos de kilómetros de distancia.

Su voz expresaba las baladronadas de los buscapleitos. Pero Erie alcanzó a ver que el sudor le empapaba la cara y percibió las manchas que le crecían bajo las axilas.

Erie meneó la cabeza.

—No lo vas a lograr. Dondequiera que intentes ir. Los asesinos de policías no logran escapar nunca. Los demás policías lo consideran asunto personal. Acabarás por enfrentarte a una acusación en Indiana por asesinato que conlleva la pena de muerte.

—¿No quisiste decir *dos* acusaciones por asesinato? —dijo Long en tono de burla. Su cara se prestaba a la burla. Parecía haber practicado a lo largo de los años.

—Mejor no hables más, Ray. Baja la escopeta y permite que te entregue. Eso te aconsejaría un abogado. Todavía no has cruzado la línea, aún no te arruinas por completo. Si bajas el arma, las cosas aún podrían funcionar para ti y para Candace.

Erie supo enseguida que acababa de cometer un error. Tan pronto pronunció el nombre de Candace, la expresión de burla se tornó en rabia feroz. Erie apretó el botón equivocado. Ahora no le quedaba más remedio que quitarse del lugar en donde se hallaba.

Erie se echó a la izquierda, girando en el aire para recibir los perdigones en la espalda, las nalgas o las piernas, en lugar de la cara y el pecho. Se oyó la explosión, y sintió en el costado un dolor agudo, pero no tan grave como para hacerlo parar. Rodó en el suelo y apuntó la pistola a Long.

Pero Long ya no estaba allí. Se hallaba tirado en el suelo. Erie lo miró durante un segundo, atónito. Long no se movía.

Erie se levantó y un fuerte dolor se despertó en un lugar ya conocido: sus ejercicios le desgarraron la sección lumbar de la espalda. Avanzó cojeando hacia Long, y cada paso hacía surgir más dolor en la espina dorsal.

Long estaba hecho un asco. Y estaba muerto.

Erie conjeturó que habría doblado el cañón de la escopeta o atascado la cámara cuando le pegó a Joel Korfmann. Pudo incluso usar la culata para golpear el televisor, la videograbadora y el estéreo. Cuando intentó dispararle a Erie, la escopeta explotó y lanzó esquirlas de metal y madera en todas direcciones, pero sobre todo al cuerpo de Long.

Erie se examinó el lado izquierdo del abdomen, donde un momento antes sintió dolor. Tenía una herida, pero no de perdigones o esquirlas. Su camisa estaba desgarrada, y una cortada pequeña y poco profunda sangraba sobre la camisa blanca. Después de saltar había aterrizado sobre algo filoso.

Se echó a andar muy lentamente hacia el carro, intentando recordar cuándo se había aplicado por última vez la vacuna antitetánica.

3:55 P. M.

Tal como solicitó al despachador de la policía, una patrulla lo aguardaba en O’Hara Drive 1701.

—Caray, Larry, ¿dónde aterrizó el tornado? —preguntó uno de los oficiales mientras se acercaba cojeando a la patrulla.

—Justo encima de mí, ¿no se me nota?

—¿Qué historia hay aquí? —preguntó el otro policía.

—Necesito recoger a alguien para interrogarla. No preveo dificultades, pero quise tener apoyo, por si acaso. Nada más permanezcan aquí los dos para observar.

—Permanecer y observar —repitió el primero de los policías, dando un saludo militar a Erie—. Es lo que mejor sé hacer.

Erie se acercó a la casa y llamó al timbre. Candace Korfmann abrió la puerta casi de inmediato.

—Lo estaba esperando a usted —anunció.

Iba vestida de *jeans* y una sudadera de la Universidad Comunitaria de River City.

—Estoy lista para que me lleven —añadió. Salió de la casa, cerró la puerta y pasó rozando a Erie.

—Ese es su auto, ¿no? —dijo, apuntando al carro de Erie.

—Sí.

Se acercó al automóvil con pasos rápidos. Erie la siguió.

—¿Quiere que vaya adelante o atrás? —preguntó ella.

—Puede sentarse adelante.

La señora Korfmann abrió la puerta y se metió al carro. Erie se colocó cauteloso en el asiento del conductor y puso el motor en marcha. Hizo una seña con la mano a los policías que lo observaban, indicando «todo bajo control».

—Espero que usted no esté herido —dijo la señora Korfmann cuando se pusieron en marcha.

—No estoy arrestándola, señora Korfmann. La llevo a una entrevista, eso es todo. No tendrá que decir nada, si no quiere.

—¿Él ya está muerto?

Erie retiró la mirada del camino durante un momento para observarla.

—Sí, Raymond Long está muerto. Murió hace una media hora.

Ella gruñó. Avanzaron en silencio un buen rato.

—Él mismo tuvo la culpa —anunció ella de pronto—. Se mató cuando apretó el gatillo.

No quiso mirar a Erie mientras hablaba, sino que miraba fijamente hacia delante.

—¿Qué me dice?

—Llené el cañón de aislante la semana pasada —declaró ella, aún sin mirar a ninguna parte, aunque empezaron a rodar lágrimas por su rostro—. Tuve miedo de que me disparara con ella.

—¿Abusaba de usted?

—Sí.

Erie le echó otro vistazo. Ella seguía llorando, pero su cara no tenía ninguna expresión.

—Él fue su amante —dijo él.

—Sí.

—Y mató a su marido.

—Sí —replicó ella sin titubeos.

—Usó una camioneta de DeRogatis Ford para simular el robo.

—Sí.

—Guardó las cosas que se llevó de su casa, y las volvió a traer cuando se fue a vivir con usted.

—Sí —escupió la palabra—. Era un idiota.

—¿Repetirá todo esto cuando lleguemos a la comisaría? ¿En una declaración formal?

—Sí.

Recorrieron otros dos kilómetros antes de que Erie hablara de nuevo.

—¿Por qué lo soportó? ¿Se enamoró de él?

La señora Korfmann se volvió a mirarlo. Aquella mañana le había recordado un poco a Nancy. Pero ese parecido se había esfumado, aplastado con el resto de su espíritu.

—Joel también solía pegarme —dijo—. Ray prometió que me iba a proteger.

5:25 P. M.

Repitió su declaración formalmente, tal como había prometido. Erie permaneció en la sala de entrevistas solo hasta asegurarse de que todo quedaba en la grabación. Pero dejó que Dave Rogers preparara su declaración y la hiciera firmar. Erie se limitó a levantarse para decir:

—Estoy cansado, Dave.

Y salió a la calle.

Afuera lo esperaba Hal Allen.

—No lo habría adivinado jamás —le dijo Allen—. Todos estos años lo has podido disimular. De haber sabido que resolvías casos de asesinato en un solo día, nunca te habría permitido partir.

—Ya es demasiado tarde, jefe —replicó Erie—. ¿Puedo ya irme a casa?

—En un segundo. Quería verte antes de terminar el día, ¿recuerdas?

—Es cierto. Supongo que necesitas esto.

Erie se quitó la placa del cinturón y se la entregó a Allen.

—Y también esto —añadió, mientras sacaba la pistola de la funda y se la devolvía también.

—Bueno, sí, necesitamos estas cosas.

Allen metió ambas en un bolsillo del saco.

—Pero no es eso por lo que necesitaba verte. ¿Aún tienes tarjetas de Julie Rhodes, la terapeuta de duelo?

—Ajá.

—¿Puedes mostrarme una?

Erie sacó una de las tarjetas. Se la dio a Allen, que la miró durante un momento antes de devolvérsela.

—Ten —dijo Allen—. Creo que deberías usarla.

5:50 P. M.

Erie paró en una tienda de abarrotes de camino a su casa. Encontró el vino tinto más barato de la tienda y puso cuatro botellas en su carrito, pero de camino a la caja cambió de parecer.

Encontró el pasillo bajo el letrero *Alimentos para mascotas* y puso una bolsa de arena y una docena de latas de comida de gato en el carrito. Dejó tres botellas de vino en la repisa junto a las «golosinas para gatos».

Al llegar a su casa abrió una de las latas y la vació en un plato pequeño. Sacó el plato al porche, junto con el vino, un vaso y el sacacorchos. Colocó el plato en la vereda y se sentó en el primer escalón de su porche.

Abrió la botella de vino y se puso a esperar.

EL CUERPO DEL LENGUAJE

S. J. ROZAN



La arquitecta S. J. ROZAN ha obtenido un buen número de seguidores y múltiples premios por su serie de ficciones protagonizadas por la detective del barrio chino Lydia Chin y su socio ocasional, Bill Smith. Residente de la zona sur de Manhattan, Rozan escribió una novela sobre el ataque contra el World Trade Center con el título de *Absent Friends*. En este cuento de su primera época figuran los populares personajes Chin y Smith antes de su primera aparición en una novela.

FUE EL PRIMER CASO QUE ACEPTÉ SIN DESEARLO. Mis instintos no se equivocaron, además, pues resultó también el primer caso que me obligó a cuestionar si quería seguir siendo investigadora privada el resto de mi vida.

—Ella en realidad tampoco quiere mi participación —dije, furiosa.

Manifesté esas protestas a mi socio ocasional, Bill Smith, en la tienda Peacock Rice, sobre la calle Mott.

—Es porque no hablo mandarín —añadí—. Casi se levanta y se va cuando se enteró. ¡Una taiwanesa engreída! Y se rehúsa absolutamente a hablar en cantonés. Insistió en que habláramos en inglés. ¿Puedes creerlo?

—Pues yo siempre insisto en que hables en inglés —me indicó Bill, mientras alzaba un calamar frito del platón y lo ponía sobre su arroz.

—¡No empieces! —protesté, clavando mis palillos en una masa de berros verdes en una salsa reluciente—. El problema siempre radica exactamente en personas como tú, extranjeros grandotes y torpes.

Bill sostuvo cerca de la boca un trozo de calamar.

—¿Extranjeros?

Yo tenía ánimos de discutir y estaba de mal humor.

—Yo crecí en este país. *Algunas* personas pasaron su infancia trotando por todo el mundo.

—Eso fue en mi adolescencia, y tú creciste en el barrio chino, del que siempre dices que es como vivir en otro planeta. Mira, Lydia, ¿por qué no hablamos del caso antes de que me apuñales con uno de tus palillos?

—Déjame comer antes —dije, malhumorada.

Probé el calamar. Estaba picante y tierno. Me dio un poco de alegría, y el té caliente de jazmín me alegró más. Tal vez tenía baja el azúcar.

—En realidad, creo que nada más me sentía un poco nerviosa.

—¿La señora Lee te puso nerviosa?

Me desagradaba admitirlo, pero era cierto.

—Es una mujer muy poderosa en el barrio chino. Tiene cuatro fábricas grandes.

Fábrica es un término usado en el barrio chino para denotar un taller clandestino de explotación laboral, pero Bill ya sabía eso.

—Mi madre tiene terror de que yo la ofenda. Se sentiría humillada si la señora Lee no aprobara mi persona.

—Pero me dices que no te aprueba.

—No, pero me contrató. No me va a criticar en público mientras trabaje para ella. Eso le daría imagen de tonta, ¿sabes? Contratar a alguien tan poco adecuada como yo.

—Yo creo que eres muy adecuada. Más que adecuada. Deja de mirarme así y cuéntame del caso. Tú me has contratado a mí. ¿Qué hay que hacer?

—Seguir a una mujer. Pensé que tú serías bueno para esa tarea.

—Solamente si es hermosa y pequeña y china y furiosa, igual que tú.

Bebió un trago de cerveza mientras yo lo miraba con rabia.

—Ya sé por qué estás enojada —dijo, poniendo la botella sobre la mesa—. Odias a esta mujer porque te pone nerviosa. Hubieras querido rechazarla, pero tuviste que aceptar el caso para que tu madre no se sintiera humillada, y ahora estás atorada. Tú de verdad odias que te digan lo que debes hacer, ¿verdad?

—Tú deberías saberlo —concurrí y me acabé mi calamar.

La tetera de acero inoxidable no estaba vacía, así que me serví otra taza.

Bill esperó a que terminara de comer antes de sacar sus cigarros.

—¿Está bien? —preguntó.

No supe si su pregunta era sobre si ya podía fumar o si yo me sentía mejor.

—Adelante.

Suspiré y me pasé la mano por la cabeza.

—Creo que tienes razón —añadí.

—Vaya, eso sí que es raro.

Dejó caer un cerillo en el cenicero blanco con un pavorreal rojo.

—Entonces el caso está bien, lo que te molesta es la clienta.

Yo negué con la cabeza.

—Este caso no me agrada.

—¿Por qué? ¿De qué se trata?

—La señora Lee desea que sigamos a la prometida de su hijo, una mujer que se llama Jill Moore.

—El nombre no suena chino.

—La cuestión es esa. Es alta y rubia, y de acuerdo con la señora Lee no merece ninguna confianza. La señora Lee piensa que engaña a su hijo.

—¿Su hijo piensa igual que ella?

—No. Y la señora Lee no quiere que él sepa hasta que hayamos conseguido pruebas.

—¿Tú conoces al hijo?

Asentí:

—Lee Kuan Cheng. Para ti, Kuan Cheng Lee. Unos años más joven que yo, pero cuando creces aquí acabas por conocer a todo el mundo.

—¿Cómo es él?

—A los doce años se enfadó con mis primos gemelos en el patio de la escuela porque le ganaron en una prueba de matemáticas. Es muy competitivo. Pelearon como comadrejas dentro de un costal; tuve que separarlos. Creo que todavía tengo una cicatriz.

—¿Puedo verla?

—De ninguna manera.

—Parece que tus primos también eran competitivos.

—¿En mi familia? No seas ridículo.

Bill sacudió la ceniza de su cigarrillo.

—Entonces, ¿qué es lo que no te agrada del caso?

—Ella quiere que sea verdad.

—¿Quién? ¿La señora Lee?

—Sí, ella. Estaba sentada con una sonrisa que decía: «Te lo dije», como si ella lo hubiera probado ya. «A Jill Moore le gusta el arroz», dijo. Se veía…

¿cómo es eso que dicen ustedes? ¿Como el gato que se comió al canario?

—Eso es lo que decimos nosotros. ¿Qué significa eso de que le gusta el arroz?

—La fiebre amarilla. Gente blanca atraída por asiáticos solo porque somos exóticos, o lo que ustedes piensan que somos.

—Paranoicos.

—¿Eso es atractivo?

—En tu caso, lo es. Sigue.

Suspiré, pero continué:

—Jill Moore y Kuan Cheng son estudiantes en la Universidad de Nueva York. Kuan Cheng está estudiando una maestría para entrar al negocio de su madre. Jill Moore se matriculó en Estudios asiáticos.

—Eso resulta sospechoso.

—Es lo que piensa la señora Lee. Hace como seis semanas Kuan Cheng llevó a Jill al departamento de la señora Lee, para que causara una buena impresión en su futura suegra. Fue la primera vez que se vieron, y la única. Estuvo a solas con Jill durante veinte minutos, y basada en esa conversación está convencida de que a Jill Moore le interesa Kuan Cheng por alguna perversa razón sexual de las criaturas de raza blanca.

—No debes atacar sin antes probar las perversiones sexuales de las criaturas de raza blanca.

—Oh, para ya, Bill.

A veces tengo el humor para esos diálogos con Bill, pero no siempre.

—En todo caso, cuando le pregunté a la señora Lee qué le hacía sospechar eso, me lanzó una mirada de superioridad y dijo: «Una madre sabe. Tú síguela, ya verás». Me dieron ganas de darle un trancazo.

—A mí me suena como si quisiera romper lo que ella considera una relación inadecuada para su hijo —explicó Bill—. No es admirable, pero tampoco resulta raro.

—Es cierto, pero a mí me gustan los finales felices. Si Jill Moore y Kuan Cheng Lee se quieren, ¿qué le importa eso a su madre? Nadie se lo ha preguntado. Pero si no puedo conseguir pruebas de que ella lo engaña, no creerá que es porque ella se equivocó. Recorrerá el barrio chino diciendo a todo el mundo que soy una detective incompetente. Eso sería terrible para mi madre.

—Ya veo —comentó Bill—. No hay modo de que ganes. Si tiene razón, te sentirás desilusionada. Si está equivocada, estarás en problemas.

—Eso es —suspiré—. Exactamente.

Apareció el mesero, sonriendo con timidez. Nos trajo la cuenta y dos tazones de vidrio con una trémula gelatina café coronada con una galleta de almendra.

—¿Eso qué es? —preguntó Bill mirando con suspicacia el tazón.

Volteé hacia la puerta, desde donde el señor Han, el propietario, me sonreía ampliamente. Le hablé en chino y me respondió.

—Es una jalea de pasta de frijol que hace su nuevo chef —le informé a Bill—. Dice que le gusta incluso a la gente blanca.

—Por lo menos admite que soy gente.

—Bueno, no dijo exactamente eso.

Apagó su cigarro y probamos la jalea. Era dulce, con un gusto delicado a lichi y naranja.

—Dile que sí me gusta.

Volví a llamar al señor Han. Desde su lugar junto a la puerta sonrió e hizo una reverencia.

—Lo que hablas con él —preguntó intrigado Bill— ¿es cantonés?

—Ajá. Solo lo usan campesinos como el tío Hun-jo y yo. Estoy segura de que la señora Lee lo entiende, pues ha vivido veinte años en el barrio chino, pero se niega a hablar en una lengua tan ruda y de sonido vulgar.

—¿Tiene sonido vulgar?

—Claro que no.

—No pensé que lo tuviera.

Afuera, en las pobladas aceras, el aire de noviembre se sentía frío.

Unas nubes altas y delgadas diluían la luz del sol y una brisa empujaba papeles de un lado a otro sobre el asfalto, practicando para el invierno.

Al andar en dirección al norte tuvimos que maniobrar rodeando a viejas mujeres chinas con pelo gris corto y chamarras acolchadas que escogían sus verduras, hombro a hombro con clientes de otros rumbos de la ciudad que ni siquiera sabían los nombres de las cosas que compraban. Algunos turistas con cámaras colgadas miraban sus guías impresas, parados en las calles en que yo me crie. Los vendedores callejeros pregonaban calcetines de algodón y coches de juguete controlados por radio en un lenguaje muy limitado: «¡Tres, cinco dólar!» y «¡Se acaban!». Los vendedores callejeros suelen ser los inmigrantes recién llegados: a veces esas son las únicas palabras que conocen.

—Creo que la señora Lee habla un inglés mejor de lo que deja ver —le dije a Bill mientras cruzábamos la calle Canal—. O, por lo menos, lo entiende mejor.

—¿Su inglés no es bueno?

—Es altanero y condescendiente, pero la gramática es pésima. Creo que se niega a aprenderlo o hablarlo mejor, conforme a lo que tiene aprendido. Le parecería una rendición.

Pasamos en fila entre las mesas de un café instalado en las aceras de lo que fue la Pequeña Italia, que así se sigue llamando, aunque los nombres de casi todas las tiendas estén en chino.

—Bueno —dijo Bill—, ¿y ahora qué?

—Ahora iremos a la clase vespertina de Jill Moore para ver hasta dónde podemos seguirla sin que ella se dé cuenta.

—¿Juntos? Más o menos medio metro.

Bill me lleva más de treinta centímetros de estatura y casi cuarenta kilos de peso, además de ser doce años mayor, con manos grandes y una expresión facial que delata sus veinte años de experiencia como investigador privado. Yo soy de talla pequeña, aunque siempre me considero más rápida, y él argumenta que estoy en mejor forma física. Ambos sabemos que tengo mejor puntería, aunque él me enseñó a disparar. Practico mucho.

Y, aparte de todo lo demás, soy china, y él no. Somos una pareja de aspecto raro.

—Juntos no —aclaré—. En lugares diferentes.

Él me enseñó esa técnica, y la usamos con frecuencia. Es conveniente seguir a alguien entre dos, porque aquellos a quienes sigues pueden sorprenderte y confundirse entre la multitud, aunque ni siquiera sepan que los están siguiendo. El único motivo para no emplear la técnica es que el cliente no tenga suficiente dinero para pagar a dos investigadores. Cuando le dije nuestras tarifas a la señora Lee, protestó: «Es demasiado. Por una niña sin experiencia solo pago la mitad», y tuvimos que regatear, pero ya me lo esperaba, así que empecé con tarifas exageradas. Con lo que ella creía pagarme nos obtenía tanto a Bill como a mí.

Me pareció una ganga.

La clase vespertina de Jill Moore tenía lugar en un edificio viejo y blanco de grandes ventanas, propiedad de la NYU en el lado oriente de Washington Square. Ubicarla me llevó casi toda una hora, desde que la señora Lee abandonó llena de desprecio mi oficina hasta que me reuní con Bill para almorzar. Tuve que utilizar dos voces diferentes al hablar por teléfono. Para las oficinas de Vida Estudiantil fingí ser una empleada desorientada de la oficina bursátil que tenía a Jill Moore irremisiblemente confundida con Joe Moore o Joan Moore, o Dios sabe quién. La otra voz, después de obtener el

domicilio y horarios de clase de Jill Moore, fue para el área de estudios asiáticos.

—Hora —dije, confundiendo el sonido de las eles y las erres de la manera como todos suponen que hablamos—. Soy Chin Ling Wan-ju…

Esa fue la parte auténtica de mi discurso. Continué:

—… maestla invitada del Florecimiento Artístico de la Dinastía Ming el día de hoy. Supuesto que debo hablal en «Pelgaminos Espirituales de los Empeladores Ming». Una tontería para confundir cualquier dirección. «Por favor, ¿dónde nos encontlamos?».

Todos me ayudaron con la mayor amabilidad.

Cuando se lo conté, Bill comentó que habrían sido igual de amables si les hubiera hablado con voz de persona normal. Pero me gusta poner a prueba mis habilidades cuando tengo oportunidad.

Armado con la fotografía que me proporcionó la señora Lee de su nuera electa, Bill se instaló en una banca en la orilla del parque junto a otros vagabundos. Sentí que sus ojos seguían mis movimientos cuando crucé la calle para entrar al edificio académico.

Ingresé con un grupo de mujeres estudiantes de la NYU, una vestida de *jeans*, otra con mallas de margaritas de los años sesenta y dos en minifalda. Yo fui la tercera minifalda. El guardia de seguridad, que habría detenido a Bill en un segundo, apenas me miró las piernas para compararlas con las que salían de las otras faldas.

Todas tomamos el ascensor, pero yo salí la primera, en el tercer piso. Di la vuelta hacia el rincón para alcanzar el aula en donde un profesor hablaba a un cuarto repleto de estudiantes sobre el Florecimiento Artístico de la Dinastía Ming. No de los Pergaminos Espirituales, en caso de que existieran tales cosas, de lo cual dudaba yo.

Me instalé en el suelo al otro lado del aula, donde podía ver con claridad a todos los estudiantes, y saqué de la mochila de cuero *El guardián entre el centeno*, libro que leí a los catorce años, del cual nada saqué en claro, pero tal vez en aquel contexto podría darle otra oportunidad.

Después de quince minutos de la otra oportunidad sonó el timbre y se produjo un gran desorden. Las puertas se abrieron por todas partes. Los alumnos que conformaban el grupo de avanzada, que tenían clases en el extremo opuesto del campus, salieron corriendo de las aulas y se metieron a los ascensores o bajaron rebotando por las escaleras antes de que sus profesores terminaran de encargar las tareas de lectura. Después salieron los más lentos, haciendo malabares con libros, cuadernos, mochilas y bolsas de

mano de tamaño desmesurado. Se cerraron los libros de texto y se corrieron cremalleras, y los alumnos comenzaron a gritarse unos a otros por los corredores con voces exuberantes en diversos acentos.

Me puse de pie, tomé la mochila y busqué entre las caras que abandonaban el aula aquella que vi en la foto que me dio la señora Lee.

No fue difícil localizar a Jill Moore. Llevaba camisa blanca y *jeans*, pendientes de bronce y, según pude ver, un pequeño anillo de diamantes en un dedo de la mano izquierda. Eso me pareció alentador. Una mujer dispuesta a engañar a su novio no se pondría un anillo de compromiso, ¿verdad?

Claro que quitarse un anillo es muy fácil.

Mientras Jill Moore buscaba sitio para su cuaderno en la mochila, un apuesto hombre asiático se abrió camino entre la multitud.

La llamó por su nombre. Ella se dio vuelta, lo ubicó y sonrió con simpatía. Él llegó a su lado y pareció preguntarle algo, pero hablaban en voz baja y no logré oír lo que se decían. Sonriendo aún, ella meneó la cabeza y enseguida miró rápidamente a uno y otro lado. Se acercó más a él y le susurró algo. Él asintió. Enseguida ella le apretó el brazo, parpadeó y se fue por las escaleras.

Fui tras ella, pensando: «Maldición, maldición, maldición». No sabía quién sería ese tipo, pero no era Kuan Cheng Lee.

El resto de la tarde lo dediqué a seguir a Jill Moore. Cruzamos el parque de Washington Square, donde las hojas caídas no dejaban de moverse sobre los caminos, y llegamos a la biblioteca de la NYU, donde se quedó estudiando dos horas, y decidí donar a la biblioteca mi ejemplar de *El guardián entre el centeno*. Al terminar ahí, fuimos a hacer unas compras en la Sexta Avenida, tomamos un capuchino en el Café Lucca —ella adentro, yo afuera— y hacia las siete volvimos a un viejo edificio de ladrillos en la calle MacDougal. Todo el tiempo pude sentir a Bill cerca de nosotras, siempre a menos de una cuadra o al otro lado de la calle, una figura que distinguía de reojo pero que desaparecía cuando la buscaba con la vista.

El edificio de la calle MacDougal correspondía al domicilio de Jill Moore proporcionado por la secretaria de las oficinas de Vida Estudiantil. La vi entrar, y un minuto después se encendieron las luces en un apartamento del cuarto piso.

Enfrente había otro café. Eso me encanta de Nueva York. No sé cómo se las arreglan los investigadores privados que siguen a alguien en los suburbios.

Me instalé en una mesa junto a la ventana a tiempo para percibir a Bill, que daba vuelta a la esquina y desaparecía. Si el edificio de apartamentos tenía salida por atrás, no lo vería de nuevo por un buen rato, pues se plantaría

allí esperando a que Jill Moore saliera, o hasta que yo le avisara que era todo por el día. El caso era mío, así que yo tendría que tomar esa clase de decisiones.

Volvió en pocos minutos, así que no había salida por atrás, y encendió un cigarro de pie en la esquina. Saqué la cabeza por la puerta del café y le indiqué con una mano que entrara.

Se sentó conmigo ante mi mesa redonda de madera y ordenó un expreso y un pastel Napoleón. Yo pedí un té de hierbabuena.

—Gracias, jefa —sonrió Bill cuando se fue el mesero—. Estaba empezando a hacer frío allá afuera.

—Bueno, tal vez se quede en casa toda la noche —aventuré—. De lo contrario, podemos salir de aquí cada uno por su lado.

Resultó que se quedaba en casa. Mientras tomábamos las bebidas, le relaté con detalle a Bill el encuentro de Jill con aquel hombre después de su clase. Él dijo que le parecía un acto bastante inocente, y yo estuve de acuerdo, aunque no me sentía demasiado segura. Tampoco lo estaba él, aunque no lo dijo. Después de más o menos una hora ordenamos un antipasto para compartir y dividimos el *pepperoni*, los pimientos picantes con vinagre y los cortes cremosos de *provolone*.

—¿Cómo puedes comer eso después del pastel? —le pregunté.

—Es el estilo de vida de la basura blanca.

—Ya veo —dije, taciturna—. La verdad es que nunca podremos entendernos tú y yo.

—Y en tal caso —comentó Bill, desenterrando una anchoa y poniéndola en mi plato, pues sabe que es mi ingrediente favorito—, ¿es necesariamente por ser yo blanco y tú china?

—Así es: necesariamente —afirmé yo.

Cuando entramos al café, en el aire había ópera, voces dramáticas que chocaban unas con otras, o lamentándose por separado, y de haber entendido lo que se decían se me habría roto el corazón. Después vino un rato de silencio suavizado por el murmullo de conversaciones. El elegante mesero de piel color caoba de pronto puso otra cinta en el estéreo, y las rápidas notas de un piano sonaron en torno a nosotros. En el rostro de Bill apareció una expresión distraída solo por un momento. Tal vez otra persona no lo podría notar.

—¿Tú tocas esta pieza? —inquirí.

—Sí.

—¿Qué es?

—Beethoven. La sonata Waldstein. Pero no la toco igual de bien.

—¿Y tú…? —comencé a decir, pero me puso súbitamente una mano en el brazo.

—Mira —me dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia la ventana—. ¿No es ese el que viste esta tarde?

La puerta al exterior del edificio de Jill Moore estaba abierta. Vimos a un joven asiático subir los escalones de dos en dos, abrir el cerrojo de la puerta principal y entrar. Iba cargando una mochila y una bolsa de alimentos.

—No —dije yo—. Ese es Kuan Cheng Lee.

Ya no sucedió nada más esa noche. De acuerdo con su madre, Kuan Cheng Lee tenía un apartamento en la calle Nueve Este. «Es bueno para el hijo», me informó. «Que viva de su cuenta y aprenda a llevar su casa. Más tarde él capaz de dar a su madre como es deber». No sé qué clase de casa aprendería a manejar Kuan Cheng en un edificio sin ascensor de la calle Nueve, ni me sentí segura de que no fuera nada más la señora Lee tratando de guardar las apariencias y fingiendo que aprobaba que su hijo se fuera de casa. Resultaba claro que su intención consistía en mudarse a vivir con él en cualquier casa donde él se estableciera. Bueno, estaba en su derecho conforme a las costumbres de las madres chinas.

Kuan Cheng no volvió a salir, tampoco vimos entrar a nadie que nos importara —es decir, ningún hombre asiático—, y cerca de las diez decidí terminar la jornada. Pagué la cuenta, tomé el recibo para la señora Lee, y dejé una propina generosa. Bill y yo fuimos andando al sur por la calle Seis hasta Canal en la noche fría y azul de Nueva York. Por la calle Seis, el tránsito se apresuraba para llegar a algún lugar; no estaba claro a cuál.

Al llegar a Canal nos pusimos de acuerdo para reunirnos a la mañana siguiente y empezar de nuevo. Nos dimos un beso ligero, como hacemos siempre, y me sentí un poco culpable y confusa, como me sucede siempre. Bill quiere más de mí que eso, pero comprende mis sentimientos, y aunque coquetea mucho en broma, nunca me presiona. Pero por alguna razón, eso me hace sentir culpable y confusa.

Ahí nos separamos. Bill dio vuelta a la derecha para ir a su apartamento en la calle Laight, y yo a la izquierda, al barrio chino.

Amaneció nublado y más frío que el día anterior. Sabíamos que Jill Moore tenía clase a las nueve; al cuarto para las nueve Bill y yo observamos desde esquinas separadas a Kuan Cheng Lee y a ella salir del edificio y caminar

calle arriba por MacDougal. Iban sonriendo y hablando, y los ojos de Jill Moore cintilaban igual que el día anterior con el otro hombre asiático.

El día resultó bastante aburrido, y me sentí mal por Bill, que lo pasó sobre todo sentado en bancas de parques. A él no le gusta pasar frío. Yo me encontraba mejor, sentada en los pasillos del edificio blanco, en la cafetería de estudiantes (más ruidosa de lo que recuerdo que fuera la cafetería de mi escuela) y en la biblioteca. Después de deshacerme de *El guardián entre el centeno*, envolví en papel marrón otro libro, *Manual operativo de vigilancia y clandestinidad*, para tener qué leer en los largos lapsos entre los timbrazos.

La clase vespertina de Jill Moore terminó a las tres y media. Me hallaba sentada junto a la ventana al final del corredor cuando se abrió la puerta de su aula. Fue de las primeras en salir con su bolsa y se apresuró hacia las escaleras, que bajó al galope, y yo la seguí en medio de una multitud de apresurados. No tuve oportunidad de guardar mi *Manual operativo de vigilancia* en la mochila hasta que me vi cruzando el parque de Washington Square. Las piernas de Jill Moore eran mucho más largas que las mías —como las de casi todo el mundo— y eché de menos mis patines de ruedas, aunque no tenía idea de cuán lejos debía ir. También contaba con Bill, que mantenía el paso de ella bastante bien fingiendo vagabundear.

Mi idea sobre el lugar adonde íbamos resultó correcta y Jill Moore abrió con su llave la puerta de su edificio mientras Bill y yo llegábamos al café de enfrente. Las mesas junto a las ventanas estaban todas ocupadas, pero el café era pequeño; desde la mesa que tomamos se veía el viejo edificio de ladrillo.

—Dios mío, debería cobrarte el doble por el congelamiento —dijo Bill, soplándose las manos a fin de calentarlas.

—Deberías usar ropa interior de seda.

—Si tú me la compras. Yo modelaré para ti.

La imagen de Bill en poses de modelo de ropa interior de seda casi me hizo derramar mi té de hierbabuena sobre la mesa.

—Anda, ríete de mí. Yo…

Se interrumpió de repente. Seguí su mirada fuera de la ventana y vi lo que esperaba no ver.

El apuesto asiático al que los ojos de Jill Moore ofrecieron sus destellos bajó rápidamente por MacDougal viniendo desde la NYU. Echó una mirada por los alrededores, entró en el portal y llamó a uno de los timbres. Un zumbido le abrió la puerta.

—Oh, maldición —dije en voz baja.

Seguimos observando. No sucedió nada más. Bebimos un poco. Alzando las cejas, Bill me ofreció una rebanada de su tarta de durazno, que no acepté. El hombre no volvió a salir.

—Kuan Cheng tiene clases por la tarde —le informé a Bill—. Un seminario. Me lo dijo su madre. Los martes y los jueves hasta las seis.

—Por lo demás, ¿los horarios de él coinciden con los de ella?

Asentí.

—Así que esta es la única hora en que ella puede sentirse segura de estar a solas —concluyó él.

—Eso supongo.

Bill sorbió su cocoa.

—Mira, no es un problema tuyo. Te contrataron para que averiguaras lo que sucede. Ahora tu trabajo consiste en llevarle pruebas a tu cliente. La conducta de la gente no te incumbe.

—Ya lo sé. Pero me gustan los finales felices.

Discutimos las posibilidades de que las cosas no fuesen lo que parecían ser, y por supuesto eso era cierto. Además hablamos de asuntos más prácticos, como conseguir fotografías de todo lo que pasaba. En esto las investigaciones en los suburbios tienen sus ventajas. No puedes esconderte entre los arbustos ni trepar por el tubo del desagüe cuando aquel a quien vigilas vive en un cuarto piso en la calle MacDougal.

Sin embargo, es posible trepar a la azotea de enfrente.

Bill se abrochó la chamarra y partió. Me quedé observando la ventana de Jill Moore. La persiana, que ella había abierto la noche anterior después de encender las luces, seguía alzada, y las luces estaban apagadas. Era la temporada del año en que comienza a oscurecer hacia las cuatro y media. Yo esperaba encontrar un lugar desde el cual se pudiera observar la ventana antes de que Jill Moore decidiera encender la luz y bajar las persianas.

Aunque quizá lo que estaba haciendo no requería encender la luz.

A los diez minutos Bill estaba de regreso.

—Todo en orden —dijo mientras se sentaba—. El edificio situado directamente enfrente de ella, donde está la lavandería. Hablé con el intendente.

—¿Y te dio permiso?

—Le di cincuenta dólares.

—¿Cincuenta? —repetí, escandalizada.

—Podría tener problemas, perder su trabajo. Olió dinero fácil de inmediato.

—Supongo que está bien. A la señora Lee no le va a importar pagar eso si le damos lo que desea.

Yo sabía que no le importaría. Pagué la cuenta y salí por la puerta que Bill mantenía abierta para mí.

En el edificio de la lavandería llamamos al timbre del intendente. Un hombre sin afeitar emergió de un apartamento al fondo y sin decir palabra nos acompañó al techo del edificio por unas escaleras empinadas. Abrió el cerrojo de la puerta de acceso.

—Asegúrense de cerrar bien la puerta cuando salgan —le gruñó a Bill.

—Claro —repuso Bill—. Muchas gracias.

El intendente volvió a gruñir, me miró una sola vez y se fue arrastrando los pies escaleras abajo.

El edificio era menos alto que el de Jill Moore; la azotea quedaba medio piso más arriba que su ventana. El piso de asfalto de la azotea se curvaba hacia arriba sobre la cornisa del frente.

Me tendí sobre el estómago en el asfalto y extraje los binoculares de la mochila. Al enfocar desde la cornisa veía perfectamente la ventana de Jill Moore.

—¿Qué pasa? —preguntó Bill, colocado junto a mí.

—Es la sala. Están tomando té y hablando. Me arrastré un poco hacia atrás y le pasé los binoculares.

Él observó la ventana desde la cornisa.

—Se va a ir la luz. Si piensas sacar fotos, hazlo pronto.

—Es una escena poco jugosa para fotografiar —gruñí, pero saqué la cámara, le puse el telefoto y comencé a disparar. Tomé medio rollo y decidí esperar, en caso de que Jill Moore y el asiático desconocido hicieran cosas más dramáticas. Pero en lugar de eso, Jill Moore se levantó, encendió una lámpara en la sala y cerró las persianas.

—¡Fuu! —exclamé.

—Si quieres, podemos volver el martes —ofreció Bill—. En lo personal, preferiría que no, pero quizá la señora Lee te lo pida.

Volvimos a la puerta de la azotea, nos aseguramos de cerrarla bien y bajamos a la calle. Avanzamos al sur por la Sexta Avenida; sentimos el aire frío. Los coches hacían sonar sus bocinas como si discutieran de mal humor entre ellos.

—No entiendo a la gente de raza blanca —confesé—. De verdad no entiendo. Tú la viste esta mañana con Kuan Cheng. Estaba *feliz*. Está disfrutando, pasándolo bien. ¡Ay, ustedes los blancos!

—¡Ey! —protestó Bill—. Yo no fui.

—Ya sé. Pero apuesto a que tú sí lo entiendes. El amor romántico no es ni siquiera un concepto chino, es un invento de tu gente. ¿Cómo pueden mancharlo de esta manera?

Sabía que estaba siendo injusta con Bill y que él no sabía cómo responder.

Tan pronto como volví a la oficina llamé a la señora Lee.

—Tengo algo que usted deseará ver —dije—. Llevé un rollo fotográfico a revelar. Dijeron que lo puedo recoger a las seis.

No le pedí que viniera a verme. Eso sería demasiado audaz, falto de respeto. Si tenía interés en lo que yo dijera, le correspondía a ella determinar el curso de mis acciones.

—Yo voy a tu oficina —me dijo la señora Lee—. Seis y media. Tú allí. A tiempo.

—Sí —respondí, con un esfuerzo por controlarme—. Allí estaré. A tiempo. Gracias, señora Lee.

Colgué el auricular furiosa conmigo misma. ¿Gracias? ¿*Gracias*?

Volví a casa, le di un beso a mi madre y le dije que la señora Lee y yo nos llevábamos bien. Agarré mis patines de ruedas antes de que tuviese oportunidad de preguntarme nada y fui a toda velocidad al parque Battery. Recorrí grandes distancias hasta que sonó la hora de volver al barrio chino y darle a la señora Lee una prueba de que los finales felices no existen.

A la mañana siguiente llamé a Bill.

—Le di las fotos —anuncié.

—¿Le gustaron?

—¡Le encantaron! Me miró con una sonrisa horrible, muy dura en las orillas, ya sabes, y dijo: «La madre sabe, la madre siempre sabe lo bueno para el hijo». Yo le advertí que no hacían nada interesante en las fotos, que solo estaban hablando, y que con resultados así, mi recomendación era mantener la vigilancia unos días más.

—¿Y qué dijo ella?

—Se sonrió más o menos. «Oh-ho, qué niña más avariciosa. No necesitar, no pagar más. ¿Cuánto es?». Saqué la cuenta y pagó en el acto, con dinero en efectivo.

—Así que eso es todo.

—Bueno —le advertí—, no es todo.

—Oh, oh. Ser chica masoquista. Querer seguir más a Jill Moore.

Decidí no hacer caso de su parodia del acento chino, que en realidad no le salía nada mal.

—Así es. Mira, sé que no es asunto mío…

—Nos vemos en media hora frente a su edificio.

Titubeé un momento.

—No estoy segura de poder pagarte —le advertí—. Oficialmente se terminó el caso.

—Podrías pagarme de otras formas.

—Sí, pero no quiero.

—Ya lo sé. Pero considera la deuda que se está acumulando.

—Son bonos basura —repliqué.

Continuamos tras Jill Moore por dos días más. Seguía tomando sus clases: La dinastía Ming; El almirante Perry y la apertura del Japón; Temas de la historia política de Asia del Sur, y Las mujeres en la cultura china. «Más te valdría estudiar especialmente esa última materia», pensé. Anduve alrededor de sus aulas e incluso entré a una conferencia sobre arte durante la dinastía Ming. Resultó muy interesante, con diapositivas de tazones de cerámica y suntuosas batas de seda. Fui tras ella a la hora del almuerzo, a la librería y a la biblioteca, donde tomó de su bolsa un grueso libro de color verde y un cuaderno de espiral, y los estudió con tanta concentración que cuando pasé a su lado ni siquiera alzó los ojos. Lo mismo cuando volví a pasar. Solo quería saber qué estaba haciendo.

—Eso fue un poco arriesgado —me criticó Bill unas horas después, en el café que yo ya consideraba nuestro. Ya era jueves, el día en que Kuan Cheng Lee tenía seminario hasta las siete.

—Ya lo sé. Estuvo mal. No debí hacerlo.

—¿Qué hacía, pues?

—Nada interesante. Una traducción del mandarín muy elemental. Llenando su cuaderno de caracteres muy torpes.

—¿Iguales a mí? ¿Caracteres extranjeros, grandotes, torpes?

—¿Sigues molesto por eso? Siento mucho habértelo dicho, no hablaba en serio.

—No me molesta para nada. Solo quise que te sintieras culpable.

—Es demasiado fácil hacer que una hija de China se sienta culpable. Cualquiera puede. ¡Oh, Bill! ¡Maldición! ¡Mira!

Bill giró hacia donde yo señalaba. Andando de prisa por la calle MacDougal venía el apuesto asiático. Traía tres libros de texto bajo el brazo, y se apresuró tanto en llegar al timbre de Jill Moore que uno de ellos le cayó en el dedo gordo del pie al subir de un brinco los escalones.

—Lo tenía merecido —comenté, mientras lo veíamos saltar sobre una pierna por unos instantes, y luego alzar el grueso libro verde y llamar al timbre. La puerta zumbó y él entró cojeando.

—Eso no fue digno de ti —me regañó Bill.

No le respondí, porque se me había ocurrido algo. Quería decírselo a Bill, esperando tener razón, pero no tuve oportunidad. Tan pronto abrí la boca vi a Kuan Cheng Lee correr por la acera y subir los mismos escalones. Abrió la puerta principal, pero antes, una ráfaga de viento le abrió el saco.

Llevaba una pistola.

Bill debió de notarlo también, pues saltó de su silla al mismo tiempo que yo. Salimos corriendo por la puerta del café bajo la mirada atónita del mesero.

Cuando llegamos al portal se había cerrado ya la puerta y perdimos varios segundos tratando de que se abriera. Eso siempre es posible en Nueva York, y finalmente lo logramos, no sin que antes me diera un derrame de adrenalina tan grande que estuvo a punto de obligarme a romper la puerta a patadas.

Bill pasó primero, pues puede subir las escaleras de dos en dos. Yo corrí justo tras él por los tramos directos de escalera y alrededor de los descansillos. Un bebé comenzó a llorar tras una puerta. Los pasos de Bill atronaban sobre los míos, más rápidos y suaves. El ruido cambió cuando alcanzó el cuarto piso y corrió por el pasillo. Estaba junto a la puerta del apartamento cuando oímos un disparo.

Sonó como un martillazo de carpintería, pero Bill sabía de qué se trataba.

—¡Policía! ¡Abran de inmediato! —gritó.

Un método crudo pero efectivo. Se apagó todo sonido tras la puerta.

Yo llegué a la entrada del apartamento.

—¡Lee Kuan Cheng! Soy Lydia Chin. Déjame entrar. No vuelvas a disparar.

Bill y yo nos aplanamos contra la pared a cada lado de la puerta, con las pistolas desenfundadas. A cierta distancia en el pasillo, una puerta crujió y se asomó una cara.

—¡Policía! —ladró Bill—. ¡Métase de inmediato!

La cara desapareció a toda prisa.

—Un día te vas a meter en problemas por eso —susurré.

—Siempre lo hago.

—¿Se puede forzar esta puerta?

Miró la puerta y asintió.

—¡Kuan Cheng! —volví a llamar—. ¡Déjame entrar! Necesito hablar contigo. No le hagas daño a nadie.

No hubo respuesta. La mirada de Bill se cruzó con la mía. Dio unos pasos atrás y se lanzó contra la pobre puerta, que se sacudió; lo volvió a hacer, con más fuerza, y la puerta se abrió de golpe, con las bisagras chirriando. Bill la cruzó agachado y yo entré aún más inclinada, para que las balas que Kuan Cheng disparase tuvieran la oportunidad de salir por la puerta vacía. Pero no disparó. Estaba en la cocina, a menos de tres metros de nosotros, con la cara torcida de rabia y miedo. Le brillaba la piel por el sudor. Tenía los codos trabados y sujetaba la pistola con las dos manos temblorosas. Bill y yo le apuntábamos también. Si teníamos suerte, eso significaba que uno de los dos sobreviviría.

Genial.

—Kuan Cheng, no lo hagas —le dije—. Baja el arma.

No supe si podía oírme bajo el ruido que hacían los latidos de mi corazón.

Él habló con voz ronca y violenta:

—¡Tiene un amante! Ni siquiera nos hemos casado y ya se hizo de un amante. ¡Me ha humillado en todas partes! ¡Mi madre lo sabe! La mataré. ¡Voy a matarlos a ambos!

—No —dije yo.

—¡No!

La voz quebrada de una mujer salió de la habitación en sombra tras Kuan Cheng.

—¡No! —repitió.

Miré la sala de estar a través del pasillo. En la luz tenue que llegaba de las ventanas vi a Jill Moore con los brazos protectores en torno al otro hombre, el apuesto asiático en cuya camisa se veía una mancha oscura cerca del hombro. Tenía los ojos desorbitados de miedo.

—¡Por favor!

La voz aguda y trémula de Jill Moore sonaba casi histérica. Añadió:

—¡Kuan Cheng! ¡No es lo que piensas!

—¿Ah, no?

Movió la pistola hacia ellos dos, y su piel se puso más oscura.

—No —intervine yo, buscando desviar su atención.

Él también se hallaba al borde de la histeria, y ver al otro hombre en brazos de Jill no le ayudaba nada.

—Kuan Cheng —declaré—, no es su amante.

—¿Que no es su amante? —dijo, con la voz asumiendo un tono de ironía—. ¿Quién es entonces? ¿Su hermano menor?

—No. Es su profesor de mandarín.

La incredulidad, la confusión y la ira se sucedían en las expresiones de su rostro.

—¡Jill! —grité—. ¿Estoy en lo correcto?

—¡Sí! —gritó ella—. Kuan Cheng, quise darte una sorpresa. No quería que lo supieras hasta que aprendiera a hablar bien en mandarín.

Soltó un breve sollozo.

Kuan Cheng, con el cuerpo aún tenso y la pistola apuntando a mí, miró rápidamente hacia la sala de estar y se volvió de nuevo a encararme. No dijo una sola palabra.

Me erguí poco a poco, bajé la pistola y la guardé en el clip del cinturón. Miré a Bill, que sudaba profusamente y tenía gotas por toda la frente y en el dorso de las manos. También él se guardó la pistola y se levantó.

«Dios mío», pensé, «si disparas ahora, Kuan Cheng, que sea a mí, porque no podría vivir con la culpa». Pero Kuan Cheng no le disparó a nadie. Tampoco bajó la pistola. No se movía, estaba ahí de pie, paralizado por la indecisión y la incredulidad.

—¿Kuan Cheng? —dijo Jill, con voz más clara, aunque suave—. Lo hice por tu madre. Quería gustarle.

Kuan Cheng soltó una risa corta y burda.

—¿Mi madre? Eso es ridículo. ¿Qué te hizo pensar que le ibas a gustar a mi madre si le hablabas en mandarín?

—Ella me lo dijo.

Se me heló la sangre en las venas. Nadie habló. Todos nos quedamos en silencio. Jill se apresuró a proseguir, tratando de hacer contacto con él.

—Aquel día, en el apartamento, me dijo que si yo aprendía a hablar en su idioma sería una muestra apropiada de respeto. Entonces me aceptaría como su nuera. Nunca dijo que yo le gustaría, pero me pareció que era un comienzo. Quise ser lo más correcta posible.

A la luz del crepúsculo una lágrima brilló sobre su mejilla.

—¿Mi madre te dijo eso?

—Sí. Hasta encontró a Chyi-Jou para que él me enseñara. Empezamos esa misma semana.

—Dios mío —musité, sin dar crédito a mis oídos. Miré a Bill. La rabia se asomaba a sus ojos; apretaba la mandíbula. Él también se daba cuenta. De cualquier modo, hablé:

—Nos metió en un montaje.

Él asintió.

En la penumbra del apartamento de Jill Moore, Kuan Cheng bajó el arma.

Paramos la hemorragia del hombro de Chyi-Jou Kwong, pedimos una ambulancia e inventamos una historia. Kuan Cheng compró la pistola para Jill, por su protección. Ninguno de los dos sabía cómo usarla, y se les disparó. Bill y yo íbamos de visita, porque soy una vieja amiga de Kuan Cheng. Oímos el disparo y nos pareció que había algún problema y por eso se montó esa escena en el pasillo.

Logramos que aceptaran la historia. Bill y yo pasamos más de una hora por separado, respondiendo preguntas hasta que los policías se rindieron. A Kuan Cheng lo arrestaron por posesión de arma, pero la herida de Chyi-Jou Kwong no fue grave, y Kuan Cheng era un modelo de joven de la clase asiática de movilidad ascendente, así que un buen abogado podría sacarlo sin consecuencias graves. Yo estaba enojada a un grado suficiente para hacerle pasar la noche en la cárcel, pero Bill me señaló que nuestras licencias se pondrían en juego si, en su peligroso estado emocional, Kuan Cheng soltaba la sopa.

Llamé a la señora Lee; le dije dónde estaba su hijo y lo que había sucedido, sugiriendo que enviara a un abogado lo más pronto posible.

—¿Cómo lo tomó? —me preguntó Bill cuando salimos de la estación de policía. La calle Diez estaba alfombrada de hojas muertas; los faroles iluminaban con suavidad las hileras de casas de ladrillos. Todo parecía amable y pacífico, pero yo tenía frío. Y sabía que tras esas fachadas acogedoras había legiones de madres que conspiraban felices para traicionar a sus hijos.

—Gritó. Aulló. Lo llamó niño estúpido. Dijo que todo era culpa de la bruja blanca. Luego dijo que la culpa era *mía*. Y ahí colgué el teléfono.

—¿No le bajaste los humos?

—Bueno —admití—, le dije algo sobre el tema. Porque no quiero que se ponga a contar chismes y haga avergonzarse a mi madre. A partir de ahora, te aseguro que la señora Lee va a fingir que jamás ha oído mi nombre.

Paramos en la esquina para permitir el paso de un automóvil.

—¿Cómo supiste —preguntó Bill— que él era su maestro de mandarín?

—Fue por el libro que dejó caer sobre el pie. Era el mismo que ella usaba para sus traducciones de mandarín en la biblioteca. No toma cursos de mandarín en la escuela, y supuse que lo contrató como tutor. Pero nunca se me ocurrió que la señora Lee nos hubiera metido en un montaje.

Bill no habló, sino que encendió un cigarro y me dejó proseguir con mis tristes pensamientos hablados.

—Lo más duro —continué—, y no lo acabo de creer, es que una madre haya hecho eso. ¿Sabes lo que contestó cuando le reclamé su conducta?

—Cuéntame.

—«La que sabe lo mejor para el hijo es la madre. La bruja blanca mala esposa, nuera sin el respeto». Es lo único que le importaba, que Jill Moore no fuera la nuera de sus sueños. ¿Qué clase de madre es esa?

—Humana —comentó Bill—. Con defectos. Demasiado desesperada para ver más allá de sí misma.

—¿Desesperada? —barboté.

—Egoísta. Diabólica. Manipuladora. Una clásica madre china. ¿Tu madre acaso es igual?

—Claro que no. Si es solo porque no le gustas *tú*…

—¿Me servirá de algo aprender cantonés?

Me detuve, lo miré y me eché a reír. Y de pronto lo abracé. Cuando nos echamos a andar de nuevo, la noche nos pareció menos fría y las casas, menos hostiles.

CÓMO BUSCAR A OLGA BATEAU

STEPHEN WASYLYK



STEPHEN WASYLYK debutó en las páginas de *AHMM* en 1968 con el cuento «El cabo suelto». A partir de ese momento publicó más de cien relatos en la revista. Cuando solicitamos sugerencias de los lectores para seleccionar los cuentos de la presente antología, una de las respuestas más frecuentes fue «cualquier cuento de Stephen Wasylyk». La narración que ofrecemos aquí se trata de un columnista de periódico y un misterio que llevaba varias décadas sin llegar a resolverse.

AL RELEER LA COLUMNA que acababa de escribir, Conner examinó con ojo crítico las oraciones que aparecieron en la pantalla de la computadora, sintiendo que una ligera aprensión se apoderaba de su estómago.

Faltaba algo. Si bien las palabras se enlazaban con suavidad profesional, quedaba ausente la magia que antes poseyó, lo mismo que las habilidades desgastadas de un atleta. Sin embargo, la mente no se fatiga ni pierde destreza con la edad, como sucede con la musculatura. Conservaba su talento; sencillamente había olvidado cómo abrirle la puerta.

Automáticamente levantó el auricular del teléfono cuando sonó el timbre, aunque mantuvo los ojos fijos en la pantalla.

Oyó una voz tenue, con la gravedad de la vejez.

—¿Tengo el placer de hablar con Whit Conner?

—En efecto —repuso Conner—, pero hablar de placer podría ser un poco prematuro.

—Llevo años de leer sus columnas. Me agrada su modo de pensar.

—Es muy amable de su parte llamarme para decirme eso —dijo cauteloso Conner.

Siempre recibe uno elogios de buen grado, siempre que no exageren ni sean preludio de una solicitud de préstamo.

—Mi nombre es Hapford. Quisiera hablar con usted de algo. Un misterio que sucedió hace muchos años.

Conner reprimió una queja. No necesitaba algo como eso por el momento.

—Señor Hapford, si usted es lector de mi columna, debe saber que escribo sobre las cosas que veo hoy frente a mí. Dejo a los demás los enigmas y recuerdos agridulces del ayer.

—Le pido un momento de paciencia, señor Conner. Tengo entendido que un escritor siempre inyecta a su trabajo algo de su propia persona, y si uno lee lo suficiente, puede concluir algo sobre su carácter. Si dicha teoría resulta equivocada, habré malinterpretado el suyo y estoy perdiendo un tiempo que en realidad no debería permitirme desperdiciar. Pero si es correcta, aunque sea en parte nada más, usted acudirá a las dos de la tarde a Baysmore Road 610. Tenga usted un buen día, señor Conner. Todo un placer hablar con usted.

Se interrumpió la conexión.

Conner se recargó en el respaldo del asiento. A menudo pensaba que muchas de las extrañas llamadas y cartas que recibía se inspiraban tanto en la foto que encabezaba su columna como en lo que él escribía. La cámara convirtió su cara común y corriente, con una nariz acaso demasiado grande, en un rostro tan delgado y huesudo que expresaba ferocidad, con ojos relucientes y retadores.

El dueño de la voz desgastada por el tiempo no mentía al decir que llevaba años de leer a Conner. Por eso sabía con seguridad que el columnista no podría resistir una invitación presentada de esa manera, aun sospechando que el remitente no era más que un lector rabioso tratando de conseguir una oportunidad de romperle los dedos. Unos cuantos de ellos aparecían inevitablemente con cada columna suya.

Consultó la guía de calles que guardaba en el escritorio. Baysmore Road estaba en las afueras y atravesaba suburbios de las clases altas. Un paseo agradable, y si se consideraba la calidad de sus últimas producciones, unos dedos rotos vendrían como bendición para algunos de los suscriptores del periódico. Por no hablar de Grainger, el editor, que a últimas fechas lo miraba de reojo.

Baysmore Road llevaba mucho más tiempo de existir que varios de los palacetes alzados a ambos lados, apenas visibles a través de los árboles. Los dueños originales no necesitaban preocuparse de los pagos de sus hipotecas, por la sencilla razón de que también eran dueños de los bancos.

El 610 tenía un par de columnas en la entrada, una de las cuales sostenía una placa de bronce con el nombre «Hapford».

Conner entró en su coche sobre una sinuosa vereda que amenazaba con no acabar nunca, sin tránsito suficiente para evitar que las hierbas brotaran de las grietas, flanqueada por un bosquecillo silvestre con un bordado de arbustos y árboles caídos.

El camino subía, cada vez más. Después de una curva cerrada, desembocó de pronto en un jardín muy bien atendido que rodeaba una masa de piedra gris y tabique rematada por puntas agudas y torrecillas.

Bajó del coche y miró a lo alto. La reina Victoria se hubiera hallado muy a gusto en semejante construcción. Él siempre tuvo admiración por ese estilo, y el ejemplo frente a él constituía uno de los mejores que hubiera visto. Sufría por el paso del tiempo y la intemperie, pero enunciaba con exactitud lo que el dueño deseaba expresar: buen gusto y dinero.

Las hierbas silvestres bien podían crecer en la vereda, pero el jardín de césped y los lechos de flores presumían sus cuidados, como si el lugar fuese un enclave deliberadamente oculto. Un muro no más alto que su cintura se alzaba a los lados de la vereda, que remataba en series de escalones hacia una amplia terraza de pasto. Ahí aparecían más escalones frente a un pórtico en arco y un par de columnas que enmarcaban la puerta de dos hojas de roble.

Conner emprendió el ascenso. El repartidor del periódico tendría que ser un potente lanzador para alcanzar el pórtico.

Frente a un lecho de flores, junto a otra pared limitante de la terraza de hierba, un hombre arrodillado trabajaba la tierra con la ayuda de una pequeña pala.

—Buenas tardes —saludó Conner cuando el hombre levantó la vista, y enseguida hizo un ademán para aludir a los alrededores—. ¿Es usted la persona responsable de todo esto?

El hombre procedió a desdoblar su adusta estructura hasta erguirse del todo, con el pelo cortado al estilo militar, lo cual acentuaba sus orejas prominentes.

—Soy yo.

—Muy hermoso —lo elogió Conner—. ¿Acaso es usted el señor Hapford?

El hombre sonrió.

—Podrá ver al señor Hapford dentro de la casa. Suele ser agradable que lo confundan a uno con un hombre rico. Soy Ross, el jardinero. ¿Le interesa a usted la jardinería?

—Cielos, no sé distinguir entre una hierba y una peonía, pero sí reconocer la belleza y la habilidad de alguien que domina su oficio.

Ross puso las manos en jarras y observó el terreno. Conner de pronto se sorprendió con la altura a la que se encontraba.

La casa se alzaba en la cumbre del cerro más elevado de los alrededores y la vista abarcaba muchos kilómetros por encima de los árboles. A sus pies, el jardín cultivado donde los lechos de flores aparecían en lugares estratégicos quedaba confinado a un radio corto en torno a la casa; el resto del cerro quedaba a placer de la naturaleza. Conner se preguntó si a Hapford no se le estaría acabando el dinero.

Ross suspiró.

—Debió ver el lugar cuando yo era niño. Llegamos a tener diez jardineros. Todo era así hasta la parte de abajo. Ahora estoy yo solo y no puedo hacer más, y J. A. lo prefiere de esta manera. Dice que solo le interesa el jardín que alcance a ver, y que deje de atender lo demás. Con cada año que pasa, su visión empeora. No es tan malo como parece, ya que a mí me está pasando algo parecido.

Conner se sonrió.

—Señor Ross: cuando se vea reducido a cuatro rosas frente a la puerta principal, no dudo que serán las mejores cuatro rosas de la región.

—Brindaré por esas palabras. Y cuando entre, no se deje asustar por *madame* Defarge.

Conner rio con discreción. El viaje ya valía la pena, por conocer a un gran jardinero con sentido del humor que además leía a Charles Dickens.

Los espacios despejados junto a los bordes del vidrio grabado intrincadamente con temas florales le permitieron ver a una mujer de gran estatura, vestida de uniforme blanco, que se acercaba saliendo de las sombras al fondo.

La voz envejecida que oyó en el teléfono requería obviamente los servicios de una enfermera. Se trataba en su caso de una mujer de edad media, robusta y bien plantada, del tipo con quien más vale no discutir, empezando por el paciente.

—Me espera el señor Hapford —anunció Conner.

Ella lo miró por encima de sus gafas.

—¿Usted es el escritor?

El tono de su voz expresaba muy poco afecto por el visitante, aunque sería capaz de recibir a Shakespeare del mismo modo. Algunas personas consideran a los escritores apenas uno o dos escalones arriba de los vendedores de autos usados o los políticos.

Conner sonrió.

—Raras veces utilizo groserías. ¿Ayuda eso un poco?

Ella aspiró profundamente por la nariz y le indicó que pasara al interior.

En el vestíbulo, de gran amplitud, muchas pinturas colgaban unas junto a otras sobre paneles de caoba reluciente y ascendían por una escalera que partía en ángulo. Un candelero de cristal relucía con la luz captada por centenares de facetas; los pisos de *parquet*, bordeados por tiras de roble, estaban igual de suaves y nuevos que el día de su instalación y habían sufrido menos tránsito que la vereda.

Esperándolo a la entrada de una habitación grande, la enfermera lo examinó como si sospechara que iba a robarse el enorme reloj de pie que descansaba en el rincón.

—La gente paga por hacer recorridos de casas como esta —comentó él.

—Usted no está haciendo un recorrido —lo corrigió ella—. Pase por aquí.

La habitación cumplía con la promesa del vestíbulo. Una pared recubierta de paneles mostraba más pinturas, desde el nivel de los ojos hasta el techo. Los muebles eran obras de arte, y los tapices mostraban grandes riquezas.

La alfombra era tan suave y profunda que Conner creyó flotar al acercarse al pequeño anciano, sentado en una antigua silla de ruedas hecha de roble y con un alto respaldo de mimbre. Tenía una bata sobre el regazo.

Era casi del todo calvo, con arrugas de profundas en el rostro, encogido y muy delgado. Debía de tener por lo menos ochenta, pero se hallaba erguido en su asiento, mirando a Conner con ojos azules levemente empañados. Aparte de la bata y la silla de ruedas, se encontraba bien afeitado y vestía camisa almidonada, corbata y una chaqueta de *tweed* marrón. Muy elegante; sin tener adónde ir, pero un caballero jamás recibía a su invitado sin ponerse saco y corbata.

Tras él se veían una inmensa chimenea, un gran piano en el rincón a su izquierda y un escritorio de caoba enorme, con pedestales curvos e incrustaciones de corteza, colocado para recibir la iluminación que entraba por las puertas francesas a la derecha. Más allá de las puertas había una

terraza de ladrillo rojo, un barandal de hierro desgastado y una escultura voluminosa, que Conner vio como figura de mujer, sobre un fondo de pinos.

La gigantesca Florence Nightingale anunció «El señor Conner» en un tono que sugería la necesidad de que lo expulsaran de inmediato. Hapford sonrió y con una señal de los dedos huesudos le indicó que partiera.

—Llega usted ocho minutos tarde, señor Conner.

—En realidad, no. El camino de entrada es más largo de lo que pensé, y el resto del tiempo lo pasé admirando su casa.

—Se me ocurrió que iba a apreciar mi hogar. Después de mi ya inminente partida será convertido en museo para que otros puedan disfrutarlo.

Hapford señaló una silla.

—Recibimos tan pocas visitas que he olvidado mis modales —añadió—. ¿Qué podemos ofrecerle de beber?

Conner meneó la cabeza.

—Nada; gracias, señor. Me gustaría saber por qué motivo me ha invitado a su casa. Mencionó un misterio. Supongo que al llamarlo así se trata de un incidente que no ha encontrado explicación, y si me dice que pertenece al reino de lo oculto, me iré de inmediato.

—Me juzga mal. Lo llamé porque usted escribe sobre la gente, no sobre el mundo de los espíritus.

—Igual que todos los periodistas.

—La mayoría prefiere leer artículos sobre personalidades que crean las noticias. Usted, en cambio, muestra interés por personas cuyas vidas no recibirían nunca la menor atención.

—¿Y usted cree pertenecer a esa categoría?

—Cielos, no. Tal vez escriba usted algo sobre esto, pero para mí esa consideración es muy insignificante —declaró Hapford, y antes de continuar hizo una señal con la mano—. Encontrará un libro sobre el escritorio. Aunque me agradaría comentarlo con usted, he descubierto que ya no tengo la fuerza para conversar ni siquiera por ratos muy breves. Quisiera que se lo lleve con usted y revise su contenido. Puede constatar el material recurriendo a otras fuentes. Vuelva el día de mañana a la misma hora. Una vez cubiertas las etapas preliminares, no se necesitará hablar de ellas. ¿Le parece aceptable?

Su tono debía interpretarse como «tómelo o déjelo».

—Permítame examinar el libro —solicitó Conner.

El escritorio pulido estaba vacío, a excepción de una lámpara y un volumen encuadernado en cuero rojo.

Pasó varias páginas: recortes de periódico, notas, páginas mecanografiadas, fotografías. Los recortes estaban protegidos por láminas de plástico, para conservar la tinta, y las hojas de papel, encuadernadas en carpetas. No tenía nada que ver con el típico álbum de familia. Mas bien parecía una colección de recuerdos en la que el coleccionista hubiera invertido grandes cantidades de tiempo y dinero, y tal vez, lo mismo que tantos otros proyectos importantes solo para sus creadores, sin valor ni interés alguno para nadie tras su fallecimiento.

El primer recorte llevaba la fecha de 12 de octubre de 1935, con muchos encabezados: *Esposa de escultor desaparece mientras su marido trabaja*. Y debajo: *Casa en desorden. Se sospecha la acción de intrusos*. Todavía más abajo: *Hay apariencias de crimen; la policía busca información*.

Hapford tenía razón. El material ameritaba por lo menos dos horas de lectura.

—¿Nunca encontraron a la mujer?

Hapford asintió.

—Lo que usted necesita es un detective, no un escritor.

—En el libro podrá leer los informes de varios.

—Sin duda usted sabe que muchos escritores tomarían la oportunidad de examinar estos materiales con usted. Pero ha preferido llamarme a mí, y me dice que su finalidad no consiste en contar la historia. Ahí me pierdo, señor Hapford, antes de que comience el baile. ¿Por qué yo?

—Todo se aclarará a tiempo —sonrió Hapford—. No tiene nada que perder si lee los contenidos del libro. Pero la elección es suya. Tómelo o déjelo, váyase con el recuerdo de un viejo enigmático en una bella mansión.

De nuevo se percibía en su voz el tono retador.

Conner ponderó el volumen que tenía en la mano. Aunque no supiera sus motivos, la lectura iba a complacer a Hapford. No encontró razones válidas para rehusarse.

—Leeré con mucho gusto su libro —declaró, y se puso el volumen bajo el brazo—. Le sugiero que descanse un poco. Yo puedo salir por mi cuenta. Dígale a su enorme enfermera que no se preocupe. Hace mucho tiempo que no robo nada.

—Que no le afecte la señora Smallcross. Mi bienestar es lo único que le interesa. Cree que las visitas son agotadoras para mí. Tiene razón.

Una vez afuera, Conner puso el libro sobre el asiento y miró la casa. Ross había desaparecido, y la señora Smallcross lo miraba a través de la puerta de

vidrio, tal vez para verificar que el reloj de pie o alguno de los cuadros no se asomara por la cajuela del auto.

Condujo distraído, pensando en la figura menuda en la silla de ruedas. Si se pudiera suponer que a los ochenta años de edad un hombre tuviera algún propósito, ¿qué pretendía Hapford?

Aunque le fallara la vista, tenía el cerebro en buen estado. Tal vez olvidara de cuando en cuando dónde dejaba sus dientes postizos, pero Conner no se sentía dispuesto a implicarse en una discusión en serio con él.

Las tres columnas que escribía cada semana tenían como tema gente que él se encontraba andando por las calles de la ciudad; contenidos de interés humano con un leve humor sardónico que le hacía ser quien era. Tenía la mayor certeza de que sus escritos terminaban en el piso de la jaula del pájaro o en la caja de arena del gatito, y eso le ayudaba a no tomarse demasiado en serio. Que los reporteros voraces por las grandes noticias o los analistas políticos que siempre indicaban cómo había que gobernar el país hicieran sus batallitas para conseguir su Pulitzer. Él se contentaba con recibir su salario y marcharse a su casa después de hacer exactamente lo que dijo Hapford: iluminar algunas vidas que de otro modo no serían notadas. Quizá Hapford acabara por ser una de ellas, pero en tal caso podía visualizar al anciano rompiendo en pedazos la columna. No era eso lo que él quería en absoluto.

La cuestión radicaba en saber lo que quería.

Dejó el auto en el estacionamiento frente al edificio del periódico con sus torres blancas y, con el libro de Hapford bajo el brazo, tomó el ascensor a las oficinas editoriales.

El cubículo con el letrero EDITOR DE SOCIALES tenía un cartón encima con el nombre de SUSAN FRAMLING, una ocupante provisional.

La jovencita rubia sentada frente a la terminal de computadora sobre el escritorio alzó la mirada, arqueando las cejas encima de sus ojos azules. Parecía editora de las páginas de sociales. El cabello corto, las gafas y la blusa de seda eran estilos no marcados por el tiempo. Y todo significaba precios caros.

—Hola, Susan —la saludó Conner.

Ella arrugó el ceño.

—¿Qué pasó con la rutina acostumbrada de tengo-libre-el-sábado-por-la-tarde-Susan-vamos-a-casarnos?

—Después de ser rechazado veinticinco veces sentí que tal vez eso encerraba un mensaje. A partir de hoy me limito a adorar tu inteligencia y tu

belleza en silencio y desde lejos, encadenando en lo más hondo del alma el fuego de la pasión y el deseo.

—¡Santo Dios! —dijo ella, pensativa—. Te ha dado por leer novelas de romance. Son para mujeres, Conner.

—Sé cruel. Condéname por buscar solaz en este mundo sin corazón, pasando noches en pozos tortuosos y oscuros, anhelando que alguien como tú haga que me palpite la sangre con ferocidad por todo mi ser, mientras nos amamos sin límite y nos alzamos a alturas de éxtasis estremecedor nunca antes experimentadas. Tu frialdad es suficiente para echarme a llorar, pero antes de ser vencido por los sollozos, dime algo: el apellido Hapford, ¿acaso conjura imágenes de sangre azul?

—Tan azul que es casi púrpura. ¿Por qué?

—Vengo de entrevistarme con él y busco algo de información de fondo.

—Qué suerte tienes. Hace tres meses ni siquiera lo había oído nombrar, hasta una fiesta en la que aprendí mucho. ¿Cuánto das por la información?

—Un café con pan dulce pegajoso y una continua mirada de admiración.

—Ya se comprende por qué pasas noches en pozos tortuosos y oscuros. ¿No te han dicho que los diamantes son el mejor amigo de una chica?

—Después del pan dulce pegajoso. Admítelo.

—Con tales palabras —dijo ella, sonriendo—, ella se dio cuenta de que él había encontrado la llave de su corazón, resolviendo así el misterio milenario de cómo desentrañar los más profundos deseos de una mujer. Pero lo dejaremos para otro día, Conner. En aquella fiesta, la conversación se centró en los días en que la página de sociales tenía significado. Sin televisión, con la aviación comercial apenas en sus comienzos, más el horrible aburrimiento de los interminables viajes en tren y las expediciones de autos de motor, los ricos y poderosos se quedaban en sus casitas y se entretenían unos a otros, y todo aparecía en el periódico. Una de las mujeres más viejas mencionó el nombre de Hapford, que en aquel tiempo era un adolescente. Julius Antonius…

—¿Julius Antonius?

—Su padre era un erudito en Latín, pero Julius Antonius se graduó en la buena vida. Se hallaba cerca de graduarse con honores cuando se cruzó en su camino una belleza llamada Olga Bateau.

Conner recordó los recortes del libro.

—Una mujer casada con un escultor. Desapareció.

Ella arrugó la frente.

—¿Ya sabes la historia?

—No. Eso es lo único que sé.

—El caso es que Hapford y Olga Bateau supuestamente estaban teniendo una aventura, y la noche en que ella desapareció los amantes le habían dicho a Bateau que ella al día siguiente se iría de la casa y entablaría una demanda de divorcio. En el camino de vuelta, Hapford, sin duda repleto de júbilo y champaña, estrelló el auto contra un árbol en la entrada de su propia casa y estuvo varias semanas en el hospital. Su padre murió de un ataque al corazón, cuya causa se atribuyó al accidente. Por si todo eso no bastara, la misma noche del accidente, Olga Bateau fue secuestrada y nunca se volvió a saber de ella. Cuando se recuperó, Hapford acusó a Bateau de falsedad en la historia del secuestro y de haberla matado. Por su parte, Bateau acusó a Hapford de haber quedado mal de la cabeza debido a la lesión sufrida en el accidente, o de mentir porque creía que la escultura comisionada no valía el dinero que pagó por ella, o ambas cosas. Además, un testigo afirmó haber visto a una mujer que respondía a la descripción de la señora Bateau dentro de un coche con dos hombres, a unos cuantos kilómetros de la casa, aproximadamente a la misma hora de su desaparición, y que dicha mujer se veía muy pálida y parecía tener miedo.

—Eso apoya la teoría del secuestro.

—Y dejaba a Hapford al descubierto, después de haber entregado el alma a la delicia de los tabloides. No logró probar nada contra Bateau. Este negó además que los dos amantes lo hubieran visitado esa noche para comunicarle que su esposa deseaba divorciarse. Hapford tampoco pudo probar eso. Después del escándalo y las acusaciones mutuas, Hapford se retiró de la sociedad y se dedicó a acumular obras de arte invaluables en lo que, entiendo, es una magnífica mansión donde no se admiten visitantes. La gente que sabe de su existencia lo califica de loco.

Con los ojos entrecerrados, ella añadió:

—¿Qué es lo que pretendes exactamente, Conner? La gente como tú no habla con tipos como Hapford más de una vez cada siglo.

—Tienes razón. Ha de tener no menos de ochenta años.

Ella apuntó con el dedo índice el libro que él llevaba bajo el brazo.

—¿Y eso qué es?

—Algo que me pidió estudiar. Supongo que viene a ser su diario personal del incidente.

A Susan se le encendió la mirada.

—Hablemos de sobornos, Conner. Yo tengo que ver eso.

—Aunque me encanta la idea de sentarme a tu lado y tomarte de la mano mientras pasamos las hojas, jamás podré concentrarme si te tengo así de cerca. ¿Cómo no contemplar el tono angelical de tu blanca y delicada piel, las palpitaciones de tu garganta mientras luchas por frenar los deseos que sientes por mi persona y el lóbulo obtuso de tu oreja que me hace enloquecer? Además, estoy seguro de que me ha prestado el libro con la idea de que no lo vea nadie más que yo.

—Supongo —dijo ella meneando la cabeza— que no entenderé jamás cómo un tipo tan loco como tú puede ver las almas de la gente, y menos escribir sobre ellas, aunque sospecho que por debajo de un exterior de frases ingeniosas ha de haber una persona de verdad agradable. Deberías dejarla salir de cuando en cuando, Conner. Mientras tanto… —agregó señalando la puerta—: ¡Fuera de aquí!

—Tu humilde esclavo te debe total obediencia.

Ya estaba junto a la puerta cuando ella le preguntó:

—¿Qué diablos es un lóbulo de oreja obtuso?

—Esa descripción no puede hacerse más que en el oscuro confinamiento de una recámara.

En el corredor se topó con Grainger. El editor alzó la mano.

—Leí tu columna, Whit.

—¿Y?

—Aceptable, pero no del Whit Conner que todos conocemos y queremos. ¿Tienes algún problema que yo pueda ayudar a resolver?

—Ojalá fuera eso. Tengamos esperanzas de algo mejor la próxima vez.

Grainger adoptó una expresión pensativa.

—No puedo seguir diciendo lo mismo indefinidamente, Whit.

Cuando cerró el libro ya pasaba de la hora de la cena. Tomando en cuenta el contexto de la historia relatada por Susan, pudo entenderlo mucho mejor que si se hubiera lanzado a la lectura por su cuenta.

La policía, con otras cosas que hacer, había puesto fin a la investigación. No así Hapford. A lo largo de varios años contrató a tres distintos investigadores privados para que buscaran a Olga Bateau, sin mayor éxito que la policía. Uno de ellos trabajó a conciencia, aunque quizá solamente disfrutó gastando el dinero de Hapford. Entregó un informe del tamaño de una novela corta que no aportaba nada nuevo. En cada caso se planteaba la posibilidad de que Bateau hubiera organizado el secuestro y subsecuente asesinato de su

esposa, pero ninguno de ellos declaraba inequívocamente que Olga Bateau estuviera muerta.

Hapford debió encargar a alguien que archivara no solo las referencias que aparecían en la prensa sobre la señora Bateau sino también sobre su marido, incluyendo la noticia siete años después del dictamen de un juez en el que se declaró oficialmente fallecida a Olga Bateau y dejaba a Bateau en libertad para volver a casarse.

Pero Bateau no disfrutó de su dicha matrimonial por mucho tiempo. La nueva esposa lo mató a los seis meses usando uno de los mazos de él. Los detalles de ese horrendo matrimonio la ayudaron para ser declarada inocente, en una época en que los jurados aún se inclinaban a pensar que los votos matrimoniales incluían el derecho de un hombre de golpear a su esposa.

Cincuenta años. Demasiado tiempo para arriesgar cualquier conjetura, aunque Conner sentía que era posible hallar la respuesta leyendo entre líneas. Aparte de algunas breves oraciones que mencionaban la historia del accidente y la muerte de su padre, no había absolutamente nada en el libro sobre el propio Hapford, lo cual le dio a entender que habían quedado fuera muchas cosas. Era posible buscarlas en los archivos del periódico, pero se trataba de una publicación conservadora, para ser leída por toda la familia. En aquellos tiempos, existían otros cinco periódicos que competían por ganar lectores y cada uno de ellos cubría las noticias con su propio estilo.

Seis puntos de vista. Si no conseguía información de esas publicaciones, significaba que no existía nada más.

Tres horas después salió de la biblioteca pública y se detuvo en los escalones para respirar hondo.

La ciudad estaba oscura, la noche tranquila y las lámparas del bulevar brillaban rodeadas de halos en la neblina.

Investigar todos esos microfilmes fue una pérdida de tiempo, pues no logró descubrir nada adicional. Si había una respuesta, esta seguía entre líneas, y no podía ser descubierta a menos que se tuviera una clave, y esa clave, si acaso existía, estaba en manos de Hapford.

Quiso atender la solicitud de Hapford solo por cortesía, pero ya había gastado mucho más tiempo de lo que anticipó. En realidad, le daba igual averiguar qué diablos le pasó a Olga Bateau. Ese problema era de Hapford, que vivió tantas décadas con la pregunta. Bien podía morir con dicho problema y a él dejarlo en paz. Le devolvería al día siguiente su libro y se iría de ahí.

La tarde del siguiente día, la señora Smallcross se mostró aún más antipática al recibirlo que la primera vez.

Si bien la enfermera no parecía haber cambiado de un día a otro, de Hapford no podía decirse lo mismo. Donde el día anterior había brillo ahora había palidez y agotamiento; cuando se levantó para recibir a Conner le temblaba la mano.

—Supongo que lo leyó atentamente, señor Conner, y no será necesario discutir ninguno de sus aspectos. ¿Pudo llegar a algunas conclusiones?

—Como no se encontró el cuerpo de Olga Bateau, siempre existirá la duda de que la haya asesinado Bateau. A estas alturas, pasado tanto tiempo, no hay respuesta posible.

—Si un hombre persevera, la verdad podrá descubrirse —insistió Hapford haciendo una señal con la mano—. Lléveme a la terraza, si tiene la bondad.

La terraza era amplia y larga. El barandal de hierro terminaba en unos escalones anchos. Ross, con una gorra azul de beisbol, se apoyaba en el barandal junto a un pesado trineo.

Los árboles perennes acentuaban los tonos grises que se curvaban en torno a la escultura, más altos al centro y descendientes al extenderse al frente. Dos lechos de rosas rojas y blancas acababan de dar forma a un círculo cortado en dos por un camino de piedra que conducía a la estatua y formaba una especie de patio frente a ella, con una pequeña banca de concreto a uno de los lados.

Sin duda, la arboleda formaba un santuario dedicado a la estatua.

—Adorable, ¿no le parece? —preguntó Hapford. Tomando en cuenta el estado de sus ojos, debía de estar hablando de memoria.

—¿Esto es lo que le comisionó a Bateau?

Hapford asintió.

—Muchos la consideran una fea pila de cemento. ¿Qué ve usted, señor Conner?

La escultura se perdía en un bloque, sin detalles; una forma casi cruda tachonada de pequeñas piedras pulidas, y, sin embargo, Conner creyó percibir la imagen de una mujer: una mujer triste, con las manos entrelazadas frente a ella y la cabeza inclinada. Tuvo la impresión de distinguir lo que se hallaba bajo la superficie, esperando el cincel del escultor para ser liberada.

Sintió que se le helaba la columna vertebral.

—No estoy del todo seguro.

—Yo llevo cincuenta años de sentir lo mismo —dijo Hapford en voz baja, y la gélida sensación se le metió a Conner al estómago.

—¿Cómo trabajaba Bateau?

—Dedicaba mucho tiempo a construir sus formas. Luego mezclaba y vaciaba el concreto personalmente. Una vez que empezaba, paraba hasta terminar, pues el concreto necesitaba tener la misma textura y consistencia en todas partes. Eso fue parte de su argumentación. Ocupado en la mezcla y el vaciado del concreto, no se daba cuenta de ninguna otra cosa, y por lo tanto era posible que invadieran la casa y secuestraran a su esposa mientras él se concentraba en sus labores. Más de una persona atestiguó que no era raro verlo trabajar toda la noche, sin percatarse en absoluto de lo que sucedía alrededor. Cuando se veía obligado a interrumpirse, destrozaba la forma y reducía la obra a escombros con un martillo.

—Me parece que en su lugar yo habría reducido a polvo la escultura —comentó Conner con lentitud.

—No se sienta demasiado seguro de eso.

—¡Maldita sea, no le quedaba ninguna otra elección!

Hapford repuso con voz tenue y fatigada.

—Señor Conner, piense en lo que fue todo hace cincuenta años.

Se esfumó la ira de Conner. El viejo tenía razón. Él pensaba en el ahora y no en el pasado. La escultura fue encargada, terminada e instalada. Lo que se hiciera con ella dependería de Hapford. Si la demolía y no hallaba adentro el cadáver de Olga Bateau, no le quedaría más que el recuerdo de la mujer amada. No encontrarla ahí tampoco probaría nada. Podía estar muerta y enterrada en algún otro sitio. Incluso era posible que siguiera con vida.

Si lograba descubrir el cadáver, tendría la satisfacción de ver declarado culpable a Bateau. En ese caso, la dulzura de su venganza no podría durar para siempre, y la estatua de la mujer amada quedaría destruida. Lo peor era extinguir toda esperanza, por más frágil que fuese, de que siguiera viva. En uno y otro caso, saldría perdiendo.

—Le pido disculpas —dijo Conner—. Pensándolo bien, creo que habría hecho lo mismo que usted hizo.

—Me pareció que usted podría entender. Aunque no lo crea, yo lo conozco. Durante años he admirado su visión, su profundidad y su calidez, pero a últimas fechas ha cambiado el tenor de sus columnas, y creo saber la causa. Ha dejado de buscar la verdad. Persigue la verdad conforme a su propia visión de ella.

Conner suprimió el toque de irritación provocado por cualquier crítica.

—Tal vez podamos dejar esta discusión para otro día —dijo.

Llegó la señora Smallcross y se puso tras la silla de Hapford, con ojos preocupados.

—No me quedan más días —dijo el viejo con voz cansada—. He recorrido el camino hasta donde pude gracias a mis medicamentos y a los dulces cuidados de la señora Smallcross, pero quería señalarles algo. La estatua se encuentra frente a usted, lo mismo que la verdad. Con el mazo puede destruir la escultura en pocos momentos, si usted cree hallar la verdad de esa manera. El señor Ross le ayudará. O puede retirarse, con la certidumbre de que la verdad es tal como usted la ve.

—¿Así que usted cree que voy a destruir la estatua para darle satisfacción?

Hapford sonrió.

—No para mi satisfacción. La de usted. Yo ya sé la verdad. Tardé cincuenta años en descubrirla, porque hice lo mismo que usted ha hecho. Con la certidumbre de estar en lo correcto, abandoné la búsqueda.

Su voz se desvaneció junto con su sonrisa mientras se recargaba en el respaldo de mimbre.

Al darse cuenta de que permanecía inmóvil, la señora Smallcross le puso los dedos sobre la garganta y los dejó ahí un momento. De pronto miró a Ross con los ojos llenos de lágrimas. Ross se quitó lentamente la gorra.

La enfermera acomodó la bata alrededor del regazo de Hapford, como si esa acción aún tuviera sentido, y se lo llevó adentro de la casa.

Sacudido en su interior, Conner la contempló mientras se alejaba. Era como si Hapford hubiera puesto su voluntad en permanecer con vida hasta hablar con él de nuevo.

Nadie más pudo notar lo que faltaba en sus columnas, ni siquiera él mismo, pero el anciano lo detectó. «Ha dejado de buscar la verdad. Persigue la verdad conforme a su propia visión de ella», dijo, dando a entender que inyectaba a su texto lo que deseaba ver, en lugar de lo que de verdad estaba frente a sus ojos, y eso lo volvía plano y artificial.

Bajó de la terraza y estudió la estatua, que el sol pintaba con sus luces y sombras. Tenía la seguridad de que Olga Bateau se hallaba en su interior. Bateau cometió un crimen perfecto, y enseguida se rio de Hapford, sabiendo que su rival no sería capaz de destruirla. Explicaría así la razón por la cual era imposible encontrar su cadáver, pero si no destrozaba la escultura, siempre quedarían dudas. Hapford utilizó esto para verse a sí mismo. Eso hizo, y se sentía agradecido.

Agitó una mano hacia Ross, dio dos pasos hacia su auto y se detuvo. Hapford no dijo que tardó cincuenta años en *darse cuenta* de la verdad, sino

que le tomó ese tiempo *descubrirla*. Hapford no era el tipo de persona que ignorara el sentido preciso de las palabras.

Dio una vuelta despacio alrededor del semicírculo de flores, y enseguida desanduvo sus pasos. Los rosales eran dos brazos tendidos que el camino de piedra separaba, con las piedras colocadas en sus lugares exactos, cubriendo el área circular frente a la estatua en forma de un abanico que radiaba desde un rectángulo al centro.

Conner dio un paso atrás. El rectángulo no era lógico. Conforme a la pauta circular, el centro debió ser cuadrado, es decir, equidistante de todas las orillas.

Examinó el santuario. Si el centro no era la escultura sino el rectángulo, entonces se concluye que la estatua ocupaba el lugar de…

Una lápida.

Volvió a sentir un frío helado en la espina dorsal. Giró hacia Ross.

—¿Él nunca lo supo?

—No, hasta hace una semana. Me pidió que lo sacara en su silla. Casi siempre era la señora Smallcross quien se ocupaba de moverlo, pero había tenido que ir al pueblo. Nadie más lo sabía, ve usted, y pasaban por encima de las piedras del centro. Yo no pude nunca hacer eso. Andar sobre una tumba. Yo moví la silla rodeando las piedras, y él se dio cuenta. Se les quedó mirando, y enseguida se volvió a mí y me preguntó en voz muy serena: «¿Qué pasa, Ross?».

—¿Y qué pasaba?

Una brizna de hierba errante al borde del lecho de flores había escapado de sus tijeras. Ross se volvió a poner la gorra, se arrodilló, arrancó la hierba y la mordió, con expresión pensativa.

—No tengo idea de lo sucedido antes de su accidente, pero no se hallaba él solo, como creyeron todos. Ella iba con él. A él le gustaba ir rápido en el coche. Llovía, y el camino quedó cubierto de hojas húmedas. Derrapó en la curva. Ella se mató y él quedó inconsciente. Los únicos que estábamos aquí éramos su padre y yo, que tenía apenas quince años. En aquel tiempo mi padre era el jardinero. El accidente nos hizo salir corriendo a ambos. Una auténtica pesadilla para un jovencito. Para cualquiera, en realidad. Su padre me envió a la casa para llamar una ambulancia, pero yo sabía, igual que él, que tardaría por lo menos una hora en llegar. Cuando volví a la carrera, él me dijo: «Tenemos que enterrarla, Ross».

Ross escupió los restos de la brizna de hierba.

—Es importante entender que yo solo tenía quince años y el viejo señor Hapford era una especie de dios para todos los que trabajábamos aquí. Nos hallábamos en plena Depresión, y cualquiera que tuviera empleo lo conservaba, pues no había alternativa, y muchos habrían tomado mi puesto con gran alegría para ganar siete dólares a la semana ayudando a mi padre en los jardines. Dijo que necesitábamos enterrarla y yo le dije: «Claro, señor Hapford». Si alguien nos preguntara qué estábamos haciendo, él tendría que responder, no yo. La trajimos hasta aquí. Mi padre había empezado con un lecho de flores, y la tierra estaba suelta. Nadie puede cavar más rápido que un adolescente asustado. Para cuando llegó la ambulancia, ella ya estaba enterrada.

Conner se quedó mirándolo fijamente.

—¿Qué diablos estaría pensando su padre?

—El nombre de la familia, supongo, cosas de esa naturaleza. El nombre en los titulares de los periódicos. El escándalo. El hijo borracho con una mujer casada. La mata. El viejo era muy convencional. Nunca podremos saber en qué estaba pensando. Ahí estábamos, cubiertos de lodo bajo la lluvia, pero el personal de la ambulancia ni siquiera nos miró. Me pregunté qué iba a decirle el viejo a su hijo, en caso de que sobreviviera, cuando de pronto tose y cae al suelo, así que también a él se lo llevaron al hospital. No pude determinar si J. A. había muerto, pero no me quedaba la menor duda sobre el fallecimiento de su padre, así que cualquier explicación tendría que venir de mí.

—Era el momento para que usted dijera algo —comentó Conner con palabras lentas.

—Cuán razonable resulta la mirada retrospectiva. Debí hacerlo, mas no lo hice. Nadie me preguntó, y no declaré voluntariamente nada. Después de todo, ¿qué puede saber un muchachito? Entregaron la estatua mientras se hallaba en el hospital. Le dije a mi padre que J. A. deseaba ponerla aquí, según tenía dicho, con los árboles y los lechos de flores y la piedra plana, improvisando mientras hablaba. J. A. pasó varios días en estado de coma, y cuando salió no tenía ningún recuerdo de lo sucedido aquella noche. Se le quedó en blanco para siempre. Seguro que ha oído hablar de casos semejantes. Bloqueo culposo o algo parecido, según dicen.

Conner asintió sin decir nada. Ross continuó:

—¡Qué diablos! Yo no sabía nada de eso en aquel tiempo. Creí que se iba a acordar, y en ese caso le contaría todo, pero no fue así, y mantuve la boca cerrada. Creo que él y la señora Bateau hablaron sobre informar de sus planes

a su marido, y para llenar el hueco de la memoria él se dijo que eso había sido realidad. Por eso acusó a Bateau. Es fácil entender por qué un chico de quince años en mi posición no lo iba a corregir y decirle que estaba en un error. Cuatro años después vino la guerra. Me fui a Canadá y entré a la Real Fuerza Aérea Canadiense. Me pregunté a veces si en caso de que me mataran el secreto moriría conmigo o alguien tropezaría con él un día, pero no me mataron. A mi regreso, lo había aceptado y viví con ello. Me pareció que no convenía hacerle pasar de nuevo por todo. Tal vez en el fondo lo sabía, y por eso resolvió encerrarse. Cuando se lo dije hace una semana, me respondió: «Gracias, Ross», como si le estuviera haciendo un favor.

—Tal vez sí se lo hizo —comentó Conner.

—Ahora solamente lo sabemos nosotros dos. ¿Se le ocurre algo que hacer?

Conner puso la mirada en el santuario.

—No creo.

Ross se agachó, cortó una rosa y se la ofreció a Conner. Era de un rojo púrpura profundo, con azul en la parte inferior.

—De mi propia creación. La he llamado Bateau Blue. A J. A. eso le agradó.

—A mí también me gusta —dijo Conner haciendo girar la flor entre los dedos.

Susan alzó los ojos y sonrió.

—¿Descubriste lo que Hapford quería?

—Darme una lección de humildad. Él dijo que era una búsqueda de la verdad, su manera elegante de decirme que me he vuelto un escritor aburrido e insufrible.

—Tres vítores para Hapford.

—Ya no sabrá de tu aprobación. Murió aproximadamente a las dos y media, y no sabes cuánto lo lamento. Me gustaría haberlo conocido mejor.

Puso la rosa sobre el escritorio.

—Es para ti. Se llama Bateau Blue.

Ella inhaló la fragancia cerrando los ojos.

—Es bellísima. Gracias, Conner. Pero ¿qué supiste de Olga…?

—¿Te agradaría cambiar aquel café con pan dulce pegajoso por una cena?

Ella lo observó durante un momento.

—Creo que no será necesario llevar mi bote de gas lacrimógeno.

—No haremos más que hablar como dos adultos sensatos.

—Suena aburrido, pero acepto con mucho gusto, señor Conner —dijo ella sonriendo.

Se encontró con Grainger de nuevo en el pasillo y alzó una mano antes de que el editor pudiera hablar.

—No interrumpas mi tren de pensamiento.

Dentro de su oficina se puso tras el teclado.

Ninguna de las personas que buscaron a Olga Bateau a lo largo de tanto tiempo pensó en preguntarle a un chico desgarbado de quince años si sabía algo. Si lo hubieran hecho, ese adolescente habría salido en las noticias.

Él no escribía nunca sobre la gente que salía en las noticias. Su columna estaba dedicada a personas que de otra manera jamás serían notadas.

Por ejemplo, un desgarbado jardinero genial de orejas prominentes que usaba una gorra azul de beisbol y cultivaba rosas azules, cuyo trabajo muy pocos conocían porque se llevaba a cabo arriba de un cerro donde el tiempo se detuvo cincuenta años atrás.

EL DÍA DE LA EJECUCIÓN

HENRY SLESAR



Prolífico autor de cuentos cortos y guiones para televisión, HENRY SLESAR tuvo presencia muy frecuente en la revista *AHMM* durante sus primeros años. Fue además uno de los pocos escritores que alternaron entre la publicación y el programa televisivo *Alfred Hitchcock presenta*. De hecho, el presente relato fue adaptado para dicha serie, donde salió al aire con el título «La noche de la ejecución». A lo largo de su carrera, Slesar escribió más de quinientas narraciones cortas, entre las que se incluye la popular serie del inspector Cross; también fue distinguido con el Premio Edgar a la mejor primera novela de 1960, *El sudario de franela gris*.

AL PONERSE DE PIE EL PORTAVOZ DEL JURADO para leer el veredicto, Warren Selvey, el fiscal, escuchó la declaración de culpabilidad como si esas palabras implicaran un elogio personal a sus propios méritos. En el tono sombrío del miembro del jurado no percibió una condenación del acusado, encogido como cerillo quemado en su silla del tribunal, sino un tributo a su brillo profesional.

—… culpable del crimen del que se le ha acusado…

No, pensó triunfal para sus adentros Warren Selvey, culpable como yo lo he demostrado…

Por un momento, la mirada melancólica del juez se desplazó al fiscal, y el anciano magistrado se escandalizó visiblemente al percibir su expresión de júbilo. Sin embargo, a Selvey le resultaba imposible ocultar su satisfacción

ante su primer veredicto de culpabilidad, pues obtenerlo le producía una felicidad incontrolable.

Juntó con agilidad sus documentos, esforzándose por mantener en la boca una expresión adusta apropiada, aunque le dolían los deseos reprimidos de sonreír. Se puso el portafolios bajo el brazo y se dio vuelta para encarar a los zumbones espectadores del juicio.

—Con su permiso —declaró con seriedad, y se abrió paso hacia la salida, con sus pensamientos centrados ya solamente en Doreen.

Intentó visualizar su rostro, la boca roja que podía ser dura o tiernamente dulce, dependiendo de a cuál de sus variables humores se hallara sometida. Quiso imaginar su reacción a las buenas noticias que él portaba, la sensación de su cálido cuerpo apretando el suyo mientras lo abrazaba.

Sin embargo, las escenas anticipadas de las delicias de Doreen sufrieron una interrupción. Eran hombres quienes lo buscaban con la mirada, y hombres también quienes le tendían la mano para felicitarlo. Garson, el procurador distrital, le dedicó una amplia sonrisa, moviendo afirmativamente la cabeza leonina para expresar su aprobación del comportamiento de su cachorro. Vance, el procurador asistente, sonreía solo con la mitad de la boca, no demasiado contento de ver a un fiscal más joven que él al centro del escenario. Además lo rodeaba una multitud de reporteros y fotógrafos, solicitando declaraciones y poses.

En otros tiempos, eso habría sido más que suficiente para Warren Selvey, su momento victorioso rodeado de admiración. Pero ahora Doreen era lo más importante, y al pensar en ella sintió impaciencia por abandonar su arena triunfal a fin de buscar una recompensa más tranquila y satisfactoria.

Sin embargo, no logró escapar. Garson lo tomó del brazo y lo condujo al automóvil gris que lo esperaba a un lado de la acera.

—¿Qué se siente? —dijo sonriendo Garson, dándole una palmada en la rodilla en el momento en que el automóvil se puso en marcha.

—Se siente bastante a gusto —repuso Selvey, con un intento de moderación—. Pero ¡qué diablos!, la gloria no es solamente mía, Gar. Tus chicos armaron el proceso.

—No puedes estar hablando en serio —objetó Garson con un destello en los ojos—. Te observé durante el juicio, Warren. Probaste el sabor de la sangre. Te volviste la espada de la venganza. Fuiste tú, no yo, quien lo puso en la lista de espera para la silla eléctrica.

—¡No digas eso! —exclamó Selvey—. Bien sabes que es más culpable que el pecado original. Las pruebas no pudieron ser más claras. El jurado

estaba obligado a alcanzar ese veredicto.

—Eso es cierto. Tal como manejaste las cosas, hicieron lo único que podían. Pero hay que admitirlo, Warren: con otro fiscal, tal vez el veredicto sería diferente. El crédito te lo otorgo a ti, Warren.

Selvey no pudo reprimir más su sonrisa, que iluminó su cara alargada con la barbilla en punta, y sintió alivio al poder relajar sus facciones. Se arrellanó en el grueso cojín del respaldo del coche.

—Puede ser —concedió—. Pero yo lo creí culpable y traté de convencer a todos los demás. Lo que cuenta, Gar, no son las pruebas A-B-C, ni los demás sofismas de la escuela de leyes, ya sabes. A veces es algo que uno *siente*…

—Sin duda —admitió el procurador antes de cambiar de tema—. ¿Qué tal tu esposa, Warren?

—Oh, Doreen está bien.

—Me da gusto oírlo. Una mujer adorable, Doreen.

La encontró tendida en el sofá al entrar al apartamento. Ese detalle en particular no figuraba en el recibimiento triunfal que imaginó.

Se le acercó para rodearla con los brazos, ligeramente apoyado en el sofá. Le dijo:

—¿Supiste, Doreen? ¿Has oído lo que sucedió?

—Lo oí en la radio.

—¿Y? ¿Acaso no sabes lo que significa? Obtuve la condena. La primera, y fue importante. Ya no soy un abogado menor, Doreen.

—¿Qué le van a hacer a ese hombre?

Parpadeó al mirarla, en un intento de adivinar de qué humor se encontraba.

—Yo pedí la pena de muerte —dijo—. Asesinó a su esposa a sangre fría. ¿Qué otra sentencia podrías ponerle?

—Solo fue una pregunta, Warren —aclaró ella, y apoyó la mejilla en su hombro.

—La muerte forma parte del oficio —explicó—. Tú lo sabes igual que yo, Doreen. ¿Te vas a poner en mi contra por esto?

Por un momento, ella lo rechazó empujándolo, sin saber si debía o no enojarse. Pero de pronto lo atrajo hacia ella y Selvey sintió en el oído su aliento rápido y caliente.

Emprendieron una celebración a lo largo de la semana. Una celebración tranquila de carácter íntimo, cenando con amigos cercanos en restaurantes a

media luz. Dadas las circunstancias, sería un error celebrar visiblemente en público.

Al anochecer el día en que el convicto Murray Rodman recibió la sentencia de muerte, se quedaron en casa y escanciaron *brandy* en grandes copas que calentaron con las manos. Doreen se emborrachó y se puso a jugar apasionadamente, y Selvey creyó que nunca podría ser más feliz. Después de una mediocre carrera académica y un nombramiento de tercera clase en el aparato legal del estado, de repente se veía ocupando un puesto importante y respetable. Se había casado con una mujer hermosa y consentida, y podía hacerla suspirar en sus brazos. Se sentía ufano. Le agradeció a Murray Rodman la oportunidad brindada a su progreso en la vida.

El día en que se había programado la ejecución de Rodman se aproximó a Selvey un hombre encorvado de pelo gris, con manchas de grasa en el sombrero que le cubría los ojos. Salió del umbral de una farmacia, con las manos dentro de los bolsillos de un abrigo sucio. No se había rasurado en días, y el rostro estaba cubierto por brotes de barba blanca.

—Por favor —rogó—, ¿puedo hablar con usted un minuto?

Selvey lo miró de arriba abajo y se buscó unas monedas en un bolsillo.

—No —dijo rápidamente el hombre—, no le estoy pidiendo limosna. Solo necesito decirle algo, señor Selvey.

—¿Usted sabe quién soy yo?

—Sí, claro, señor Selvey. He leído todo lo que publican sobre usted.

A Selvey se le suavizó la mirada.

—Mire, tengo prisa en este momento. Tengo que llegar a una cita.

—Pero esto es importante, señor Selvey, se lo juro por Dios. ¿No podemos ir a algún sitio? ¿A tomar un café, quizá? Solo serán cinco minutos.

—¿Por qué no mejor me escribe una carta o me visita en la oficina? Estamos en la calle Chambers…

—Se trata del hombre a quien van a ejecutar esta noche, señor Selvey.

El abogado examinó los ojos penetrantes y voluntariosos del desconocido.

—Bueno —accedió—. Hay una cafetería en esta calle. Pero solo cinco minutos, que no se le olvide.

Eran casi las dos y media, más tarde de la hora de la comida de los oficinistas. Se sentaron en un apartado al fondo del lugar y guardaron silencio mientras el mesero se llevaba de la mesa los residuos de una comida ingerida con prisas.

Por fin el anciano se inclinó sobre la mesa y habló:

—Mi nombre es Arlington, Phil Arlington. Estuve fuera de la ciudad, en Florida, de lo contrario no habría dejado que las cosas llegaran a estos extremos. No leí el periódico ni tenía radio, no me enteré de las noticias.

—No comprendo, señor Arlington. ¿Se refiere al juicio de Rodman?

—Sí, el tema de Rodman. Al volver me enteré de lo sucedido y no supe qué hacer. ¿Me entiende? Me dolió, sufrí mucho al leer lo que le estaba pasando a este pobre hombre. Pero también tuve miedo. Eso lo podrá entender, ¿verdad? Tuve miedo.

—¿Miedo de qué?

Arlington parecía hablarle a su taza de café.

—Sufrí muchas dificultades tratando de decidir qué hacer. Hasta que pensé, qué diablos, este tipo Rodman es joven. ¿Qué edad tiene? ¿Treinta y ocho? Yo tengo sesenta y cuatro, señor Selvey. ¿Qué es lo mejor?

—¿Mejor para qué? —preguntó Selvey, con impaciencia y echando un vistazo a su reloj—. Mire, señor Arlington, tengo muchas ocupaciones, le pido que hable con más claridad.

—Pensé en pedirle consejo —explicó el hombre de pelo gris pasándose la lengua por los labios—. Tuve miedo de ir directamente a la policía. ¿Debo decirles lo que hice? ¿Decirles que fui yo quien asesinó a esa mujer? Dígame. ¿Qué debo hacer?

Fue como si de pronto el mundo se desplazara de su eje. Las manos de Warren Selvey se enfriaron, aunque tocaban su taza de café. Miró con fijeza al hombre sentado frente a él.

—¿De qué me habla? —dijo—. Rodman mató a su esposa. Quedó demostrado en el juicio.

—No, no. Esa es la cuestión. Yo estaba pidiendo aventón hacia el este. Llegué a Wilford y me eché a andar por el pueblo, buscando algo de comer o un trabajo, lo que fuese. Llamé a una puerta. Abrió una buena señora. No tenía ningún trabajo para mí, pero me dio un sándwich. Fue un sándwich de jamón.

—¿Qué casa? ¿Por qué cree usted que era la casa de la señora Rodman?

—Lo sé. Vi su foto en los periódicos. Vi que era una buena mujer. Si después no se hubiera metido a la cocina, todo estaría bien.

—¿Qué? ¿Qué? —barbotó Selvey.

—No debí hacer lo que hice. Ella fue muy amable conmigo, pero yo no tenía un solo centavo. Miré los frascos en los estantes. Ya sabe usted cómo son las mujeres, que siempre esconden dinero en frascos, y lo llaman dinero de la casa. Me vio buscar y se enfadó. No gritó, pero me di cuenta de que me

metería en problemas. Fue entonces cuando lo hice, señor Selvey. Perdí la cabeza.

—No le creo —objetó Selvey—. Nadie vio… No había nadie en el rumbo. Rodman y su mujer reñían todo el tiempo…

—De eso no sé nada, señor Selvey —el hombre canoso se alzó de hombros—. Ignoro todo sobre esas personas. Pero le estoy diciendo lo que sucedió y por qué necesito sus consejos.

Se frotó la frente con los dedos y añadió:

—Lo que quiero preguntar es: ¿qué me harán si confieso ahora?

—Lo electrocutarán —dijo Selvey con frialdad—. En lugar de Rodman. ¿Es eso lo que busca?

—No —replicó Arlington, y palideció—. La cárcel sí, pero no lo otro.

—En tal caso, olvide el asunto. Entiéndame, señor Arlington, me parece que usted soñó todo eso que me cuenta, ¿no es así? Piense que eso fue, un mal sueño. Póngase en camino y olvide todo.

—Pero aquel hombre. Lo van a matar esta noche…

—Porque es culpable —declaró Selvey dando un golpe sobre la mesa con la palma de la mano—. Yo probé su culpabilidad. ¿Entiende?

Los labios del viejo temblaron.

—Sí, señor.

Selvey se levantó y puso un billete de cinco dólares sobre la mesa.

—Pague la cuenta —indicó con frialdad—. Guárdese el cambio.

Esa misma noche Doreen le preguntó la hora por cuarta ocasión.

—Las once —repuso él con hosquedad.

—Solo falta una hora —comentó ella, hundida en los cojines del sofá—. Me pregunto qué estará sintiendo ahora.

—¡Basta ya!

—Vaya, qué nervioso te has puesto esta noche.

—Mi parte ya terminó, Doreen. Te lo he dicho una y otra vez. Ahora le toca al Estado hacer lo que debe.

Ella adoptó una expresión reflexiva, con la punta de la lengua entre los dientes.

—Pero tú lo pusiste en ese lugar, Warren. No lo puedes negar.

—¡Fueron los miembros del jurado quienes lo pusieron ahí!

—Oye, abogado, no es necesario que me grites *a mí*.

—Oh, Doreen… —quiso inclinarse hacia ella con un gesto de disculpa, pero de repente sonó el teléfono.

Enojado, tomó el auricular.

—¿Señor Selvey? Habla Arlington.

Selvey sintió sus pulsaciones recorrerle el cuerpo.

—¿Qué se le ofrece?

—Señor Selvey, lo he estado pensando. Lo que me dijo hoy. Pero creo que no sería correcto olvidar el asunto. Me refiero a que…

—Arlington, escuche bien. Quisiera verlo en mi apartamento cuanto antes. Ahora mismo.

Desde su sitio en el sofá, Doreen protestó:

—¡Ey!

—¿Me oye usted, Arlington? Antes de que se precipite, quiero hablarle y decirle cuál es su posición desde el punto de vista legal. Creo que es lo menos que puede usted considerar.

Se produjo una pausa al otro lado de la línea.

—Creo que quizá tiene razón, señor Selvey. Pero estoy en el centro, y para cuando llegue…

—Llegará a tiempo. Tome el tren subterráneo IRT, es lo más rápido. Bájese en la parada de la calle 86.

Al colgar el teléfono se dio cuenta de que Doreen se había puesto de pie.

—Espera, Doreen. Lo siento mucho, pero este hombre es un testigo importante en un caso que estoy llevando. No lo podré ver a ninguna otra hora.

—Que te diviertas —repuso airada, y se encaminó hacia la recámara.

—Doreen…

La puerta se cerró tras ella. Hubo un instante de silencio antes de oírla correr el cerrojo.

Selvey maldijo en voz queda los humores de su esposa y se acercó al bar de su apartamento. Cuando Arlington llamó al timbre de la puerta, Selvey llevaba consumidos quince centímetros de *bourbon*.

El abrigo sucio y el sombrero grasiento de Arlington se veían peor que nunca en el interior de la elegante vivienda. Se quitó ambas prendas y miró con timidez alrededor.

—Solo faltan tres cuartos de hora —dijo—. Necesito hacer algo, señor Selvey.

—Yo sé lo que le conviene hacer —repuso sonriendo el abogado—. Tómese un trago mientras hablamos un momento.

—Creo que no debería… —comenzó el viejo, pero puso los ojos en la botella en manos de Selvey.

La sonrisa en el rostro de Selvey se volvió más amplia.

A las once y media, la voz de Arlington sonaba confusa y sus ojos perdieron la intensidad inicial. Su preocupación por Rodman disminuía.

Selvey mantuvo lleno el vaso de su visita.

El viejo comenzó a murmurar. Habló de su infancia, de una época anterior de respetabilidad, y mencionó una lista de nombres de personas que lo perjudicaron. Después de un rato, su cabeza mugrosa se puso a girar sobre los hombros y se le entrecerraron los ojos.

Lo despertaron las campanadas del reloj sobre la chimenea.

—¿Qué fue eso?

—Solamente el reloj —dijo Selvey, sonriendo de nuevo.

—¿El reloj? ¿Qué hora…?

—Las doce, señor Arlington. Se acabaron sus preocupaciones, el señor Rodman ya pagó su crimen.

—¡No! Eso no es cierto —exclamó el viejo y se puso a dar vueltas por el apartamento—. Fui yo quien mató a esa mujer. ¡No él! No pueden matarlo por algo que…

—Cálmese, señor Arlington. Ya no puede hacer nada al respecto.

—¡Sí, sí! Hay que hablar con ellos… con la policía…

—¿Para qué? Ya ejecutaron a Rodman. Al sonar el reloj ya estaba muerto. ¿Qué bien puede hacerle ahora?

—Debo hacerlo —sollozó el anciano—. ¿No se da usted cuenta? No podría seguir viviendo sin confesar. Por favor, señor Selvey…

Tambaleándose se acercó al teléfono. Con rapidez, el abogado puso la mano sobre el auricular.

—No lo haga —le ordenó. Las manos lucharon por tomar el aparato y venció fácilmente la del más joven de los dos.

—No puede usted detenerme, señor Selvey. Iré allí en persona y confesaré todo. Y les diré también sobre usted…

Entre tropiezos se dirigió hacia la puerta. Selvey extendió el brazo y lo hizo darse vuelta.

—¡Viejo vagabundo loco! Solo anda creando problemas. Rodman ya está muerto…

—¡Qué importa!

El brazo de Selvey se movió como látigo y la mano se estrelló contra la cara de facciones hundidas. El viejo sollozó al recibir el golpe, pero persistió

en sus intentos por llegar a la puerta. La furia de Selvey creció y lo volvió a golpear, y enseguida sus manos rodearon el flaco cuello del anciano. La siguiente idea se presentó con naturalidad; en la envejecida garganta no quedaba mucha vida. Con un poco de presión Selvey logró suspender la respiración agitada, la voz enronquecida, las palabras que lo acusaban…

Selvey le apretó con más y más fuerza el cuello.

De pronto, las manos lo soltaron. El cuerpo del hombre se tambaleó contra el de Selvey antes de caer al suelo.

En la puerta estaba Doreen, rígida, con hielo en la mirada.

—Escúchame, Doreen…

—Lo ahorcaste —declaró ella.

—¡Fue en defensa propia! —gritó Selvey—. Se metió a la fuerza al apartamento para robar…

Ella azotó la puerta y echó de nuevo el cerrojo. Selvey cruzó corriendo la alfombra y se puso a tocar la puerta con desesperación. Movió el picaporte y gritó el nombre de su esposa, pero no hubo respuesta. De súbito, oyó que marcaba el teléfono.

Las cosas no podían ir peor cuando para colmo se presentó Vance en la multitud que no tardó en invadir el apartamento. Vance, que lo odiaba desde antes. Vance, que tuvo la inteligencia suficiente para desbaratar la historia del robo con facilidad y determinar que Selvey esperaba a su visitante. Vance, que celebraría su caída en desgracia.

Sin embargo, Vance no expresaba ningún ánimo celebratorio. En cambio, lucía desconcertado. Miró durante un minuto el cadáver tendido en el suelo del apartamento de Selvey y dijo:

—No entiendo, Warren. ¿Por qué quisiste matar a un viejo incapaz de hacer daño?

—¿Incapaz? ¿Incapaz de hacer *daño*?

—Claro que no podía hacer daño. Es el viejo Arlington, lo reconocería en cualquier sitio.

—¿Lo conocías? —preguntó Selvey, atónito.

—Ya lo creo, cuando trabajé en la provincia de Bellaire. Un viejo loco que andaba por todas partes confesando asesinatos. Pero ¿matarlo, Warren? ¿Para qué?

HALCONES

CONNIE HOLT



> El presente relato, escrito por CONNIE HOLT y publicado en 1989, recibió el Premio Robert L. Fish a la mejor ópera prima en el género del cuento corto. En un género caracterizado por temas de violencia, a menudo con un realismo áspero, esta joyita de relato destaca por sus descripciones mesuradas y sus insinuaciones, pero eso no le quita lo perturbador. Nos agrada la manera en que se acumulan los pormenores para alcanzar una culminación sutil pero muy potente.

LOS ASISTENTES AL FUNERAL se congregaron en pequeños grupos en las laderas del cerro, algunos bajo el roble de hojas coloradas y otros junto a los monumentos a sus propios difuntos en el populoso cementerio irlandés. La tía Hattie estaba de regreso en la cocina, atendiendo la preparación de la cena para los deudos, pues «los funerales dan hambre». La tía Sue, esposa del tío Joe, se quedó con ella para ayudar, al igual que la señorita Tatum Harris, la telefonista de Arkansas Bell en el pueblo llamado Republican. La señorita Tatum aportó dos de sus pasteles de limón de varias capas para los postres. La vecina, la señora Loder Smith, casada con el propietario de la tienda general, fue a casa de la señorita Tatum para atender el tablero del conmutador cuando se presentara alguna dificultad que precisara resolverse. La tía Sue se mostraba triste mientras amasaba y cortaba los bizcochos, pero la tía Hattie y la telefonista se esforzaban en alegrarla un poco.

A los niños, sobrinos y sobrinas del difunto, los cinco pequeños de Preacher y otros primos segundos de Gilbert, les ordenaron portarse muy bien y no alejarse de las tumbas más viejas en la parte alta del cerro. Al poco rato

ya corrían entre las hierbas altas con raíces en los huesos de irlandeses muertos cien años antes. Sus carcajadas rebotaban en las lápidas medio demolidas, y encima de la tierra aplanada sobre Baby McDonough, 1865, se organizó un juego de canicas.

Sarah y Donald se sentaron juntos con la mayor dignidad posible sobre la losa de granito de Lough MacDougal, el único escocés testarudo sepultado en esa colina celta. Hablaban en tonos sombríos para honrar el funeral de su tío e impresionar a los más pequeños, mostrándose maduros.

—Preacher dice que Elmo no irá al Cielo porque era pagano —dijo Donald, en cuyo rostro de trece años ya se había formado una profunda arruga en el ceño.

—¿Qué es un pagano?

—No estoy muy seguro, pero no van a la iglesia y son pecadores.

—Papá dijo que la tía Hattie dice que no irá, pero solo porque no lo pueden encontrar —dijo Sarah.

—¿Tampoco va a ir al Cielo el tío Abe? —preguntó Donald.

—No, tonto, no se trata de papá —dijo ella, riéndose—. El tío Elmo. Como no encuentran su cuerpo, no puede entrar al Cielo, es por eso.

—¿Y qué puede importar que no lo encuentren?

Sarah reflexionó un poco antes de hablar:

—Pienso que necesitas tener tu cuerpo cuando se va tu alma.

—Eso no me suena bien —dijo Donald con actitud de suficiencia—. La gente no usa sus cuerpos en el Cielo. Solo el alma va con Jesús. No se van a llevar al Cielo algo que estuvo metido en un hoyo en la tierra.

—Da lo mismo —replicó la niña—. La tía Hattie dice que no le han dado sepultura cristiana y que por eso no irá.

—Puede ser —concedió Donald—, pero igual no importa. Si era pagano, de cualquier modo no lo dejarían entrar.

Justo en ese momento, Lavon, el hijo de Preacher, tiró del pelo a Sarah, que gritó más por la sorpresa que por el dolor, y Donald le dio varias nalgadas al pequeño por su afrenta.

Cuando la madre de Sarah fue por ellos, el sol ya estaba en el cenit y hacía mucho calor. Los del juego de canicas tuvieron que sacudir el polvo de sus pantalones buenos y Lavon se fajó la camisa blanca dentro de los pantalones.

—Cállense ya —les advirtió la señora Knox, severa—. Pongan atención.

Los niños se jaloneaban unos a otros de la ropa, haciendo muecas y dándose uno que otro empujón.

—Esto no es una fiesta —prosiguió la señora Knox—. Ustedes van a bajar ahora del cerro y se quedan parados con sus mamás. No se pongan junto a Abe ni Joe, ¿me oyeron? Se quedan con sus mamás. Y los hijos de Joe, todos se quedan conmigo. Tampoco quiero relajo en los rezos. Yo rezo abriendo un ojo, y si cualquiera no se porta como debe, seguiré rezando y en casa les sacaré ampollas en las nalgas. Aunque no haya sepultura, esto es un funeral.

Examinó al grupo con el ojo derecho, azul y frío, probablemente el elegido para permanecer abierto.

—¿Alguien quiere preguntar algo?

Todos menearon las cabecitas. Si tuvieran preguntas, no serían sobre el tema de los buenos modales.

—Bueno, entonces vamos a bajar del cerro. Atrás de mí, todos.

Los deudos se formaron más o menos en un círculo, con Preacher en el lado sur, para que el sol no le diera en los ojos. A su derecha se hallaban Abe y Joe Knox, con un espacio cuidadosamente reservado para sus oscuras presencias y el resto de los dolientes. Donald los observó desde el otro lado del círculo. Notó que en la cara de su padre se tensaban los músculos de la mandíbula. Al interior de sus ojos percibió una fuerza inmóvil y feroz. Vio al tío Abe arrancar una de las hierbas y quedarse mirándola fijamente, inmóvil lo mismo que una escultura. Los niños se revolvían y giraban, y ponían sus miradas en todo, incluyendo a veces el cielo, por accidente.

Preacher bajó la barbilla hasta tocar su corbata de moño, agarrando una Biblia con las dos manos y poniéndola sobre su pecho carrasposo. El círculo se quedó en silencio, aguardando a que llamara a Jesús a su reunión, pero tan solo se oía el rumor de los arbustos al borde del bosque, hasta que Dios se dejó oír de pronto a todo volumen, como si un trueno cayera cerca del cementerio. Todos los niños y algunos adultos se sobresaltaron visiblemente.

—¡Señor! —atronó la voz de Preacher—. Escucha a tus hijos que te llaman pronunciando tu precioso nombre en medio de sus terribles angustias. Ayuda a este pobre pecador a encontrar las palabras capaces de abrir sus corazones a ti, para que puedan sentir tu poder de curación el día de hoy. Ten misericordia con el alma de Elmo Knox. Pido, Jesús, Nuestro Señor, que allá tendido en una zanja haya tenido tiempo de arrepentirse, rogando que entraras en su vida. Ruego que le perdones todo el mal que hizo…

Sarah al principio oía las oraciones como si fuera domingo. Las letanías de los pecados del tío Elmo salían con las mismas cadencias que los recitales desde el púlpito sobre las maldades de la humanidad, pecados escritos en letras negras en el libro de Pedro, el que ha de leer a partir de ahora hasta el

último día. Elmo Knox no iba a la iglesia. Tenía muy escaso miedo de Dios y no le importaba que alguien dijera blasfemias. Según él, Dios vivía en los árboles y las montañas, y hablaba en los cantos de las aves. Decía que el agua de los ríos era la sangre de Dios. Afirmaba que él era un animal no mejor que un pato silvestre ni peor que un gato montés. Al morir en el verano anterior no tuvo la previsión de dejar sus restos disponibles dentro de una caja con el aroma de los pinos de Arkansas para esperar el Día del Juicio. Después de un rato, Sarah dejó de atender a Preacher, igual que los domingos, y se puso a pensar en el muerto. Se acordó del claro día de junio cuando lo vio por última vez…

En aquella ocasión se sentaron en la sombra, apoyando las espaldas en un fragmento de roca a medio camino de Sugarloaf. Sarah apreció los muchos tonos de verde y azul bajo la luz del sol que se extendían a la vista, aunque no pensaba en eso. Elmo contemplaba un halcón de cola roja volando en círculos sobre una curva de la carretera de Latter, y se puso a considerar al halcón mientras lo observaba.

—Los halcones son aves muy pacientes —dijo en voz alta—. Flotan todo el día en el viento esperando su oportunidad.

Sarah se puso a mirar al halcón también.

—No matan con frecuencia —prosiguió—, porque es difícil. Intenta matar algo que tenga un par de buenos ojos y pies rápidos.

Después de un rato, el halcón salió de su círculo y se dirigió al oriente, alejándose del sol. De pronto, Elmo habló ya sin aire ausente, como si se dirigiera al ave de presa:

—Pero ha de matar, tarde o temprano, puedes estar segura de eso. Tiene que matar —afirmó, y de pronto, se volvió hacia la niña—. Que no se te olvide: los buenos cazadores necesitan mucha paciencia. Tu papá, el tío Joe y yo somos buenos cazadores los tres. Pero es por la paciencia. Por eso es bueno mirar a los halcones.

—Pero yo no quiero matar animales —dijo Sarah con solemnidad—. Quiero poder atraparlos, igual que tú. Los atrapas para mirarlos, los examinas de cerca y luego los dejas ir.

—Sí, eso está bien —aceptó—. Igual de divertido que cazar, pero sin hacer ningún daño. Cuando le haces daño a algo, es como si se lo hicieras a todo. Hay veces que no me gusta ni siquiera andar sobre la hierba. ¿Has pensado cuántos gusanos e insectos quedan bajo tus pies cuando caminas? Tal vez la misma hierba grita de dolor, pero no la oímos.

Sacudió la cabeza y se quedó mirando el lugar del cielo en donde volaba el halcón, pero Sarah se dio cuenta de que miraba cosas dentro de su propia cabeza.

—Pero necesitas tener mucho cuidado —murmuró—. Hay animales que no deben ser atrapados.

—Hay que darnos prisa, tío Elmo —dijo Sarah, media hora después—. Mamá tendrá la cena lista para cuando lleguemos.

Se echaron a andar juntos por Sugarloaf y luego por el camino de tierra que conducía a su casa. Elmo le enseñó un trepatroncos.

—Cada vez que veas un pajarito que baja por el árbol con el pico hacia abajo, igual que una mosca, es un trepatroncos.

Le contó de los bolsillos suaves y rosados que se hallaban en el vientre pálido de una zarigüeya madre, y también de sus temibles dientes y garras.

—¿Sabes?, si quieres podemos atrapar una zarigüeya para mirarla —propuso—. Todo lo que necesitamos es una caja para la trampa, si logramos familiarizarnos con una zarigüeya en particular.

—Podemos arreglar la jaula del mapache mientras esperamos a conocer una zarigüeya —sugirió alegre Sarah, visualizando ya a la pequeña criatura gris acomodada tras la reja de alambre.

—Los Knox aprenden a tener paciencia y previsión desde que son unos pajaritos muy pequeñitos… —dijo el tío Elmo, con una sonrisa en la boca que no se expresaba en los ojos.

Fue al día siguiente de aquel encuentro que se fue a pie al bosque él solo. Cuando el padre de Sarah y el tío Joe volvieron sin él después de salir en su busca, ella consiguió una caja de verduras, un cordón grueso y un palo firme, con los que se podía fabricar una trampa para la mamá zarigüeya.

Preacher al fin hizo sus oraciones finales por el espíritu de Elmo Knox mientras los deudos respondían con alabanzas a Dios. La única que lloraba en la ladera de la montaña era la niña, Sarah.

Terminado el funeral, bajaron en sus automóviles a Republican. La tía Hattie los esperaba con la cena lista: pollo frito y ancas de rana, robalo al horno y bizcochos, arroz y salsa, verduras…, todo soltando nubes de vapor desde sus cazuelas sobre la mesa de la cocina. Además había jitomates rebanados, ensalada de frutas y leche fría en una jarra grande.

Las mujeres y los niños más pequeños comieron en la cocina. Los hombres se sirvieron de comer afuera, algunos sentados encima de los

automóviles y otros alrededor, en el suelo. Los niños se colocaron en el porche de madera gris, con piernas cruzadas como indios o dejando colgar los tobillos flacos a los lados. Sarah y Donald estaban solos en el lado norte del porche.

—He estado pensando —le confió Sarah entre varios bocados de pierna de pollo—. Yo creo que el tío Elmo no se ha muerto.

—Claro que se murió —repuso Donald en un tono de autoridad—. Acabamos de estar en su funeral.

—Sí, pero no enterramos a nadie, ¿o sí? —explicó ella, inclinando su barbilla—. No teníamos caja porque no había ningún cuerpo, y no había cuerpo porque no se ha muerto.

Donald consideró la nueva idea mientras masticaba.

—Mira, Donald —prosiguió Sarah en tono razonable—. El tío Elmo no pudo perderse en el bosque porque él conoce el bosque mejor que nadie. Y tendría que haberse perdido del todo, pues papá no pudo encontrarlo a pesar de que sabe seguir los rastros. Hasta tu papá podría encontrarlo, excepto que estaba perdido del todo ¡y él no podía perderse! Así que ya ves. Es muy sencillo entender que él no se ha muerto.

—Pero en ese caso, ¿dónde está? —preguntó Donald después de unos instantes para no hablar con la boca llena.

—En Nueva Orleans, es lo que pienso —dijo ella, alzando los hombros para darse más importancia—. Siempre decía cuánto le gustaría ver la carretera elevada sobre el lago Ponchetrain.

Las cejas del niño se fruncieron y apretó los labios mientras se concentraba en la argumentación de Sarah. Por fin, meneó la cabeza, al principio con suavidad pero enseguida con violencia.

—Qué estupidez. ¡Eso es una verdadera estupidez!

—No es cierto —protestó ella, indignada.

—No es como un pájaro que se va volando —barbotó Donald, de repente enfadado sin saber por qué—. ¡Tampoco está en Nueva Orleans! Está muerto, ¿no me oyes?

De un salto se alejó del porche y salió corriendo por el costado de la casa.

Cuando Sarah se resolvió a buscar a su primo, el crepúsculo estaba muy avanzado. El aire se enfriaba a la puesta del sol en los días de otoño, y el tono púrpura del anochecer acentuaba la sensación del fin del verano. Encontró al niño sentado en la caja que hacía de escalón al lado del barril para recoger el agua de lluvia.

—Oye, Donald —dijo Sarah con voz suave dirigida a las sombras—. ¿No quieres jugar una partida de damas? Tengo el tablero en casa. ¿Quieres jugar, sí o no?

Pero Sarah no recibió respuesta. En ese mismo instante, el púrpura se volvió negro, pues el día terminaba. Cuando uno lo ve suceder, la noche parece algo muy súbito.

—¿Estás enojado conmigo? —insistió ella, pero el niño seguía callado—. Pareces enfadado, pero si jugamos damas te pondrás de buen humor.

No se oía ninguna palabra pronunciada al lado del barril recolector del agua de lluvia.

—¡Donald! —gritó por fin la niña, perdiendo la paciencia—. Nada más de verte das lástima.

—Tú me das más lástima que nada en el mundo —respondió al fin el niño—, diciendo que los muertos no están muertos, que se fueron a pescar al lago Ponchetrain. Es una estupidez.

Se puso a remedar a su prima.

—Estoy en el funeral, pero no me siento triste porque Elmo no se ha muerto, sino que está en París, Francia.

Su tono de voz era duro y expresaba furia. Sarah se echó a llorar.

—Qué mal corazón tienes —gimoteó ella—. Ya no tengo nada que ver contigo.

—Ay, cálmate —dijo Donald, suavizándose—. No estoy enojado contigo. Pero no me gusta que digas que Elmo se escapó. A mí me encantaría que se hubiese escapado. Deseo que se haya escapado, más que nada. ¿Me comprendes?

—¿Por qué dices con tanta seguridad que no, entonces? —sollozó ella.

—Bueno, óyeme y usa la cabeza…

—¡Ey! —replicó ella haciendo un puchero.

—Cuando salió, ¿qué llevaba el tío Elmo? —preguntó él.

—Una caña de pescar y varios bizcochos fríos —repuso ella. Eso era del conocimiento común; todos lo sabían.

—Si se iba a ir de viaje, ¿se habría llevado eso?

—No —aceptó ella, no del todo convencida—. Creo que no se iría sin llevar más cosas.

—Claro que no —determinó Donald—. Siempre fue cuidadoso con lo que llevaba, hasta cuando salía en coche el domingo. Si lo que tenía no era nada más que una caña y un bocado para comer, es porque iba al río, no a ningún otro sitio, ¿cierto?

—Supongo que eso sí es cierto —concedió Sarah, triste—. Lo que no entiendo es que se haya muerto de aquí para allá y que mi papá no haya podido encontrarlo.

—Eso tampoco yo lo entiendo. Nuestros papás son igual de buenos en el bosque que el tío Elmo. ¿Por qué no pudieron encontrar a su propio hermano en el camino de grava? Para mí, eso no tiene sentido. ¿Sabes a lo que me refiero?

—No exactamente —contestó ella.

—¿No viste cómo lloraba mamá?

—Sí que lo vi —replicó ella—. Está muy triste por el tío Elmo. Eran buenos amigos, ¿no crees?

Donald volvió a guardar silencio. Después de varios minutos, ella entendió que no iban a jugar a las damas. Entró a la casa, donde todos los asistentes adultos al funeral rodeaban los pasteles de limón de la señorita Tatum Harris. Se dedicaban a discutir sobre la subasta de caballos de carreras en Fayetteville.

LA MUSA

JAN BURKE



JAN BURKE, la autora de las historias de misterio protagonizadas por Irene Kelly, hizo su primera publicación en *AHMM*; asimismo, su primer relato con Irene Kelly, «Una buena dentadura», apareció para el público en general en la misma revista en octubre de 1998 (después de una primera edición de tiraje limitado). «La musa», con referencias a Hitchcock integrales e inteligentes, pertenecía con la mayor naturalidad a *AHMM*.

LAS PANTIMEDIAS NEGRAS LE ESTABAN LLAMANDO. Los pies de las pantimedias, para ser precisos. Supo que no debía mirarlos, pues solo serviría para darle más ánimos. Pero dobló el periódico para no ignorarla del todo.

—Biii-yol —sonó su voz en tono infantil. Su voz de titiritera.

—No estoy de humor para esto, Ellie —dijo Bill.

—Oh, Biiiii-yol.

No podía verle más que las manos, y no mucho de ellas. Los títeres improvisados con las pantimedias se «miraron» uno a otro.

—Está muy enfadado contigo —advirtió la mano derecha a la izquierda.

—No es verdad —repuso la izquierda, y ambas giraron para encarar a Bill.

—No estoy enfadado —contestó Bill a las manos, cediendo un poco más, y dirigiéndose a los títeres—. No de verdad enfadado. Solo cansado.

—No hay que distraerlo. Tiene una fecha de entrega muy importante y se le ha bloqueado la escritura —explicó la derecha.

—¡Qué va! Nunca se le bloquea la escritura —replicó la izquierda—. Está enfadado por lo de Mir.

—Me desagrada el prospecto de la visita de Miriam —aceptó él.

La cabeza de Ellie apareció en el borde de la mesa del desayunador. Él vio que había cortado las pantimedias por la entrepierna, y se las había puesto en la cabeza.

—Eres la mujer más rara que jamás he conocido —señaló él, haciéndola sonreír, pues, como sabía Bill, Ellie consideraba eso un gran elogio.

—Todo está bien ya —lo confortó Ellie, inclinando la cabeza como si lo estudiara para hacerle un retrato—. Ni siquiera podrá pararte mi melliza malvada.

—No es tu melliza, sino tu hermana menor —la corrigió él, pero ella ya abandonaba la mesa, quitándose las pantimedias de la cabeza.

Como siempre, Ellie tenía razón. No sobre el tema de las mellizas, sino respecto a la novela que se hallaba escribiendo. Se levantó de la mesa, sintiendo que le renacían las fuerzas, y fue directamente a la computadora. Se le acababa de ocurrir una variante de un fragmento que hasta unos momentos antes le parecía inútil. Ella tenía ese efecto sobre él: Ellie era su musa.

Desde que la vio por primera vez lo supo. Sucedió siete años antes, cerca de las tres de la mañana, en una cálida noche de verano, en una gasolinera situada en Westwood Boulevard. Bill creía que le sería más fácil olvidar su propio nombre que apartar aquella noche de su memoria.

Se hallaba incómodo en aquel entonces, sin tener claro qué hacer. No era insomnio, pues hay insomnio cuando uno está tratando de dormir y no puede. Él trataba de escribir. En aquellos tiempos ese fue su secreto mejor guardado: la escritura. Ninguno de sus profesores en la Universidad de California en Los Ángeles, para quienes era uno de los graduados recientes en Ingeniería Mecánica, hubiera podido adivinarlo. Las tareas bien redactadas y una habilidad creativa para solucionar problemas no hicieron más que destacarlo como buen estudiante. Sus amigos, casi todos de otros ambientes académicos, abrigaban los mismos prejuicios que las pocas chicas con quienes salía: no creían que los ingenieros acostumbraran leer novelas, y menos que pudieran escribirlas. Tampoco su padre tenía idea de las aspiraciones literarias de Bill. Más bien esperaba que en septiembre se pusiera a trabajar en la empresa de la familia.

En aquellos días, a Bill ese estado de cosas no le parecía nada mal. Si fracasaba, prefería que no se enterase nadie. Aunque le tenía fe a la idea básica de su novela, tuvo que admitir que no funcionaba. Se halló de nuevo

atorado en el mismo lugar del manuscrito donde ya se había trabado no menos de diez veces: la parte en que el chico recupera a la chica. Se levantó y estiró los brazos. Decidió que necesitaba tomar un poco de aire fresco. Al menos lo más fresco posible en Los Ángeles.

Fue así que se echó a andar hacia Westwood Boulevard, con la cabeza agachada y las manos en los bolsillos. Sus pasos lo llevaron con rapidez frente a tiendas de música y restaurantes. Alzaba la vista solo para no chocar contra los parquímetros o los postes de luz, mirando sin ver las *boutique* y las salas cerradas de cine y teatro. La gasolinera estaba asimismo cerrada, pero lo que vio ahí le hizo aminorar sus pasos.

Una joven ágil tiraba de una de las mangueras que casi todo el mundo utiliza para llenar el radiador, usándola para lavar un Rolls-Royce dorado.

Fascinado, se detuvo sobre la acera. Ella alzó la vista por encima del cofre del auto y usó la parte de atrás de la mano para retirarse de los ojos el pelo oscuro y espeso, cortado como casquete. Ojos grandes, color café.

—¿Quieres ir de paseo? —le preguntó.

Él asintió, pero no hizo el menor movimiento.

—Pues tendrás que dejar tus dudas si quieres venir conmigo —dijo ella mientras abría la portezuela. Bill se distrajo cuando vio que un hombre de edad avanzada dormía en el asiento delantero.

—Harry, despierta —dijo, tocando con suavidad al anciano, que se despertó sobresaltado—. Vamos a llevar a… —Lo miró sobre el hombro—. Yo soy Ellie. ¿Tú cómo te llamas?

—William. William Gray.

Se volvió hacia el viejo.

—Vamos a llevar a Bill, el que está ahí, a dar una vuelta por Mulholland Drive. Te puedes dormir en el asiento de atrás.

El anciano tomó una gorra y se pasó una mano nudosa por la cara. En un instante se transformó en un chofer pleno de dignidad, moviéndose para sujetar la puerta abierta, esperando con paciencia a que Bill comenzara a acercarse al auto. Le echó una mirada interrogante a Ellie, que ya estaba tras el volante.

—No, no. Tú necesitas descansar.

Harry asintió y se sentó en el asiento trasero. Antes de que Ellie echara a andar el motor, ya estaba de nuevo durmiendo profundamente.

Aquella noche recorrieron Mulholland y fueron más allá, por caminos de montaña repletos de curvas. Ella conducía bien, tranquila y segura de sí, sin alterarse por las dificultades del camino. Al principio, él tuvo miedo,

imaginando que a lo mejor cometía el peor, y tal vez último, error de su vida. Visualizó titulares de la prensa: «Aparece muerto el estudiante que desapareció de la UCLA», o «No hay sospechosos del asesinato y tortura en el cañón de Topanga». Tal vez no lo extrañarían tanto y solo le otorgarían un espacio en la última página, entre los anuncios de tiendas departamentales: «Un *boy scout* hace macabro descubrimiento en el cañón».

—O bien has tenido una tremenda pelea con tu novia o bien eres escritor —dijo ella, sin quitar los ojos de la carretera—. Apuesto a que eres escritor.

Él titubeó, pero acabó por confesar:

—Soy escritor. Mejor dicho, eso quiero ser. ¿Cómo lo adivinaste?

—La hora de la noche, tu modo de andar. Supongo que parecías un hombre frustrado.

—Cualquiera puede sentirse frustrado. ¿Por qué crees que soy escritor?

Ella se alzó de hombros, pero enseguida sonrió. Él esperaba que respondiera su pregunta, pero en cambio se sorprendió cuando tras una pausa ella declaró:

—También tienes algo de romántico.

—Dices cosas raras —comentó él, con una risa nerviosa.

—Soy rara. Pero no tiene nada de raro identificar a un romántico si te lo encuentras. A las tres… —explicó, echando un vistazo al reloj del tablero—. Aproximadamente a las tres veinticinco de la mañana aceptaste subirte a un Rolls-Royce con un anciano dormido y una mujer desconocida.

—Tal vez solo necesitaba tener una aventura.

—Tal vez. Tal vez ambas cosas. ¿Cuál es tu película favorita entre todas?

—*La ventana indiscreta* —dije sin titubear.

—¡Qué maravilla! —exclamó ella, aún sin quitar los ojos del camino—. ¿Qué admiras más: La dirección de Hitchcock o el cuento de Woolrich?

Él sonrió. Muchas personas saben que Hitchcock dirigió *La ventana indiscreta*, pero no tantas están enteradas de que Cornell Woolrich escribió la historia original.

—En realidad ambos —repuso—. Me gustan mucho sus obras. He visto todas las películas de Hitchcock, exceptuando unas cuantas de su época temprana de cine mudo en Inglaterra.

Fue así como se pusieron a hablar sobre Hitchcock y Woolrich, y Bill se olvidó de los *boy scouts* y los titulares de periódicos. Ella había visto casi todas las películas que él conocía y había leído más libros de Woolrich que él.

Bill se recostó en el asiento y estudió a la conductora. Ella no hizo ningún movimiento hacia él, no extendió el brazo, ni siquiera lo miró mucho. De

cuando en cuando, si encontraba una vista que le agradaba, detenía el auto. La primera vez que pararon, Bill esperaba que ella volviera a él su atención, pero apenas le echó una mirada.

—Nada más contempla eso —dijo haciendo un ademán al tapete de luces de la ciudad extendido frente a ellos. Pronto él se dio cuenta de que no le pediría nada más que contemplar.

En una de esas interrupciones, ella se quitó los zapatos y bajó la ventanilla para apoyar en ella los pies. El resto de la noche condujo el auto descalza.

Ellie le hacía preguntas. A Bill le parecía que esa noche estaba hablando más que cuanto había hablado a lo largo de toda su vida. Le contó de sus esfuerzos literarios, de su familia, de su infancia, de su amor por las ficciones de Woolrich y el cine de Hitchcock, y por el chocolate, y de más y más cosas. Incluso llegó a describirle el mobiliario de su apartamento.

—¿Y tú? —preguntó por fin él—. ¿Dónde vives?

—En algún lugar entre estos cerros. Tal vez te lleve un día.

Aunque le hizo muchas preguntas y respondió a muy pocas de las de Bill, Ellie se las arregló para hacerle sentir que tenía un gran interés en él. No como otras personas lo harían —por ejemplo, los científicos que estudian un insecto—, sino haciéndole sentir que le importaba desde antes de conocerlo aquella noche. Mientras se perfilaba la aurora sobre los cerros, él se preguntó cómo pudo confiar en una extraña. Tenía el auto estacionado sobre un acantilado. Harry roncaba un poco.

—Te llevaré a tu casa —anunció ella.

—No estoy seguro de querer irme a mi casa —replicó Bill, pero enseguida añadió una disculpa—. Perdón, no es mi intención pedir más. Es maravilloso lo bien que escuchas. Probablemente estés cansada y…

De pronto ella se inclinó hacia Bill y le puso un dedo sobre los labios. Meneó la cabeza, y él dejó de hablar, sin saber a qué decía ella que no.

Lo llevó de vuelta a su apartamento y dejó a Harry dormido en el auto.

—¿No quieres pasar? —le ofreció él, de pie en el umbral.

Ella meneó la cabeza, con una sonrisa traviesa en los labios.

—Sé perfectamente cómo es tu apartamento. Estoy segura de que tu descripción fue perfecta. Además tienes mucho trabajo. Dormirás un poco y, cuando te despiertes, escribirás tu libro. Va a ser buenísimo, pero nadie lo sabrá antes de que termines de escribirlo.

Giró y se echó a correr hacia el auto.

—¿Te volveré a ver? —le gritó antes de que se fuera.

—Tú no te preocupes —gritó ella en respuesta—. ¡Escribe!

Y eso fue lo que hizo. Durmió unas tres horas y despertó como si hubieran sido diez, preguntándose si no habría soñado su encuentro con la mujer en el Rolls-Royce. Fuera o no un sueño, encontró la manera de resolver el problema en su narrativa y se puso a trabajar.

Harry se presentó unas horas después, con una canasta de pícnic en la mano.

—La señorita Eleanor le manda saludos más estas provisiones para que no necesite interrumpir su trabajo.

—¡Usted puede hablar! —exclamó Bill.

—Cuando es necesario —repuso Harry, y se marchó.

Bill buscó en la canasta, donde encontró una variedad de pequeños sándwiches, una ensalada, una rebanada de pastel de chocolate y diversas bebidas. También encontró una tarjeta de estilo antiguo:

Señorita Eleanor Wingate

Por el reverso estaba escrito su número telefónico.

—Qué delicia —murmuró Bill, sosteniéndola con cuidado, como si se le fuera a escapar, a desaparecer con la misma velocidad que ella.

Y volvió a su escritura. Durante las semanas siguientes al paseo por la montaña, Bill vio a Ellie en muy pocas ocasiones, pero la llamaba seguido por teléfono. Al sorprenderse mirando sin ningún propósito el lugar en que la pared tras la computadora se juntaba con el techo, sin saber cómo proseguir con su narración, una breve charla con Ellie lo inspiraba.

Crearon un juego con el cine de Hitchcock y las historias de Woolrich.

—Un jaguar —decía él.

—*Coartada negra* —respondía ella—. Un nombre escrito en una ventana.

—Qué fácil: *La dama desaparece*.

Y también desaparecía el bloqueo literario.

Cuando Bill terminó su manuscrito, Harry llevó al autor con todo y manuscrito a la casa de Ellie por primera vez.

Bill le entregó la caja con las páginas de su novela, tratando de no quedar demasiado impresionado por la elegancia que lo rodeaba. Ella acarició los bordes de la caja y, por un momento, pareció que iba a llorar. Pero no dijo

nada y la puso a un lado, sin abrirla. Tomó a Bill de la mano y lo condujo a su habitación escaleras arriba.

Al despertar en la cama, la vio mirándolo.

—¿Lo leíste?

—No —repuso ella, y le pasó un dedo sobre la clavícula—. No quiero que haya el menor malentendido sobre las razones por las que te he hecho venir. Entre ellas no figura el manuscrito que trajiste en la caja.

Él sintió el sabor de las implicaciones de sus palabras antes de que surgieran sus inseguridades.

—Tal vez te parezca detestable.

—Eso sería imposible.

Durante tres días no volvieron a hablar del manuscrito. Al tercer día, lo envió por correo a un agente, le escribió a su padre para enterarlo de que tenía otro trabajo, empacó sus pertenencias y se mudó a la casa de Ellie.

El agente lo llamó, lo aceptó como cliente y antes de que pasara una semana vendió el libro. Bill trabajaba ya en su segunda novela. La primera recibió elogios de la crítica y tuvo un éxito moderado de ventas. La segunda pasó veinticinco semanas en la lista de los libros más vendidos. Cuando recibió su primer cheque de regalías, le propuso matrimonio a Ellie.

Ella rehusó con dulzura y firmeza, y mantuvo su negativa después de los libros tercero, cuarto y quinto, todos ellos en la lista de los más vendidos.

Un día, después de terminar el capítulo sobre el que trabajaba, se preguntó si ella le revelaría los motivos de su rechazo. Sabía que Ellie era capaz de gran obstinación. Si no quisiera responder, expondría razones a tal grado absurdas y extrañas que no volvería a hacer semejantes preguntas.

—Hay una cláusula en el testamento de mis padres —le dijo en una ocasión—. Si me caso antes de cumplir cincuenta años, la casa ha de convertirse en una granja de avestruces.

—¿Y el juzgado dio su aprobación? —preguntó él, siguiendo la corriente.

—Absolutamente. Los fondos del fideicomiso pasarían a los avestruces, y Mir se enfadaría mucho contigo por poner fin a sus abundantes mensualidades.

—¿Tus padres serían capaces de dejar a Miriam en la miseria?

—Ella dice que vive en la miseria con lo que le doy ahora.

—¿En la miseria? ¿Con diez mil dólares al mes?

—Para ella eso son cacahuates. No olvides que crecimos rodeadas de riqueza.

—Eso sería difícil de olvidar. ¿Por qué no le das todo a Miriam y vivimos de mi dinero?

—Porque en ese caso dependería de ti —explicó ella, con el ceño fruncido.

—¿Y eso qué? Yo dependía de ti cuando llegué a vivir aquí.

—Solo por cuatro meses. Y tenías recursos propios, aunque no los necesitaras. ¿Quieres estar casado más de cuatro meses?

—Por supuesto.

—Pues ya sabes por qué no podemos casarnos en absoluto.

Bill no estuvo de acuerdo, pero se resignó a la situación. Consideró que probablemente ella no le diría nunca por qué no quería casarse con él ni por qué motivo toleraba las visitas de Miriam, que regularmente aparecía para solicitar más dinero.

—¿Dónde está Harry? —preguntó Miriam cuando Bill le abrió la puerta.

—Hablando por teléfono —le explicó él mientras colgaba el abrigo de Miriam—. Está poniendo anuncios en la prensa para contratar a una cocinera y un ama de llaves.

—¿De nuevo? —preguntó Miriam.

—Las últimas duraron seis semanas —dijo Bill sencillamente.

Miriam le dedicó su más seductora sonrisa. Bill pensó, no por vez primera, que era sumamente hermosa. Pelirroja, con ojos azules que parecían de porcelana y un cuerpo que no necesitaba de modistas para ser admirado. ¿Qué clase de persona era?, se preguntó Bill. ¿Una escultura viviente de hielo? Pero descartó la imagen. Después de todo, el hielo se derrite tarde o temprano.

—No comprendo por qué la prefieres a ella —ronroneó Miriam, malinterpretando su atención.

Bill oyó que se abría una puerta en el piso de arriba.

—Si has venido a pedir un favor —dijo en voz baja—, no expresas mucha consideración por tu benefactora.

Miriam se quedó callada con expresión hostil hasta que oyó cerrarse la puerta. Pero siguió hablando en voz queda:

—Hasta *tú* tienes que admitir que saca de quicio a todos los de la casa.

—Sí —replicó él, pensando en la noche en que conoció a Ellie—. Pero fuera de quicio no siempre es un mal lugar.

—¡Está loca! —declaró Miriam con desprecio—. ¡Y además es mentirosa!

—Ninguna de esas dos cosas. ¿Qué te trae por aquí esta tarde?

Ya iban a medio camino en las escaleras. Aunque Bill sabía que a Ellie no le afectaban los comentarios de Miriam, no confiaba en su propia paciencia.

Miriam le apuntó con una uña roja de forma perfecta.

—¿Cómo puedes negar que miente? ¿Acaso no te dijo una vez que Harry era su padre?

—Sabía que no le iba a creer. Jamás me ha contado una mentira que yo pudiera creer. Apúrate, te está esperando.

Bill había oído a Ellie cruzar a uno de los cuartos de escenificación en el piso superior, lo cual significaba, como él bien sabía, que dejaba colocadas pistas para evocar películas específicas de Hitchcock. Era una extensión del antiguo juego que crearon, y una de las razones por las que no duraban mucho tiempo las amas de llaves. La última partió después de encontrarse con un maniquí desnudo, salvo la gorra de Harry, sentado en la bañera (*Pero… ¿quién mató a Harry?*, adivinó Bill, y mereció elogios de Ellie aun mientras intentaban reanimar al ama de llaves, que se había desmayado).

Ellie sabía que Miriam aborrecía el juego, y cuando sabía que vendría de visita, tenía siempre una escena preparada.

Los *jeans* de Ellie tenían hoyos en las rodillas. Se hallaba sentada con las piernas cruzadas encima de una mesa grande de caoba, pasando hilo y aguja por malvaviscos de colores en miniatura a fin de dar forma a un collar. Sonrió al pasar la aguja por un malvavisco verde.

—¿Cuánto va a ser esta vez? —preguntó sin alzar los ojos.

—¡Ellie, querida! Qué gusto verte.

Ellie echó una mirada a Bill.

—Ha visto demasiadas películas de Bette Davis —dijo Ellie, y enseguida escogió un malvavisco color de rosa.

—¿Qué es eso que estás haciendo? ¿Y por qué te has puesto esa ropa horrible?

—¡Shhh! —repuso Ellie, al tiempo que tomaba un malvavisco amarillo.

Bill estaba ya examinando la habitación. Como era habitual para el juego, había muchos objetos y antigüedades fuera de lugar y él trataba de encontrar pistas entre ellos.

—¿Cuántos en total?

—Tres —replicó Ellie.

—¡Oh! Es ese juego estúpido. Debí suponerlo —gruñó Miriam.

Él vio primero el molino de juguete.

—*Enviado especial* —dijo.

—Muy bien; llevas uno y faltan dos —dijo Ellie riéndose—. ¿Cuánto va a ser en esta ocasión, Mir?

—No vine a pedir dinero —repuso Miriam mientras tomaba asiento.

Bill la miró sorprendido y enseguida volvió al juego.

Buscando entre las cosas que cubrían unas repisas más bajas, encontró la pista siguiente: tres pequeñas esculturas en yeso de manos y muñecas. La mano de una mujer esposada a la de un hombre; otra mano, a la que le faltaba un trozo del meñique, estaba junto a las manos esposadas.

—*Los treinta y nueve escalones*.

—Bravo, Bill. Claro que viniste por dinero. Siempre vienes a eso.

—Pues esta vez no.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Ellie mientras miraba a Bill tomar una caja de música de un pequeño buró.

—Quiero mudarme de vuelta a esta casa.

Ellie dejó de ensartar malvaviscos y Bill soltó la cajita de música.

«No te rindas, Ellie», rezó Bill en silencio.

—No —dijo Ellie y volvió a su labor con los malvaviscos. Se dejó oír un suspiro de alivio por parte de Bill.

—Ellie, por favor, soy tu hermana.

—Prefiero comprarte una casa para que vivas ahí.

—Pero yo quiero vivir aquí.

—¿Por qué?

—Lo dice el testamento. Si lo deseo, puedo vivir aquí.

Ellie alzó la mirada.

—Tenemos un acuerdo.

Nerviosa, Miriam miró a Bill, y dijo enseguida:

—Es también mi casa. Tienes a un completo extraño viviendo aquí. Yo no merezco menos que él.

—¿Por qué deseas regresar, Mir? Llevas años de no vivir aquí.

—Creo que es hora de que nos acerquemos una a la otra, ya que somos hermanas, eso es todo.

Ellie reaccionó con risa, y Bill se sintió animado al oírla. Ellie protegía a Miriam; tratándose de ella, se le ablandaba el corazón a pesar de todos sus

abusos. Pero si resistía a los pedidos de su hermana, tal vez fuera posible que…

—Mira, tú vives aquí espléndidamente —declaró Miriam, petulante—. Yo solo quiero un poco de lo mismo.

Bill se dio cuenta de que Ellie cambiaba de ánimo al mirarla observándolo a él. Sintió que su incomodidad apenas se adelantaba a su curiosidad. Decidió no participar en la discusión de las dos hermanas. Después de todo, era la casa de Ellie y ella podía hacer lo que quisiera. Comenzó a retirarse de la habitación, pero Ellie lo detuvo.

—Esto también te concierne, Bill. No te vayas.

Él no permitió que le impresionara lo que otros habrían podido resentir como un tono de mando en la voz de ella. En siete años no la había oído decir «por favor» una sola vez. Aun cuando no tenía muchas certidumbres respecto a Ellie, una de ellas era que raras veces pedía algo a otros. Consciente de ello, él trataba cualquier petición como si quedara implicada la frase «por favor».

—¡Esta casa no le pertenece! —gritó Miriam.

—Baja la voz. Es mi invitado y es bienvenido aquí.

Bill se dio la vuelta y se puso de nuevo a mirar los objetos en el buró.

—En menos de dos años te gastaste toda tu herencia, Mir. El abuelo sabía que tú eras igual que nuestros padres.

Bill conocía esa parte de la historia familiar. El abuelo fue quien crio a las niñas después de quedar huérfanas por un accidente de automóvil en que sus padres perdieron la vida. Ambos fueron, según Ellie, alocados, consentidos e irresponsables. Aunque Miriam recibió una herencia cuantiosa, el abuelo le dejó la casa y la mayor parte de su fortuna a Ellie, pensando que Miriam se parecía demasiado a su difunta hija.

—No hables mal de los muertos —protestó Miriam.

—Claro que no. Pero los hechos demuestran que…

—Que tú has ganado dinero y yo he perdido todo lo que tenía. No es necesario que me lo recalques, Ellie. Ahora he perdido también el condominio.

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabías? Entonces puedes comprender por qué quiero vivir aquí.

—En realidad no lo comprendo. Pero yo conservo las escrituras, así que no podrás hipotecarla una y otra vez.

—¡Quiero vivir aquí! ¡Es mi casa!

—Está bien. En ese caso, no te daré un centavo más.

Bill siguió observando el buró mientras Miriam tragaba saliva con dificultad y alzaba el rostro.

—Me parece bien, si es lo que quieres hacer. Tengo el equipaje en el auto. Harry podrá recoger el resto de mis cosas…

—¡No! —la interrumpió Ellie, apretando los puños y aplastando parte de su collar de malvaviscos. Meneó la cabeza y habló con más serenidad:

—No lo molestes a él. Si haces eso, no te doy permiso de que vivas aquí. Antes prefiero vender la casa.

—Bueno, bueno. No te daré dificultades, Ellie. Hasta voy a traer a mi cocinera y mi ama de llaves. Así le ahorraremos mucho trabajo a Harry.

A tales alturas, Bill casi no ponía atención. Se encontraba irritado, al grado de que no ofreció ayudar a Miriam con sus maletas cuando ella salió del cuarto. Fingiendo seguir en el juego, le dio la espalda a Ellie.

Invitado. Era la palabra exacta, según pudo suponer. No «mi novio» ni «mi amigo». Tampoco «el hombre con quien deseo pasar el resto de mi vida». ¡Mi invitado! Volvió a tomar la cajita de música.

—Luces muy incómodo, Bill. ¿Qué pasa?

Por un momento, no le hizo caso y abrió la tapa de la cajita, que tocó el vals de «La viuda alegre». Oyó a Ellie suspirar tras él.

—No me hace feliz tampoco a mí —dijo ella—, pero no hay nada que yo pueda hacer. Tal vez no resulte tan mal tener aquí a Miriam.

Cerró la tapa de la caja de música.

—*La sombra de una duda* —dijo, y se obligó a sonreír antes de volverse a mirarla—. Gracias por tantos esfuerzos, Ellie. Siempre es divertido jugar.

Ella tenía expresión de desconcierto. Por supuesto que no la lograba engañar. Demasiado tarde se dio cuenta de que ella lo había estado mirando en el espejo. Pero si ella era así de obstinada, maldita sea, él podía ser igual. Se disculpó y abandonó la habitación.

Esa noche, mientras pagaba la cuenta en el bar, Bill se sintió obligado a reconocer que el desacuerdo había crecido hasta volverse una guerra silenciosa, en buena parte por su culpa. No había logrado contarle a Ellie los motivos por los cuales se sentía ofendido. A ratos le parecía algo sin importancia, e incluso sentía vergüenza de estar pensando en eso. Un momento después, consideraba que era un símbolo de todo lo que andaba mal entre ellos. Entre uno y otro momento, se bebió varias copas. Pero al final

determinó que necesitaba hablar con ella, no permitir que un comentario arruinara todo lo que hasta entonces compartían.

Al alzar la vista, Bill distinguió una figura familiar que se le acercaba. No a quien más deseaba ver, pero casi. Harry venía por él.

—¿Te pidió ella que vinieras por mí? —preguntó, dejando que Harry lo condujera afuera.

—No, señor.

—¿Viniste por tu propia cuenta? —preguntó, sorprendido. Harry nunca expresó aprobación por Bill, lo cual este interpretó como desaprobación.

—No, señor —respondió Harry.

Bill advirtió que el viejo chofer se veía ligeramente avergonzado al admitir esto último. Harry lo guio suavemente al asiento de atrás del Rolls.

Bill esperó a que Harry entrara al auto. Sintió náuseas, pero se esforzó por controlarse.

—¿Por qué viniste por mí?

—Lo sugirió la señorita Miriam. No para de sugerir, señor.

Bill le indicó que se detuvieran, abrió la portezuela y pudo volver el estómago sin arruinar la tapicería.

Harry lo llevó a casa, con las ventanas abiertas. Aunque tardaron bastante, Bill apenas recuperaba un poco su sobriedad. Pudo entrar a la casa sin requerir auxilio y comenzó a subir las escaleras. Oscilando un poco, quiso tomar la perilla y le dio vuelta. La puerta estaba cerrada con llave. Se quedó mirando la mano, como si hiciera algo equivocado, al intentar el sencillo acto de abrir una puerta.

Harry apareció en aquel momento subiendo en silencio las escaleras y preguntó en voz muy baja si necesitaba ayuda. Bill seguía agarrado de la perilla, mirando la puerta con cara de tonto. Harry hizo la prueba y enseguida murmuró:

—Está cerrado con llave, señor. Quizás…

Se interrumpió al oír que se abría otra puerta.

Miriam, en un camisón que era casi igual a dormir en cueros, sonrió y lo llamó:

—Ellie dejó abajo varias cosas para ti afuera del dormitorio que está junto a tu oficina. Creo que esta noche dormirás en la perrera, Billy Boy.

—Te ves muy feliz de decirlo —dijo Bill, intentando enderezar el cuerpo. Iba a ser muy difícil tener a esta mujer avariciosa en casa. Harry se hizo a un lado cuando Miriam se aproximó y trató de poner un brazo alrededor de la

cintura de Bill, riéndose cuando él se la quitó torpemente de encima. Ella de pronto dio un paso atrás.

—¿Por qué siguen ustedes dos juntos? —preguntó—. Ellie no muestra ningún interés. Entiendo que al principio la hayas querido conquistar, pero ahora, ¿para qué tanta molestia? Tienes suficiente dinero. Casi todas las mujeres te verán como una pieza de primera.

—Para tu información —logró articular Bill sin permitir que su estado de ebriedad oscureciera las intenciones de Miriam—, no ganaría nada de dinero sin tu hermana. Si la dejara, ya no podría escribir. Ella es mi musa.

Si Miriam dio alguna réplica, se perdió al sonar un golpe estruendoso al otro lado de la puerta de la recámara.

—¡Ellie! ¿Estás bien? —gritó frenético Bill.

—¡Vete al diablo! —dijo la voz de Ellie desde el otro lado.

Bill oyó la risa burlona de Miriam cuando ella cerró la puerta de su recámara.

—No haga eso, señor.

Bill se sorprendió tanto por la súplica de Harry que dejó de empacar por un momento. Pero meneó la cabeza y echó el cerrojo a la maleta.

—Lo siento mucho, Harry. Puedo soportar la ley del hielo, enterarme de que le pegó a la puerta con un retrato mío y aceptar que tuve yo la culpa por haber empezado. Pero no puedo quedarme si ella no confía en mí.

Pasaron tres días sin saber nada de Ellie. Después de aquella primera mañana, cuando Harry llevó la ropa de Bill a la recámara junto a su oficina, Bill no volvió a la habitación que compartía con ella. La oía moverse en su oficina, justo al otro lado de la pared. Cada día ella iba de su recámara a la oficina y luego de vuelta a su habitación, sin hablar más que con Miriam o Harry. Miriam, convertida de pronto en hermana solícita, le llevaba los alimentos a su cuarto. Bill se esforzó por no hacer caso, diciéndose que a Ellie se le pasaría el enojo y que él podría decirle cuánto significaba ella para él, que Ellie era mucho más que un medio para lograr un fin. Hasta entonces, sería mejor mantener cierta distancia.

Pero esa mañana ella decidió salir de la casa y le pidió a Harry que fueran a dar una vuelta. Llevaban una hora de haber salido cuando Bill oyó que alguien revolvía papeles en la oficina de Ellie, y fue a investigar. Halló a Miriam frente al escritorio de Ellie, con una pluma en la mano.

—¿Qué estás haciendo?

—¿A ti qué te importa?

Se acercó, y ella se apresuró a tomar una de las hojas de papel del escritorio y la arrugó con una mano.

—¿Por qué estás en la oficina de Ellie? —preguntó, mirando un contrato firmado por Ellie que Miriam se dedicaba a estudiar.

—Ya te lo dije: nada que te importe.

Bill extendió el brazo y agarró la mano que tenía el papel. Miriam furiosa le arañó la cara y se resistió, pero él la tomó de ambas muñecas y se las apretó hasta que ella dejó caer al suelo el papel. Él se agachó a recogerlo mientras ella salía de la oficina corriendo y llorando.

Se sentó frente al escritorio, sin hacer caso del dolor de los rasguños. Mientras alisaba el papel, notó que el contrato no tenía nada de particular. En el otro papel estaba la firma de Ellie. Al estudiarla más detenidamente se dio cuenta de que era *casi* la firma de Ellie.

Una voz llorosa desvió su atención de los papeles.

—Lo sorprendí cuando estaba tratando de falsificar tu firma. ¡Le quité el papel en el que practicaba, y él me atacó! Alzó la vista y vio que Ellie lo miraba, incrédula.

—Ellie —empezó a protestar mientras se levantaba.

—¿Tú le hiciste esto? —preguntó sosteniendo las muñecas de Miriam, donde se veían marcas de un rojo oscuro.

—Sí, pero Ellie…

—¡No quiero oírlo!

Se llevó a Miriam de la oficina, consolándola.

Después de sucedido aquello, Bill abandonó la casa en los cerros. No tuvo mayor problema para alquilar un apartamento. Se dijo que lo alquilaba por hallarse demasiado ocupado acabando su manuscrito y no tenía suficiente tiempo para buscar en serio una vivienda, si bien le quedaba todavía tiempo para la fecha de entrega. Mientras esperaba la respuesta del editor, comenzó a dar forma a la estructura de otra obra y delinear personajes. Se dijo a sí mismo que su productividad indicaba un reajuste para iniciar una nueva vida.

Sin embargo, sabía que eso no era cierto. Escribía porque ya no le quedaba nada más en la vida; se sentía más cercano a ella mientras trabajaba, aunque al mismo tiempo trataba de convencerse de que no la extrañaba. Esa era la mayor mentira de todas.

Cuando el editor proclamó al nuevo manuscrito como el mejor libro de Bill, no sintió el entusiasmo que un elogio de ese tamaño pudo suscitar en tiempos anteriores. Ellie no era a fin de cuentas su vínculo con la escritura. No le faltaba inspiración. Le faltaba la persona de Ellie.

Se encontró a las tres de la mañana en Westwood Boulevard, contemplando el lugar donde antes estuvo la gasolinera, convertido en estacionamiento. Distraído en su contemplación, observó de pronto que entraba un Rolls-Royce dorado. Por un instante, su corazón dio un vuelco. Pero el conductor era Harry. Y estaba solo.

No era la primera vez que sus pasos se cruzaban. Sabía que Harry se mantenía al tanto de él. Al principio pensaba que ella se lo habría solicitado, hasta que se dio cuenta de que él no aparecía más que en sus días libres. Casi nunca hablaba, y jamás mencionó a Ellie. Bill advirtió que Harry se veía cada vez más viejo.

—Buenas noches, señor.

—Hola, Harry —respondió Bill, y rompiendo un juramento a sí mismo preguntó—: ¿Cómo está ella?

Harry pareció reanimarse un poco. Observó la cara de Bill y finalmente pareció tomar una decisión:

—No está bien, señor.

—¿No está bien?

—No, señor.

—Espero que no sea nada grave.

Harry guardó silencio.

—Harry, ¿te dijo ella que vinieras? ¿Acaso quiere que regrese? Porque me está yendo bastante bien.

Harry meneó la cabeza.

—Me decepciona usted, señor.

El chofer se dio vuelta y avanzó al auto.

—Harry, espera.

Harry esperó.

—¿Sabe ella que tú me vigilas?

—No, señor. Pero a últimas fechas ha… Quiero decir, señor, que ahora se encuentra demasiado grave para poder llamarle.

Bill frunció el ceño.

—No me gusta que se encuentre enferma.

Harry se quedó callado.

—Sé que no le agradan los médicos. ¿Ha consultado a algún médico por su enfermedad?

—La señorita Miriam trajo a un médico, señor. Viene a menudo a la casa para atender a la señorita Eleanor.

—Oh —exclamó Bill, y apartó los ojos de los del anciano, que seguía observándolo con mucha atención—. Bueno, no creo ir… Es decir, si Miriam ha encontrado a un médico que da consultas a domicilio, me parece que Ellie no me necesita para nada.

Harry titubeó un poco antes de declarar:

—Señor, permítame decirle que no tengo ninguna seguridad de que el tratamiento de este doctor le haya hecho bien a la señorita Eleanor.

—Dile que me viste —sugirió Bill—. Dile que me viste aquí; ella sabrá lo que eso significa. Que me avise si acaso me necesita.

Esa noche Bill no pudo conciliar el sueño. Si Ellie estuviera gravemente enferma…

Siguió dudando un día más. Al caer la tarde, llamó a la casa. Miriam contestó.

—Miriam, habla Bill.

—¿Bill el del restaurante? Ah, qué bueno. Sobre esta noche…

—No, no: Bill Gray. Necesito hablar con Ellie, por favor.

—Oh, ese Bill.

Después de una larga pausa, Miriam dijo:

—Ella no quiere hablar contigo.

—Quiero que ella misma me lo diga, entonces.

—Mira, ya tiene un nuevo hombre en su vida. Uno que no da tantos problemas. Esta noche tenemos una fiesta y él es el invitado de honor. Por lo tanto, me parece que no desea hablar contigo.

Cortó la comunicación.

Un hombre nuevo. Lo creyó a medias. O un poco más, si las vueltas de sus tripas tenían significado. Pero Harry le dijo que estaba enferma. ¿Cómo podía dar una fiesta si no se encontraba bien? ¿Por qué lo buscó Harry si ella ya tenía otro hombre?

Poco después oyó que un auto se detenía frente a su casa. Bill se asomó por la ventana y vio el Rolls. Bajó corriendo tan pronto como vio el rostro de preocupación del chofer.

—¿Está bien ella? —preguntó.

—Señor, debo darle esto.

Harry puso una llave en la mano de Bill.

—Hay una fiesta esta noche, señor. Creo que los asistentes desean adquirir la casa y otras propiedades junto a ella.

—¿Ellie quiere vender la casa?

—No, señor. Pero han aparecido documentos que otorgan poderes legales a la señorita Miriam para vender la casa, debido a la mala salud de su hermana. Y eso sí es cierto: su hermana está enferma.

Bill miró la llave.

—Ella me dijo que usted puede ganar el juego, señor. ¿Usted sabe lo que eso significa?

—¿El juego? El juego de Hitchcock. Ha de ser *Notorious*. Traducido como *Tuyo es mi corazón*. Claude Rains hace el papel de líder de un grupo de científicos nazis que viven en Brasil e intentan fabricar una bomba atómica. Ingrid Bergman está casada con él, pero el nazi descubre que ella es una espía estadounidense que trabaja con Cary Grant.

—¿La llave no significa una pista sobre su salud, señor?

—No —dijo Bill, distraído—. Pero en el cine de Hitchcock la historia siempre es más importante que los objetos en que se enfoca el suspenso.

—No entiendo, señor.

—La llave conduce a una cava de vinos, en la que se esconde un secreto importante. Pero la película en realidad no trata de espías ni de secretos. Ingrid Bergman y Cary Grant se aman, pero están separados por malentendidos y desconfianzas. Solo al final de la película él se da cuenta de que…

Bill de pronto alzó la mirada para mirar a Harry.

—Harry, cuando me dijiste que estaba enferma… ¡Oh, no! ¡Llévame de inmediato a la casa! Vayamos con la mayor velocidad posible.

Harry obedeció. En el camino, las preguntas que le hizo Bill le hicieron suponer al anciano que este joven había logrado hablar con la señorita Eleanor, aunque la señorita Miriam había sacado el teléfono de la recámara de Eleanor tiempo atrás. Bill preguntaba por los síntomas, y cuando Harry respondía: «Sí, señor, le dan calambres terribles en el estómago» o «Sí, señor, muy mareada», se ponía aún más frenético.

—No apagues el motor —le dijo, cuando se detuvieron frente a la casa—. Saldré en un minuto.

Bill cruzó la puerta principal explosivamente, casi tirando al suelo a una sirvienta. Oyó voces en el comedor, pero no quería molestarse con la fiesta.

Subió corriendo por la escalera.

—¡Señor! —gritó la sirvienta—. ¡No se puede subir!

Él la ignoró.

Su único momento de duda se presentó al entrar al cuarto de Ellie y verla por vez primera en un mes. Esperaba que la puerta estuviera cerrada con llave, pero enseguida supo que no era necesario: estaba demasiado enferma para poder escapar.

Se obligó a acercarse rápido a la cama. La piel amarillenta indicaba presencia de bilis, y se hallaba raquítica, esquelética, aunque enseguida suprimió esa palabra. Sus hermosos cabellos carecían de brillo y se habían desprendido en varios lugares. Respiraba con regularidad, pero carraspeando. Puso las manos debajo y alzó el frágil cuerpo, envolviéndolo con la sábana. Se dijo que no era el momento de recriminarse a sí mismo. Ya podría hacerlo después.

Ella tenía abiertos los grandes ojos cafés, y lo miraba.

—Qué gusto de verte —musitó.

—¡Dios mío, Ellie! —exclamó, tratando de ordenar sus ideas—. ¿Desde cuándo te ha estado envenenando?

—Ha sido poco a poco —repuso ella, con un gesto de dolor al hablar.

—Si te duele, ya no hables más. ¿Desde que yo me fui?

Ella asintió, y se veía agotada por el esfuerzo.

Un mes. Un mes de arsénico.

—No me volveré a ir nunca, Ellie. Solo si te llevo a mi lado.

Ella lo seguía mirando, con una débil sonrisa en los labios.

Comenzó a bajar las escaleras cuando Miriam, seguida por los asistentes a la cena, apareció en el recibidor.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Miriam con voz estridente.

—La llevo al hospital para ver a un médico de verdad. Reza a Dios que no sea demasiado tarde.

Miriam trató de obstaculizar su camino.

—¡Está demasiado enferma para moverla! Tú no tienes nada que hacer aquí…

—Ten cuidado, Miriam —dijo él en voz baja—. Está despierta y con la mente lúcida. ¿Quieres hablar del tema frente a tus invitados? ¿Prefieres esperar a que Harry describa al presunto médico a los señores de la oficina del *sheriff*? Un análisis de la sangre de Ellie va a ser todo lo que necesiten para ir tras de ti y tu cómplice.

Miriam palideció y enseguida se hizo a un lado.

—¿Qué está pasando aquí? —demandó uno de los invitados.

—Mi hermana… Él es el…

—*Su prometido* —completó Bill al llegar a la puerta—. Su prometido, que la va a llevar al hospital.

El grupo lo siguió hacia el auto. Bill no los miraba; toda su atención estaba en Ellie. Ella movió una mano y la puso encima de la de él. La tenía fría y seca como el papel.

—Ya estás a salvo, Ellie —le dijo.

—¡Quiero ir con ustedes! —dijo Miriam al oír que sus invitados murmuraban tras ella.

—No, señorita, no con nosotros —dijo Harry mientras ayudaba a Bill a colocarse en el asiento de atrás.

—¡Pero es su hermana! —protestó un invitado.

—Su hermana se quedará aquí con ustedes —replicó Bill—. Quiere contarles una película de Hitchcock.

—¿De qué habla? —preguntó otro hombre.

—*Notorious* —respondió Bill mientras cerraba la portezuela.

—Usted ganó, ¿verdad, señor? —dijo Harry al ponerse en marcha.

—Con ayuda. He tenido mucha ayuda —repuso Bill—; a lo largo del camino, he tenido ayuda.

Ellie le apretó la mano.

JUSTICIA PARA MAMA CASS

WILLIAM BANKIER



El cuentista canadiense WILLIAM BANKIER a menudo recurre a temas musicales para dar forma a sus historias, tal como sucede en el presente caso. «Justicia para Mama Cass» es ejemplo destacado del talento de Bankier para utilizar numerosos personajes y amplios giros narrativos dentro del constreñimiento del cuento corto, sin sacrificar claridad ni carácter. Este relato constituye una joya de elocuencia, sugestión e ironía.

—¿POR QUÉ NO ESTABAS EN EL AEROPUERTO? —preguntó Gary Prime a Anitra, su esposa, mientras ella entraba al apartamento—. Me hubiera venido bien el coche. En cambio, tuve que gastar ocho dólares en el taxi.

Gary jamás expresaba mayor enojo que eso.

—Recibí tu telegrama, pero Lee tenía una reunión con clientes importantes y me necesitaba en la sala de proyecciones.

Anitra se miró un instante en el espejo para verificar que su aventura no dejara rastros visibles. Le vino muy mal que Gary adelantara un día su regreso. Necesitaba más tiempo para recomponerse, para decidir en qué dirección tendrían que moverse los tres: ella, Gary y Lee Cosford.

—¿Tuviste mucho trabajo en mi ausencia? —dijo Gary.

—Lo de siempre. ¿Qué tal te fue en Londres?

—Lo pasé bien.

No era del todo cierto. Gary tenía dotes sociales, pues su trabajo las requería. Como vendedor de una imprenta de Montreal que visitaba a los departamentos de producción de varias agencias publicitarias, se

desempeñaba bien con los clientes, con quienes discutía las ventajas de la reproducción en *offset* comparada con la impresión tipográfica. Pero no pasaba lo mismo cuando necesitaba presentarse con los chicos brillantes del departamento creativo.

Agradecía el viaje a Inglaterra con todos los gastos pagados, a pesar de saber que su nombre fue propuesto solo cuando a última hora la persona designada no pudo ir. Sus grabados fueron el centro de una campaña premiada, y algún buen samaritano sugirió cubrir el lugar vacante con el pobre de Gary. Le pidió a Anitra que lo acompañara, pero ella se rehusó con el pretexto de su carga de trabajo en Producciones Lee Cosford.

—Me gustó Londres —repitió Gary—, menos algunas de las conversaciones brillantes. Mi imagen del infierno consiste en estar encerrado veinticuatro horas con dos escritores de «copy», un director de arte y una provisión ilimitada de alcohol. Mientras más se emborrachan, más risa les da, y la mitad de las veces yo no entiendo el chiste.

Gary sospechaba que a veces la diversión era a costa suya. No por su aspecto: su traje costaba doscientos dólares, hacía lustrar sus zapatos e iba a la peluquería. Tal vez fuera su corte de pelo. Los tipos creativos o bien no se preocupaban del aspecto de sus cabezas o se peinaban igual que Glen Campbell.

—No les prestes atención —sugirió Anitra, sirviéndose una taza del café que preparó Gary tan pronto como llegó a la casa. Se veía muy atractiva apoyada en el mostrador, vestida con pantalones de mezclilla que adornaba con un fino cinturón dorado.

—Todos los empleados de las agencias son iguales —añadió ella—. Creen que forman una especie de élite.

—Élite: esa es la palabra exacta. Critican todo lo que uno dice. No te atrevas a comentar que te gustó una película: dirán que es comercial y te hacen sentir estúpido. Conforme a sus comentarios, todas las mujeres que pasan frente a ellos son «perras» o «putas», la comida del restaurante contiene «una cantidad aceptable» de pelo de roedores y el vino es «ácido sulfúrico».

—Unos aguafiestas.

—En efecto: unos aguafiestas. Si tienes una emoción sincera, tienes que ocultarla para que no se burlen de ti.

—O sea, que la pasaste mal. Por lo menos salió gratis.

Anitra observó con atención a su esposo, dándose cuenta de que traía algo en la mente. Nunca supo disimular su entusiasmo, que resplandecía en su

larga cara cuadrada, con mandíbulas firmes y el pelo pulcramente peinado hacia atrás gracias a la brillantina.

—Solo fueron dos días, y aparte de las comidas, casi siempre me la pasé solo —comenzó Gary, preparándose para contarle—. Pero algo sucedió que me tiene muy emocionado. Es como si…

Cuando Gary terminó de hablar, Anitra no logró entender los motivos de su entusiasmo. Mirando los últimos programas de la noche en la televisión de su cuarto de hotel, Gary tropezó con uno donde aparecía la actriz inglesa Donna Dean, un símbolo sexual de los años sesenta, que aún lucía hermosa a pesar de su tremenda obesidad.

—Y tu idea es ¿qué? —preguntó Anitra—. ¿Proponerle que actúe en una película sobre Mama Cass?

—Yo no. No puedo proponer nada, eso lo tiene que hacer algún productor. Pero ella es perfecta para el papel. Si la vieras, sabrías a qué me refiero. Es rubia, por supuesto, así que necesitará una peluca de cabello oscuro. Pero tiene la misma cara de bebé que Mama Cass, y el mismo porte majestuoso. Incluso llevaba uno de esos vestidos que parecen tiendas de campaña, como los que usaba ella…

Anitra no logró sentir interés por el tema. Años atrás le agradaba oír a The Mamas and the Papas, y en aquellos días aceptaba que el éxito del grupo se basaba en el magnífico sonido de la voz de Cass Elliot. En fechas más recientes se enteró de la muerte prematura de la joven cantante, pero nada de eso realmente quedó registrado entre sus percepciones.

—Bueno, tal vez pueda rodarse una película con tal idea —aceptó Anitra—. ¿Qué tiene que ver eso contigo?

—Yo haré que suceda. Me siento obligado.

Después de ver en la televisión la entrevista con Donna Dean, Gary salió del hotel y dio un paseo a la medianoche por la avenida Bayswater. Hyde Park quedaba a la derecha, y una serie de edificios eduardianos blancos a la izquierda. Al frente aparecían Marble Arch y Park Lane, con su colección de hoteles mucho más elegantes que el establecimiento donde él se hospedaba. Los ruidosos automóviles pequeños y los taxis negros corrían por la calle, en ocasiones acompañados de un autobús rojo de dos pisos, pero Gary apenas notaba su estruendosa presencia.

Su mente estaba repleta de la música que escuchó en cassettes hasta que casi se deshicieron, con sus canciones sobre sueños y sobre chicas que van al cañón.

De acuerdo con los periódicos, Cass Elliot murió en uno de los hoteles cercanos. Decían que se ahogó sola en su cuarto, atragantada con un sándwich.

—Necesito poner en marcha esta película —le comunicó Gary a su esposa—, lo más pronto posible. Algo me dice que es importante.

—Si tú lo dices.

—Una vez tu jefe afirmó que un largometraje no puede existir a menos que alguien ponga en ello toda su energía. Hay demasiadas ideas en la competencia de recursos e instalaciones.

—Lee sabe de eso.

—Conforme. Pienso que puedes proponer la idea mañana.

—¿Por qué yo? La idea es tuya.

Los últimos dos días que pasó en casa de Lee causaron mucha agitación a Anitra. Desde tiempo atrás se sentía venir un cambio en la relación. Pero se encontraba insegura sobre su futuro, lo cual le daba una sensación desagradable. Desde su matrimonio con Gary ocho años antes, Anitra redujo al mínimo toda incertidumbre. El falso embarazo fue un engaño, pero la libró de una situación insufrible en casa. Y no le hizo ningún daño a Gary, quien sostenía que el inesperado casamiento lo estabilizó en la vida.

Buscando mayores emociones, inició una relación con Lee Cosford, su jefe. Era satisfactorio mientras estaban juntos, pero al partir, Anitra, que no tenía un pelo de tonta, advirtió una expresión distante en los ojos pálidos de Lee.

—Será mejor que tú mismo le describas la idea a Lee —sugirió ella—. Yo no puedo hacerle justicia a Mama Cass.

Sería fatal para ella presentarle una petición tan absurda como esa, como si Anitra pensara que él le debía algo.

—Nada más menciónalo. Prepara el camino.

—Tú ya eres un adulto, Gary. Tienes su teléfono. Llámalo y dile que tienes un negocio que proponerle. Lo que más le gusta a Lee Cosford es hablar de negocios.

Rotundo y dinámico, Lee Cosford tomó por el brazo a Gary en la sala de espera antes de llevarlo a su oficina.

—Hola, extraño —dijo, mirando a Prime con cierta ansiedad—, ¿qué es de tu vida? Entra y toma asiento. Stephie, ¿puedes prepararnos dos cafés por favor?

La idea le sonó aún mejor a Gary mientras la describía en la oficina con paredes de madera de Lee Cosford, tomando tragos de café de un enorme tazón. Entrecerró los ojos por la luz del sol que entraba a través de la ventana, más allá de la torre de una iglesia en la parte baja de la calle Mountain. Cosford oyó la propuesta reclinado en su sillón de cuero, con las botas sobre la cubierta de vidrio del escritorio y los ojos cerrados, lo mismo que en una peluquería. Al terminar Gary la presentación, sonaron las campanas de la iglesia de enfrente, lo cual consideró buena señal.

Cosford abrió un ojo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo, Lee.

—Me parece una idea sensacional —declaró el productor, enderezándose en el sillón.

—¿De veras?

—Probablemente te habrá comentado Anitra mi deseo de producir largometrajes. No sabes hasta qué punto te destruye el alma hacer películas de treinta segundos para vender detergentes o salchichas. Pero cómo no vas a saberlo. Tú tienes el mismo trabajo en medios impresos.

—Sé de qué hablas —mintió Gary, que sentía orgullo por los anuncios producidos por la empresa que lo empleaba.

—El problema reside en esto —explicó Cosford—: demasiadas buenas ideas empeñadas en perseguir insuficiente dinero. Es imposible conseguir financiamiento.

—Pero hay un Consejo Canadiense para el Desarrollo del Cine. ¿No ponen ellos el dinero?

—Es muy cierto —aceptó Cosford mientras ponía las rodillas bajo el escritorio y apoyaba los brazos cuidadosamente en el vidrio frío; por lo visto, este individuo cuadriculado con su traje demasiadas veces planchado se había informado—. En ocasiones el CCDC respalda económicamente una buena idea.

—Esto es más que buena idea, Lee. Es una gran idea.

—De acuerdo —mintió Cosford mientras su mente trabajaba veloz; estaba del todo dispuesto a no volver a tratar nunca con Gary Prime—. Pero solamente hay una manera de abordar al consejo. Se necesita presentar un tratamiento.

—¿Un tratamiento?

—Así es —afirmó Cosford y enseguida tomó el teléfono, consultó una página de nombres y números y comenzó a marcar—. Un argumento; un

resumen del contenido de la película.

—¿No se puede presentar la idea por medio de una carta?

—No. Es preciso hacerlo de modo profesional. Y tengo a la persona más adecuada.

Cosford se incorporó, sonriéndole al teléfono.

—Hola, ¿Lucas? ¿Te desperté? Lee Cosford. Yo muy bien, ¿tú qué tal? Luke, al otro lado de mi escritorio se encuentra un amigo llamado Gary Prime, de ojos brillantes y cola peluda, que ha ideado un proyecto sensacional para un largometraje. La idea es tan buena que solamente una persona puede escribir el tratamiento: Lucas Pennington.

Después de que se marchó Gary, ya citado con Pennington en su apartamento esa misma tarde, Lee Cosford recorrió un laberinto de corredores hasta llegar a una habitación pequeña, donde trabajaba su editor de cine frente a una máquina Steenbeck, con Anitra a su lado. Ambos miraban una pantalla de vidrio despulido con la imagen de una niña con una muñeca en las manos. El editor movía el carrete adelante y atrás para mostrar el beso que la niña daba a la muñeca mientras Anitra accionaba su cronómetro.

—Acabo de recibir a tu marido. Gracias por no avisarme.

—Pensé que iba a venir la siguiente semana. De pronto le ha entrado demasiada prisa.

—No importa; ya me libré de él.

—Es sincero sobre su idea.

—Tengo veinticinco ideas sinceras para hacer largometrajes, nueve de las cuales son ideas mías.

Lee Cosford abrió una ventana y escupió hacia la acera tres pisos abajo. Miró la saliva flotar y desaparecer en el pavimento gris.

—Lo mandé con Lucas Pennington para hacer un tratamiento.

El hombre calvo sentado frente a la máquina soltó una breve risa.

—¿Y quién es Lucas Pennington? —preguntó Anitra.

—Es de antes de tus tiempos. En una época fue buen escritor para publicidad, pero hoy día es un borracho profesional. Trabaja por su cuenta y tiene mucho tiempo libre. O sea, las agencias ya se cansaron de que nunca cumpla con las fechas de entrega.

—Eso suena a jugar sucio, Lee —dijo Anitra, frunciendo el ceño mientras miraba el cronómetro. Estaba costando mucho trabajo meter a tiempo la imagen del producto.

—Sucio pero efectivo. Me quita a Gary de encima mientras él y el pobre Luke se dedican durante un año a dizque escribir una película.

A las dos y media Gary se presentó en la casa de Lucas Pennington en la calle Bleury. Su apartamento se hallaba subiendo unas escaleras no alfombradas, encima de una taberna y una tienda que vendía cosas como polvos para provocar estornudos y excrementos de plástico. Al oír que llamaban a la puerta, Pennington se apresuró a ocultar de la vista la botella de ginebra y su vaso, no por falta de hospitalidad, sino porque apenas quedaba suficiente para su propio consumo. Dejó en donde estaban revistas, periódicos, libros abiertos, ropa sucia, latas de alimentos vacías y botellas de refrescos, y acudió a abrir la puerta.

Una vez que ofreció asiento a su visitante, Pennington ejecutó una acción humanitaria: abrió una ventana.

Gary observó al hombre que supuestamente escribiría el tratamiento de la película sobre Mama Cass. Lee Cosford tenía que estar loco para recomendar a alguien así. Pennington lograba lucir adusto y torpe al mismo tiempo. Tendría unos cincuenta años: cabeza grande, pelo gris en un cráneo medio calvo lleno de costras, ojos que trataban de disculparse y una sonrisa coreografiada encima de dientes en muy mal estado. Se había rasurado unos dos días antes, y aún se le notaba una cortada en la cara.

—Muy bien. Todo en orden. En orden.

Rebuscaba algo en la habitación sin mirar a Gary, como si fuera un jugador de beisbol al comenzar la última temporada de su vida.

—A ver, cuénteme usted de qué se trata su película.

Gary describió su visita a Londres, la vislumbre de Donna Dean en el televisor y el destello de inspiración que lo condujo a otorgarle el papel de su cantante predilecta, mientras Pennington, que había descubierto un cuaderno y una pluma, estaba tendido en el suelo, con la cabeza y los hombros apoyados en las tablas de la base de la pared, y los ojos cerrados.

—Si Dean acepta, y si podemos conseguir los derechos para usar las grabaciones originales y que ella sincronice los labios, igual que en todos los programas de televisión estos días —concluyó Gary—, creo que puede hacerse una buena película.

Pennington rodó sobre un costado para recargarse en el codo y apoyó la mejilla en una mano. Mordió la tapa de la pluma que tenía en la mano, la escupió y se puso a buscar una hoja limpia en el cuaderno. Todas estaban repletas de garabatos incomprensibles. Por fin escogió una parte del interior de la tapa de atrás.

—Brillante. Oro sólido —dijo, mientras intentaba hacer marcas con la pluma sobre el papel—. Quiero entrar a su proyecto, patrón. Permítame participar.

—¿Lo dice en serio?

El escritor enfocó los ojos sobre Gary, con una mirada diferente: las humedades implorantes se esfumaron. Los ojos expresaban rabia y hambre. Pennington experimentó una vieja sensación casi olvidada, de sus primeros proyectos para agencias, cuando presentaba alguna idea brillante al jefe de escritores o al ejecutivo de cuenta y al cliente. A menudo el trabajo del joven Luke resultaba ganador y cubría la mesa con cervezas. Solía recibir pequeños aumentos de honorarios, además, para evitar que se lo llevaran los de Y&R ofreciéndole acciones de la empresa.

—Claro que lo digo en serio —afirmó Pennington—. Tiene usted aquí algo que no puede fallar, hijo mío. Mama Cass: esa voz, su modo de alzar la mano y hacer ese saludo a medias al comienzo de la canción… ¡Dan ganas de llorar!

La pluma se negaba a escribir, y después de hacer hoyos en la tapa, arrojó cuaderno y pluma contra la pared, y trató de ponerse de pie como una camella preñada con las patas rotas.

—¡La tragedia de su muerte!

Pennington se puso a retirar revistas y archivos de una mesa cubierta por multitud de objetos hasta revelar una máquina de escribir. Con un tobillo se acercó una silla, se sentó y metió un papel arrugado en el rodillo. Usando dos dedos, comenzó a escribir por la parte de atrás del papel. Prosiguió:

—¡Qué carrera hizo Cass Elliot! Se necesita una película sobre ella. Y sé a qué se refiere con poner a esa vieja de Inglaterra en el papel. Es casi una doble de Cass. Y actuará como profesional; nada parecido a sus papeles bobos de los años sesenta: es una actriz de buena formación.

La mecanografía de Pennington procedía de manera errática. Las teclas se pegaban unas a otras, y tuvo que meter los dedos maldiciendo continuamente para apartarlas. Miró con ojos entrecerrados lo recién hecho.

—La cinta está totalmente desgastada. Es un fantasma. ¿Puede usted leer esto?

Gary se asomó sobre su hombro, reteniendo el aliento.

—A duras penas.

—No se preocupe, mi viejo, ya vienen las palabras y las voy a poner todas. Cosford sabe cuál es mi situación, podrá hacer fotostáticas oscuras y ampliarlas tres veces.

Pennington logró darle a varias teclas sin que se le pegaran y soltó la risa.

—Ah, el viejo ritmo —comentó—. Si lo tienes, no lo pierdes nunca.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Gary, feliz con las reacciones a su idea por parte del viejo y loco escritor.

—Sí. Váyase y déjeme trabajar.

Dos días después, Lucas Pennington se presentó en el área de recepción de Producciones Lee Cosford. La recepcionista parpadeó al mirar a este hombre alto que vestía un traje lleno de polvo. Un traje de sarga azul de tres piezas, un modelo no del año ni de la década. Encima, sobre el cuello deshilachado y una corbata mal anudada, flotaba una cara húmeda, escarlata, cuyo aspecto sugería que el hombre se rasuraba con una botella rota. Abajo, sobre la alfombra profunda, llevaba sandalias abiertas de cuero con calcetines estampados.

Lee Cosford apareció para recibir a su visitante. Una vez en la oficina, le ofreció ginebra a Pennington, quien aceptó al tiempo que afirmaba:

—Lo primero que bebo desde anteayer. ¿Qué les parece, amigos de la templanza?

Lee Cosford supo de inmediato que se trataba del proyecto de Gary Prime. Creyó que ya no sabría más del dichoso asunto, pero ahí tenía al mejor escritor de la pasada generación como si acabara de tener una visión en el camino a Sainte-Anne-de-Beaupré. Cosford extendió la mano y le quitó el vaso al invitado, diciendo:

—Cuéntame, Luke, antes de que vuelvas a meterte en la salsa. ¿Acaso hay una película en este asunto de Mama Cass?

—El premio de la Academia. El Festival de Cannes. La idea es oro sólido, querido mío. Llevo dos días trabajando en el tratamiento sin beber más que café y jugo de toronja. Ahí lo tienes, en el sobre marrón. Lee, mi viejo amigo, más te vale juntar toneladas de dinero y contratar a tu director y tu reparto, porque *en algún sitio* está el hombre afortunado que hará lo que será la película del año a partir de este argumento mío.

Cosford le devolvió el trago a Pennington.

—Solo deseaba que lo dijeras.

Tomó el sobre y se sentó frente al escritorio. Se dijo a sí mismo: «Siempre hay que confiar en Pennington si está sobrio». Sacó del sobre un grueso fajo de páginas mecanografiadas.

—Guau, ¿qué escribiste? ¿El guion final?

—Casi. Me tuve que dominar para no hacerlo. Salí e invertí en una cinta nueva para la máquina y una caja de papel.

Pennington bebió de su vaso y lo puso a un lado, contemplando la torre de la iglesia por la ventana.

Cosford estudió el título en la primera página: «*Blues para Mama Cass*, película dramática con interpolaciones musicales. Una producción de Lee Cosford escrita por Lucas Pennington».

El guion pesaba considerablemente en las manos de Cosford. Daba la impresión de algo sustancial; conocía el aspecto de un trabajo bien realizado. Pasó la página de los títulos y vio el comienzo del tratamiento. La escritura fluía bien. Estaba a la altura del antiguo Pennington.

El productor alzó la mirada, preguntándose si convenía mencionar el hecho de que no aparecía en el guion el nombre de Gary Prime. Decidió dejarlo pasar en silencio.

—¿Quieres un anticipo, Luke? —preguntó—. ¿O prefieres un porcentaje de la taquilla?

La garganta de Pennington dejó escapar gruñidos mientras se frotaba las manos.

—Las dos cosas, por favor —dijo.

En el área de recepción, Stephie oyó el ruido profundo y desagradable de las risas de su jefe y su visitante del otro lado de la pared.

Gary le contó a Anitra sobre el avance en su proyecto. Se entusiasmó al referir su encuentro con Lucas Pennington, describiéndolo como un hombre hundido en el fracaso que de pronto volvió a la vida cuando Gary le explicó su idea. Anitra, que ya conocía la mala reputación de Pennington y se daba cuenta de que era una trampa para relacionar a Gary con un perdedor absoluto, sintió la tentación de advertir a su marido que debía limitar sus expectativas. Pero ¿por qué expresar pesimismo? Podía dejar que Gary disfrutara de su sueño durante un poco más de tiempo. Además, nunca se sabe: algo *podría* salir de todo aquello.

Fue gracias a un accidente unas semanas después que ella descubrió que algo estaba sucediendo efectivamente con el proyecto de Mama Cass.

Anitra se topó con Stephie en la máquina fotocopiadora y vio que estaba haciendo varias copias de algo que parecía un guion final listo para rodaje. Después de echar un vistazo a la página titular, Anitra salió casi corriendo a la oficina de Cosford.

Pero a medio camino redujo el paso, reflexionando, y se detuvo. El negocio del cine avanzaba a paso lento en el mejor de los casos. Nada de locuras. Mejor esperar a ver qué sucedía a continuación.

Lo que sucedió a continuación fue el anuncio de un viaje de negocios de Lee a Londres a principios de la semana. Le pidió a Stephie que reservara dos asientos en el vuelo de Air Canada el domingo por la noche. Si el otro asiento fuera para Gary, se dijo Anitra, su marido ya lo habría proclamado triunfalmente. Si fuera para ella, Lee se lo habría dicho. En cambio, mantenía agachada la cabeza esos días, actuando como si se hubiera robado algo de su bolsa con la mayor torpeza, esperando que ella no lo mencionara.

Anitra decidió hablar del tema sentada en el automóvil de Lee, mientras regresaban de filmar un comercial de mantequilla. Cuando iba de pasajera con Lee Cosford al volante, agradecía más que nunca los cinturones de seguridad. La carretera estaba despejada y él seguía pisando el acelerador. El velocímetro pasó los ciento cuarenta kilómetros por hora y subió a ciento cincuenta.

De pronto el volante comenzó a sacudirse en las manos de Lee, que enderezó los brazos y redujo la velocidad.

—Es la segunda vez que hace lo mismo.

Lanzó un par de maldiciones, pero le brillaban los ojos. Lo estaba disfrutando.

—Algo marcha mal con este auto, querida. Si subo a más de ciento cincuenta, se me quiere escapar.

Anitra dejó de afianzar los pies en el piso del auto y trató de relajarse, con el corazón todavía latiendo con fuerza.

—Lee, ¿qué diablos estás haciendo?

—Me gusta ir rápido.

—Me refiero a la idea de Gary. Vi el tratamiento que escribió Pennington. Al parecer te preparas para ir adelante con el proyecto.

—Luke cree que tiene potencial. Tal vez sea un borracho, pero Pennington tiene buen criterio.

—Pero ¿por qué no aparece el nombre de Gary en la primera página? ¿Por qué ni siquiera sabe que ya estás preparando la producción?

—Lo haré, lo haré… No te preocupes. Tan pronto como organice el financiamiento, le firmaré un cheque jugoso a Gary.

—Muchas gracias. Me alegro de haberlo mencionado.

Cosford la miró antes de volver a poner los ojos en el camino. El velocímetro volvió a ascender y una suave vibración del volante le hizo

cosquillas en los dedos.

—Anitra, ya sabes cómo son los negocios en el cine. Hay que darse cuenta de las cosas. Tu marido no es más que agente de ventas de una imprenta. ¿Qué sabe él de cine? Esta es una producción de Lee Cosford. Es la única manera como puede funcionar.

Volvió los ojos hacia ella y se dio cuenta de que lo miraba fijamente. La imagen le hizo sentir miedo.

—¡Vamos!, Gary tropezó con una idea que tiene posibilidades. Y le pagaré por eso. Pero el trabajo de convertir la idea en una película nos toca a Luke Pennington y a mí. Y a ti también, pues puedes formar parte del equipo.

Avanzaron varios kilómetros en silencio. Por fin, él habló en tono ligero:

—¿Quieres venir con nosotros? Lucas y yo volaremos a Londres el domingo por la noche para reunirnos con el agente de esa actriz. Si quieres, ven también tú. Será divertido.

Soltó una mano del volante y la tendió hacia ella. Pero Anitra se soltó y se concentró en buscar en su bolsa el lápiz labial y un pequeño espejo. Se concentró en retocarse la boca.

—No creo, Lee —dijo, trazando los bordes de los labios con pulcritud—. No finjas que vas a extrañarme. Te divertiste conmigo en la cama, ¿no crees? Supongo que una vez fue suficiente, ¿verdad?

Cerró de golpe la bolsa y se volvió a mirarlo con frialdad.

Cosford alzó los hombros como un hombre bajo una tormenta de granizo.

—Lo que tú digas —repuso, paciente.

Aquella noche Gary llegó a casa de muy buen humor. Una de las agencias organizó una despedida para un supervisor de cuentas que se jubilaba y el buen Smitty invitó al representante de su imprenta favorita a brindar con ellos. Gary llegó a las siete y le sorprendió genuinamente encontrar a Anitra en la sala frente a un plato de ensalada vacío, un vaso de vino en la mano y un análisis de las noticias en la televisión con el sonido apagado.

—Hola —la saludó—. ¿No te quedaste a editar esta noche? ¿No hubo primeras copias? ¿Ninguna emergencia en el laboratorio?

Todo lo dijo sin la menor intención maliciosa.

—Suenas feliz —observó ella.

—Hemos puesto a pastar a Elgar Smith. En los viejos días hubo buenos publicistas.

—Hay un plato de ensalada para ti en el refrigerador.

—Gracias.

Su sonrisa era la de un hombre que ha ganado la lotería en tres semanas consecutivas. Volvió de la cocina con su plato y un vaso de vino. Anitra le sirvió Riesling mientras él retiraba el plástico del plato.

—Ey, es atún con cebolla —comentó, y empezó a comer con buen apetito.

Anitra se inclinó y apagó la imagen del televisor.

—¿Qué se sabe sobre tu idea para la película?

—Son apenas los primeros días. Supongo que Pennington trabaja en el tratamiento.

Ella puso su vaso al centro de un soporte sobre el brazo grueso del sofá.

—Luke Pennington ha entregado un resumen de treinta páginas a Lee Cosford. Están muy emocionados con el tema. Tienen una cita con un agente en Londres el próximo lunes.

Gary sonrió y alzó el vaso.

—Fabuloso. Gracias por decirme.

—Bien me lo puedes agradecer. No creo que Lee pensara en mencionártelo.

Viendo que su marido seguía ocupado atacando la ensalada, agregó:

—Vi el guion. Tu nombre no aparece en él.

—¿Y qué?

—Que Lee Cosford se escapa con tu idea, Gary. Te juntó con Pennington para quitarse de encima tu presencia, y ahora que Luke piensa que la idea es oro sólido, Lee la ha adoptado como si se le hubiera ocurrido a él.

—Justo lo que yo deseaba.

—No puedo creer lo que oigo. Lee dice que te va a dar un cheque una vez que se arregle lo del financiamiento.

—Cualquier donativo se recibe con gratitud.

Gary miró con atención a su esposa y por primera vez advirtió el grado de su enojo.

—Esa fue mi intención —le explicó—. Una película sobre Mama Cass que le hiciera justicia. La idea me llegó en Londres, mientras andaba por la calle, como si ella estuviera ahí, su espíritu… Sé que suena estúpido. Pero una idea es algo que nace del alma, ¿verdad? Eso es todo. ¿Quién sabe de dónde vienen las ideas que aparecen en la mente?

—Gary, pon los pies en la tierra.

—Solo importa la película. Si la producen, me dará mucha alegría. No me afecta que no pongan mi nombre.

—¡Pero es *tu* concepto, maldita sea! ¡*Tienen* que darte crédito! Llama mañana a un abogado y explícale lo que sucede. Hay que parar a Lee antes de que vaya más lejos.

El rostro de satisfacción de su marido la enfureció todavía más.

—¡Por lo menos enójate! Te están robando, te tratan como si fueras un retrasado mental.

—No puedo enojarme. Me siento demasiado feliz.

Anitra tomó la botella de vino, pero le temblaban tanto las manos que no logró servirse. Su vaso vacío cayó de la mesa, y ella dejó que rodara por la alfombra. Gary la miraba, con un lado de la boca lleno de ensalada.

—Pues a ver si te enojas por esto —dijo ella—. Mientras tú andabas por Londres enamorado del fantasma de Cass Elliot, yo estaba aquí en la cama con Lee Cosford haciendo el amor. Así como lo oyes…

Se levantó y le habló sobre el hombro:

—¿Puedes vivir en *este* mundo de una buena vez, Gary?

Fue fácil para Anitra tomar su decisión la mañana siguiente. Influyó ver a los hombres que la rodeaban, tan dispuestos a conducirse como si nada hubiera pasado. Gary salió temprano a trabajar como de costumbre y dejó una de sus notas jocosas en el mostrador de la cocina. Muchos años atrás había jugado con la idea de hacerse caricaturista; aquel talento se fue evaporando, pero dejó un residuo de dibujos de cabezas y letras claras. La nota del día hacía referencia oblicua a la noche anterior en un globo de texto que rezaba así: «No te culpes de nada. Ya hablaremos».

En el estudio, Cosford se movía por todas partes en su caracterización del Risueño Lee, el ejecutivo benigno. Todos los empleados le sonreían, pero lo mejor que logró ofrecer Anitra fue una sonrisa amarga, de alguien que sabe la verdad tras la farsa. La única comunicación directa se produjo cuando la metió a su despacho y le dijo:

—¿Podrías hacerme un favor, Anitra? Se lo pediría a Stephie, pero está enferma y no pudo venir a trabajar. Lleva mi auto al taller y diles que arreglen la dirección. Les explicas que tiembla a ciento cincuenta. Lo necesito para el domingo.

—Les llamaré a ver si pueden hacerlo de inmediato —dijo Anitra con frialdad. Tomó el teléfono y pidió una línea al exterior. Pero tan pronto como salió Lee del despacho, colgó el teléfono sin hacer la llamada. La sugerencia que le surgió en la mente era impensable, pero tenía que tomarla en cuenta.

En conclusión, vio que a Cosford le iba a pasar algo. No un accidente. Pero si acaso ocurriera, tendría algo de justicia poética.

Más tarde, Cosford tuvo que acudir a una reunión a comer en el hotel Queen Elizabeth y tomó un taxi. Hizo desde ahí una llamada para decir que aceptaba ir con el cliente a su granja en Eastern Townships. Se quedaría ahí el fin de semana, para volver el domingo a mediodía por su automóvil, además de recoger de la oficina el argumento de la película. De ahí se iría al aeropuerto con Luke Pennington.

¿Sería posible que Anitra fuera una hora el domingo para dejar en sus manos las riendas de la oficina durante su ausencia?

—Por supuesto —aceptó ella, en un tono de voz cortante, midiendo sus palabras—. Tienen el automóvil en el taller, pero prometieron que el volante estará arreglado el sábado por la tarde. Me encargaré de que lo traigan aquí.

—Eres una joya —concedió Lee, generoso después de comer—. Te compraré algo bonito en la calle Bond.

El domingo por la mañana, mientras Anitra salía para ir al estudio, Gary salió del cuarto de visitas, donde había dormido las dos noches anteriores.

—¿Podemos hablar un minuto? —preguntó.

—Tengo prisa.

—He decidido que tienes razón. Veré a un abogado la semana que viene. Si se va a filmar la película, merezco recibir mi crédito —expuso él, desviando la mirada, de modo que ella advirtió el velo sobre su expresión.

—Sigues sin enojarte, Gary. Solo dices lo que piensas que deseo oír.

—¿Cómo diablos puedo darte gusto? —exclamó él con voz petulante.

—Nadie te lo está pidiendo. Solo hazte mayor. Cuando alguien te quiera pisotear, no te dejes, sé un hombre, enójate.

—¿Vas a ver a Lee?

—Voy al estudio. Hay cosas que hacer antes de que se vaya a Londres.

Cuando por fin se fue Anitra, Gary entró a la sala frotándose las palmas de las manos. Miró a la redonda. Nada como el domingo por la mañana para exhibir el polvo sobre todas las superficies. Anitra solía pasar un trapo y un rociador que daba brillo a cada cosa y dejaba un aroma a limón, pero a últimas fechas su mente se ocupaba de otros menesteres.

Tomó de su colección el cassette más usado y lo metió al estéreo. Encendió el amplificador, apretó el botón para tocar, sobrevino un instante de silencio y de inmediato las familiares armonías fluyeron de los altavoces

situados a ambos lados de la chimenea: la inmensa, purísima voz de Mama Cass flotando sobre las demás, como un corno de plata.

Comprendió por fin la razón del enfado de Anitra. Se trataba de poder expresarse con la misma libertad espontánea de la hermosa mujer natural cuya voz escuchaba. Gary estaba consciente de lo que sentía; ahora solo faltaba decírselo a Lee Cosford.

A la una de la tarde, Anitra preparó dos tragos grandes para Cosford y Pennington. Ella escanció el *whisky* escatimando el *ginger ale* para su jefe, que se inflaba sintiéndose de pronto persona importante. Anitra se alegró cuando él al fin miró el reloj.

—Hora de ponernos en camino —anunció—. ¿Dónde está el auto, Anitra?

—En el callejón de atrás. —No le mencionó que ella misma lo había llevado a ese lugar el sábado—. El tipo del taller no encontró ningún otro lugar donde estacionarlo.

—Vámonos, pues. Anda, joven Lucas, papá te va a enseñar el mundo. Hasta pronto, señora Prime.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Anitra se sirvió un trago pequeño y lo posó en el escritorio de Lee, donde se puso a buscar una copia del tratamiento sobre Mama Cass. Dio sorbitos a su trago y fue leyendo las páginas en orden, y de repente se dio cuenta de que *podría* ser una gran película. Gary tenía razón. Si todo salía bien, ella y Gary lo llevarían con otro productor e intentarían hacer la película por sí mismos.

Lee Cosford condujo agresivamente el auto a la esquina y pisó el pedal de freno. Pennington fue lanzado hacia delante y tuvo que sujetarse del tablero acojinado.

—Igual que en el rodeo, vaquero —dijo Lucas.

—Nunca he perdido a un pasajero en todos estos años. ¿No es aquel Gary Prime?

—Desde luego, o alguien que se le parece mucho.

—Baja la ventanilla. Llámalo para que se acerque.

—¿Estás seguro? De momento no lo necesitamos.

—Es domingo: me siento cristiano. Llámalo.

Gary vio la cara en la ventanilla del auto, se acercó y se inclinó para ver el interior.

—Hola, Lucas. Hola, Lee. Venía a verte.

—Qué bien. He estado queriendo hablar contigo de tu película. Vamos camino al aeropuerto. ¿Puedes acompañarnos y tomar un trago con nosotros en la sala de espera? No lo dudes, viejo. Es algo que te conviene. Súbete.

Mientras Gary se acercaba a la puerta de atrás, Lee habló en voz baja a Pennington:

—Hay que darle a este tipo un poco de crédito, y el uno o dos por ciento. No es tanto, y nos ahorra posibles gastos de juicio más adelante.

A las dos y media, Anitra terminó de leer el guion por segunda vez y se tomó un segundo trago. Al oír el teléfono, se sobresaltó. Era la policía, que reportaba un accidente de automóvil cerca del aeropuerto de Dorval. Un automóvil se salió de la carretera para impactarse en un contrafuerte de concreto. Al poner en la computadora el número de las placas, apareció Producciones Lee Cosford como empresa propietaria del auto.

—Es mi jefe —dijo Anitra, con voz de alarma—. Iba a tomar el avión en el aeropuerto. ¿Hay algo que…?

—Cuánto lo siento. Debe de haber ido a ciento cincuenta kilómetros por hora. No hemos logrado abrir el automóvil, pero es imposible que haya sobrevivientes.

Anitra telefoneó a su hogar, pero Gary había salido, o no tomaba la llamada. Tardó veinte minutos en llegar a su casa desde el centro, pensando en el accidente programado por ella. Si no era asesinato, sin duda se trataba de un homicidio. No era una gran pérdida para el mundo la desaparición de Lee o de Pennington, pero sería mejor que Gary no se enterara de que ella había enviado a su jefe a la carretera después de darle dos tragos fuertes con el estómago vacío en un automóvil con problemas de dirección. Gary no tenía suficiente imaginación y era capaz de reportarla a la policía.

Encontró vacío el apartamento. Anitra consultó los programas de televisión y vio que los Expos jugaban un partido doble contra los Phillies. Eso significaba que Gary estaría en el bar del Mount Royal, viendo el partido con un plato de cacahuates y un vaso de cerveza. No era necesario preparar la cena esa noche, pero tal vez podrían tener la conversación que él propuso por la mañana. Ya no necesitarían al abogado. Un nuevo comienzo sin amargura, para compartir un proyecto entre ambos.

Mientras preparaba el té, Anitra sintió que comenzaba a reaccionar a lo ocurrido. Temblaba tanto que derramó sobre el plato una buena parte del

contenido de la taza. La puso sobre la mesa con las dos manos, fue a encender el radio y vio que la grabadora contenía un cassette. Después de apretar los interruptores sonó la voz de la que Gary llevaba semanas hablando con tanto entusiasmo, la causa de todas sus emociones, sus maniobras y la mortífera intervención de Anitra.

Por fin logró comprender las emociones de su marido mientras oía cantar a aquella mujer. Mama Cass cantaba ella sola, tan vibrante y vivaz que parecía estar presente en la habitación.

Anitra oyó el cassette completo por ambos lados antes de sentir impaciencia, esperando el regreso de Gary. Deseaba que su marido abandonara su preciosa transmisión de beisbol y se pusiera en contacto con ella. Por lo tanto, cuando por fin sonó el timbre del teléfono, corrió a contestar llena de expectativas.

La *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine* es una de las publicaciones más reconocidas de crimen y suspenso. Una de las revistas más antiguas e influyentes del mundo, es conocida por publicar relatos de la más alta calidad donde convergen todos los subgéneros del misterio. Las historias que ha publicado la *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine* han sido multigalardonadas, incluidos muchos premios Robert L. Fish. Relatos policiacos y de suspenso que rinden tributo a los grandes clásicos del misterio: en estas páginas siempre hay algo para los lectores más exigentes.

Notas

[1] Heian-kyō era el nombre original de la actual ciudad de Kioto. [N. del T.] <<